BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEXICANOS



OBRAS

DEL LIC.

D. J. LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS,

Miembro correspondiente
DE LA ACADEMIA MEXICANA.

TOMO II.

NOVELAS CORTAS.
I

MÉXICO.
IMP DE V AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4
1900



INTRODUCCION.

LAS novelitas reunidas en este volumen aparecieron por primera vez en *La República Literaria*, periódico bisemanal que se publicó en Guadalajara, de marzo de 1886 á igual mes de 1890. Han sido revisadas por el autor sin cambiar cosa substancial en su fondo ni en su estructura. El favor con que fueron acogidas por el público en aquella época y los honores de la reproducción que algunas de ellas recibieron, han demostrado la conveniencia de conservarlas tales como se presentaron entonces á los ojos de los lectores defectuosas, pero ingénuas.

El periódico aludido ha seguido la suerte de sus congéneres: se ha perdido en el vaivén de las producciones nuevas que desde aquel tiempo han venido sucediéndose en nuestro país, hasta el punto de que en la actualidad es muy difícil hallar una colección completa de él.

En nueve años, por otra parte, todo se olvida entre nosotros.

Puede, pues, decirse que estas novelitas vuelven á ser nuevas, así por el tiempo transcurrido desde su publicación hasta ahora, como por la forma inconsistente en que antaño fueron dadas á la estampa

*
* *

Salió á luz *Nieves* en las entregas de 15 de enero, y 15 de febrero y 11 de marzo de 1887, casi medio año antes que la celebrada novela de Sancho Polo (D. Emilio Rabasa) llamada *La Bola*. Como el argumento del final de aquella novelita tiene una ligera similitud con el de esta última, no es fuera de propósito hacer tal reminiscencia de fechas; tanto más cuanto que hace algún tiempo fué afirmado por un periódico de esta capital, que las cosas habían pasado de otra suerte, esto es, que la publicación de *La Bola* había sido anterior á la de *Nieves*.

Por de contado que esta aclaración no tiende ni de lejos ni de cerca á insinuar que Sancho Polo haya sacado de *Nieves* la idea de su excelente libro, pues harto genial y fecundo es ese escritor para necesitar inspirarse en ajenas obras; sino sólo á dejar las cosas en el punto que les corresponde, defendiendo para *Nieves*, á falta de otro mérito más positivo, siquiera el de la originalidad.

*
* *

En la época en que el autor publicó *El Primer Amor*, aun no había leído el precioso libro que con igual título escribió el famoso novelista ruso Ivan Turguenef; cuando, después de algún tiempo, trope-

zó con él y le tuvo en las manos temió encontrarse con un argumento igual al suyo, y aparecer como pobre plagiario de aquel aplaudido ingenio. Mas por fortuna, á poco de haber comenzado la lectura de la obra moscovita, se persuadió de que uno y otro libro no tenían de común más que el título, pues eran de índole y trama completamente disímbolas.

Turguenef, en efecto, relata en su libro los pesares y el desencanto de un adolescente que se prenda de una joven hermosa y coqueta, que llega á ser la manceba de su padre; en tanto que la otra novelita sólo tiende á pintar los amores de un mozo y una joven, bisoños en tiernos achaques, y que, después de gozar por breve espacio las primicias de sus vírgenes corazones, se separan por causas sencillas y muy explicables, atendidas la edad de los héroes y la corriente ordinaria de los sucesos.

Turguenef trazó un drama desgarrador; el que esto escribe una historietilla del género de los idilios. Entre una y otra composición hay un verdadero contraste.

*
* *

En diligencia es un episodio de viaje verosímil, aunque no histórico, y que tiende á reproducir con más ó menos fidelidad escenas que, á pesar de no ser muy viejas, nos parecen ya, á la luz de nuestra nueva vida, muy singulares y lejanas. Los ferrocarriles, además de arruinar las diligencias, van haciendo olvidar y ver con horror estos vehículos; cosa natural en cuanto á locomoción, pues, hay más distancia de tales coches á los trenes de vapor, que la que media entre la tortuga y el caballo.

No puede desconocerse, con todo, que los viajes en diligencia eran más novelescos que los de ferrocarril, y más ocasionados á lances y peripecias de variado y picante carácter.

Del mismo modo que se conservan los dibujos de Goya como la más genuina y gráfica reproducción de la España de su tiempo, así fuera hermoso guardar en narraciones vívidas, la imagen de todo ese mundo nuestro que acaba de pasar y que tiende á desaparecer desplomado al silbido de la locomotora.

***

Las leyendas *Adalinda* y *El Espejo* datan de una época ya lejana, en que Antonio Zaragoza, Mariano Coronado, el malogrado Pablo Ochoa y el que esto escribe se reunían semanariamente en una casa de campo de la villa de San Pedro, en sociedad afectuosa y familiar, á charlar de arte y á leerse sus producciones literarias. Todos ellos en aquel tiempo se habían dado á la lectura de Becquer, á quien admiraban y seguían, y con tal motivo escribieron varios cuentos del género de los del ilustre sevillano. Zaragoza trazó por entonces sus preciosas novelitas *La Plegaria de la muerte* y *Dolores*. Los otros individuos del grupo produjeron también algunas obritas de no escaso mérito y de muy hermosa forma, y el autor de este tomito varias leyendas al estilo de las mencionadas.

Andando el tiempo y como una reminiscencia de ese período romántico, trazó también el último los cuadros de *Un pacto con el Diablo* y el *Arpa*, aunque ya entonces había entrado por la senda del templado naturalismo por donde ha seguido después, por lo

que hace á la observación, al estilo y á las descripciones.

Aunque la insigne crítica D.ª Emilia Pardo Bazán detesta el género fantástico, según lo manifiesta paladinamente en el estudio biográfico que escribió sobre D. Pedro Antonio de Alarcón, no cabe duda que es legítimo y hermoso, con tal de apartarse de lo pueril, empalagoso y descabellado. Caben en la literatura todas las manifestaciones de la sensibilidad, de la imaginación y del pensamiento humanos, inclusos las visiones y los ensueños, y aun éstos de una manera capital, porque una de las funciones más naturales del espíritu es la de soñar, ya sea temiendo, ya deseando ó ya presintiendo potencias, maravillas y mundos distintos de cuanto nos rodea. Así es como todas las literaturas han comenzado por la fábula, y así es también como, aun en el pleno período de su florecimiento, no abandonan al género maravilloso. Si se descartasen de la producción humana todos los libros imaginativos, perderíamos tal vez los mejores, desde Homero y Virgilio hasta Dante, Shakespeare, Macpherson, y Andersen.

Al decir esto, no pretendemos, por de contado, sostener que lo mejor ó lo único bueno en la labor literaria, sea lo fantástico y prodigioso, pues nos encanta también el realismo, por la vida y la fuerza que respira; sino sólo protestar contra todo exclusivismo que tienda á cerrar caminos á la inspiración.



La Fuga es un sucedido heroico. Algo por el estilo nos contó un amigo ya difunto en el seno de la intimidad, hace ya varios años. Por cierto que hallamos

la narración tan noble y singular, que desde entonces nos propusimos servírsela al público como manjar raro y substancioso; pero el deseo de no despertar conjeturas y sospechas en nuestro pequeño mundo, nos obligó á guardar silencio por largo tiempo, hasta que la ascética viudedad de la heroína y al temprana muerte del héroe, vinieron á romper las ligaduras de nuestra discreción. Hoy por hoy, saldría despistada la curiosidad y quedaría burlada la malicia, si se propusiesen atar cabos, hallar nombres y reconstituir hechos. En buena hora que los corazones pervertidos se burlen del personaje comparándole con José y acribillándole de chascarrillos y cuchufletas; los soñadores y rectos le aplaudirán en cambio sin reserva. Con esto basta. El que resiste á la pasión por hidalguía de alma, es un ser extraordinario y merece el respeto de todos.

Las viles hazañas de los seres vulgares no merecen los honores de la imprenta. Vivimos hartos de ver miserias y sandeces, y anhelamos descansar de las náuseas que provoca el fango en que se revuelca la grey de Epicuro.



NIEVES.



NIEVES.

NOVELA BORDADA EN TRAMA DE VIAJE.

CIERTO que Tequila debe su celebridad á ser el centro de la producción alcohólica que lleva su nombre. Cierto también que tiene, amén de éste, otro título para llamar la atención del turista: el de haber servido de baluarte y fortaleza á la nación contra la invasión de los salvajes del Nayarit. En principios de 1873 salieron los

coras de su madriguera, bajo la conducta de su feroz régulo Lozada, soñando conquistar para éste una corona y para ellos el sumo imperio nacional; mas al llegar á Tequila, fueron contenidos á balazos por el heroico vecindario. La demora, aunque corta, salvó á la República de una cruenta guerra de castas.

El anhelo, con todo, que me llevó á ese lugar pocos años después de hazaña tan memorable, no se inspiró en ninguno de esos antecedentes, declárolo con franqueza; sino en motivos puramente personales y románticos: en los recuerdos de los años primeros de mi vida.

Cuando era mozo, solía pasar algunos meses del año en ese lugar en compañía de mis deudos, por ser el asiento de los negocios de mi abuelo materno, propietario de tierras y fabricante de alcoholes. Recrease la infancia por instinto en la contemplación de los cuadros agrestes: los campos, los cerros, los rebaños y las vacadas hacen honda impresión en su espíritu; y es, salida de las ciudades y suelta en plena naturaleza, semejante á las avecillas que logran escapar de la jaula para revolotear y discurrir ale-

gremente por el espacio. Las memorias de mi vida campestre, del júbilo purísimo de mi infancia y de las regocijadas vacaciones que liberalmente otorgadas por mis padres, pasaba en el pueblo, fueron el imán poderoso que á aquellos sitios me condujo.

Hombre ya, y después de largos años de no visitar la aldea, no pude resistir al deseo de mirar de nuevo aquellos lugares consagrados por los recuerdos de mi niñez, y así fué cómo una fresca madrugada me eché al campo como un segundo manchego, enderezando el paso de mi cabalgadura hacia esas regiones encantadas.

Con placer indecible torné á mirar el pesado campanario de la iglesia y el blanco caserío que se extiende en la hondura, detrás de una cadena de lomas y casi á la falda del gigantesco cerro de Tequila. Cuando mi caballo rendido por el cansancio, entraba con paso tardo por las calles solitarias del pueblo, abandoné la rienda sobre su cuello, y me entregué, absorto y distraído, á la contemplación de las imágenes interiores que la vista de aquel escenario hacía surgir en mi memoria. Era al caer de la tarde; la campana de la iglesia tocaba el

Angelus, haciéndome estremecer con su sonido, semejante á la voz de una persona amiga. Los gorriones que se refugiaban en las copas de los naranjos empinados, como para verme, por encima de las tapias, piaban formando la misma algarabía que en los tiempos pasados.

Así llegué á la antigua casa paterna, situada en la plaza principal. Ahí vivía ahora una tía mía, hermana de mi madre. Me apeé en el zaguán y penetré llevando el caballo por la brida. Sólo la servidumbre salió á recibirme; mi tía había ido á visitar sus ranchos en compañía de dos de sus hijos, mis primos hermanos. Mientras regresaba, hice un paseo por toda la casa, lleno de tristeza. Con excepción del corpulento naranjo plantado en el centro del patío, alegre y ruidoso dormitorio de pájaros, todo lo hallé muy cambiado. El tiempo había pasado por aquella fábrica como por el cuerpo de una mujer hermosa, sembrando ruina y destrucción por todas partes; todo se mostraba viejo y decadente, como si turbas vandálicas hubiesen cruzado por aquellos sitios; las turbas vandálicas ¡ay! de los años, más

ciegas y despiadadas que las de Alarico y Genserico.

El mobiliario y la distribución de la casa, diferentes de lo antiguo, daban el último golpe al conjunto para acabar de desfigurarlo. Había por la sala, en lugar de los muebles de cedro incrustados de marfil y cubiertos con fundas de lino blanco, que había yo conocido, otros más modernos, pero de menos carácter y faltos de tradición; la pieza donde mi abuelo dormía, estaba convertida en despacho; hallábase trocado en botica con puertas á la calle, el aposento donde mi madre dormía con mi hermana y conmigo; del comedor había desaparecido la grande y pesada mesa de blanca madera, en torno de la que nos sentábamos los hijos, yernos y nietos del dueño de la casa. En el corral, teatro de mis primeros ensayos de equitación, había sólo un par de caballos inmóviles y estenuados, parados como estatuas junto al pesebre, en vez de la bulliciosa copia de ellos que antes hacía resonar sus duros cascos contra el empedrado.

Me dirigí, concluida la inspección, al ancho corredor que da frente al patío, y sen-

tándome en un sitial de cuero, seguí evocando mis recuerdos. Torné á mirar las escenas pasadas con tal lucidez y precisión de detalles, como si fueran sucesos presentes. Era el alba, y mi abuelo nos despertaba á sus hijos y á mí, que nos levantábamos á la luz de velones de sebo, para ir á los establos de vacas. Era domingo, y veía la casa llena de sirvientes que venían á recibir el pago de sus jornales. Mi abuelo, sentado á la cabecera de una mesa de roble de dimensiones colosales, y teniendo á la diestra un escribiente que leía las listas de raya, pagaba á sus labradores, conforme otro dependiente iba voceando con fuerte acento el nombre del trabajador, el saldo de su cuenta y lo que tenía derecho de percibir en dinero, carne y maíz. Al efecto, hallábase la mesa llena de talegos de monedas de toda especie, y en jícaras de huajes y en sartenes de metal, ostentábase al descubierto otra buena cantidad de ellas, con grande asombro de los rústicos, que lanzaban á aquellos tesoros miradas extraviadas y respetuosas. Otros ayudantes se encargaban de distribuir el maíz por medio de medidas de madera que, después de colmadas, eran igua

ladas con un rasero. Un buey hecho cuartos y pendiente de los garfios de fierro de una armazón portátil, proporcionaba á los labriegos, mediante el filoso cuchillo de un carnicero panzudo, la apetecida ración de carne que la voz estruendosa del pregonero les decretaba.

De estas meditaciones vino á sacarme de súbito un ruido de caballos que oí á la entrada de la casa. Me figuré ver á mi abuelo volver del campo, seguido de sus mozos. Montaba una mula tordilla grande, robusta y de suave andadura; vestía chaqueta blanca de lino y pantalón negro de paño. Llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo blanco muy limpio y planchado, cuyas puntas le caían por detrás de la nuca. Traía sombrero de fieltro aplomado, de alta copa rectangular y anchas alas. Las grandes espuelas que calzaba sobre la bota de cuero de alto cañón, tenían cadenitas de acero que repiqueteaban con el paso de la cabalgadura. Al apearse acudían presurosos los mozos á descalzarle las espuelas y á recoger el azote que llevaba en la diestra. Su elevada y robusta figura de septuagenario se destacaba airosa sobre el grupo de sus

sirvientes, llena de nativa bondad y de varonil energía.

Entraron los caballos en el corredor, y salí á recibir á mi tía y á mis primos que volvían del rancho. Me acogieron con grandes muestras de contento; nos dimos estrechos abrazos y departimos largamente.

Concluida la cena, condújome mi tía á la sala, donde improvisó mi dormitorio con lo más florido de su menaje.

Cuando me levanté á la mañana siguiente, lucía el sol esplendoroso en el horizonte. Me asomé á la ventana y me deleité unos instantes, contemplando aquel hermoso panorama que tanto me sedujo en la infancia. El Tequila, cerro gigantesco, se destacaba á mi frente, levantando su mole verdinegra mucho más arriba que la techumbre de las casas que se alineaban recientemente pintadas al otro lado de la plaza. Desde muchas leguas de distancia se le divisa, haciéndose notar por el apéndice cónico que le corona, el cual es conocido con el nombre de Tetilla. Bosques tupidos cubren sus enormes faldas, semejando ruin vegetación sobre la altura, y cuando llega el invierno, vístense

de nieve sus cimas, como signo de vejez de la enorme mole plutónica.

Madrugaron mis primos para ir á vigilar sus trabajos campestres, y sólo mi tía me acompañó á la hora del desayuno. En su compañía seguí haciendo recuerdos; en vez de las arias que entonaba, pudo ya levantar en dúo su acento mi memoria. A este lado de la mesa se sentaba mi abuelo, aquí mi padre, aquí mi madre, aquí mi hermana, aquí yo. En tiempo de mi abuelo, había en medio de la mesa una grande olla de barro llena de leche espumosa, tapada con una bandeja; sobre ella se colocaba un pozuelo con oreja, destinado á sacar la leche. Distribuía con propia mano mi abuelo el desayuno, y una vez terminado (como siempre que finalizaba cada comida), nos poníamos en pie, imitando su ejemplo, y rezábamos, guiados por él, una acción de gracias á la Providencia.

No concluía aún el mío, cuando vino el rico D. Santos, antiguo conocido de la casa, á saludarme con suma fineza y á invitarme á visitar sus terrenos. Falto de mejor programa que desarrollar, acepté regocijado la proposición, y estando el carruaje á

la puerta, no tardamos en ponernos en marcha.

II

Llámase "La Florida" el rancho de D. Santos y dista de Tequila obra de dos leguas.

Cuando el vehículo principió á rodar por los terrenos de mi compañero, éste me lo avisó mostrándome los linderos. En aquel mismo instante comenzamos á ver á uno y otro lado del camino, los extensos y bien alineados plantíos de mezcales del poderoso agricultor.

—¿Qué número de plantas tiene vd.? le pregunté.

—Cerca de un millón, repuso.

—Es fabuloso.

—No tanto, observó; el abuelo de vd. llegó á tener más de tres millones.

En efecto, mi abuelo fué hace más de cuarenta años, el más famoso fabricante de alcohol que hubo en el Estado. Llegó su fortuna á ser cuantiosísima; las exacciones de los revolucionarios de uno y otro bando

en tiempo de la guerra de Reforma, mermáronla considerablemente.

—Está vd. muy rico, continué.

—Aun no, objetó con engreimiento; pero aguardo llegar á serlo. La vida del mezcalero es muy penosa, mientras no comienza el beneficio de las plantas. Son muy tardías en llegar á sazón.

—¿Cuánto tiempo hay que esperar para que maduren?

—De diez á doce años. Durante ese período, permanece el dinero invertido completamente improductivo. Los terrenos se ocupan con los plantíos; la plantación de la semilla es cara; durante su crecimiento, hay necesidad de cultivarla arándola y limpiándola todos los años. En esto se consumen gruesas sumas.

—Pero al fin, cuando llega el tiempo de la elaboración del alcohol, se obtienen muy buenas ganancias.

—Es verdad; entonces es cuando el mezcalero recibe el premio de su trabajo y de sus sacrificios. Solamente las negociaciones de minas pueden ser mejores que estas empresas, aunque hay que considerar que los mineros tienen la desventaja de dedi-

carse á un trabajo azaroso, lo que no acontece con el nuestro.

El carruaje rodaba con lentitud y dando tumbos en aquel terreno pedregoso. D. Santos hacía parar á cada momento el vehículo, me enseñaba sus vastos dominios, y me hacía extensas explicaciones técnicas. Las laderas de las lomas por donde subíamos ostentábanse cubiertas de mezcales, cuyas hileras rectas, paralelas y simétricas, y cuyas grandes y duras hojas de un verde azulado, formaban como una red monótona á aquellas eminencias, hasta cortar el horizonte.

Mi compañero me explicó cuáles eran los terrenos apropiados para hacer los plantíos; me dió á conocer las semillas de los mezcales, nacidas al pie de las grandes plantas; hízome ver plantíos de todas edades, y en todos estados, así los llegados á sazón como los más recientes, mostrándome la diferencia que hay entre los que reciben cultivo y los que no lo reciben. En esto llegamos á la ranchería.

Dejamos el carruaje y entramos en la casa. Don Santos había hecho en ella obras de importancia. Al frente colocó una gran plaza rodeada de una muralla de piedra, á

la que da acceso ancha entrada que se cierra en la noche por medio de un pesado portón de madera de roble. Forma la fachada vasto corredor, á cuyos dos extremos se encuentran, por una parte, la iglesia, y por otra, la escuela. La construcción de la iglesia estaba en aquellos momentos á punto de ser terminada. Noté que era de un orden desconocido en arquitectura, inventado quizás por el cantero que labró los capiteles de las columnas del templete, adornándolos con flores, aves, culebras y otra multitud de primores distribuidos entre las hojas, que serían de acanto si el capitel fuera corintio. El propietario contempló regocijado tanta variedad de formas, mostrándomela con visible satisfacción.

Como estaba próxima la bendición de la iglesia, me convidó desde luego para asistir á la ceremonia.

En la escuela había tres muchachos casi desnudos, que, con gruesos punteros en la mano, apuntaban las letras de los cartelones suspendidos de las paredes. El maestro era un carpintero que, mientras los discípulos repasaban la lección, se entretenía en barnizar una mesa destinada al despacho.

El interior de la casa nada tenía de notable. Una sala, algunas recámaras, comedor, cocina, corral y extensas caballerizas; todo destituido de lujo, pero amplio y bien ventilado.

Terminada la visita, D. Santos, mirándome con aire malicioso, me dijo:

— Aun me falta enseñar á vd. lo mejor de mi hacienda.

—¿Qué es ello?

—Las muchachas bonitas.

—¡En efecto!

—Aquí tenemos siete. La hija del herrero, la del carpintero, cuatro hermanas que viven fuera del portón, y la más bonita de todas, una mocita de quince años, llamada por todo esto *la virgen de la Florida.*

—¿Con que es muy bonita, eh?

—Ya juzgará vd. por sus propios ojos.

—Vamos, pues, á verla.

—No, todavía no; procedamos con orden. La que vive más cerca es la hija del herrero.

La oficina del maestro estaba contigua y no tardamos en llegar á ella. Hallábase ocupado el Vulcano en majar un fierro candente, que tenía sobre el yunque un mocoso apren-

diz, por medio de las tenazas. Al verños nos saludó cortésmente, aunque no dejó la faena por temor de que se enfriara la pieza. D. Santos me condujo á la cocina á pretexto de darme á beber agua; pero no hallamos á nadie en el hogar. La muchacha había ido á llenar el cántaro al arroyo.

Habiendo fracasado nuestra primera empresa, dirigímonos á la casa del carpintero. Al llegar á ella nos sorprendió la obscuridad en que la hallamos. El carpintero nos habló desde su lecho. Estaba enfermo de fiebre. Al oírlo D. Santos, huyó despavorido, temiendo el contagio, y arrastrándome en la fuga.

En aquellos momentos llegaba el cura del pueblo, que venía á confesar al enfermo.

Llevaba sombrero de palma, y montaba un caballo trotón, que le hacía saltar muy alto en la silla. Apenas alcanzaba los estribos con las puntas de los pies; se conocía que venía sufriendo mucho. Lo revelaba la expresión de su fisonomía. El sol y la fatiga habíanle encendido el rostro y hacíanle sudar copiosamente. Detuvo la caballería, echó pie á tierra y nos saludó con mansedumbre. Sacó de bajo la sotana la ampo-

lleta, que iba envuelta en una bolsita azul, la colgó al cuello, y sin titubear penetró en la casa del febricitante.

D. Santos y yo nos vimos asombrados. Ambos habíamos entrado en aquel tugurio sin saber lo que íbamos á encontrar, llevados del deseo de ver á la rústica beldad que allí vivía; pero nuestra curiosidad no había sido parte para impedir nuestra fuga á la noticia del contagio.

Aquel santo sacerdote, por el contrario, llamado expresamente para confesar al apestado, habíase puesto en marcha sin pérdida de momento; y quemado por el sol, cubierto de sudor, predispuesto para el contagio, penetraba resuelto en la habitación, celoso del bien de una alma. ¡Qué milagros hace la religión! ¡qué cosas tan grandes la virtud!

Pensando esto, seguí maquinalmente á D. Santos, quien atravesó la plaza y traspuso el portón. Nos acercamos á un jacal miserable. Entramos dando los buenos días; varias voces nos contestaron. Allí vivían las cuatro hermanas bonitas.

Una de ellas estaba haciendo tortillas. Molía el maíz en el metate, y colocaba la

masa adelgazada y extendida á palmadas entre las manos, sobre el comal de barro, que descansaba en unas piedras, y bajo el cual ardía un gran fuego, formado de leña flameante. Su figura era muy poco graciosa.

Otra se ocupaba en colar leche cuajada en una cesta, para hacer queso. Nada seductora tampoco hallé su fisonomía.

Estaba sentada en el suelo la tercera, con las piernas encogidas y bien arrebujada en su rebozo. Su rostro, sin ser hermoso, era bastante simpático; pero la pobre joven estaba enferma de calenturas intermitentes y tenía el cutis amarillo.

Abrigábase la cuarta en un rincón del jacal, de espaldas á la luz. D. Santos la hizo voltear de frente á nosotros. Padecía de los ojos la pobrecilla; lagrimeaba constantemente y los tenía encendidos. Decididamente, no se hallaba en condiciones de agradar. De las cuatro hermanas cuya belleza me había ponderado mi compañero, no había una sola que mereciera la pena.

Nuestra visita no fué larga. Gustamos un taco de tortilla con queso en compañía de aquellas jóvenes; conversamos un poco, les

aconsejamos á las enfermas que se aplicasen algunas medicinas: infusión de hojas de gigante en pociones á la que padecía calenturas, y gotas de cogollos de mezquite machacados con agua, á la otra, dentro de los ojos, y con esto nos despedimos.

—Hemos andado desgraciados, me dijo D. Santos al salir, pues hasta ahora no ha visto vd. ningún hermoso palmito entre las muchachas que le he mostrado. Las que tienen mejor estampa hállanse enfermas ó ausentes. Creerá vd. que soy hombre de mal gusto. Sin embargo, espero que la *virgen de la Florida* me hará recobrar el crédito.

— Allá lo veremos, repuse.

La verdad era que, después de tan larga revista, comenzaba á formarme la idea de que, efectivamente, D. Santos era hombrede gusto estragado. Poca fe tenía en que la *virgen de la Florida*, como él la llamaba, fuese superior á las beldades que acabábamos de ver.

Pasamos frente á dos ó tres jacales; al fin nos detuvimos.

—Buenos días, doña Petra, dijo D. Santos.

—Buenos días, señor amo, contestó una mujer que se hallaba á la puerta de una choza miserable.

Era una vieja de pelo rojo, fea y con la cara envuelta en trapos mugrientos.

—¿Dónde está Cruz? siguió preguntando mi compañero.

Creí que se refería á alguna mujer; pero con asombro ví que aludía á un hombre, pues al oirle, salió del jacal un viejo alto, membrudo y tuerto, que fumaba un largo cigarro de hoja de maiz.

—A sus órdenes, señor amo, contestó el viejo.

—Aquí tiene vd,; me dijo D. Santos, al famoso Cruz Analco.

—A las órdenes de su mercé, repitió el viejo.

—Bien,—prosiguió D Santos entrando en el jacal, seguido de mí,—¿dónde está la *virgen?* Este *frastrero* desea conocerla.

— Anda dándoles de comer á los pollos, dijo Petra; voy á llamarla.

Entretanto que Petra llama á la *virgen*, entramos en el jacal D. Santos, Cruz Analco y yo.

—En breves palabras, me dijo D. Santos, voy á ponerlo á vd. al tanto de lo que es esta familia. Petra es tia carnal de la *virgen*, y es casada. El amigo Analco vive en mala amis-

tad con Petra, á pesar de su marido. Todos viven juntos.

—¡ Alabado sea Dios! dije yo, ¿el marido vive con ellos?

—Vd mande, señor, dijo en esto un hombre que apareció en la puerta del jacal.

—Nadie te llama, Jesús, dijo D. Santos.

— Oí que este señor preguntaba por mí, objetó el intruso, señalándome con el dedo.

—Nadie lo necesita á vd., amigo, gritó Analco; váyase afuera.

Desapareció Jesús en el acto. Era flaco, trigueño y harapiento; tenía el aspecto más humillado que se pueda imaginar; era la vera efigie del *pobre diablo*.

—Es el marido de Petra, dijo Analco con desprecio.

—Prosigo mi cuento, continuó D. Santos. Petra es hermana de la madre de la *virgen*, que es huérfana, y se ha hecho cargo de ella incorporándola á su familia. La *virgen* no tiene más que una hermana con la cual vivía; pero como se echó á la calle la indigna no era conveniente que Nieves continuase con ella.

—Sí, agregó Analco, la niña se ha *amparado* de nosotros para no echarse á perder.

—¡Buen amparo, á fe mía! repuse.

En esto volvió Petra. Sacó del fondo de una enorme cesta unas enaguas de indiana colorada, y unos zapatos de tafetán azul.

—Voy á llevar todo esto á esa muchacha presumida, dijo la tía saliendo nuevamente.

Permanecimos en silencio largo rato, pues D. Santos había terminado su historia, y yo nada tenía qué decir.

El silencio fué interrumpido por el regreso de la tía Petra, que entró diciendo:

—¡Entra, niña! ¡Habráse visto muchacha más alzada! Entra, que te quiere saludar el amo, y conocer otro señor.

La muchacha entró poco á poco, con excesiva timidez. Se había puesto las enaguas coloradas y los zapatos azules. Traía el rostro cubierto casi con el rebozo. D. Santos se levantó de su asiento, y acercándose á ella con familiaridad, la despojó del rebozo diciéndola:

—Saluda, no seas ranchera. El señor quiere conocerte.

—Buenos días le dé Dios á su mercé, dijo la muchacha tendiéndome la mano y poniéndose colorada.

—Buenos días, le contesté clavando la mirada en su rostro.

Blanca, rubia, con ojos azules, toda su fisonomía respiraba modestia y timidez encantadoras. El óvalo de su rostro era perfecto; tenía en las mejillas hoyuelos deliciosos. Su boca pequeña y encarnada mostraba dientes blancos; era su nariz bien perfilada; su frente un tanto pequeña, armonizaba graciosamente con el resto de sus facciones; sus cejas tupidas y juntas, daban á su expresión una severidad que desmentían sus dulces ojos. Era alta y esbelta; se conocía que se hallaba en la edad del crecimiento. Su voz era dulce y vibrante. Don Santos no me había engañado; *la virgen de la Florida* era muy hermosa.

—¿Cómo se llama vd., niña, la pregunté, y qué edad tiene?

—Me llamo María de las Nieves, señor, una servidora de vd., y voy á cumplir quince años.

—Bonito nombre, y bonita edad, observó D. Santos ¿no es cierto?

—Cierto, contesté; todo está de acuerdo con la hermosura de esta niña.

—¿Le parece á vd. bonita? me preguntó D. Santos.

—Sí, le dije, y por extremo.

Cubrióse Nieves la cara con las manos, y no hallando como evitar nuestras miradas, nos volvió las espaldas.

—Muchacha malcriada, le dijo Analco, no dés la espalda á los señores.

—¡Quítate esas manos de la cara! prosiguió la tía Petra.

Y como Nieves no volteaba, ni se descubría el semblante, la tía la hizo girar por fuerza sobre los pies hasta ponerla frente á nosotros, y le apartó las manos del rostro.

—Déjela vd., la dije, tiene razón de acortarse.

—Ven acá niña, saltó D. Santos, siéntate junto á mí.

Y le señaló un lugar á su lado en la cama de tapextle que le servía de asiento.

Nieves resistió; pero la tía la obligó tirándola de las enaguas.

—¿Me tienes miedo? le dijo D. Santos.

Nieves no contestó.

D. Santos le cogió las ricas trenzas rubias, y mostrándomelas, exclamó dirigiéndose á mí:

—Bonito pelo, ¿eh?

La pobre muchacha continuaba colorada como una amapola, y no levantaba los ojos del suelo. Su inmovilidad era la de una estatua.

En aquella situación permaneció largo tiempo. Analco, la tía y D. Santos sostenían la conversación hablando sobre cosas triviales. Terciaba yo también en ella de cuando en cuando. Nieves no desplegaba los labios, ni osaba mirarnos.

Entretanto dolíame de ver á aquella muchacha tan bella, sumida en un medio social tan infecto. Todo en ella era armonioso: sus delicadas facciones, su talle esbelto, sus manos perfiladas, su risa argentina, sus ojos de gacela. Nada de lo que le pertenecía disonaba; era su conjunto como un ritmo. No podía explicarme cómo había podido nacer tal criatura de aquella repugnante familia. Pero ¿no suelen brotar las azucenas en los lodazales? Entre la tía Petra y Nieves no había semejanza alguna; eran los dos extremos de la forma humana: la belleza y la fealdad. Explíquelo quien pueda.

¡Que sombrío porvenir el de aquella cria-

tura !Huérfana, hermana de una mujer perdida, viviendo al lado de una tía que le daba los peores ejemplos, de un hombre en extremo inmoral, como Analco, y de otro en extremo indigno, como Jesús, no tenía á donde volver los ojos en busca de amparo, ó al menos de un buen consejo. Por otra parte, D. Santos era un viejo libertino, de aquellos que todo lo huellan y ultrajan por satisfacer sus apetitos. Veía yo claramente en la mirada del amo, flamear el deseo satánico, cada vez que se fijaba en la pobre muchacha.

Hay, por desgracia, en México, país de instituciones libres, donde se ha proclamado la emancipación de los pequeños, de la tiranía de los grandes, buen número de propietarios rurales, que aun mantienen de hecho vivos en sus posesiones, los antiguos derechos de honras y haciendas, sobre sus sirvientes, como si aun fuesen estos los antiguos siervos del terruño. Se administran justicia por su propia mano, sujetan á los infelices al tormento del cepo, les rebajan los salarios, les pagan con maíz, con fichas, con papel, los obligan á consumir los efectos que ellos les venden, á los precios que quie-

ren, y para colmo de injusticia, deshonran á sus hijas ó esposas, llevando la desgracia al seno de las familias y á lo más profundo de los corazones campesinos.

D. Santos era uno de esos hacendados arbitrarios y crueles, que abusan de su posición para tiranizar á los moradores de sus tierras. A aquellos que, bastante orgullosos ú honrados no se sujetaban á su yugo, los lanzaba de sus dominios ignominiosamente, llamándolos ladrones.

Vínome también á las mientes, la idea de que la tía Petra y Analco eran suficientemente infames para secundar las miras de D. Santos. Había en su lenguaje y en sus modales, respecto de su amo, harta bajeza y servilismo para no dar á pensarlo; aparte de que su vida licenciosa suministraba sobre este particular otro dato significativo.

¿Por qué nacen seres fatalmente condenados á la desgracia? ¿Por qué Nieves era huérfana, y por qué en la casa de su tía, en lugar de encontrar virtud y amparo, había hallado corrupción y perfidia?

Absorto en estos pensamientos, iba concibiendo un interés más y más vivo en favor de aquella pobre joven. La persistencia

de mis miradas fué mal interpretada por D. Santos.

—¡Hola!, me dijo, parece que Nieves le gusta á vd. demasiado; no aparta vd. de ella los ojos. Voy á ponerme celoso. ¿Qué dices de eso, Nievitas? Y se echó á reir estrepitosamente.

—En efecto, contesté seriamente volviendo de mi abstracción, esta niña me inspira vivo interés.

Al oírme, levantó ella del suelo los azules ojos y los fijó un momento en mí con timidez. El corazón me dió un vuelco. ¿Cómo dominar la influencia que la hermosura y la inocencia ejercen sobre el corazón? Yo, á la verdad, era en aquel entonces demasiado sentimental, y confieso haber sido esclavo de esa magia dulcísima, de ese encantador y casi irresistible poderío que Dios ha dado á las hermosas.

A poco nos despedimos. D. Santos, al decir adiós á Nieves, retuvo la mano de ella largo rato entre las suyas, aunque la niña trataba de desasirse de su repugnante presión. La tía Petra y Analco la reprendían diciéndole que no fuera malcriada.

III.

Durante el camino de regreso á Tequila, hablamos largamente de Nieves, D. Santos y yo.

—Tenía vd. razón al elogiarme á la *virgen de la Florida*, le dije: es una muchacha muy linda.

—¿De suerte que me concede vd. buen gusto?

Le vuelvo el crédito.

—Hace poco que esta familia se ha avecindado en mi rancho. Como vd. debe comprender, estoy muy contento de ello.

—Así lo considero.

—El pícaro de Analco y la vieja son bastante astutos para comprender que me interesa la muchacha, y bien, á fe, me explotan. A cada momento me piden servicios. Habilitaciones, tierras para sembrar, dinero: cuanto me piden les doy. Hace pocos días fué Analco reducido á prisión por la autoridad de Tequila, por indicios de robo;

y conseguí que fuera puesto en libertad, dando fianza por él de buena conducta.

—¿Y vd. cree que sea hombre honrado?

—¡Qué he de creerlo! Tengo la convicción de que es un pícaro redomado. Creo que es capaz de todo; de robar, de asesinar, de incendiar y de cuanto malo haya.

—Pues no será difícil que lo comprometa á vd.

—Ya lo he pensado; pero en tal caso, lo peor que podrá sucederme será tener que dar algún dinero. En cambio puedo disponer de Analco como de un esclavo.

De aquí pasó D. Santos á explicarme con todo el cinismo imaginable, sus perversas intenciones respecto á Nieves.

—¿No le inspiran á vd. lástima, le dije, su juventud, su hermosura y su desamparo?

—Amigo mío, me contestó, ésta es una de aquellas criaturas condenadas por el destino á tener mal fin. Como quiera que sea, Nieves ha de ser desgraciada; nació predestinada para ello. En tal caso, no seré yo quien la hunda en el abismo, sino la suerte.

En vano me empeñé en convencer á D.

Santos, de que había de su parte cobardía en abusar de esas mismas circunstancias; de que debía empeñarse en aventuras de otra naturaleza, en las cuales pudiera tener al menos, el orgullo de la victoria después de la lucha; y de que le sería mucho más satisfactorio hacer de aquella pobre muchacha una criatura feliz, combatiendo su mala estrella, que cooperar á precipitarla en la desgracia. Todo fué inútil. D. Santos se me rió en las barbas, diciéndome que hablaba tonterías, y concluyó por insinuarme que me expresaba de tal suerte por envidia, y que me conduciría como él, si me hallase en su caso.

No insistí más, y seguimos hablando de cosas diferentes. En seguida caímos en prolongado silencio.

Era D. Santos un viejo de más de cincuenta años, gordo, cejijunto y de facciones vulgares. Traía la larga cabellera enmarañada y revuelta; formábale la barba cana, hirsuta y crecida sin orden, al rededor del semblante, un marco de blancas púas que parecían espinas, como los pelos del puerco espín. Sus manos amarillas por el humo del cigarro, mostraban uñas largas y negras. Su

conjunto era antipático y repugnante; acaso más aún me lo parecía por verlo tan desapiadado y corrompido. Era á mis ojos un milano cirniéndose sobre blanca y tímida paloma.

Al través de un sol de fuego, y asfixiándonos con el calor de la atmósfera, obra de la siesta, llegamos de regreso al pueblo. En el acto me despedí, gozoso, de D. Santos, deseoso de descansar de su compañía.

IV.

Costumbre general es en los pueblos de la comarca, obsequiar al forastero con toda especie de invitaciones y excursiones campestres. El generoso y amable vecindario se lo disputa para agasajarle y obsequiarle, estableciéndose en estos actos de benevolencia, casi un pique de amor propio entre los sencillos moradores del lugar, desde el ofrecimiento del hospedaje, hasta la invitacion á la comida ó al baile. Esta generosidad y amable disposición de los ánimos, forman uno de los rasgos distintivos así como de los más simpáticos de nuestras poblaciones cor-

tas; recuerdan las costumbres patriarcales, bajo el imperio de las que el huésped era tenido por sagrado y se convertía en objeto de un culto verdadero; y contrastan de un modo plácido con el egoísmo y con la avaricia que van enseñoreándose poco á poco de la capital. Todas las situaciones tienen su anverso y su reverso. Achaque es de la civilización producir entre otros vicios, el enfriamento de los afectos, que disminuye el amor fraternal entre los habitantes de la misma población; pero los lugares pequeños, á vuelta de su generosa hospitalidad, tienen el seno carcomido por cien llagas dolorosas, que hacen difícil y penosa su vida. Así, por ejemplo, la maledicencia y la envidia llenan á la continua el corazón y la boca de las sociedades aldeanas, las cuales todo lo atisban, motejan y zahieren de un modo inhumano, tornando así su existencia en cadena de odios y discordias.

Tales observaciones hace el viajero que pasa una temporada larga en cualquier pueblo; no el que, como ave de paso, apenas se detiene lo suficiente para sacudir el polvo del camino y cobrar aliento para seguir la jor-

nada. Así yo, que sólo fuí á Tequila con el propósito de renovar gratos recuerdos y no con el de permanecer un tiempo dilatado, no tuve espacio sino para ocuparme en visitar sitios que me habían sido antes familiares, y para renovar en mi corazón ese romántico placer que suscita en el espíritu la contemplación de un pasado dichoso. Debido á tan favorable circunstancia, me tocó en suerte mirar sólo la parte florida del cuadro, escapando, por fortuna, á la dolorosa impresión que me hubieran causado sus defectos.

Víme, pues, en aquellos días, disputado por mis parientes y por los amigos de mi casa de una manera tan empeñosa y amable, que no podré nunca olvidarlo. Ya iba á un rancho, ya á otro; ya trepaba por las faldas del Tequila, ya bajaba al fondo de la Barranca, donde corre con turbias y mugidoras aguas el Río de Santiago. Empero, á mí, más que lo nuevo que no conocía, placíame mirar una vez más los panoramas que antes había visto; porque los contemplaba, no tanto con los ojos del cuerpo, como con los melancólicos del espíritu, que saben hallar tanta magia y colorido en los objetos.

Conocedor de mis inclinaciones uno de mis primos, propúsome que hiciésemos una excursión á la renombrada hacienda "El Potrero", que se halla obra de tres leguas de Tequila y como á dos tercios de la profundidad de la Barranca. Regocijado admití la invitación, y al despuntar la mañana del siguiente día, pusímonos en marcha á caballo acompañados de nuestros mozos.

Comienza la senda en terreno plano; poco á poco aparecen montículos que la van trasformando, hasta que, al través de incipientes fragosidades, se llega al borde de la inmensa hoya, que se extiende en matizados repliegues, en dirección sinuosa y por espacio de leguas. No revela, visto desde arriba, lo que es ese abismo. Mírasele desde la altura, como una cavidad formada por lomas descendentes y estériles; los ojos no perciben más que enormes rocas tajadas á pico, honduras pedregosas, planicies escalonadas, amarillentas é infecundas. De trecho en trecho distínguense vagamente en sus flancos, manchas verdosas semejantes á la lama que nace con la humedad en las paredes de los pozos, ó á las

ruedas de ruín vegetación que describen los líquenes en la superficie de las piedras. Pero, tan desolado panorama no es más que una ilusión de mera óptica. Vistas de cerca aquellas manchas verdosas, son vastos oasis de vegetación exhuberante, donde se sienten volar céfiros del paraíso. Las cañadas que á distancia preséntanse sólo como arrugas oscuras, ocultan una especie de efervescencia vegetativa, donde la naturaleza se desarrolla frenética y delirante en todo género de producciones. Los desfiladeros que aparecen á distancia como negras cavidades esfumadas en la escalinata de eminencias que bajan sin fin á un término desconocido, son vertiginosos despeñaderos cubiertos de frondas, de enramadas, de enredaderas, de flores y de frutos, que se hacen más y más abundosos á medida que bajan mayormente al seno de la tierra.

Comienza el descenso por un suave declive. Muy á poco la senda se descuelga casi perpendicularmente como una escala; se encajona en pasos estrechos, donde apenas caben las cabalgaduras unas en pos de otras; se quiebra en angulosos zis-zas, como la línea que dibuja el rayo en el firmamento;

y se torna agria y pedregosa como lecho de torrente. Camínase paso á paso llevando la brida asida fuertemente para evitar tropiezos y resbalones de la bestia; y á diestra y siniestra, adelante y á la espalda, míranse las masas de verdura llenar completamente el espacio, dejando apenas entrever el cielo azul acá y allá por enmedio del tupido ramaje. Mil rumores llegan confusamente á los oídos, formados por los soplos del viento que zumban al chocar con las escabrosidades de la Barranca, por el balanc o de las frondas, por el sonar de los platanares y por el correr de los arroyos. Límpidos estos y murmuradores brotan por todas partes y se precipitan á los abismos, espumando sobre las rocas; y convirtiéndose en lluvia de perlas, al salir de sus cauces de granito, forman vistosas cataratas. Entre las ramas pían los pájaros, y donde el bosque es más verde y tupido, se oyen cantos deliciosos de músicos alados, que entonan inconscientes el himno libre y regocijado de la naturaleza.

A medida que se desciende más y más, aumenta el calor, enrarécese el aire y se hace más abundante la vejetación. Los mosquitos

de volar rápido y silencioso se interponen entre el ojo y los objetos, como la mota que mancha la retina en ciertas enfermedades ópticas, y de cuando en cuando, sin más rumor que un débil zumbido, se pegan á la piel y pican furiosos, causando un escozor que nada puede calmar, si no es el fuego ó el alcohol. Míranse al paso correr las lagartijas que se ocultan en las grietas de las peñas. Las ardillas huyen espantadas levantando en alto las esponjadas y afelpadas colas, en tanto que alguna culebra se desliza rápida por el suelo como movible línea verdosa y abrillantada, perdiéndose en los matorrales que bordan el camino. El panorama cambia de improviso y á cada momento. Ya se encierra y encajona en urnas de roca, donde ha sido hecha la senda; ya se abre en las cimas de las lomas, dominando los verdes y profundos abismos que aparecen á los pies del viajero. A las veces, por entre las ramas y plantas trepadoras de la orilla, descúbrense abismos tremendos, en cuyo fondo se perciben vagamente correr los arroyos. Bosques de plátanos llenan las arrugas y repliegues de la enorme hoya; la salvia impregna el aire de su olor penetrante; el

ciruelo levanta por los aires las ramas escuálidas y desnudas, semejantes á los brazos de un penitente de la India; las hiedras esmaltan con flores azules ó rojas, el tronco amarillento de los árboles, la monotonía de las piedras ó la hojarasca de los matorrales.

A un lado del camino se halla el célebre sitio llamado el *Chorro*, donde brota el agua de una enorme peña. Los bordes de la Barranca son cantiles gigantescos tajados á pico; de la roca árida y desnuda despréndese ahí, grueso y abundante manantial de agua purísima y espumante, que cae de grande altura en una taza que se ha labrado por su propia fuerza en la dura superficie, hiriéndola y golpeándola constantemente. El fragor que produce la cascada, repetido y reforzado por los ecos de aquellas fragosidades, asorda con su estrépito, é impide comunicarse entre sí á los que la admiran, á no ser que se peguen la boca al oído y se trasmitan sus ideas á grito herido. El agua de grato calor y suavísima al tacto, agítase hirviente en su reducida cuenca, y luego corre por los flancos de la Barranca precipitándose en la hondura. La vegetación que brota y se ostenta en torno de ese cuadro

es de tal suerte profusa, que oscurece la luz del día, dejando ver la cascada en una penumbra misteriosa, que aumenta singularmente tanta majestad y hermosura. Bosques de plátanos se alínean atropellados á las márgenes del arroyo, y descienden por las bruscas laderas presentando hacia arriba la superficie de sus hojas lustrosas, semejante á un alegre manto verde echado sobre los vertiginosos desfiladeros para embellecerlos y ocultarlos.

Visto y admirado el Chorro, continuamos el camino con dirección á la hacienda. No tardamos en mirarla surgir á nuestras plantas, de una arruga dibujada en el flanco del precipicio. Las techumbres de las casas presentáronse tan directamente abajo del camino, que parecía que nuestras cabalgaduras acabarían por hollarlas con sus cascos. Repentinamente hizo un recodo la senda, y por un declive rápido llegamos á la plaza, en torno de la cual se agrupan las habitaciones. Forman el extenso circuito la casa del amo, el trapiche, las trojes, la capilla y un enverjado de hierro que limita la huerta.

Al resonar las pisadas de nuestras caba-

llerías en el empedrado, salió de la huerta un mozo que nos saludó atentamente, é invitándonos para que nos apeáramos, tomó nuestras bestias por la brida y las condujo al pesebre. Volvió después á la plaza.

—Oye, Juan, le dijo mi primo, este señor es mi pariente y desea conocer la huerta.

—Pasen ustedes, señores.

—¿No hay que pedir permiso al administrador?

—Está en Tequila, contestó Juan; pero no importa, soy el hortelano. ¿Es la primera vez que viene el señor al Potrero?

—No, le dije, he venido algunas veces antes de ahora; pero hace ya muchos años.

Hablando así bajamos la gradería y entramos en una larga y ancha calle, costeada de corpulentos naranjos, detrás de los cuales se veía desarrollarse una vegetación variada y poderosa. Atravesamos en todas direcciones aquel sitio hermosísimo, sin dejar de explorar ninguno de sus rincones ni aun los más ocultos, ninguno de sus boscajes ni aun los más misteriosos y apartados. Es un compuesto delicioso del Jardín de las Hespérides, y del paraíso terrenal. Su feracidad es prodigiosa. Ahí las plantas son

árboles; los árboles, colosos. Los mameyes alcanzan altura nunca vista; llevan sus amarillas ramas provistas de grandes y duras hojas y cargadas de fruto, hasta más arriba de los otros árboles. Osténtanse esbeltos y elevados los mangales, alcanzando talla asombrosa. El dueño de la finca ha formado un bosque de ellos tan hermoso y tupido, que sirve para almuerzos y bailes campestres como una amplia y fresca basílica. Los cafetales se apiñan á la orilla de los arroyos, cuajados del rojo fruto que da el grano famoso. Hay necesidad de apuntalar sus ramas para que no se venzan y quiebren por el exceso del producto. Los platanares forman bosques extensos que van serpenteando y siguiendo las sinuosidades del terreno, ora hundiéndose en las depresiones, ora subiendo sobre las eminencias; y así se les ve, como apiñado y alegre ejército, trepar por las laderas en dirección de las corrientes, ó bajar por las profundidades, siempre verdes, brillantes y sonoros. Pero lo que forma la principal delicia del huerto, son los naranjales que por todas partes levantan sus gallardas y verdes copas, embellecidas por el blanco azahar y por

el rojo y redondo fruto. Colgado abundantemente de sus ramas, asoma entre la profusa y luciente hojarasca.

Es famosa la fruta del Potrero por su calidad exquisita. El plátano perfumado, los mangos enormes y jugosos, los aguacates, las limas, todo lo que ahí se produce ès de gusto delicado, y podría servir para regalar paladares regios. La naranja especialmente, hermosa á la vista y grata al olfato, tiene un sabor particular por su perfume y dulzor. He gustado en mis dilatados viajes las naranjas más renombradas del mundo, las de Cuba, Florida, Andalucía, Africa, Sorrento, Sicilia, Jaffa y Kaiffa, y puedo decir con verdad, que las del Potrero sostienen la competencia con ellas, dado caso que no sean las mejores de todas.

— Hermoso lugar, por vida mía, dije á mi primo.

—Ya te lo decía , repuso. Conociendo tu afición á las bellezas naturales, estaba cierto de que te dejaría satisfecho la expedición.

—¡ Vaya que Tequila es tierra privilegiada! continué. Tiene deliciosos alrededores' y al paso que sus hombres son valientes

como leones, son sus mujeres hermosísimas como ángeles, según dijo de Guadalajara el célebre literato Altamirano, no há muchos años.

—Pase lo de los alrededores, que, en efecto, no son malejos, y admitamos la valentía de los hombres puesta á prueba por Lozada; pero por lo que hace á la hermosura de las mujeres, es forzoso ponerla en cuarentena. Te desafío á que me menciones una sola de esas beldades.

Guardé silencio por un momento, revolviendo penosamente personas y nombres en mi imaginación. Para salir de la dificultad dije en tono de triunfo:

—Nieves, la *virgen de la Florida*.

—No es de Tequila, dijo mi primo riendo

—Pero como si lo fuera, repliqué.

—No tanto, puesto que ni siquiera vive en el pueblo. Confiesa que lo que has dicho de nuestras mujeres, no es más que una frase retórica.

—No seré tan poco galante, repuse soltando una carcajada; antes sacrificaría la propia vida.

Nuestro conductor se había aproximado á nosotros y oía atentamente la conversación.

—¿Conoce á Nieves su merced? me dijo tomando parte en el diálogo.

—Tengo esa dicha. ¿La tiene U. también?

—Ni tanto, me dijo, como que es mi novia.

—¡Cáspita! repuse mirándole con interés. ¿Conque sí, eh?

—Sí, señor, me dijo poniéndose colorado y tronchando las ramas que salían al camino con el machete que llevaba en la mano.

Era Juan alto, musculoso y de color blanco. Su tez un tanto pálida armonizaba con la dulzura de su fisonomía, donde se veía brillar la sencillez propia de la edad y de los campos. Un bozo casi rubio sombreaba apenas su labio superior; tenía los ojos grandes y de melancólica mirada; su sonrisa era apacible y casi triste. Su profusa cabellera castaña y un tanto rizada, formaba á su cabeza un penacho desordenado, pero no exento de gracia. Tal como lo vi en aquellos momentos, con el calzón recogido hasta la rodilla, dejando al descubierto la pantorrilla robusta y los pies blancos y limpios, me recordó la figura de algunos mozos napolitanos, tocadores de guzla, á quienes los pintores suelen tomar por modelo en sus cuadros de costumbres.

—No está mala la pareja, pensé en mi interior.—Y luego en alta voz proseguí.—En tal caso felicito á V., amigo, porque, la verdad, es muy hermosa la niña.

—Tiempo hace que nos hubiéramos *matrimoniado*, continuó Juan con la sencillez del campesino que abre su pecho á todo el mundo, y cuenta su historia al primer venido—,si no fuera por la corta edad de la niña y porque no me quieren ni la vieja Petra, su tía, ni el tuerto Analco.

—Y ¿por qué no lo quieren á Ud? ¿tienen algún motivo?

—No lo sé, aunque creo que ha de ser por pobre, porque les gusta el dinero más de lo debido.

—¿Hace mucho tiempo que Ud. y ella se quieren?

—Desde que éramos mocosos nada más. Los dos somos de Amatitán, y como nuestras familias vivían en casas contiguas, todo el día nos veíamos, y jugábamos juntos. Nadie hubiera creído que la muchacha había de ser tan bonita, pues cuando chica era tan fea, que me burlaba de ella llamándola *huera pistoja*, lo que le daba mucho coraje.

La observación de Juan hízome recordar otras mutaciones de este linaje de que he sido testigo. He conocido niñas de fealdad superlativa, que al llegar á la adolescencia tienen un cambio asombroso trocándose en hermosas. Lenta, desconocida y poderosa transformación se apodera de sus toscas facciones para perfeccionarlas y darles gracia y harmonía. Vista la metamórfosis, me ha dejado perplejo más de una ocasión. ¿Cómo—me digo—es esta naricilla fina y burlona, aquella misma nariz chata y remangada que conocí en otro tiempo? Y aquella dentadura desordenada, rebelde y sin dirección fija ¿es esta sarta de menudas perlas que asoman relucientes por entre esos labios de grana? Y aquellos pies toscos y mal formados ¿son estos mismos piececitos que envidiaría la *Cenicienta*? ¿Cómo pudo aquella rapazuela fea y sin gracia trocarse en esta diosa de la hermosura? Y sin explicar pizca del suceso, quedo ante él mudo y suspenso, no sé si buscando el proceso y trasformación de las líneas, ó recreándome con el hecho en sí mismo, como ciego adorador del dios éxito.

Sin caer Juan en la cuenta de la distrac-

ción en que me había sumido, siguió refiriéndome con minuciosidad el idilio de sus amores. Oí confusamente que me explicó á su modo el apego que había ido sintiendo poco á poco hacia Nieves, y cómo ésta se manifestaba cariñosa y afable con él como una hermana, hasta que la separación les había hecho comprender sus verdaderos y recíprocos sentimientos. Recuerdo que me refirió no haber empleado nunca la fórmula sacramental *te amo* para hacerse comprender por Nieves; sino que ambos por mutuo y tácito acuerdo habían dado por sentado que se querían desde tiempo inmemorial. Salido de la infancia, Juan había sido puesto al trabajo por su padre. Comenzó por ser *sembrador*, caminando detrás de las yuntas de bueyes que araban la tierra, y echando los granos de maíz en los surcos acabados de abrir por la reja del arado; pasó luego á conductor de la yunta, y al fin se trasladó con su familia á esta hacienda del Potrero, donde aprendió el arte del hortelano que conocía á fondo su padre. Muerto éste, ocupó su puesto en el cuidado de la huerta. No veía á Nieves mas que los domingos, en el pueblo, á la hora de la misa, y después le

hablaba algunas palabras en la plaza del mercado, burlando la vigilancia de Petra, que se llenaba de cólera al mirarle. Algo maliciaba él de las perversas intenciones de don Santos respecto á Nieves, y temía la complicidad de Petra y Analco en las miras de aquel hombre perverso, cuya inmoralidad y cuyos abusos con los pobres eran harto conocidos en muchas leguas á la redonda.

—Si tuviera veinte pesos—me dijo al concluir—procedería á casarme inmediatamente.

—Pero ¿de qué manera? ¿tan pronto?

– Haría que Nieves se *juyera* conmigo, la depositaría en el pueblo en la casa del señor cura, y luego nos casaríamos. Al fin y al cabo no tiene padres, y el jefe político le daría licencia para el matrimonio, aunque rabiaran el tuerto Analco y su tía.

—A decir verdad, no me parece el plan del todo malo; pero veinte pesos serían muy poco para todos los gastos. Sólo los derechos del curato los valen.

—Tengo bien echadas mis trazas Al señor cura le daría doce ó quince, y con el resto compraría las donas y haría la boda.

El interlocutor me hizo luego las cuentas

y me demostró que le bastaría con ese dinero. Podría comprar un rebozo, unas enaguas y unos zapatos para Nieves; con el resto se harían los gastos de la sopa de arroz y del guajolote en pepián—de regla en todas las bodas—y de una música de violín con cantadoras para el baile. Me hubiera entristecido el programa, á no haber visto en los ojos de Juan, que le llenaba de alegría y que le hallaba excelente.

—Bien está—le dije conmovido—puede Ud. dar principio á sus arreglos matrimoniales; yo le prestaré los veinte pesos.

—¿De veras, señor? me dijo con timidez y regocijo.

—Ciertamente, le respondí; sólo que ha de ser pronto, porque no he de permanecer más que unas semanas en Tequila.

Debatimos en seguida los términos en que había de ser pagada la deuda, y hasta después que hubo quedado satisfecha la delicadeza de Juan, me declaró que aceptaba la oferta, y me anunció que tan luego como volviera de Tequila el administrador, le pediría licencia para ir al pueblo y se ocuparía en preparar el golpe que meditaba.

No es necesario decir que desde aquel

momento mostróse Juan conmigo afectuoso y solícito en demasía, apresurándose á servirme y empeñándose en agasajarme. Condújonos al baño de la huerta, formado por la confluencia de dos arroyos, y cuyas aguas de un azul trasparente son de diversas temperaturas. Sus márgenes y su lecho formados por cantos rodados de medianas dimensiones, lisos y bien pulidos, tienen un aspecto muy pintoresco. Sus orillas bien provistas de platanares, guayabos y limas, ofrecen grata sombra, bajo la cual se puede contemplar deliciosamente aquel bello espectáculo. Invitados por Juan, que nos proporcionó sábanas y esteras para el baño, nos metimos en el agua mi primo y yo, sintiendo indecible delicia al contacto de aquella linfa tibia, suave y acariciadora. Traía y llevaba en su largo curso á través de los pedregales y debajo del tupido ramaje, rumores tan acordados y dulces, que, recostado en el lecho de piedra y dejando deslizarse sobre mi cuerpo sus ondas amorosas, me quedaba largos ratos suspenso, escuchando con arrobo aquella música de tono inimitable; y teniendo por cierto que algo me decía, pro-

curaba recoger mi espíritu para traducir con claridad su lenguaje, sin llegar á conseguirlo, en medio del confuso tumulto que en mí despertaba, de serena alegría, dulce tristeza y vagos deseos.

En tanto que nos sumergíamos en las aguas yendo de una corriente á otra á través de su confluencia, los árboles de la orilla, sacudidos por los soplos del viento, dejaban caer en aquel baño rústico sus maduros y y dulces frutos, que nosotros gustábamos llenos de encanto y regocijo. Pareciamos hombres de las primeras edades del mundo, y gozábamos las primicias de la virgen naturaleza, como si mortal alguno antes que nosotros, hubiese sorprendido su amoroso secreto.

Salidos del baño, echamos mano á las escopetas y nos entregamos al placer de la caza, abatiendo los pajarillos que á bandadas venían á posarse en las copas de los árboles. Tordos, gorriones, chachalacas, catarinas, pericos y guacamayas cayeron heridos por la munición de nuestras armas de fuego, cansándome ya muertos y en tierra, tanta maravilla por la hermosura de sus pintadas plumas, como pesadumbre por su

fin aciago, que nada á la verdad justificaba; pues para haberlos herido no teníamos en nuestra defensa ni su índole fiera, ni lo exquisito de sus carnes, dadas por una parte su mansedumbre y por otra su ineptitud para servir al paladar de regalo. Por pasatiempo y juego, con todo, y para ejercitar la puntería, continuamos haciendo aquellos destrozos en la grey volátil, que amedrentada huía de la huerta para buscar seguro refugio en lejana y abrupta cañada.

Llegada la hora de comer, nos dimos cuenta de que no tienen todas las perfecciones los idilios, pues no hubo literalmente cosa con que distraer el hambre.

—Juan—dije al hortelano—háganos Ud. el favor de conseguirnos carne asada, frijoles, tortillas y salsa de chile en algún jacal de la ranchería.

—No hay nada de eso en el Potrero—repuso consternado. ¿No han traído provisiones de Tequila los señores?

—No, porque pensábamos hallar aquí algo que comer.

—Señor, aquí comemos á lo pobre.

—Pero bien ¿con qué se alimentan ustedes?

—Con calabaza cocida.

—¿Nada más?

—Nada más.

Quedéme contemplando con estupefacción á Juan algunos instantes, como buscando en su fisonomía algún gesto de burla y buen humor que desmintiera sus palabras; pero se mantuvo serio y fué preciso creerle. Deseoso de sacarnos del mal paso, echóse solícito á buscar víveres por las casuchas ocultas en los peñascales, y al fin nos trajo huevos y una gallina, elementos bastantes para que nos fuese improvisada una comida frugal, que, después de todo, fué menos mala de lo que hubiera sido de presumirse.

Causa verdadero asombro la miseria en que viven los campesinos. Trabajan sin tregua, comen poco, andan casi desnudos y no tienen exigencias ni goces, aparte de los meramente animales.

La necesidad ha engendrado el progreso; donde no hay necesidades no hay estímulo, ni mejoramiento, ni vida civilizada. Nuestros labriegos saldrán de la abyección en que vegetan, el día en que aspiren á comer bien, á vestir decentemente y á procurarse comodidades. Al elevarse su nivel moral, se levantará el de la República.

Sin embargo de alimentarse con calabaza y fruta, no presentaba Juan síntoma alguno de debilidad, lo que me dejó por entonces harto sorprendido, pues todavía en aquella época no hacían sus célebres experimentos Tanner, Succi y Merlatti, demostraudo que el hombre puede vivir siu comer, treinta, cuarenta y hasta cincuenta días.

—Cuando se case Ud. con Nieves, le dije, vivirán aquí como Adán y Eva en el paraíso.

En efecto, dadas su poca ropa, su alimentación vegetal y la belleza del sitio, la comparación era rigurosamente exacta.

Terminada la comida y pasada la hora del calor, emprendimos mi primo y yo la marcha de regreso á Tequila, despidiéndonos de Juan, quien nos acompañó buen trecho por la cuesta, y me prometió pagarme muy en breve la visita.

V.

Grandes fueron el estrépito y la algazara que metió en Tequila la fiesta preparada por Don Santos para celebrar la bendición

de la capilla de su hacienda. Hombre acomodado y espléndido, no omitió gasto para dar mayor realce al festejo, habiendo hecho llevar de Guadalajara músicos, conservas y vinos exquisitos para obsequiar á los convidados. Fueron éstos no sólo de Tequila y de las haciendas del partido, sino también de pueblos y fincas distantes, de suerte que la concurrencia fué abundante y lucida por todo extremo. Don Santos era vanidoso y manirroto; así que en aquella ocasión echó la casa por las ventanas, como suele decirse, para hacer ruido y andar en bocas con dictado de magnífico.

Fuí de los invitados al festejo, y en compañía del jefe político y de mis primos, me presenté uno de los primeros en la Florida, que hallé toda conmovida por el suceso. La plaza de la hacienda rebosaba de gente campesina; los vaqueros, con chaqueta y calzoneras de cuero, montaban briosos caballos, que hacían caracolear y galopar por todas partes; algunos mozos de á pie prendían cohetes que partían silbando y estallaban á grande altura. Los convidados acudían en carruajes y á caballo, viniendo entre

ellos no pocas damas. Don Santos hacía á su modo los honores de la casa.

--Pasen ustedes, señores, decía á los que llegaban.—Adentro, señoritas.--¡Eh! tú, gritaba á algún mozo, coge ese caballo del señor ¿estás dormido?—Lleven ese coche debajo de aquel árbol--Y concluía gruñendo contra sus sirvientes, á quienes llamaba holgazanes, animales y otras cosas que no son para dichas.

La capilla era pequeña; pero como estaba situada á uno de los extremos del corredor, los convidados que no lograron tomar sitio dentro de ella se colocaron en la parte de afuera, la cual, con la puerta abierta, era como una prolongación de la diminuta iglesia.

Mostrábase ésta cargada de adornos. Por donde quiera se miraban ramas verdes, banderolas de diferentes colores, oropeles y, sobre todo, espejos esféricos blancos, rojos y azules, que colgaban del techo suspendidos por delgados hilos, y que alternados con naranjas doradas, formaban el principal adorno del altar. Dió la bendición á la capilla y dijo la misa solemne el ministro del curato, y á la postre predicó un corto

sermón el señor cura, santo varón más lleno de virtudes que de elocuencia. Al concluir la misa, hubo repique á vuelo con la minúscula campana de la torre, que sonaba sorda y cascada como si fuese hecha de barro; la música tocó *diana* con estrépito y los cohetes y las cámaras estuvieron á punto de desgarrar los tímpanos de los concurrentes.

Acto continuo comenzaron á circular las bandejas con copas de diferentes vinos, y se inició una libación general, que desató todas las lenguas é hizo subir el diapasón de las voces. Los convidados invadieron la casa, distribuyéndose libremente por los corredores, la sala y las recámaras. Hubo tiempo para bailar algunas piezas, y á poco llegó la hora de la comida. Entretanto, la música llenaba el aire con encantadores acordes, sonaban los platos, oíase el retintín de las copas, tronaban los corchos de las botellas, y todo era voces, animación y risas en la extensa y blanqueada troje que hizo veces de comedor.

Serían las tres de la tarde cuando terminó el banquete y se dirigió la concurrencia al lugar donde fueron lidiados los toros. Era

éste un extenso potrero cuadrangular, cercado por ancha barda de piedras y comunicado con otro potrero, donde se hallaba encerrado y apercibido el ganado. Habíanse improvisado algunos tablados sobre la cerca, con el objeto de que sirviesen de palcos. Acomodóse en ellos el concurso, como pudo, en sillas de tule. En cuanto al jefe político y á mí, nos instalamos en el mismo palco de don Santos, quien no consintió en separarse de la compañía de la autoridad, para la cual eran todos sus obsequios y atenciones. Muchos de los hacendados, y particularmente los jóvenes hijos de los propietarios de campo que allí había, montaron briosos corceles y entraron en la plaza, dispuestos á tomar parte en las agilidades y suertes taurinas. Presentáronse caballos muy hermosos y jaeces sumamente pintorescos. Los nobles brutos atravesaban la plaza con el cuello arqueado, las orejas levantadas y alta la cabeza, golpeando el suelo con ligero y gracioso paso, como el de una mujer coqueta. Los ginetes ostentaban chaquetas de lustroso paño, calzoneras con botonadura de plata, sombreros galoneados con *grampas* y toquillas del mismo metal, y enormes espuelas que no hu-

biera desdeñado un conquistador, con gran rodaja en forma de estrella con incrustaciones y chapetones argentados. Los vaqueros cruzaban por en medio de los amos, con trajes de piel y anchos sombreros de palma, y cubiertas las piernas con grandes tapaderas también de piel, sujetas á la cabeza de la silla. En un momento desataron los ginetes los sarapes de brillantes colores que llevaban á la grupa y los desplegaron al aire para prepararse al toreo. Los había blancos, azules y rojos; variedad de matices que daba al cuadro un esplendor indescriptible.

Los rancheros y las rancheras de á pie, que no tomaban parte en la fiesta, instaláronse sobre la cerca de piedra; la mayor parte de ellos en cuclillas, envueltos en sus sarapes desde las piernas hasta la nariz y con el sombrero echado sobre los ojos. Los más animosos dejaban colgar las piernas hacia el corral. Las mujeres vestidas con limpias enaguas de indiana de diferentes colores, calzadas por grave y raro caso con zapatos bajos y negros, ó con botines de tonos chillantes, se acurrucaban también en lo alto de las cercas, cubriéndose la cara con el

rebozo; en tanto que los muchachos trepaban á la copas de los árboles circunferentes, armando una gritería y un estrépito indescriptibles. La escena se desarrollaba bajo un sol de fuego, que parecía haber convertido el cielo en plancha de bronce enrojecido.

Iba á salir á la plaza el primer bicho, cuando dijo el jefe político:

—Hace falta una reina para los toros, don Santos.

—Tiene Ud. razón, contestó éste, es preciso nombrarla. ¿A quién sería bueno designar para tal objeto? Y echó una mirada por los palcos contiguos, donde se apiñaba el bello sexo, sin parecer decidirse en favor de ninguna de las damas allí presentes.

—A quien Ud. guste, repuso el jefe político, con tal que sea una jóven hermosa para que tengan algún estímulo los lidiadores.

Aquella observación pareció haber hecho brotar la luz en el cerebro de don Santos. Desviando la mirada de los palcos, la pasó por la cerca donde se apiñaba la muchedumbre campesina, y á poco inquirir, vióse brillar en sus ojos una llama de satisfacción.

—¡Epa, Pancho! gritó á uno de los vaqueros, anda á decir al tuerto Analco que se venga para el tablado con toda su familia.— Y luego, volviéndose á nosotros, agregó:— Ya tenemos una reina de los toros, que vale la pena.

El vaquero cruzó la plaza á galope y se acercó á un grupo que se guarecía á la sombra de un mezquite. Fijé la atención en él, y reconocí, aunque con algún trabajo, á causa de la distancia, á Analco, á la tia Petra y á Nieves. Habló un momento el vaquero con Analco y volvió luego diciendo que pronto vendría la familia. En efecto, vimos á poco que las personas mencionadas bajaron de la cerca y se aproximaron al tablado por la parte exterior de la plaza. Nieves resistía, se paraba á cada paso y sólo echaba á andar obligada por palabras imperiosas ó por elocuentes empujones del tuerto y de la tía.

—¿Qué tienes, Nieves? la dijo don Santos cuando hubo subido al tablado. ¿Por qué estás enojada?

—Por nada quería venir, señor, dijo la tia Petra. No parece que Ud. es el amo.

—Es muy alzada, prosiguió Analco con

mal humor; pero no hay qué dejarla salirse con sus caprichos.

Nieves callaba, según su sistema, y se cubría el rostro con el rebozo. Se había puesto las enaguas coloradas y los zapatos azules que, por lo visto, eran todo su lujo. Estaba bien peinada además, y llevaba pendientes azules de vidrio y lazos de cinta carmín en la cabeza. El sol y la vergüenza le habían encendido los colores, que parecían los de una rosa de Castilla, y el mohín de mal humor que se dibujaba en sus labios, comunicaba á su fisonomía la gracia encantadora de un niño enfurecido.

—Vamos, no seas tonta, la dijo don Santos señalándole un asiento en la parte delantera del tablado, siéntate aquí; te he llamado para que seas la reina de los toros.

Por grande que fuese la repugnancia de Nieves, serenóse un tanto al oír estas palabras, y dió muestras de quedar complacida, No se es joven, ni bella, ni ranchera en balde: la edad, la vanidad y los gustos del medio social en que se vive, hacen oír sus imperiosos mandatos en el corazón. Todavía se resistió un poco diciendo:

—No, señor, no soy digna de ser la rei-

na, habiendo aquí tantas señoras particulares... ¿Qué dirán las gentes al ver á una ranchera por reina? Seguro se van á reír de mí... ¡Cómo! señor, ¡si estoy tan fea y tan mal vestida! —y otras cosas por el estilo.

Pero no hubo remedio; don Santos, Analco y la tía Petra la obligaron á tomar asiento ó, como quien dice, á sentarse en el trono.

—Vamos, muchacha, la dijo don Santos; aquí vas á estar bien, junto al señor jefe político.

—Si, agregó éste riendo, no tengas miedo; aquí te cuidaré de todos los peligros.

Por más que esta frase fuese humorística, pareció tranquilizar á la pobre joven, que poco á poco se fué acomodando en la silla hasta ponerse de frente á la plaza, y dejó caer al descuido el rebozo de la cabeza. Analco y la tía Petra permanecieron en pie detrás de nosotros.

Una vez lograda la reducción de la indócil Nieves, levantóse don Santos, y gritó con todos sus pulmones:

—Ya puede comenzar la función; ¡aquí tienen ustedes á la reina de los toros!

Todos los rostros se volvieron á nuestro

palco á ver á Nieves, la cual toda confusa, bajó los ojos y se ruborizó intensamente. Voces de hombres dijeron: *¡bonita reina!*; las damas pudieron apenas disimular el mal humor que les causaba que una labradora presidiese acto tan importante y alcanzase tan exclarecida honra. Afortunamente no hay en el campo las exigencias de la ciudad, y las clases, bajo la azul bóveda del cielo, se rozan y compenetran. El amo sienta á su mesa al mayordomo y al administrador, y baila con sus hijas; veces hay que se casa con alguna de ellas, y cuando no se casa, las enamora con seguro, ó las seduce. La familia femenina de los hacendados está habituada á estas costumbres, y no lleva á mal su práctica de una manera tan apasionada como la reprobarían las encopetadas damas de las ciudades. Salvo, pues, algún murmullo de desagrado, ó algún alfilerazo asestado en forma de crítica, á la sencilla muchacha, el suceso no causó grande alboroto ni provocó escándalo en el bello sexo, que era lo que había de más delicado y puntilloso en la reunión.

Dada la voz de mando, los vaqueros que se hallaban en el potrero contiguo, se die-

ron á hacer multitud de evoluciones con el pie de ganado que allí había, con el objeto de separar el toro que había de entrar en la plaza. Consiguiéronlo, por fin, y penetró corriendo la bestia por la puerta, que luego volvió á cerrarse por medio de las trancas movibles y corredizas que la forman. Los ginetes y los toreadores de á pie desplegaron sus lucientes sarapes, y dieron principio al capeo, con bastante destreza. Engañado el toro por la manta extendida, y creyendo encontrar allí al enemigo, lanzábase contra ella con los cuernos bajos; pero el que la manejaba la recogía luego, quedando á salvo y á un lado, y daba el toro una cabezada en el vacío, y sin poder contenerse, seguía adelante á carrera tendida. Los ginetes lucían en estas suertes la ligereza de sus corceles y su habilidad en la equitación; parecía que las astas del toro tocaban ya al noble bruto, cuando éste saltaba hacia adelante como impulsado por un resorte, saliendo ileso. Encabritados los caballos, con las orejas levantadas y la nariz hinchada, tascaban el freno cubriéndolo de espuma, y caminaban volviendo la cabeza hacia la fiera para no perderla de vista y poder bur

lar su coraje. Llenos de entusiasmo algunos ginetes, bajaron de sus caballos á torear á pie y con espuelas. Cada vez que se llevaba á cabo alguna suerte con garbo y limpieza, sonaba un aplauso general, y tocaban *diana* los músicos. Todo lidiador aplaudido era llamado al palco de la reina, la cual le prendía con sus bellas manos, lazos de cintas de vivos colores, en la solapa de la chaqueta ó en el sombrero, ó bien le ceñía al pecho una banda en forma de tahalí, conforme á la importancia de la hazaña.

Pasado el acto del capeo, siguió el de banderillear al bicho. De una cuerda tendida sobre la cerca entre dos mezquites contiguos, pendían las banderillas, ostentando sus vistosos colores, mezclados con oropeles. Allí ocurrían los lidiadores á proveerse de ellas, y agitándolas en las manos, se lanzaban al toro para dejárselas clavadas. No podía contemplarse sin emoción aquel espectáculo. Los lidiadores, sin mantas ya que engañaran al toro, salíanle al encuentro con sólo las banderillas, le citaban de cerca, y al voltear, se precipitaban sobre él y clavábanselas con destreza. A las veces caía al suelo alguna de ellas; esto provoca-

ba un murmullo de reprobación en los espectadores y uno ú otro silbido. Más difícil era la operación para los ginetes; tenían que ser estremadamente hábiles para banderillear bien, y escapar á los cuernos del bicho, pues necesitaban aproximar mucho á ellos los caballos. No pasó largo rato sin que quedase el toro con el cerviguillo lleno de banderillas de diferentes colores, que se agitaban y azotaban sobre su movible cuero, á impulso de carreras y acometidas.

Como la lidia no era á muerte, concluido este acto, fué lazada la fiera para ginetearla. Desplegaron los ginetes las sogas y soguillas y las apercibieron para lazar al toro, formando grandes lazadas al extremo de ellas. Esas lazadas, movidas airosamente sobre la cabeza en giros horizontales, eran de súbito arrojadas á la cabeza del animal con singular destreza. En pocos momentos quedó cogida la cabeza del toro por dos ó tres cuerdas que le ceñían el cuello, ó le cruzaban la cara, ó le sujetaban las astas. Los ginetes liaban sus soguillas con rápido movimiento y múltiples vueltas á la cabeza de la silla, y enfilando sus cabalgaduras en el sentido de la longitud de la bes-

tia, tiraban de ellas hacia adelante. Otros se colocaron á la cola del toro, y aprovechando sus movimientos, le arrojaban lazadas á las patas traseras para cogérselas. Una vez logrado su intento, así los lazadores de la cabeza como los de las patas tiraron de la bestia en opuestas direcciones. Restiradas las cuerdas, solicitaron al animal en contrarios sentidos; juntos los cuartos traseros y levantados en alto, careció de apoyo el animal, vaciló un momento sobre los delanteros, y, perdido el equilibrio, se desplomó de golpe en el pavimento, cayendo de costado con gran fuerza y levantando una nube de polvo.

Allí quedó inmóvil, alargado por el suelo, con una asta medio hundida en la tierra, los ojos desmesuradamente abiertos y la nariz hinchada y anhelosa. En esta disposición se hallaba, cuando vinieron los vaqueros y le ciñeron el cuerpo por la parte de enmedio con una cuerda doble, apretándola vigorosamente; para ello, á la vez que tiraban con las manos del lazo, le ponían los pies en la panza, valiéndose de las piernas como de poderosas palancas. Cuando el pretal estuvo suficientemente ceñido, un hom-

bre del grupo se puso á horcajadas sobre el espinazo del toro, asiéndose con gran trabajo de las cuerdas medio hundidas en los lomos. Iba vestido de cuero, con las calzoneras abiertas de media pierna abajo para lucir el blanco calzón, y llevaba botas amarillas, espuelas y sombrero de palma. Tan luego como se hubo acomodado á satisfacción sobre la bestia, fueron desatadas las cuerdas que ligaban el cuello y las patas de ésta, con el fin de que se levantase; pero sea por el cansancio ó por la presión excesiva del pretal, quedóse inmóvil por algunos segundos. En vista de ello, el ginete le dió algunas espoleadas y otros rancheros le aplicaron recios azotes en las ancas con las sogas El bruto exasperado hizo un esfuerzo, incorporóse y en un momento estuvo en pie, con el hocico abierto y espumante y la mirada colérica. Al sentir sobre sus lomos la carga, dió un salto elevado por el aire, ondulando el cuerpo en el espacio, y siguió dando vigorosos corcobos buen trecho por el potrero. Su gruesa piel amarillo–oscura parecía no tener adherencia al cuerpo, conforme se movía y resbalaba de un lado para otro. El ginete, sacudido con fuerza por tan

bruscos movimientos, perdió pronto el sombrero, y tan presto parecía tocar la cabeza del animal con la frente, como sus ancas con la nuca, según era inclinado hacia adelante ó hacia atrás por los brincos del cornúpeto; pero no caía de sus lomos, por más que el toro, loco de rabia, hacía desesperados esfuerzos por sacudírselo de encima. Esta lucha duró algunos minutos, hasta que el animal comenzó á perder el brío; entonces el ginete le azuzaba con la voz, ó levantando los pies le picaba las ijadas violentamente con las espuelas. El bruto volvía de nuevo á sus brincos y corcobos para entrar en más prolongado descanso á pocos momentos. Los rancheros le azotaban las ancas con las sogas ó se le ponían al frente con los sarapes y le sacaban algunas vueltas. Finalmente, llegó á tal punto el desgano del animal, que no saltaba ya, ni embestía, ni hacía esfuerzo por despojarse del hombre que lo montaba, sino que con su carga á cuestas, trotaba por el potrero buscando alguna salida. En vista de esto y supuesto que la bestia estaba enteramente dominada, aprovechó el ginete un momento en que pasaba debajo de un mesquite, y cogiéndose

de una de las ramas horizontales, separó las piernas y dejó que pasara adelante el animal. Resonó por todas partes aplauso nutrido, tocó *diana* la música, y el hábil ginete fué traído por dos rancheros al tablado de la reina para que recibiese su bien ganado premio. Hasta entonces le conocí. Era Juan, muy elegante y bien plantado con su traje de piel de venado.

Eché una mirada á Nieves, y la ví roja como una amapola. Tomó la banda más bonita de la colección que tenía á su lado, y se la pasó á su novio por la cabeza y brazo diestro, dejándosela cruzada sobre el pecho. Al inclinarse ambos con este objeto, algo se dijeron, se vieron con los rostros á corta distancia, y sonrieron. En seguida alejóse Juan radiante de gozo.

Por rápida que hubiese sido la escena, no había pasado inadvertida para los ojos celosos de don Santos.

—¡Eh! muchacha, dijo á Nieves con dureza, ¿quién es ese monigote?

—No sé, respondió ella con turbación.

—¿No lo conoces?

—No señor.

—Y ustedes, interrogó don Santos, vol-

viéndose á Analco y á la tía Petra que permanecían en pie detrás de nosotros ¿no conocen á ese intruso? Porque ese holgazán no es de la hacienda.

—Desde que le vide se me están retorciendo las tripas, señor amo, dijo Andrés; sí le conozco.

—¿Quién es? prosiguió el amo con tono airado.

—Es un malcriado, dijo la tía Petra, que desde hace tiempo nos da buena guerra.

—¿Con qué?

—Nos anda inquietando á la niña.

—¿Conque sí, eh? articuló don Santos lleno de despecho; ¡y viene delante de mí á jugarme las barbas!

Diciendo esto se levantó.

—¿Dónde va Ud. don Santos? le preguntó el jefe político, que no había reparado en la escena.

—Voy á torear un toro, contestó él con sarcasmo.

—Pero, hombre, no le vaya á suceder á Ud. una desgracia; deje eso para los muchachos.

—Vuelvo luego, dijo; yo valgo más que cualquier muchacho. Y brincó abajo del ta-

blado y se alejó caminando por detrás del potrero.

Nieves se alarmó visiblemente.

—¿Qué tiene Ud? la dije ¿Está Ud. mala?

—Si, señor, tengo un dolor, me contestó con rostro afligido.

—¡Melindrosa! gruñó Analco.

—¿Tiene Ud. miedo por Juan? la dije por lo bajo.

Sorprendida volvió el rostro para verme; y hallando en el mío no sé qué expresión tranquilizadora, no movió los labios, pero con los ojos me dijo que sí de una manera que no me dejó lugar á duda.

—Aquí está la autoridad, la dije designando al jefe político.

Pareció que mi reflexión la tranquilizaba un tanto, y paseó los ojos por la plaza.

El bicho lidiado había desaparecido, y los ginetes tornaban á desplegar sus vistosos sarapes, para dar principio al capeo de un nuevo toro. A poca distancia de nosotros, un ranchero que estaba sentado en la cerca, no lejos de nuestro palco, entusiasmado por el espectáculo y tal vez por el vino, elevó canto plañidero, monótono, sin compás y en falsete, semejante á los

trémulos cantos orientales, cuidando más de que fuese entendida la letra, que de que resultase bella la música. Merced á tal circunstancia, común á los cantos de la gente campesina, pude escuchar bien lo que decía; fué poco más ó menos lo que sigue:

Con ésta y no digo más
Cedro fino de la Habana;
Quien tiene mujer bonita
Para disgustos no gana,
Y más si la señorita
Tiene la sangre liviana.

Nunca puede el hombre pobre
Tener su mujer bonita,
Porque en faltándole el cobre,
Viene el rico y se la quita,
Aunque la razón le sobre.

Todavía no acababa de vibrar en el espacio la *balona* gemebunda del ranchero, cuando apareció don Santos en la plaza, caballero en un potro tordillo, brioso y bien enjaezado. Tenía tal cara de mal humor que dabe miedo. Sin desatar el rojo sarape que doblado á lo largo mostrábase sobre las ancas de su caballo, dió un paseo en torno, mirando cuidadosamente el rostro de los curiosos que estaban encaramados en lo al-

to de la cerca. Repentinamente se detuvo á poca distancia de nuestro palco, y, como en aquel momento no sonaba la música ni había grande alboroto, porque aun no salía el nuevo toro, pudo oírse perfectamente lo que dijo:

—¡Epa! tú ¿quién eres?

—Un servidor de su mercé, contestó Juan (pues á él era á quien se dirigía) bajando de la cerca con respetuoso apresuramiento.

—¿Eres de la Florida?

—No, señor, soy del Potrero.

—¿Qué has venido á hacer aquí?

—Vine á ver la función, señor amo.

—Y ¿quién te ha convidado?

—Nadie, señor amo, pero yo vine porque lo supe.

—Has de ser ladrón, te veo cara de pícaro; lárgate al momento.

—No me afrente su mercé, soy hombre de bien.

—¡Cuidado con faltarme grandísimo bribón!

—No señor, yo no le falto á su mercé, dijo Juan más blanco que la cera, quitándose el sombrero; lo único que le suplico

es que no me afrente delante de tantas personas.

—Lárgate, malvado.

—Su mercé no tiene por qué correrme; ¿he cometido algún desórden?

—Ahora lo verás, bellaco. ¿Con que no quieres irte por la buena? Ahora lo verás.

Esto diciendo don Santos, rojo por la cólera, sacó la espada que colgada de la cabeza de la silla llevaba en vaina de cuero, bajo la pierna izquierda, y enarbolándola con furia, descargó un cintarazo sobre su interlocutor. Juan dió un salto hacia atrás como mordido por una víbora, y rápido como el pensamiento, sacó de no sé de donde un enorme puñal, cuya limpia hoja brilló en su mano con siniestro reflejo. Don Santos no era cobarde; en lugar de arredrarse al aspecto del arma, pareció encenderse más y más en ira, prorrumpió en atroces injurias y metiendo espuelas al potro, se arrojó sobre Juan. Este con el ancho sombrero de palma en la mano izquierda á guisa de rodela, y el puñal en la diestra, saltaba ágilmente para librarse de los golpes, y esperaba el momento de herir con el arma que blandía. Pero no hubo más que dos ó

tres acometidas y golpes en vago por parte de los contendientes: en un momento la plaza se vió llena de gente, y Juan fué sujetado por veinte manos robustas que lo desarmaron. Una vez cogido por los vaqueros, acercóse á él don Santos, y le descargó dos ó tres cintarazos en la cabeza, que sonaron con golpe seco por la dureza del cráneo. Juan se retorcía furioso, diciendo horribles insultos.

—¡Hola! ¡hola!—gritó el jefe político saltando del tablado á la plaza, y sacando la pistola que llevaba al cinto en funda de cuero —¡alto! ¡alto¡ cuidado con desórdenes! ¡Repórtese Ud. don Santos! No les pegue á los hombres *dados*. ¡Vamos, orden! Y abriéndose paso por en medio del grupo compacto, con las palabras y á empujones, llegó hasta donde se hallaba el dueño de la hacienda.

—Este bribón ha tratado de herirme—dijo á la autoridad—; merece que lo mate.

—Calma, don Santos, repórtese Ud.

—Bien, dijo, ya sabe Ud. que lo obedezco porque es la autoridad, y metió la espada en la vaina.

—Lo sé, amigo, hágame el favor de retirarse.

—El que se ha de retirar es este pícaro. Llévenselo á la troje vieja, gritó á sus mozos el amo.

—En efecto, sacaron éstos á Juan del grupo haciendo uso de la violencia, y le condujeron á la troje.

— ¡ Le van á poner en el cepo ! clamó Nieves llorando.

Me había olvidado de ella. La pobre muchacha densamente pálida, tenía trémula la barba como niño acongojado. Me inspiró lástima.

—¡ Al cepo ! ¡ al cepo ! gritó la tía Petra, eso es lo que merece.

Analco había saltado á la plaza desde el principio de la escena, y era uno de los que sujetaban á Juan.

—No le pondrán en el cepo, dije ; don Santos no tiene derecho para ello.

—Le debe dar machetazos, repitió Petra con ferocidad ; lo quería matar.

—La justicia le castigará si es culpable, proseguí ; pero don Santos nó.

Nieves me veía con ojos suplicantes y llenos de lágrimas.

—Señor, me dijo, por caridad supliquele al amo....

—No tenga Ud. cuidado, la respondí, y salté á la plaza.

Me dirigí al jefe político. En breves palabras le expuse el caso. Le dije que don Santos estaba celoso de aquel joven, y que podría hasta asesinarle si le dejaba en su poder.

—Tiene Ud. razón, me dijo, es necesario llevarle á Tequila.

—Muy buena idea, repuse; así se puede evitar que el dueño de la hacienda cometa cualquier abuso.

Nos dirigimos á donde estaba don Santos; el jefe político le manifestó que había menester llevarse á Juan, y que él se encargaba de conducirle.

—No es necesario, le dijo don Santos, aquí me encargaré yo de darle su merecido. Necesito escarmentarle para ejemplo de mis sirvientes, porque si no lo hago así, van á perderme el respeto.

—Habiendo pasado los hechos delante de mí, contestó el jefe político, tengo el deber de intervenir en el negocio.

Después de prolongado debate, hubo de ceder don Santos, aunque muy á pesar suyo, y concluyó por decir:

—Este pícaro necesita un castigo muy severo; ya me presentaré ante el juez de Tequila.

Nos trasladamos á la troje vieja, que era una enorme pieza ruinosa, que sirvió un tiempo para guardar maíz, y que estaba agrietada y próxima á caerse. Allí encontramos á Juan con los pies metidos en el cepo. Después de larga lucha sostenida con sus conductores, vencido por el número tuvo que someterse al tormento. Daba vueltas Analco á la llave del cepo, cuando entramos nosotros. Obligado por el jefe político, abrió con desgano la pesada máquina y dejó libre á la víctima.

Los acontecimientos ocurridos habían echado á perder la fiesta. Por más que don Santos se empeñó en que continuara, no le fué posible conseguirlo. La concurrencia se desbandó poco á poco, y mi primo, el jefe político y yo montamos en nuestro carruaje y nos dirigimos á Tequila, llevando á Juan en calidad de preso en el pescante, junto al cochero. Iba mudo y sombrío, agitado y lleno de cardenales. Llegábamos ya al pueblo cuando le dije:

—Hombre, Juan, mucho siento lo que

ha pasado; ahora lo que importa es no preocuparse demasiado por ello.

---El amo don Santos, me respondió con voz ronca, abusa de los pobres; pero yo, señor, tengo vergüenza y soy tan hombre como cualquiera.

La respuesta me causó espanto, pues comprendí que correspondía á un ánimo exaltado y rencoroso. Callé y llegamos á Tequila en silencio. Al separarme del jefe político le dije:

—¿Qué va á hacer Ud. con Juan!

—Voy á llevarle á la cárcel.

—¡Pero cómo al pobre muchacho! ¿No podría Ud. multarle nada más y dejarle libre?

—No, el delito es grave, porque ha intentado herir á don Santos.

—No ha hecho más que defenderse

—Es reo de riña, y debo consignarle al juez.

—En igual caso se halla don Santos ¿por qué no le ha traído Ud. preso?

Contrariado el jefe político, no me contestó, y casi sin despedirse se alejó en el carruaje. Como la cárcel se hallaba en la plaza principal, en la acera opuesta á mi casa

vi llegar á la prisión y poner á Juan en manos del carcelero.

VI.

La fábrica de aguardiente de mi abuelo es una vasta construcción que se halla á un extremo del pueblo, al otro lado del Arroyo de la Tuba, así llamado porque arrastra los bagazos del mezcal beneficiado y los desperdicios de las tabernas. Las emanaciones de la corriente son de un olor especial, y contribuyen á dar originalidad al lugar; Tequila huele á tuba, como Atotonilco á jazmines.

Mis primos continuaron por algún tiempo, aunque en pequeña escala el giro de mi abuelo. En su compañía fuí á visitar la antigua fábrica. Recorrí su interior, deteniéndome á cada momento para considerar con tristeza los estragos del tiempo, y la soledad y el silencio que por donde quiera reinaban. Los patios y corrales, ahora desiertos, un tiempo se mostraron llenos de bulliciosa mulada perteneciente á los diversos atajos que conducían el producto á los pueblos del Estado, á San Luis y á Zacatecas, puntos con los cuales mi abuelo

llevaba un comercio activo. Las trojes antes henchidas de maíz, mirábanse vacías y ruinosas; las pilas, secas y aterradas, no daban de beber á aquella multitud de mulas y caballos que poco há todavía ocurrían á ellas á mitigar la sed, después de haber comido abundante maíz en los pesebres. Nada de aquella turba de incansables arrieros que con pechera de cuero y tapa-ojos mular al brazo, bullían por todas partes aparejando las mulas, echando los barriles sobre sus lomos y arreándolas con voces, azotes y silbidos; nada de aquel constante tragín, de aquel incansable ir y venir de trabajadores y compradores, con que resonaba el vasto edificio.

Mis primos me veían con rostro melancólico, y comprendiendo lo que pensaba en mi interior, se limitaban á decirme en son de disculpa:

—¡Qué quieres! nosotros somos pobres y mantenemos el negocio como podemos.

Inspeccioné la fábrica. De los cien hornos antiguos, había sólo ocho encendidos; el resto de la alta, extensa y oscura galería, yacía desierto y silencioso. Mis primos conservaban en aquel tiempo, el antiguo

método de elaborar el alcohol, habiendo introducido únicamente dos alambiques del nuevo sistema poco há adoptado por muchos de los fabricantes del lugar.

Reina densa oscuridad acerca del origen de la industria del mezcal. ¿Conocieron los *tiquilas*—tribu indígena de raza azteca que habitó esta comarca antes de la conquista, y dió su nombre al pueblo—la manera de convertir en alcohol el azúcar de la planta? No se sabe á punto fijo; hay quien afirme que así fué, aunque es de extrañarse que los historiadores de la Nueva-Galicia no digan palabra de asunto tan importante. Con todo, á juzgar por lo que asienta Mota Padilla en el capítulo LXV de su acreditada historia, parece que dicha industria es anterior á la conquista, pues compara el vino mezcal con el *tepachi* y el *tejuino*, que son bebidas neta é indudablemente indígenas. (1)

---

(1) La reciente visita del explorador sueco Lumholtz á la región de Jalisco habitada por la tribu de los *huicholes*, ha exclarecido este punto. La industria es aborigen. Los huicholes extraen todavía por el mismo sistema empleado antes en Tequila, el alcohol contenido en la raíz sacarina de una planta llamada *sotol*, muy semejante al mezcal.

Los vecinos de Tequila refieren, y se sabe por tradición, que la fabricación del mezcal tuvo por cuna el pueblo de Amatitán, que se halla á seis leguas de distancia por el camino de Guadalajara; que los amatitecas fueron los que inventaron la manera de cocer el mezcal, molerlo, fermentarlo y destilarlo; y que de ellos pasó la industria á Tequila, donde habiendo adquirido mayor desarrollo, conquistó nombre y pasó por ser del lugar. No salgo garante del hecho, y lo cuento como me lo contaron; pero si he de expresar mi opinión sobre el asunto, debo decir que, en mi concepto, la industria es en parte indígena y en parte colonial. Creo que los indígenas descubrirían la existencia del azúcar en la planta mediante el cocimiento, porque hasta hoy se llama *tatemar* al acto de cocer la cabeza, que es una enorme raíz pivotante; lo que indica que esa operación la practicaron los indígenas, porque es indígena la palabra. Es probable que los indios, después de cocido el mezcal, lo molieran, fermentaran y bebieran, sin llegar á destilarlo; de esta manera pudo producir embriaguez, aunque no de un modo tan intenso como la causa después de

destilado. Vendrían luego los europeos, y maravillados de la cantidad de azúcar contenida en la cabeza tatemada y de su gusto agradable, pensarían en destilar el fermento, haciendo uso del fuego; y así sería como llegó á producirse el vino espirituoso que, andando el tiempo, se ha hecho de fama general, de gran consumo, y ha llegado á obtener medalla de oro en la exposición de París.

El procedimiento que empleaban mis primos en su fábrica, era el antiguo. Abierto un hoyo de colosales dimensiones en el suelo, revístense sus paredes de grandes piedras superpuestas, sin cimento alguno; éste es el horno. Para cocer el mezcal, levántase en el fondo una pirámide de leña encendida; en torno de ella colócanse las cabezas partidas, de una manera simétrica, hasta llegar á la superficie del suelo; en seguida se tapa el horno con tierra mojada, cuidando de dejarle un respiradero en la parte superior. Después de algunos días, cuando la leña se ha consumido, se descubre el horno y se saca el mezcal ya cocido, ó *tatemado*, que ha cambiado de color, pues de blanco que era, se convierte en amarillo

obscuro. En tal estado la raíz, fracciónase fácilmente en partes ó pencas fibrosas, unidas á un centro común por el extremo interno y desarrolladas hacia el exterior en forma más extensa y jugosa; su jugo es miel perfumada, de sabor gratísimo.

No es preciso decir que tal procedimiento es primitivo y defectuoso. La miel que mana de las pencas cocidas, cae en las paredes del horno, donde en gran parte es absorbido, con notable pérdida para el fabricante. Asegúrase con todo, que el cocimiento dado de otra manera, quita al mezcal su perfume propio; sea esto cierto ó no, los fabricantes lo creen á pie juntillas, y mantienen y perpetúan en cuanto al horno, el procedimiento de los *tiquilas*.

Cocido el mezcal, se lleva á la tahona, espacio circular de cantería, donde se mueve una enorme y pesada piedra en forma de rueda, la cual gira en torno de un eje. Una yunta de bueyes se encarga de dar movimiento á la grosera máquina. La rueda, los bueyes y el conductor (descalzo y con el calzón enrollado hasta la rodilla,) dan vueltas y más vueltas sobre el mezcal, que molido y triturado de esta manera, suelta la

miel que contiene, con la cual muy pronto rebosa la tahona. Los operarios recogen aquel jugo sin apartar el bagazo, en grandes cubetas que vacían en pipas enormes. Hecho el fermento al cabo de algunos días, se extrae el mosto y se escancia en ollas destinadas á la elaboración del alcohol, las cuales se muestran empotradas en gruesos pretiles de cal y canto. Bajo ellas hay hornos de viva lumbre. Entrando el mosto en ebullición, evapórase su parte alcohólica, y se deposita en la superficie exterior del fondo de un cazo de hierro ó cobre colocado en la parte superior de la olla y á cierta distancia. Cuídase de que este cazo se mantenga constantemente frío por medio de una corriente de agua que le baña por la parte de arriba; así se obtiene que el vapor espirituoso se condense y que corra el alcohol humeante y en forma líquida por una canaleja adherida á la parte libre del borde metálico. El líquido que se recoge es el famoso aguardiente de Tequila, que tibio, es dulce y no quema la boca; embriaga fácilmente y se llama tuba. (1)

(1) He descrito en las anteriores líneas la manera antigua de elaborar el mezcal. En la actualidad

Ocupado me hallaba en considerar estos pormenores, cuando, al llegar al extremo obscuro de la taberna, oí que me llamaba una voz de mujer:

—Señor, señor, me decía.

—¿Quién me llama? interrogué.

—Soy yo, repuso la desconocida acercándose.

Era Nieves, rebujada en su rebozo, de manera que apenas se le veían brillar los bellos ojos en el fondo de los tupidos pliegues. Quedé sorprendido.

—¿Qué pasa? la dije.

—Señor, contestó, me he *juido* de mi casa.

—¿Cómo es eso?

—Es precisamente lo que vengo á poner en conocimiento de su mercé para que me dé un consejo.

—Bien está, Nieves, ya la oigo.

—Desde ayer estoy en Tequila, *arrimada* en la casa de una conocida. Es el caso que antier, el día de la fiesta de la Florida,

---

ha mejorado notablemente el procedimiento. Con excepción del horno para *tatemar*, que es siempre el mismo, han quedado en muchas fábricas suprimidas la tahona, las ollas, los cazos, todo cuanto constituía el antiguo método de beneficiar la planta.

después que ustedes se vinieron, pasaron cosas muy feas, que no sé ni cómo decírselas.

La voz de la pobre muchacha estaba en efecto, trémula y conmovida.

—No tenga Ud. cuidado, la dije, puede Ud. creer que la ayudaré en cuanto pueda.

—Es lo que me da ánimo para venir á molestarle, porque he visto que Ud. se duele de los pobres. Como le decía, antier después que ustedes se vinieron para el pueblo, pasaron cosas muy feas. Mi tia, don Cruz y yo nos fuimos al jacal, y me riñeron tanto por Juan, que me hicieron llorar mucho. Había obscurecido ya cuando llegó don Santos, muy bebido y enojado. Pretendí salir del jacal; pero don Cruz y mi tía no me lo permitieron. Toda su conversación fué decir que Juan era un bandido, que lo iban á probar delante del juez y que habían de tener el gusto de verlo fusilado. Yo no hacía más que llorar y callar. En esto se había hecho ya muy tarde; toda la gente se había recogido en sus casas y no se oía ningún ruido en la hacienda, aparte del ladrido de los perros. Don Santos sacó el reló,

vió que eran las diez, y dijo que era hora de dormir. Habló en voz baja algunas palabras con don Cruz, éste le contestó en el mismo tono, y después de un corto diálogo con el amo, se levantó y llamó á mi tía para fuera del jacal. Creí de pronto que mi tía volvería luego; pero como el tiempo pasaba y nadie venía, me dirigí á la puerta para marcharme. D. Santos se había acercado á mí y estaba sentado en el mismo *tapextle;* al observar que me levantaba, me detuvo por un brazo.

—"¿A dónde vas? me dijo.

—"Voy á buscar á mi tía.

—"No tarda en volver, aguárdala.

—"Iré y volveré, le dije procurando desasirme, déjeme U.

—"No, Nievitas, quédate conmigo. ¿No quieres que te haga compañía?

—"No señor.

—"¿Me tienes miedo?

—"¡No sé!

Seguí forcejeando por salir, y el amo se empeñaba en detenerme; poco á poco fueron aumentando los esfuerzos por las dos partes, hasta que comenzamos á luchar con todas nuestras fuerzas. Viendo que no po-

día desprenderme de sus brazos, grité con todos mis pulmones:

—"¡Tía! ¡tía!"

Nadie acudió á mi llamado. Mi voz se perdió en el silencio y la oscuridad de la noche, y solamente los perros de las casas vecinas, asustados por mis gritos, ladraron con más fuerza. Desesperada y procurando causar alarma por cualquier medio, me dí á gritar:

—¡"Ladrones! ¡vecinos! ¡ladrones!"

Todo en vano; nadie vino á mi auxilio. Después he sabido que algunas personas acudieron á socorrerme; pero que mi tía y don Cruz, que hacían centinela á alguna distancia del jacal, uno de cada lado, las tranquilizaron y alejaron, diciéndoles que me habían castigado por una falta que les había cometido, y que por eso gritaba.

Entretanto, la lucha continuaba. Fué una escena horrible. La vela de sebo que estaba sobre la mesa, cayó al suelo en la refriega, y el jacal quedó á obscuras. Me defendía como podía, atacando y resistiendo cuanto mis fuerzas me lo permitían. Sentía que corría el sudor por mi frente, el corazón me latía como si se me quisiera salir por la bo-

ca,y apenas podía respirar. Mis enaguas y mi camisa nuevas se desgarraron; cada vez que caía ó me levantaba, ó se me prendía la ropa en algún clavo ó estaca, oía que se destrozaba la tela. Don Santos reía al principio; después se fué poniendo serio y comenzó á echarme maldiciones; yo también fuí cambiando gradualmente: del miedo pasé á la indignación, de la indignación á la cólera. Le dí puñadas en la cara y le mesé las barbas; él por su parte me hería también con las manos y con los piés. Yo no sentía los golpes; estaba furiosa. Al fin, cansado don Santos, me dijo:

—"Ahora verás, malcriada, como te quito lo brava.

Momentos después sentí que tenía en su mano derecha un objeto duro; era la pistola. Pensé que me iba á matar de un tiro; pero se limitó á darme golpes con el cañón del arma. Entonces ya no pude luchar; me retiré hacia atrás defendiéndome con las manos y recibiendo en ellas dolorosas y crueles contusiones. Una vez acertó á darme un golpe en la cabeza, y caí al suelo aturdida; me creí perdida, pero me repuse pronto. Don Santos me sujetaba con los brazos y

me mantenía postrada en el suelo. Por casualidad dí en la oscuridad con la mano en que tenía la pistola; se la cogí con las dos mías, y se la mordí con violencia hasta obligarlo á soltar el arma. Una vez con ella en la mano, la agité con furia dándole fuertes y repetidos golpes sin saber donde. Creo que alguno le acerté en la cara, porque lo dirigí hacia arriba y sentí que el cañón de la pistola daba en parte blanda. Así pude verme libre de mi agresor por algunos momentos; aprovechando la ocasión, abri la puerta y salí del jacal. Como la noche estaba menos obscura que el interior de la choza, ví á mi tía sin que ella me viera, á poca distancia. Brinqué la cerca, y oculta detrás de los matorrales, y con la ayuda de la Virgen Santísima, emprendí la marcha hacia el pueblo. Era la media noche cuando llegué á la casa donde estoy. Su dueña tuvo la caridad de recibirme, de curarme los golpes y de prestarme alguna ropa para cubrirme.

Diciendo esto, mostróme Nieves grandes cardenales que manchaban su cara, brazos y manos. Colérica indignación invadió entonces mi espíritu. No conozco sér más in-

fame que el hombre que levanta la mano para pegar á una mujer; ni más salvaje que el que la hiere para dominar la resistencia que opone á la deshonra. El amo que cohecha á una familia para hacer infeliz á una criatura; la vieja que reniega de su sangre por obtener un vil lucro; el bellaco que, sin pudor ni vergüenza, se convierte en protector de lascivias seniles ¿qué nombre merecen? ¿de qué castigos no se hacen dignos? Frutos sazonados de horca, ¡cuánto se recrearían los ojos mirándolos en el aire!

—¡Infames! murmuré cerrando los puños.

—Señor, prosiguió Nieves, temo que mi tía, don Cruz ó el amo vengan á Tequila y me vuelvan á llevar al rancho. La señora de la casa donde vivo me ha dicho que cree haber visto á don Cruz en la plaza esta mañana.

—Es verdad; hay ese peligro.

—La casa no es de respeto; si vienen á buscarme, pueden entrar y sacarme hasta con escándalo. Hágame la caridad de ponerme en lugar seguro, donde no se atrevan á entrar.

—Se me ocurre una idea, la dije después

de una pausa. La voy á llevar Ud. á la casa del señor cura.

—Donde guste su mercé.

—Vamos, sin pérdida de tiempo.

Me despedí de mis primos pretextando un negocio.

—Buen negocio á fé mía, dijo uno de ellos mirando á Nieves maliciosamente.

Nada contesté por no perder tiempo, y salí de carrera.

El bondadoso cura, tan luego como oyó mi relato, me ofreció su casa de buen grado para aquella obra humanitaría. Puso una sola condición: que se guardara el mayor sigilo sobre el particular para no exponerle á ser víctima de alguna demasía. Como esto era precisamente lo que pretendíamos la pobre muchacha y yo, todo lo ofrecimos. Así quedó instalada en casa del cura, y yo salí de ella contento por haber prestado ese pequeño servicio á aquella criatura tan perseguida y abandonada.

VII.

Cuatro días después de realizados los sucesos que acabo de relatar, recibí cita del juzgado para presentarme á rendir declara-

ción sobre los acontecimientos de la Florida. Mi entrevista con el juez fué más bien amistosa que oficial. Referí lisa y llanamente al funcionario todo cuanto había presenciado.

—No es eso lo que aparece de la averiguación—me dijo.

—Es extraño, repuse, porque los hechos pasaron delante de numerosas personas, y fueron tales como los he detallado.

—El dueño de la hacienda—prosiguió el juez—se ha constituido parte acusadora.

En efecto, ví luego por el escrito de don Santos que me presentó el juez, que Juan había sido acusado por éste de intento de homicidio.

—Y ¿hay quién apoye tamaña falsedad?—interrogué.

—Sí, señor, hay varios testigos que lo afirman.

—Entre otros, probablemente un tuerto y una vieja de pelo rojo, exclamé con ironía.

Nada me dijo el juez, pero en la expresión de su fisonomía comprendí que así era.

—Don Santos, murmuré, debería llamarse don Diablos.

—¿Por qué? dijo riendo mi interlocutor.

—Porque su nombre forma contraste con su índole; es hombre intrigante y perverso.

El juez me miró estupefacto. Solamente quien lo haya visto, puede formarse idea del enorme prestigio de que están rodeados en los pueblos ciertos nombres de ricos. Los hacendados suelen ser grandes y omnímodas potencias que quitan y ponen conforme á su antojo en los negocios de la localidad; el ayuntamiento, la autoridad política, los mismos jueces los respetan, les temen y procuran tenerlos siempre contentos. Esto no significa que los quieran; á menudo los aborrecen, pero lo disimulan cuidadosamente para no concitarse su mala voluntad. Don Santos era uno de esos ricos odiados generalmente por su orgullo, por su rudeza y por su caráter dominador; pero no había en el pueblo quien se atreviese á ponérsele frente á frente. Todos murmuraban en voz baja; pero procuraban tenerle contento para evitar sus rencores.

— Si, señor, continué diciendo á mi interlocutor, don Santos tiene índole perversa; lo digo porque me consta. Y referí al juez pormenorizadamente cuanto sa-

bía de él con respecto á sus pretensiones amorosas con Nieves.

—No me sorprende lo que Ud. me refiere, repuso el juez echando una mirada á la puerta del juzgado para convencerse de que nadie lo oía; frecuentes rumores he oído sobre hechos semejantes de dicho señor.

—Y ¿por qué no ha puesto Ud. remedio?

—Porque no hay quien se atreva á deponer ante mí respecto de ellos. Se murmura en lo privado, pero nada se sostiene ante la justicia. Así, por ejemplo, en la ocasión presente, es Ud. el primero que viene á declarar en el sentido en que lo ha hecho.

—De manera que el desgraciado Juan no tiene esperanza de salir pronto de la cárcel......

—Tal vez no; ayer ha sido declarado bien preso.

—Es una iniquidad

—Podrá serlo; pero tengo que sujetarme á las constancias de la causa, y de ellas aparece que hay méritos para proseguir la sustanciación.

—Tal vez tenga Ud. razón; pero bueno sería que no examinase solamente á las per-

sonas que le sugiriese el acusador. Llame Ud. al juzgado á otras imparciales. ¿Qué ha dicho el jefe político?

—Aquí tiene Ud. el oficio que me remitió con motivo de la aprehensión.

Con asombro leí el documento. En él aparecía que Juan, reconvenido por el hacendado, había intentado herirle con arma blanca en presencia de numeroso concurso; pero se callaban las demás circuntancias determinantes del suceso.

—Es increíble, murmuré con desconsuelo; este muchacho va á ser sacrificado. Que Dios tenga piedad de él.

Me figuré mentalmente la fatalidad que se le esperaba, y ví con los ojos de la imaginación el horrible cuadro de su vida futura. Condenado á sufrir años de prisión; remitido á Guadalajara en unión de verdaderos malhechores; encerrado en la Penitenciaría con su despecho, sus rencores, y la depravada compañía de los presidiarios; corrompido por odio, por cólera y por desesperación; convertido á su vez en malvado como los otros presos, y vuelto á la sociedad, extinguida su condena, animado de feroces pasiones y sed de venganza.... Así

le ví en mi imaginación en breves segundos de silencio.

—He puesto á Ud. al tanto de la verdad, dije levantándome; Ud. hará lo que le parezca conveniente para verla resplandecer en la causa, bajo el concepto de que el preso es inocente del delito de que se le acusa.

—Procuaaré obrar en todo conforme á la justicia, repuso el juez tendiéndome la mano con visible preocupación.

Salí del juzgado más sorprendido y pesaroso que nunca, por el aspecto que iban tomando los sucesos.

VIII.

Por aquel tiempo hubo en el país un movimiento revolucionario; uno de aquellos que por desgracia fueron frecuentes en nuestra pasada historia. Levantóse en armas un jefe militar contra el gobierno constituído, é inscribió en su bandera principios encaminados á deslumbrar á los incautos. La antigua propensión á los pronunciamientos y á los motines apenas adormecida, despertóse de nuevo; los guerrilleros montaron sus caballos de batalla y torna-

ron á empuñar las armas que comenzaban á cubrirse de moho; los bandidos salieron de sus madrigueras so pretexto de defender ideas políticas, y en un momento se llenó de alarma la República, con gran quebranto de nuestros intereses en el interior y en el exterior.

Algo se había dicho en Tequila de excursiones y merodeos de algunas partidas de revoltosos; pero nada se sabía de cierto, así es que nadie se preocupaba por la revolución, como si estuviera relegada al otro lado de los mares.

Entretanto, seguía yo mis costumbres de turista ávido de contemplar y de gozar la naturaleza.

Corre al poniente de Tequila, un arroyo que baja de las faldas del cerro, y lame los pies del lomerío. Diáfano y de frescas ondas el arroyo de Atiscua desciende por el fondo de cañadas exuberantes de vegetación, da movimiento á las fábricas que ocupan sus márgenes, serpenteando se aleja del pueblo y va á arrojarse á las profundidades de la Barranca. Al clarear el día, solía yo saltar sobre el caballo y echaba á andar por la orilla del arroyo hasta un punto lejano

donde forma remanso la corriente. Grandes cantos dispersos por sus orillas, y árboles corpulentos alternando con peñascales, brindan sombra favorable al absorto espectador. Las laderas cubiertas de plátanos y cañaverales alegran el paisaje con su color verde tierno, y bandadas de aves parleras pían y gorgean en el follaje, en los sitios más escondidos y repuestos. El arroyo atormentado por las fragosidades de su cauce, va dando tumbos y espumando con murmullo sostenido y monótono. A este remanso acudía yo á tomar el baño cuotidiano. Entretanto me entraba en la corriente, dejaba el caballo atado á una peña, ó á la rama de algún árbol; cuando los primeros rayos del sol doraban la superficie movible del agua, hallábanme en medio del arroyo, embriagado de encanto inefable.

Una mañana, al tornar de mi excursión de Atiscua, me sorprendió el inusitado movimiento que observé en los arrabales. Miraban por las boca-calles hacia el campo los transeuntes formando grupos, y decían cosas alarmantes, á juzgar por su gesto. Me acerqué á uno de ellos y le pregunté:

—Hágame favor de decirme qué significa este alboroto.

—¡Cómo!—me dijo—pues ¿qué no tiene ojos? Es la *pronuncia.*

—Pero ¿dónde están? No distingo.

—Mírelos Ud., allá van—contestó extendiendo la mano.

Seguí con los ojos la dirección que me marcaba, y ví algunos ginetes por el fondo de la larga calle, corriendo á escape al centro del pueblo. Sin dar crédito á mi interlocutor, continué mi camino. Al entrar en la plaza, presencié una escena rápida, que no tuve tiempo de analizar. Los ginetes que acababa de columbrar, penetraron en ella y veloces como el rayo, llegaron á la cárcel, y se pararon de súbito. Venían empuñando los rifles. Comprendí vagamente que se trataba de un golpe de mano.

—¡Viva México, gritó el jefe de los ginetes, ríndanse *desgraciados!* Y á la vez que esto decía, él y sus compañeros apuntaron con las armas de fuego á los pálidos y sorprendidos soldados que formaban la guardia. El centinela pretendió resistir; pero recibió un tiro á quema ropa, que le dejó fuera de combate. Los compañeros no

trataron ya de defenderse: entregaron los fusiles, y formando un grupo trémulo de espanto, quedaron bajo la vigilancia de algunos de los ginetes, en tanto que otros de éstos echaban pie á tierra y se metían resueltamente en la prisión. El capitán de la gendarmería, que estaba allí en los momentos de la sorpresa, había desaparecido pretendiendo escapar; pero no lo logró. Momentos después volvió á la puerta de la cárcel, lívido v descompuesto, acompañado por dos pronunciados. Despojado de la pistola, fué á reunirse con el grupo inerme de sus propios soldados

Entretanto que esto pasaba por un lado de la plaza, había penetrado por el opuesto, otro grupo de ginetes que fué á detenerse á la puerta de la Jefatura política, contigua á mi casa. Allí no había guardia, ni hubo que vencer ninguna resistencia. La autoridad procuró también esconderse ó saltar las tapias del corral; pero muy luego fué atrapada por los sabuesos que la buscaban. Habiéndome detenido á la puerta de mi casa para ver en lo que paraban aquellas evoluciones, ví al jefe político aparecer

en el zaguán de la suya con rostro iracundo y azorado.

Poco después llegó el capitán de la guerilla. Era un antiguo revolucionario, avezado á estas peripecias; de aquellos que partiendo de un lugar con sus soldados á la hora menos pensada, sin que se sepa para donde, llegan al lugar en que menos se les espera sin saberse de donde. A dos leguas de Guadalajara lanzó el grito de revuelta en un poblacho, y siguió luego para Tequila sin detenerse. Los destacamentos de gendarmes que cuidaban el camino, se le unieron y aumentaron sus fuerzas, dejando la vía pública abandonada y á la merced de los malhechores. Al llegar al pueblo contaría la partida unos sesenta hombres á caballo y armados. Vestían traje de rancheros casi todos, pero entre ellos mirábanse también algunos desarrapados de camisa y calzones blancos de manta, caballo huesudo y montura miserable, y uno ú otro soldado con el uniforme de la fuerza de seguridad pública del Estado á que habían pertenecido, buena cabalgadura y montura militar.

Distinguíase el jefe entre todos, por el arrogante caballo que montaba, el cual era

retinto, alto, fuerte y lleno de brío; por el traje de paño que portaba; por el flamante y galoneado sombrero que cubría su cabeza; por la gruesa y roja bufanda de estambre tejido que traía liada con líos voluminosos al derredor del cuello; por las botas fuertes de piel amarilla que dejaba ver cuando se levantaban sus *armas de agua;* y por la pistola y daga adornadas con cordón y borlas de seda, que llevaba al cinto en funda de piel de becerro bordada con hilo de plata. Al acercarse al jefe político, le tendió la mano sin apearse y le dijo con tono socarrón:

—Buenos días, amo ¿cuánto vamos á que no esperaba Ud. nuestra visita?

—Buenos días, contestó la autoridad con tono seco ¿qué quieren ustedes?

—Poca cosa, repuso el jefe pronunciado, necesitamos dinero para el camino, y venimos á pedirles á ustedes nos lo dén por la buena; sólo que si no nos lo quieren dar por la buena, lo tomaremos por la mala.

—Hemos sido sorprendidos y ustedes son los que mandan.

—Si, amo, prosiguió el jefe soltando una

carcajada; les *madrugamos;* pero vale más, porque así se han evitado desgracias.

En realidad, el cabecilla no era intratable. Tenía cierto buen fondo natural, mezclado con la malicia del ranchero y la ironía del valentón. Alentado por su aspecto el jefe político, fuése serenando más y más, y entró con él en pláticas.

Ignoraba mi tía lo sucedido; tan rápidos así y poco ruidosos habían sido los acontecimientos. Se lo conté, y se llenó de temor por sus hijos que no estaban en casa; pero á poco regresaron del campo, y se tranquilizó al mirarlos sanos y salvos. En realidad nadie fué molestado. Transitaba por las calles todo el mundo, y aparte del cambio de gobierno, por decirlo así, sobrevenido en un momento, todo continuaba como de costumbre.

Tomé con precipitación el desayuno, no sin emoción interna, y me asomé luego á la ventana para seguir observando. Los pronunciados se dispersaron en todas direcciones, y fraternizaban con el pueblo. Algunos se desayunaron leche con calabazas ó camotes tatemados; otros bebían tequila en las tiendas. Todos andaban confiados, olvi-

dadas las armas por el suelo ó al arrimo de las paredes, y en la mejor disposición para ser á su vez víctimas de un nuevo golpe de mano, á haber habido otro grupo resuelto y hostil, semejante al suyo, que les saliese á la palestra.

No escasa sospresa me causó ver á poco entre los pronunciados, como prosélitos del movimiento, algunos vecinos pacíficos del lugar, tales como el zapatero más notable del pueblo, y una especie de tinterillo ó huizachero que vivía de fastidiar á los jueces con enredos jurídicos. Aquellos honrados ciudadanos, armados ya, cruzaban la plaza lanzando mueras al gobierno y vitoreando el plan revolucionario que servía de pretexto al desorden.

Entretanto, el jefe político, perdido el supremo mando de la población, había caído en la modesta condición de mediador entre el vecindario y el cabecilla triunfante. Quería éste imponer una exacción de tres mil pesos; pero en virtud de los ruegos de la autoridad derrocada, convino en que sólo percibiría la mitad. Acto continuo fueron convocados los vecinos más notables, con el objeto de hacerles saber lo convenido, y de

que se repartiesen el *préstamo forzoso* de la manera que lo tuviesen por conveniente.

Convocado uno de mis primos, concurrió á la junta, y volvió á poco diciendo que doscientos pesos debería dar su casa al cabecilla, lo que no pareció tan exagerado, dadas las circunstancias; pero como mi tía no tenía dinero en metálico, fué preciso vender algunos novillos á vil precio por lo apremiante del caso.

Otra escena singular y característica se había desarrollado á mi vista mientras la junta se celebraba. Por orden del jefe revolucionario habían sido puestos los presos en libertad, así los más criminales como los culpables por faltas de policía y sujetos á pena gubernativa. Se les preguntó por fórmula si querían abrazar la causa de la revolución, y dijeron que sí al unísono, manifestándose partidarios ardientes del plan político salvador de la nación, y lanzando mueras contra el gobierno. Practicada una requisa general de armas y caballos en todas las casas, bien pronto aparecieron los presidiarios montados y armados á la luz del sol, con semblante regocijado y victorioso.

Desde el cura Hidalgo acá, tal ha sido el procedimiento empleado por la mayoría de los jefes sublevados para engrosar sus filas expedicionarias. La conducta del padre de la Independencia merece disculpa, por lo excepcional de las circunstancias; pero eso no quita que haya dejado un precedente pernicioso, seguido por nuestros revolucionarios de todos los tiempos.

Esta vez, por fortuna, tuvo siquiera un buen resultado entre otros pésimos, la excarcelación de los detenidos, cual fué el de haber dado suelta al desdichado Juan, que tenía ante sí la terrible perspectiva de una larga causa y de una prisión más larga todavía. En efecto, el hortelano vió brillar la luz del sol y respiró el aire libre de la calle cuando menos lo esperaba, y se encontró armado de súbito y convertido en paladín de una causa política. Debe haberse sentido estupefacto de pronto; pero aceptando las circunstancias tales como se le presentaban, tomó su determinación sin mucho vacilar, y no pasó largo tiempo sin que apareciese trotando por la plaza sobre los lomos del valioso caballo de un honra-

do vecino, que lamentaba aquel terrible golpe dado à sus caballerizas.

Refrenó la cabalgadura al verme, y se acercó á la ventana.

—Buenos días le dé Dios á su mercé, me dijo quitándose el sombrero.

—Buenos días, Juan, respondí.

—Aquí me tiene su mercé en libertad, prosiguió respirando con fuerza, como queriendo absorber todo el ambiente.

—Alabado sea Dios; reciba Ud. mis fe licitaciones.

—De veras las merezco; según parece, á no ser por la *pronuncia*, me hubieran dejado secar en la cárcel, ó me hubieran *ajusilado*.

Sonrió amargamente, y luego continuó:

—¿Qué ha sabido Ud. de la Florida?

—Nada, le dije; lo único que sé es que aquí está Nieves.

—¿Con el tuerto y la tía?

—No, sola; está en la casa del cura.

—¡Bendito sea Dios! Pero ¿no sabe su mercé cómo se hizo este milagro?

—Sí, le dije, yo mismo la llevé á esa buena casa. Disgustada con su familia, vínose al pueblo, y me rogó la pusiera en lugar seguro.

—Tenga su mercé mil glorias. Es indudable que esos condenados la han de haber *cuereado* y por eso se *juiría*.

—Tal vez.

—¡A mí me deberían pegar, y no á la pobre muchacha! ¿Y don Santos?

—No sé nada de él.

—¡Qué ganas me dan de topármelo por allí! Ahora podríamos arreglarnos de hombre á hombre, y no *dado* como me *agarró* aquel día.

—¿Todavía se acuerda Ud. de eso?

—¡Cómo no me he de acordar! Me acordaré toda mi vida.

—Lo que pasó, voló; ya Ud. está en libertad y debe olvidarlo.

—¡Eso sí que no!—replicó Juan levantando la voz y haciendo un gesto furibundo—me la ha de pagar el amo don Santos.

En vano me empeñé en disuadirle de sus propósitos vengativos; comprendí que no podría hacerle ceder, y cambié de conversación por no irritarle.

—Y ahora, le dije ¿qué piensa Ud. hacer?

—Seguir la *bola* (1) ¡qué otra cosa! Aquí

---

[1] La revolución.

no puedo vivir; si me quedara, me volverían á meter á la cárcel

—Probablemente.

—¡Pues entonces adelante, y á ver que sucede!

—Bien, le dije en tono de broma; pero ¿qué va Ud. á defender?

—No sé.

—¿Por qué va á pelear?

—Tampoco lo sé.

—¿Quién es ese general de quien grita Ud. que viva?

—No sé que madre lo parió.

—Entonces es Ud. un pronunciado de muchísima importancia.

—Lo único que sé es que me he pronunciado por mi libertad y contra el despotismo.

—Ha acertado Ud.; casualmente eso que dice es todo un programa político.

—No se burle, amo; ya sabe que he sido hombre trabajador y pacífico, y que si me meto á la *bola* es porque me obligan.

—Lo sé, Juan, y no hay que llevar mis inocentes bromas á mala parte. ¿O se ha hecho Ud. muy corajudo desde que está montado y armado?

—Su mercé está hoy para chanzas y puede usarlas conmigo. Ya vuelvo; hasta luego.

E interrumpiendo repentinamente la conversación, se alejó de mí haciendo galopar su excelente cabalgadura. Sin duda se fué luego al curato, porque el párroco me refirió más tarde, que poco después de la hora en que pasó este diálogo, entró por el zaguán de su casa un pronunciado á caballo, preguntando por él. Su primera idea fué la de esconderse, temiendo un desmán.

—¿Dónde está el señor cura? interrogó el ginete.

—No está en casa, dijeron los sirvientes.

—Díganle que no tenga miedo, prosiguió el ginete, que no vengo á hacerle ningún daño.

—No está en casa, repitieron los sirvientes.

—La verdad es que poco me importa que esté ó no esté aquí el señor cura; lo que quiero es hablar con la depositada.

Al oír estas palabras, salió el párroco de la recámara donde se ocultaba, y vino á hablar con el pronunciado.

—¿Qué se ofrece? le dijo.

—¿Cómo está su mercé de salú?

—Bien, ¿qué se ofrece?

—No tema su mercé ninguna tropelía, nada quiero de su buena persona; lo único que necesito es hablar con la depositada.

—¿Qué depositada?

—La que tiene su mercé en su buena casa.

—Aquí no hay ninguna depositada. ¿Quién le ha contado á Ud. tamaña mentira?

—El que me lo ha dicho no es ningún embustero.

Y le comunicó que lo sabía por mí mismo.

—Suponiendo que sea cierto, no puedo permitir lo que Ud. quiere.

—No es con mala intención, señor cura.

—Sea como sea, no puedo permitirlo.

El párroco, al decir esto, temblaba y hablaba apenas, lleno de visible espanto.

—Piénsese bien su mercé; yo no quiero faltar á su buena casa; pero necesito hablar con la depositada.

—No puedo.

—Por la buena á por la mala.

—Haga Ud. lo que guste.

—En ese caso su mercé tiene la culpa si lo atropello.

Diciendo esto Juan, bajo del caballo, y se dirigió en son de guerra al anciano párroco; azorado éste y aturdido, huyó y se entró en una recámara que tenía puerta al corredor. Como la llave estaba fuera de la cerradura, Juan le dió vuelta y se la guardó en el bolsillo, dejando en secuestro al buen sacerdote. Acto continuo, echando mano á la pistola, se dirigió al grupo de sirvientes, compuesto de varias mujeres y un indio mandadero.

—Vamos, les dijo, llévenme á donde está la depositada.

Los sirvientes callaban llenos de susto, pero fieles al deber. Para vencer su resistencia, se vió Juan obligado á golpear aunque blandamente, al indio con la pistola.

—Vas á ver como te hago hablar, le dijo con voz de trueno.

—No me mate su mercé, repuso el indio aterrado.

—Llévame á donde está la depositada ó te doy en la *chapa del alma*.

—Sígame su mercé.

Y el amedrentado indio condujo á Juan

al fondo del extenso corral, dondo se hallaba la cocina.

Momentos después, salió del curato el insurrecto en compañía de Nieves. Púsola en la silla de su caballería, montó á la grupa y se alejó con el precioso botín.

No escasa pesadumbre me causó enterarme del suceso, porque mía fué en cierto modo la culpa de lo acaecido, por haber tenido la imprudencia de confiar á Juan cuál era el alojamiento de Nieves; y mucho más cuando supe que el amante, sin duda por olvido, se llevó consigo la llave del cuarto donde estaba recluido el pobre párroco, quien pasó mortales horas en aquella cárcel, por no haberse podido encontrar herrero que descerrajara la puerta, tan pronto como hubiera sido de desearse.

Serían las tres de la tarde cuando los pronunciados, después de haber comido, descansado, recibido el importe del préstamo y terminado la requisa de armas y caballos, se pusieron en marcha para ausentarse del pueblo; todos bien montados y armados ya, y en número de más de cien, por los presidiarios y simpatizadores que habían hallado en Tequila.

Al desfilar el grupo por la plaza, despertó mi atención ver una mujer entre los ginetes. Montaba el caballo de otro vecino rico, enjaezado con lujo—sin duda con la silla de la esposa misma del despojado; recataba el rostro en un enorme pañuelo blanco, que le cubría la frente, la nariz y la boca, y sólo le dejaba libres los ojos; sombrero de palma de alas extensas, servíale de quitasol; y envolvía el busto en un flamante rebozo de hilo fino. Fijé en ella los ojos, y la conocí, no tanto por su fisonomía casi invisible, cuanto por la proximidad de Juan, que cabalgaba junto á ella; era Nieves. Ambos se detuvieron y se aproximaron á la ventana para decirme adiós.

—Ya nos veremos, señor amo, me dijo Juan tendiéndome la mano.

— Adiós, Juan, que le vaya bien.

—Adiós, señor, me dijo Nieves con tono tímido, y ruborizada.

—¿Conque se van ustedes *juidos*, eh?

—¡Qué remedio, señor amo! ¿no haría lo mismo su mercé en nuestro lugar?

—Tal vez, contesté riendo.

—Lo único que siento, prosiguió Juan, es no haberme topado con el amo don Santos,

—Se ha de haber ido á Guadalajara.

—No ha de ser *ansina*; seguramente no sana todavía de los golpes que le dió Nieves con la pistola.

Me sobresaltó la respuesta. No cabía duda: la muchacha le había contado todo lo sucedido.

—Puede ser, le dije; si es así, ya Nieves se encargó de tomar venganza por su propia mano.

—Lo mejor falta, replicó Juan con tono rencoroso; falta la mía.

Había pasado el pelotón, y mis interlocutores se despidieron de prisa para reunirse con el grupo. Al verlos partir, quedé absorto buen espacio reflexionando sobre lo que son los destinos humanos. Nieves, por su edad, por sus inclinaciones y por su natural timidez, parecía haber nacido para desplegar sus gracias en el hogar doméstico, en medio de la tranquilidad y del apartamiento de una dicha ignorada; y los acontecimientos la habían empujado á extremos de que no hubiera sido capaz por la naturaleza, como eran los de haber tenido que apelar primeramente á su personal energía para salvarse de la deshonra, y lanzarse ahora

á las aventuras de una unión ilícita en medio de la revuelta.—Juan, por su parte, vivía contento en el pequeño paraíso que cultivaba, manteniéndose de hierbas y frutas como los ermitaños, y nunca hubiera salido de ahí ni hubiera pasado de ser un muchacho tímido y candoroso, á no haber intervenido los desmanes del seductor de su prometida; ahora se había tornado hombre de guerra y llevaba el corazón lleno de odio y cólera.—En un momento se había torcido el rumbo de aquellas existencias. Al embate de agentes extraños había sufrido inesperada metamórfosis su suerte; brillaba apacible su estrella en el horizonte, y de pronto cintiló con fulgores rojos y siniestros.

¡Misterio insondable de la vida humana! No creo á fe que el hombre sea juguete de factores que, por poderosos que sean, le hagan descender del pedestal elevado donde, como sér inteligente y libre, le ha colocado la naturaleza; pero sí que, conservando su albedrío fundamental á través de las vicisitudes del mundo, suele recibir del exterior impulsos irresistibles que le obligan á mudar papeles en fortuito escenario preparado por mano misteriosa.

IX

A conejo ido, pedradas al matorral, dice el adagio. Apenas los revoltosos hubieron salido del pueblo, cuando el jefe político y el capitán de los gendarmes, que, en obsequio de la verdad, no recibieron vejación ninguna, hallaron sus antiguos bríos, y queriendo recobrar su prestigio con una tardía ostentación belicosa, dictaron medidas encaminadas á poner la población en estado de defensa. Difícilmente aparecieran algunos rifles escapados por los vecinos de manos de los pronunciados. Con ellos se armaron los gendarmes, y repartiéndose en tres grupos pequeños, ocuparon la torre de la iglesia y las azoteas de la cárcel y de la Jefatura. No contento con esto el respetable individuo en cuyas manos había confiado el gobierno el sagrado depósito de la autoridad, reunió á lo más selecto del vecindario, y le exhortó para que se pusiese sobre las armas con el objeto de no permitir nuevamente que aquellas turbas vandálicas se apoderasen de la población,

—Es una vergüenza, dijo, que el pueblo que supo resistir tan valientemente á Losada y á sus turbas feroces, haya sido ahora fácil presa de una guerrilla poco numerosa y mal disciplinada. Espero del reconocido valor de este vecindario, que se preparará á rechazar con energía cualquiera otra intentona de las chusmas vandálicas de la revolución.

Uno de los concurrentes tomó luego la palabra y replicó:

—No es vergüenza para el vecindario haber sido sorprendido; es vergüenza tan sólo para la autoridad encargada de darnos garantías. Nosotros cumplimos nuestro deber pagando al gobierno las contribuciones que nos impone, que no son escasas ni livianas, y él es quien debe vigilar porque no se interrumpa el orden ni se atente contra la seguridad del Estado. Nos hemos batido contra Losada, porque su ejército amenazaba con la destrucción y la barbarie; pero no porque hayamos tenido voluntad de convertirnos en sostenedores de una causa política determinada. La verdad, á nosotros poco nos importa que mande Pedro ó Juan, con tal de disfrutar garantías, y no

tenemos voluntad de exponernos á recibir algún balazo por defender al gobierno; que se defienda como pueda...... si puede.

En cualesquiera otras circunstancias, el jefe político, impetuoso de suyo, se habría dejado dominar por la cólera al oír aquel lenguaje; pero como estaba abatido por lo que acababa de ocurrir, aparentó no fijar la atención en aquella réplica subversiva, y se limitó á pedir de nuevo con encarecimiento el auxilio de los honrados habitantes del pueblo para organizar la defensa común. ¡Tan cierto es así que los descala bros que sufre la autoridad, ceden en su desprestigio, tanto porque aquellos que los presencian se le encaran después de sufridos, y la desafían, como porque ella misma pierde su natural energía y la confianza en su respetabilidad!

Por fortuna hubo personas sensatas que mediaran en la discusión, y se convino por la mayoría de los presentes, en prestar ayuda al jefe político para que se pusiese la población en estado de resistencia.

Llegada la noche, los habitantes del lugar se recluyeron en sus casas muy temprano; no se prendieron los faroles del alum-

brado público, ni se abrieron las tiendas, ni hubo en el mercado el pequeño comercio cuotidiano, alumbrado con llamas de resinoso ocote. Cuando la campana mayor de la torre tocó la queda, oyóse su acento como tañido lúgubre y pavoroso, nuncio de duelo público y riesgo espeluznante. Asomado á la ventana de mi aposento, veía la plaza negra y solitaria, sin que ruido alguno turbase su silencio amedrentador. Destacábanse las casas en el fondo obscuro de las sombras, como masas informes é indecisas. La mole de la iglesia se elevaba en el espacio con imponente solemnidad, y la luz rojiza que brillaba en lo alto de la torre, donde vigilaban los gendarmes, comunicaba al cuadro el último rasgo de tétrico dramatismo.

Hasta el viento parecía tomar parte en aquella situación angustiosa. Bajaba aquella noche de las lomas cercanas con gran rapidez, y cruzando por las calles desiertas, producía ese silbido largo y lúgubre que tiene á las veces, y que parece voz misteriosa de sollozos y gemidos. Aumentando el espanto general de la población, oíase de tiempo en tiempo el grito de los soldados.

—¡Centinela!.....¡alerta!-clamaba una voz estentórea desde la torre.

—¡Centinela!. .... ¡alerta!—contestaba otra en seguida desde la azotea de la Jefatura.

—¡Centinela! ....¡ alerta!—repetía una tercera desde la altura de la cárcel.

No sé qué tenían aquellos acentos en medio de la sombra y del silencio, que hacían crispar los nervios; oíanse roncos y extraños, claros y gigantescos, como sonidos sobrenaturales.

Así pasó la noche, en medio del pánico general, á cuyo influjo deben haber temblado sin cesar las mujeres, y deben haber llorado los chiquillos. Cuando comenzaron á despuntar las luces del alba, hubo como un alivio en los espíritus, porque las puertas y las ventanas fueron abriéndose unas después de otras, y la circulación de la gente en calles y plazas fuése estableciendo gradualmente. Preguntábanse mutuamente los vecinos desde sus casas qué novedad había, y cruzaban alarmantes noticias nacidas de la inventiva enfermiza de los ánimos apocados. En realidad nadie sabía cosa alguna.

A las seis de la mañana la campana de la torre tocó á rebato. En un momento volvieron á quedar solitarios los parajes públicos, y no se oyó durante largo espacio, más que el recio golpear de puertas y ventanas, que se cerraban con prisa estrepitosa. Volvieron los soldados á ocupar las alturas, y varios vecinos subieron precipitadamente á las azoteas de sus casas, armados con rifles y pistolas. Brillaban los cañones de las armas de fuego en lo alto de la torre y de las habitaciones con deslumbrante fulgor, heridos por el sol naciente, en tanto que los combatientes se preparaban á la lucha con rostro más ó menos demudado y manos más ó menos trémulas. Media hora duró la ansiosa espectativa, hasta que el jefe político bajó del campanario á donde había subido con un anteojo para inspeccionar los alrededores, y declaró que no había nada que temer. La partida de pronunciados había vuelto á cruzar en efecto por las orillas del pueblo; pero al ver la actitud resuelta de los moradores, se había pasado de largo y estaba ya bien lejos de Tequila. Con esto volvio la confianza al espí-

ritu del vecindario, y tomaron los negocios su corriente habitual.

A las doce del día se observó nuevo movimiento en las calles. Uno de mis primos salió á la plaza á investigar lo que pasaba, y regresó para explicarnos la razón de la alarma.

—Acaba de venir, nos dijo, un mozo de la Florida, trayendo malas noticias.

—¿Qué pasa? le dije con vivo interés.

—Los pronunciados han hecho cosas verdaderamente salvajes en esa hacienda; han saqueado las casas y les han prendido fuego, así como á los graneros y á los sembrados que estaban al cosecharse; han dado muerte á los animales de la finca que han hallado al paso, á balazos y machetazos, y no han dejado en pie ni el jacal más miserable. Al salir de la Florida, quedó á su espalda sólo un montón de escombros.

—Pero ¿no ha habido desgracias personales? pregunté con ansiedad.

—Sólo una, contestó mi primo. Ha sido encontrado el cadáver del tuerto Analco, con un balazo en la cabeza, junto á un jacal, fuera del portón de la hacienda. No se sabe cómo pasó el hecho ni quien le mató.

—¿Y don Santos? volví á preguntar.

—Refiere el mozo que, buscado empeñosamente por los pronunciados, tuvo apenas tiempo de ocultarse echándose á un despeñadero que hay detrás de la hacienda. La caída le ha ocasionado una herida en la cabeza y la fractura de una pierna; pero al fin ha salido con vida.

—¡Alabado sea Dios! exclamé respirando con desahogo, buena suerte ha tenido; si hubiera caído en manos de los pronunciados, no le hubiera arrendado las ganancias.

—Ya lo creo—repuso mi primo—le habrían exigido mucho dinero.

—Le habrían matado, repuse sentenciosamente.

X

Pocos días después regresé á Guadalajara. Como el camino real pasa á la vista de la Florida, pude cerciorarme por mis propios ojos, de la verdad de cuanto me había sido referido. La casa de la hacienda, las trojes, las chozas de zacate, todo no era más que un hacinado de ruinas. La capilla,

bendita hacía menos de un mes, presentaba el aspecto de un edificio derruido por la mano del tiempo, y conservaba el rastro de las llamas que habían salido por puerta y ventanas, lamiendo con lengua de fuego los muros exteriores. Del jacal que habitó Nieves, no se veían más que cenizas y algunas piedras calcinadas. Ningún habitante quedó en lo que fué la Florida; la desolación entró en posesión de aquellos sitios poco ha tan alegres y prósperos. Así pasan las glorias del mundo.

Atemorizado por tales sucesos y más aún al saber que Juan andaba en campaña entre los revoltosos, apenas curado don Santos de la fractura y de la herida que había sufrido, fuése á radicar á Guadalajara, vendió la hacienda y se quitó de ranchero. Decía á este propósito, para explicar su decisión, que en este país no se podía vivir en el campo, porque el gobierno no daba garantías á la gente trabajadora; debiendo decir mejor, que la autoridad no puede librar á los bribones de sufrir las consecuencias de sus delitos. Pero esto no lo confiesa, y pocos como yo podrán comprender por dónde flaquea su discurso.

No he vuelto á saber cosa alguna de Nieves; temo que su fin haya sido desgraciado, porque la vida azarosa á que dió principio á su salida del pueblo, da motivo para sospecharlo.

Tampoco sé qué habrá sido de Juan. Es probable que haya llegado á general.



EL PRIMER AMOR.



DEDICATORIA.

A TI, respetable matrona, á quien suelo encontrar por esas calles rodeada de chiquillos de todas edudes y tamaños, y seguida por una ó dos nodrizas que llevan en brazos, entre encajes y cintas, á los frutos de tus inocentes cuanto fecundos amores; á tí dedico esta verídica historia, olorosa á tomillo. Encontrarás en ella reminiscencias de acontecimiensos que te atañen, y que de seguro habrás olvidado. También tú, seria y robusta señora, has sido heroína de novela, aunque te sorprenda oírlo decir, y por más que lo reputen imposible cuantos al presente te conozcan.

Dejo á cargo de mi pluma la demostración de esta verdad sospechosa, y consiento se diga que, considerada desde este pun-

to de vista, pertenece mi narración al género maravilloso. Quizás logre hacer surgir esta lectura ante tus ojos, en medio de la gresca infantil que te rodea, la imagen de aquel amor que fué para los dos el primero, y quizás al recorrer estas sencillas páginas, dediques algún suspiro ó una lágrima furtiva á la lejana y poética alborada de nuestra existencia. Tal ovación sería digna de la pureza de ese recuerdo, y me dejaría satisfecho, si no por tí, que no eres ya más que una sombra del pasado, sí por el encanto y el prestigio de esa dulce memoria.

Ojalá mi pobre dedicatoria despierte algún interés en tu corazón lleno de cuidados domésticos; ojalá te convide á leer con benevolencia los siguientes renglones. Si tienen algún encanto, á tí te lo deben, pues brillas en ellos como el sol en el cielo de la mañana.





I

LA TEMPORADA.

COMO los hijos de Jair, juez de Israel que eran cuarenta y montaban otras tantas asnas; como el ventrudo, prosaico, y taimado Sancho Panza, que acompañaba á Don Quijote en todas sus aventuras, á horcajadas sobre un rucio; como los pashás egipcios, que se pasean gallardamente por las calles del Cairo oprimiendo los lomos de mansos borricos, así salí de Guadalajara, caballero sobre una bestia de tan pacífico linaje, una tarde á la caída del sol, no hace muchos años todavía, con dirección á la vecina villa de S. Pedro.

Comenzaba la estación de aguas, época destinada por los metódicos habitantes de Guadalajara desde la antigüedad más remoto, á veranear en dicho pueblo; y, siguiendo la corriente de la costumbre, deliberó mi familia pasar los meses de rigor en aquel lugar de placeres. Resuelto el punto y ajustado el contrato de arrendamiento con el rico propietario de una casa cómoda y bien situada, se puso mano á la obra. Apercibióse una amplia carreta para colocar en ella toda la máquina de cosas indispensables al servicio doméstico: camas, mesas, sillas, cajas, colchones, cazos, cacerolas, etc. etc.; lo que se hizo de la mejor manera que se pudo. Todavía recuerdo, como si los viera, los rollos que formaban los colchones, envueltos en alfombras, tapetes ó frazadas, y atados con cuerdas, en lo más alto del tosco vehículo; la triste figura que hacían las mesas volcadas y con los pies hacia arriba; y cuán fea y tiznada se miraba la batería á medio uso de la cocina, esa gloriosa batería que en lugar de hacer fuego, le recibe, y en lugar de matar, sustenta y vivifica. Si mi memoria no es infiel, puedo asegurar que coronaba aquel edificio

de muebles, ropas y utensilios, un perico en su blanca jaula de hojalata, que iba afianzada sólidamente á los últimos colchones de la cúspide. Asustado el pobre animal por lo extraordinario del caso, chillaba con voz estridente, soltando de cuando en cuando las frases acostumbradas: *¿periquito, eres casado?* y otras por el estilo, pronunciadas con la voz ronca y cascada peculiar á su especie.

A la entrada de la carreta se había dejado un estrecho sitio desocupado, donde tomaron asiento las criadas radiantes de placer. Reían estrepitosamente por cualquier motivo, charlaban en voz alta, y los duros tumbos del vehículo hacíanlas prorrumpir en agudas exclamaciones, que indicaban mayor satisfacción que pena por el aporreo. Cuando el carretero —indio chato, trigueño y lampiño, vestido con camisa de manta, calzones de idem arremangados en gruesos rollos hasta los muslos y sombrero de palma —empuñó la garrocha y dió el primer puyazo á los bueyes, el júbilo de aquellas mujeres llego á su colmo. Gimió la grosera máquina, fatigada por lo excesivo del peso, bamboleó como si fuesen á romperse

los barrotes que la formaban, y comenzó la torpe marcha con tardo y duro rodar sobre el empedrado. Las ruedas imperfectas y gastadas por el uso, giraban con trabajo desigual. Al subir sobre las partes salientes se detenían y daban la vuelta con suma lentitud; una vez vencido el obstáculo, se despeñaban velozmente hacia sus partes deprimidas, á semejanza de un cojo que se alza sobre un pie y se desploma sobro el otro en desapacible alternativa.

Entretanto yo, que contaba diez y seis años en aquella sazón, habiéndome negado á hacer el corto viaje en coche con mi familia, había preferido realizarlo en burro, en compañía de varios amigos y primos míos, que se reunieron en mi casa con este propósito. Formamos de esta suerte una alegre y ruidosa comitiva, que servía de grotesca escolta á la carreta, y que llamaba la atención de los transeuntes.

La parte menos divertida del viaje fué la de la ciudad que hubimos de recorrer hasta llegar á la garita. Cruzamos la alameda; seguimos por el paseo hasta la plaza de San Fernando—hoy convertida en estación de los tranvías—; nos detuvimos ante la fuen-

te de los compadres—así llamada, según la tradición, en memoria de dos parientes espirituales que tiernamente se amaron á pesar del parentesco, y fueron en castigo trocados en estatuas de piedra—; pasamos el puente de Medrano, echando una mirada al palacio que se erigió cuando la fundacion de la ciudad, convertido hoy en casa de vecindad; seguimos por el boulevard Gambetta, por la calle de Catalán, y llegamos al fin á la puerta de la ciudad, que nos pareció *porta cœli*, según la alegría que nos produjo. Allí comenzaba el camino de San Pedro, de ese pueblo que es encantador á pesar de no tener ninguna belleza. Al pasar bajo los arcos aduanales—que se nos antojaban de triunfo como los de Tito ó Séptimo Severo—; al ver el recto camino, que se cuelga á la mitad de su longitud para tornar á elevarse á su otro extremo, como un inmenso columpio; al descubrir las tres calles que formaban la antigua carretera, embellecidas por cuarto hermosísimas hileras de copudos y verdes fresnos: no pudimos resistir mayor tiempo, sobrepúsose nuestro entusiasmo á toda moderación y compostura, y nos dimos á galopar sobre nuestras pa-

cíficas cabalgaduras, empleando á las veces el palo, á las veces el cosquilleo de las ancas —que da buenos resultados, y tiene por nombre técnico en el *sport* asnal, *hacer pelillos*—, ó bien ambos estímulos reunidos, que son más elocuentes. Los burreros nos seguían de cerca jadeantes y mal humorados, recomendándonos que no diésemos tan severas palizas á sus animales; pero no hacíamos aprecio alguno de sus ruegos ó gruñidos, impotentes para reprimir los poderosos impulsos de nuestro entusiasmo. ¡Qué carreras, qué gritos y qué risotadas! La extensa carretera resonaba con nuestras voces, y se obscurecía con el polvo que levantaban nuestros escarceos. A menudo sucedía que algún compañero poco diestro para guardar el equilibrio y no hallando como tenerse sobre el ancho y redondo aparejo, venía al suelo alegremente, en medio del regocijo general. Seguía el burro trotando ó corriendo, y el ginete derribado iba en pos de él buen trecho sin lograr alcanzarle, porque la alegre comparsa apaleaba de propósito al animal para que burlase la persecución de su ginete.

Las criadas radiaban también de conten-

to. Dábanle salida, á no poder más, por la gangosa garganta, de donde lanzaban con bríos de aduar canciones semibárbaras. Chillaban como chicharras, echaban la voz por la nariz como sacristanes y desafinaban como cencerros. A esto se agregaba que las sacudidas de la carreta obligábanlas con frecuencia á dar descompasados gritos, sofocados á las veces, agudos otras, de suerte que el coro era un guirigay, un pleito de perros y gatos. Pero esto ¡qué importa! Cada cual expresa su satisfacción como Dios le da á entender. ¿No relinchan los caballos? ¿no rebuznan los burros? Y no obstante, son ésos los acentos de su alegría. ¡Quién ha dicho nunca que el contento ha de manifestarse por grupetos sacados del Método de canto de Eslava! Si tratamos de reducir á las reglas de nuestra pobre música, no digo á los pericos y á las chachalacas, sino aun á los mismos canarios ¿cuánto vamos á que sale derrotada su filarmonía? Por fortuna la naturaleza es romántica, y se burla de los clásicos. ¿Dónde están sus reglas, cuál es su manual, quién conoce su pauta? Es sublimemente desacorde, como *Hernani* ó *El rey se divierte*. Los cerros

no tienen figura simétrica, las barrancas se abren en forma caprichosa, los ríos no siguen líneas rectas, ni curvas perfectas en su curso, el mar da tumbos de bestia salvaje, y corta sus costas sin preocuparse maldita la cosa por la geometría. ¿Qué cosa más desacorde que una pajarera? ¿cuándo se ha oído un coro de golondrinas al unísono? Así, pues, la gran naturaleza, irregular, pero majestuosa y respetable siempre, hallaba manifestación en los gritos de aquella servidumbre femenina, la cual, sin saberlo, era en esos momentos el órgano misterioso por donde vibraba la voz de la vida, como la orilla de los estanques, donde cantan las ranas, y el interior de los corrales donde grita el alborotado gallinero.

En medio de tales expansiones y juegos, llegamos al obscurecer al término de nuestro viaje, armando tal ruido y algarabía, que los curiosos habitantes de la alegre villa salían á puertas y ventanas para ver nuestro desfile. Así atravesamos triunfalmente todo el pueblo, extremando á nuestro tránsito por las calles, los que íbamos en burro nuestros escarceos y travesuras, y las de la carreta sus cantos destemplados.

Hallábase la casa donde se instaló mi familia, no lejos de la plaza pricipal, hacia el oriente. Mucho distaba de ser un palacio. Apenas comenzada á fabricar, no tenía más construcción que la externa, ó sea una serie de aposentos á la calle, y todo el resto vano y en espectante disponibilidad; á modo de cascarón hueco, sin más que la costra que limita su claustro. Esa misma vacuidad, empero, comunicábale el encanto propio del caso, porque todo el espacio libre había sido empleado interinariamente en la formación de un vasto jardín de no escaso atractivo. Al frente destacábase una fuente de hierro con hermosos surtidores; á la izquierda un ruidoso grupo de plátanos; á la derecha erguíanse algunas araucarias; y en el fondo levantábase la masa verdinegra de un poblado bosque de cedros del Líbano, en medio del cual ostentaba su linfa reluciente un amplio baño, alimentado por un grueso chorro estrepitoso. El espacio intermedio entre estos puntos, que bien podrían llamarse cardinales, mirábase cubierto de flores de todas clases, desde las más soberbias hasta las más humildes, desde la gigantesca magnolia hasta la diminu-

ta violeta, desde la rosa de vívidos colores hasta la azucena pálida, emblema de la pureza.

En tales condiciones, déjase comprender que aquella casa en bosquejo distaba mucho de ofrecer las comodidades deseables. Las ventanas y puertas sin cristales tornaban irresoluble el problema de la comodidad: si en busca de aire y luz se abrían los batientes de madera, metíanse desencadenados los remolinos y las rachas en los aposentos, llevándose papeles, derribando pequeños objetos y cubriéndolo todo de una espesa capa de polvo; si por evitar el inconveniente se cerraban los batientes, faltaba la ventilación y se oscurecían los aposentos como calabozos de criminales. Pero estos tropiezos eran *peccata minuta*: ya se sabe que se va á San Pedro á vivir incómodamente; que se deja la buena casa de Guadalajara con alegria por ocupar una pocilga en la villa; que se llevan pocos muebles á la temporada, y se cuida de que sean los más viejos y feos de que se puede disponer; que llegada la ocasión, ante nada se retrocede, durmiendo, cuando hay huéspedes, en colchones tirados por el suelo, ó

en canapés sin colchón; que se ponen camas en la sala, y que se hace comedor en los corredores, sin pena alguna por ello, ni cortedad con las visitas, ni sufrimiento por la estrechez en que se vive. Todo se sufre con calma y regocijo, en siendo trabajos de San Pedro, pues sólo una cosa es necesaria: pasar la temporada en ese pueblo, como se pueda, ya salga lo que salga. Conseguido el objeto principal, lo demás es lo de menos, como decía un amigo mío.

Nuestra casa, aparte de sus imperfecciones, tenía al menos la ventaja de ostentar el hermoso jardín bosquejado; lo que era suficiente para indemnizarnos de los inconvenientes de las habitaciones. Por lo que hace á mí, sé decir que sería capaz de dormir en la rama de un árbol como un mono, por gozar los encantos de la naturaleza.

En la puerta de mi casa se despidió la comitiva. Mis amigos y primos continuaron armando la misma gresca por otras calles donde fueron á buscar sus habitaciones; en tanto que en el zaguán de la mía se desempeñaba la delicada labor de descargar la carreta. La servidumbre hizo la faena con gran presteza y buena voluntad, cosa inau-

dita en esos séres displiscentes y tardos en asuntos relativos al servicio. Es que en el ánimo les rebosaba la satisfacción de hallarse en aquel lugar; cosa mágica y por todo extremo dichosa.

Visitado el interior de la casa, volví á la puerta de entrada por orden superior á vigilar la maniobra. Consagrado á tan delicadas funciones me encontraba, cuando advertí que, á través de una ventana de la casa contigua, me atisbaban dos ojazos azules. Fijé la atención y reconocí á Lola Espino, encantadora criatura ante cuya belleza había permanecido como alelado varias veces en Guadalajara. Era rica, de mi edad ó acaso un poco mayorcita, grave y elegante; así que tal conjunto de circunstancias ejercía en mí una inexplicable acción paralizante, parecida á una inmensa sorpresa ó á un gran susto.

Siempre que la veía poníame colorado, latíame el corazón con gran fuerza, se me enfriaban las manos y me tornaba torpe de inteligencia y movimientos. Recuerdo que en tales casos no sabía qué hacer con las manos, que perdía el compás de la marcha, y que sentía contradictorios y poderosos

impulsos de echarme á correr huyendo del conflicto, y de no apartarme del sitio para continuar en aquel potro; de irme y de quedarme, de verla y de no verla, de que me viera y de que no me viera, pues su mirada me causaba tan gran sobresalto como placer inexplicable y misterioso.

Ahora la suerte nos había hecho vivir en casas vecinas, y sobrarían las ocasiones de mirarla. Esta consideración me llenaba de tanta alegría como pánico. ¿Cómo andaría gallardamente delante de ella? ¿qué traje de mi escaso guardarropa me pondría para no parecerle mal vestido? ¿pasaría delante de su casa cuando saliese de la mía ó volviese á ella, ó daría vuelta por la esquina, aunque tuviera que rodear un poco? Sentía que me faltaba el ánimo para todo, á la vez que amaba el peligro; como Enrique IV, quien temblando como azogado en sus primeras campañas, caminaba á la cabeza de sus tropas.

Verla y pensar esta máquina de cosas, fué obra de un solo momento, como si la locura se hubiese apoderado de mí súbitamente, excitando mi cerebro y obligándome á trabajar vertiginosamente con el pen-

samiento y con la imaginación. Pero ¿cómo no había de producir tal efecto aquella visión encantadora? Era Lola blanca, con la blancura de la nieve alpina y tenía los colores de las rosas de Jericó en las mejillas. Su tersa frente de forma artística, ostentábase hermoseada por la cabellera más rubia, rizada y abundante que se haya visto en el mundo. Conocedora de esta riqueza, hacía ella con sus cabellos todo género de combinaciones: peinábalos en crenchas negligentes que caían por sus hombros como una lluvia de oro, ó bien los ataba sobre la cabeza en gracioso nudo como el de la Venus Capitolina, ó bien los colocaba en torno de la frente como diadema regia, dando á su fisonomía un encanto avasallador. Sus grandes ojos de un azul profundo y marino, resplandecían sombreados por luengas y rizadas pestañas que los tornaban poéticos y soñadores, como los de Ofelia, y eran de una limpidez inmaculada. Sus mejillas de contorno purísimo mostraban graciosos hoyuelos siempre que la risa, como ráfaga de sol, las iluminaba. Nariz fina y recta daba á su fisonmía perfil numismático; y su pequeña boca roja y fresca, infantil por su

gracia, semejaba rica joya de rubíes y preciosas perlas.

Tenía su acento timbre argentino y apasionadas inflexiones que llegaban al alma. En cuanto se le oía, sumíase el espíritu en celestiales arrobos y llenábase el corazón de emociones arcanas y sabrosas languideces; era la voz de la juventud entonando al oído el himno risueño y misterioso de las ilusiones y de la vida.

Su cuerpo, dechado de gracias esculturales, hubiera sido capaz de dar dolores de cabeza á la misma Venus de Gnido. Alta y esbelta, tenía toda la delicadeza y toda la fuerza de la verdadera hermosura en pleno y exuberante desarrollo. Su leve cintura cimbradora como el tallo de una palmera contrastaba armoniosamente con las lineas de su busto ateniense, digno del peplo de las antiguas canéforas. Al deslizarse por el suelo su breve planta, parecía marcar el ritmo de un canto amoroso; y calzada con la sandalia clásica, hubiera podido ser pintada con delicia por Apeles ó esculpida por Fidias en algún tímpano del Partenón.

Su andar, á la vez marcha triunfal y tránsito de maga, parecía ya carrera de niña ju-

guetona, ya paso dominador de reina soberbia. Tenía su cabeza movimientos de gracia y fiereza arrobadores, cuya observación me causaba espanto, y despertaba en mí deseos insensatos de doblegar tanta altivez, y de hacer mío aquel tesoro de ritmo y gallardía.

Noto que he pecado de difuso al trazar el bosquejo; pero merezco perdón del lector bondadoso. Lola es para mí en esa lejana perspectiva, el blanco fantasma de mis sueños, la musa de mi adolescencia, el risueño y primer ideal de mi espíritu.

Ruborizado de que tan hermosa joven me viese consagrado á tan grosero ministerio, no me ocupé ya de la carreta, ni del mobilia rio, ni de cosa alguna que no fuese contemplarla con toda devoción. No por eso se recató ella, ni desapareció de su sitio como llegué á temerlo, sino que antes bien sufrió sin pestañar las descargas eléctricas que le enviaban mis ojos, clavando en mí las miradas de sus diáfanas pupilas.

Presa de tanto júbilo como asombro parecíame soñar. Nunca me había favorecido con sus miradas aquella joven hermosa y, por mi parte, aunque me sintiese atraído hacia

ella con imán poderoso, habíala visto como un imposible, y no había llegado á manifestarla mis afectuosas inclinaciones. Cercada de adoradores guapos, ricos y elegantes, no sé bien si por modestia ó por amor propio, había huido cuidadosamente de ponerme á discusión y de sufrir una derrota que me hubiera sido harto dolorosa. La voz pública, por otra parte, hablaba muy alto en favor del recato y discreción de Lola; de suerte que no podía atribuir su favorable acogida á lijereza y vana coquetería.

No cabía más explicación que admitir hubiese en su corazón alguna simpatía naciente hacia mí; pero esto me parecía mentira, no me sentía digno de tanta felicidad, me encontraba muy pequeño para ser objeto de una dicha tan grande. En medio de mi aturdimiento, dominábanme la idea de mi insuficiencia, á la vez que el deseo vehementísimo de convertirme en favorito del ciego destino. ¡Tantos y tantos andan por ahí cargados de las dichas de la tierra, sin mérito alguno, como militares llenos de galones y de cruces, pero sin un solo hecho memorable en su virgen hoja de servicios!

Así entre conjeturas, dudas, esperanzas

y palpitaciones de corazón, pasé el resto de la tarde sin apartar los ojos de la ventana, hasta que cayó el crepúsculo é invadieron el cielo las sombras de la noche.

II.

EL ASEDIO.

Sólo quien sienta las emociones amorosas por primera vez, podrá darse cuenta de lo que pasó por mí aquellos inolvidables días en que la vecindad de Lola hizo nacer en mi espíritu una nueva idea y un anhelo desconocido. A pesar de la poderosa atracción que me arrastraba hacia la hermosa joven, no me hubiera atrevido á acercármele y á pretender una dulce correspondencia, si no hubiera sido por que ella me alentaba con blandas miradas, atentos saludos y graciosas sonrisas.

Siempre he creído que las mujeres son responsables de que se las corteje. Frecuentemente se les oye decir que las fastidian con sus impertinencias uno ú otro galán, y que no aciertan á explicarse su atrevimien-

to; pero no hay que dar crédito á sus palabras. Es verdad que ellas no rondan las casas de los jóvenes, ni son las primeras en mandarles esquelas perfumadas, ni les arrojan ramos de flores á sus balcones, ni les llevan lucidas serenatas; pero no es menos cierto también, que emplean para atraérselos una táctica infalible, aunque poco visible y nada ruidosa ¿Por qué se las quiere? ¿por qué se las persigue? Porque sus ojos saben lanzar rayos simpáticos y consolado res, porque conocen el secreto de decir con la mirada: "usted me agráda y le distingo entre la turba que me rodea"; ó bien: "á pesar de todo, le quiero"; ó bien: " soy víctima de una tiranía odiosa que me impide seguir los impulsos naturales de mi corazón". Atraídos por aquellas corrientes magnéticas, se lanzan tras ellas los corazones palpitantes de esperanza, y se nubla la razón, se debilita la voluntad y se cae tal vez en el abismo regocijado de la ridiculez. Todos se ríen del pobre loco que vive de la adoración de una beldad insensible; pero si sorprendiesen algunas ojeadas rápidas de la diosa, hallarían la clave de aquel secreto cómico que tanto divierte á los desocupados.

Así yo, aunque naturalmente irresoluto, seguí adelantando sin darme cuenta de ello por aquel sendero de flores, conducido por las estrellas de sus ojos, hasta el punto de causarme asombro á mí propio, tanto arrojo y osadía tan inaudita.

Todas las mañanas á las siete pasaba delante de sus ventanas para ir á tomar el *guallín*, ómnibus destartalado en que hacía el viaje á Guadalajara para asistir á las clases del colegio. Lola me esperaba en la ventana. Decíala adiós sonrojándome, y ella me contestaba con deliciosa amabilidad; y, en tanto que no llegaba yo á la plaza y subía al vehículo, iba volteando la cara para verla. Ella con la frente apoyada en las rejas me seguía tenazmente con la mirada. Seguro estaba asimismo, de hallarla de nuevo en el propio sitio, á mi regreso á la villa, á la una de la tarde; volvía entonces á saludarla, y á cosechar sus sonrisas.

La parte más importante de este prólogo delicioso, pasaba por las tardes. Iba ella en compañía de su madre y de algunas amigas á pasear al camino de Guadalajara, á las veces en burro, otras en carreta, y las más á pie. Lanzábame yo en su seguimiento, á

manera de sombra, con grave disgusto de la autora de sus días, que me lanzaba miradas furiosas. Lola no perdía ocasión de voltear á mirarme. Aprovechaba mil oportunidades para volver la cara hacia mi; ora una conversación con las amigas que iban detrás, ora el ruido de un carruaje, ó bien la necesidad de asegurar alguna vacilante orquilla de su peinado. No pocas veces reprendíala la Sra. D.ª Agustina, mi estimada madre política en ciernes; pero sus reprensiones no producían efecto durable. Nacía en ella una seriedad esencialmente pasajera, que me apenaba mucho, con todo; pero debilitada á poco la impresión de la reprimenda, tornaba á favorecerme con sus hechiceras y significativas miradas.

Vuelta del paseo, poníase á la ventana acompañada de alguna amiga ó de la Sra. D.ª Agustina, en tanto que iba yo y venía sin descanso, como péndulo de reloj, por la acera de enfrente, y aun por la de su misma reja cuando desaparecía de la escena la estimable mamá. Dos enemigos igualmente temibles hallaba en mis dulces y pedestres evoluciones; uno estaba en su casa, y era D.ª Agustina; el otro en la mía, y era mi

propia madre, que no quería verme haciendo locuras, como decía, ni recibía con buen talante que perdiera mi tiempo en aquellas empresas, cuando tanto lo necesitaba para mis estudios. Así que me veía precisado á sortear incesantemente los dos escollos, huyendo y ocultándome cuanto más me era posible, á las severas miradas de ambas señoras. Era cosa entendida asimismo, que Lola se recatara de mi madre, con tanta eficacia, como yo de la suya; lo que me ponía al abrigo de la ridiculez, y me permitía correr á todo mi sabor y desaparecer como por escotillón detrás de alguna esquina ó en algún zaguán abierto, siempre que la prudencia lo aconsejaba.

Así fuí haciendo notables progresos en el ánimo de la encantadora joven. Solía llevar conmigo algunos amigos para que me acompañaran á hacer la ronda vespertina, y para que presenciasen mi triunfo. Al principio se rieron de mí, cuando les confesé que cortejaba á aquella beldad celebrada; luego que se convencieron por sus propios ojos, de que me aceptaba la joven, cesó la burla, dando acaso lugar á un oculto despecho y á una secreta envidia.

—¿Le has declarado ya tu amor?—díjome en cierta ocasión uno de ellos.

—Todavía no.

—¿Pues qué esperas? ¿quieres que sea ella quien lo haga?

—No me atrevo; me da susto.

—Las mujeres no gustan de los hombres tímidos. Si observa que le tienes miedo, te pones en ridículo y eres perdido.

Hondo efecto me hicieron tales palabras, y comprendí que debía pasar el Rubicón de mi timidez para obtener la Roma de mis sueños,—sea dicho con permiso de Góngora y Argote. Por tanto, después de varios días de cavilar y corregir borradores, escribí por fin en papel finísimo, y encerré en diminuta cubierta sin dirección, la siguiente carta, reminiscencia de varios almanaques según presumo, y escrita conforme al uso de la gente menuda y de mísera inventiva:

"LOLA:

"*Desde el momento en que la ví, nació en mi corazón un sentimiento desconocido* que ha ido creciendo día por día, y que hoy es ya

una *pasión irresistible*. La quiero con todo mi corazón, y no puedo vivir sin Ud. Quiérame Ud., Lola, si desea que viva, porque moriré sin el amor de Ud., como las flores cuando no son vivificadas por la luz de los cielos. *Deme Ud. alguna esperanza. Un sí me hará el más feliz de los mortales, y un nó el más desgraciado.*

"Quien de veras la quiere."

Terminada la carta, resguardéla dentro de otros papeles para que no se maltratase, y púsela cuidadosamente en el bolsillo.

Pronto llegó el osbcurecer, hora propicia al gran paso amatorio que tenía preparado, y que decidiría de mi suerte, *haciéndome feliz ó desgraciado*. Rondé largo rato por las banquetas de ambas aceras, oprimiendo con mano convulsa la esquela dentro del bolsillo. Estaba sola mi amada y podía acercármele cuando quisiese; pero no me atrevía á ponerlo por obra. Cuando alcanzaba en mis paseos la esquina opuesta á su casa, formábame la resolución de llegar sin más preámbulo á la ventana, y entregar la car-

ta, pero á medida que me aproximaba al sitio donde ella me esperaba con la firmeza de un centinela frente al enemigo, flaqueábanme las piernas, tornábase dificultosa mi respiración, saltábame el corazón con violencia y olvidábame de mis propósitos. Y me decia: ya será á la otra vuelta; y llegada la otra vuelta, tampoco tenía resolución para hacerlo.

Al fin, sacando fuerzas de flaqueza, y temeroso de que mi timidez diese al traste con la buena voluntad de la joven, me acerqué á la reja como el soldado que marcha á atacar la trinchera, y saqué la esquela con mano trémula. Sentí que la sangre huía de mi rostro, y que me temblaban las rodillas; pero sobreponiéndome á la emoción, dije con voz apenas perceptible y fauces secas:

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor, contestó Lola con voz baja y temblorosa.

Su turbación dióme algún ánimo. Los tímidos se ierguen y envalentonan ante los más tímidos.

—Señorita—proseguí con una vulgaridad que todavía me humilla—¿me hace Ud. favor de recibir esta carta?

Alargó la mano Lola por toda respuesta, y tomó el papel. A pesar de que era ya casi de noche, pude observar que aquella mano era de una forma aristocrática: blanca y larga, y con dedos afilados propios á tomar el punzón con que atizaban el fuego las antiguas vestales.

—Mil gracias, murmuré con acento débil.

Permanecí indeciso algunos momentos, y no sabiendo qué hacer, quitéme el sombrero con torpeza, y me despedí diciendo:

—Buenas tardes, señorita.

—Buenas tardes, señor, me contestó.

Y sin más hacer ni decir, me alejé, sintiendo que el corazón iba á salírseme del pecho. Lola dejó luego la ventana y cerró los cristales, probablemente para evitar ser sorprendida por la Sra. Dª Agustina, ó con el fin de leer mis mal escritos renglones.

III.

SE RINDE LA PLAZA.

Dos días después, á la hora de oscurecer —tácitamente convenida para nuestras expansiones amatorias—hízome Lola una seña

con su blanca mano, al través de las rejas, para que me acercase á la ventana. Corrí desalado, con la respiración anhelante y el corazón tocando á rebato, y me llegué á ella saludándola con lengua torpe. Diome por toda respuesta una carta pequeña, y se entró rápidamente en el aposento.

Parecíame que todo San Pedro oiría los latidos de mi corazón. Yo los oía con tanta claridad como si fuesen tañidos de campana; su golpe seco y vertiginoso se sobreponía á los demás sonidos que me rodeaban. Corrí á mi casa, pedí una luz, me encerré en mi cuarto con doble vuelta de llave, y eché mano á la dulce misiva. Decía así con candorosa simplicidad y delicioso abandono ortográfico:

"Señor

"Si sus sentimientos son *cinseros*, espero que me de *pruevas*. Cuando me las *halla* dado le *resolberé*. Su *serbidora*

Dolores."

"—¡Pruebas!—me dije. ¿Qué pruebas? Lo más obvio sería mostrarle el corazón, y

hacerle ver el miserable estado á que le tienen reducido las hondas emociones que experimenta por causa de ella á todas horas. Según le siento de enfermo, debe adolecer de hipertrofia, ó aneurisma; tendrá insuficiencias en las válvulas ó terribles lesiones en los ventrículos y aurículas, ó en el callado de la horta; pero es seguro que no se halla en su estado normal. Si fuera doctora en medicina mi amada, como algunas norteamericanas ilustres de quien hablan los periódicos, le bastaría tal vez auscultarme para convencerse de que la adoro; pero careciendo de esos conocimientos especiales, no puedo pedirle que apele á tan eficaz recurso.

"¿Deberé cuidar borregos catorce años, como Jacob para lograr la mano de Rebeca? ¿Deberé bajar á *la arena de los leones* para recoger un guante desprendido de su blanca mano, como el héroe del cuento de Schiller? ¿ó habré de irme á la Peña Pobre á hacer penitencia, como el Caballero de la Triste Figura, en ropas más que ligeras y dando zapatetas en el aire."

Después de largo espacio de angustiosa perplejidad, proveniente de mi ignorancia

en los dulces achaques amorosos, dime una palmada en la frente, exclamando:

—"¡Ya caigo! Lo que quiere Lola es que haga más largas centinelas en la esquina de su casa ó incrustado en el marco de los zaguanes, que me asolee, que reciba el relente nocturno y que no huya el cuerpo á los chaparrones. Debo á la vez no ver á ninguna otra joven que no sea ella, como un cartujo; no concurrir á tertulias, paseos ni visitas á donde ella no vaya; hacer, en fin, cuanto es de uso y rigor en casos tan graves como el presente."

Encontrada la clave de la dificultad, respiré con satisfacción, y me eché en los brazos de la dulce esperanza, que me ofrecía en cercano término el logro de mis deseos más puros y vehementes.

Quien me hubiese visto los días inmediatos parado frente á la casa de Lola, inmóvil, con los ojos clavados tenazmente en su ventana, sin volver el rostro para ver á ningún transeunte, sordo á todos los ruidos, sin pestañear siquiera, como si estuviese delante de la cámara fotográfica; quien me hubiese visto resistir el sol del medio día que enrojecía la atmósfera y caldeaba

el pavimento, convirtiendo la creación en un horno inmenso; quien me hubiese visto no buscar asilo bajo ningún techo, cuando abiertas las cataratas del cielo, caían arroyos de las nubes, y corría el agua por las calles, con volumen y estrépito de caudalosos torrentes: quien me hubiese visto en tales situaciones, repito, habría creído que el espíritu santo de la razón había abandonado mi cerebro, tendiendo por el éter sus blancas y puras alas. Y más se hubiera asombrado todavía, de ver á Lola impertérrita asimismo en el campo del honor—del amor decir quise—resistiendo como yo el sol, la lluvia y la fatiga durante horas y más horas, que siempre me parecieron breves y regocijadas. ¡Cuántas veces el rostro infantil de mi amada se tornó rojo como escarlata, al influjo de un sol meridiano de cerca de cuarenta grados; y cuántas la lluvia que azotaba su ventana, corrió por su cabellera de oro, sembrándola de gotas relucientes, como brillante pedrería!

Lo que todavía me asombra y no me explico es cómo pudimos ella y yo entregarnos á aquellos escarceos romancescos, tan á nuestro sabor, cual si no tuviésemos madres

celosas que nos atisbaran y vigilaran, y no estuviésemos tan cerca de sus ojos y al alcance de sus reprimendas. ¿Cuántas veces dejé de asistir á mis clases? ¿Cuántas no estudié mis lecciones? ¿Cuántas resonó en el aula el solemne acento del profesor sin que le prestase yo la atención más mínima? ¿Cuántas dejé que se arremolinasen á mi derredor aquellas ondas sonoras preñadas de sabiduría, sin desentrañar su sentido, como si fuesen voces no articuladas, ó vocablos pertenecientes á una lengua extranjera? ¡Oh cielos! vosotros que sabéis cuál es el número de las estrellas que cintilan en el espacio, y lleváis la cuenta de las arenas que forman el revuelto lecho de los mares, vosotros podréis saberlo; yo lo ignoro. Sólo sé que el texto y la explicación, las disertaciones y los escrutinios de mis clases estrellábanse en mi glacial indiferencia por aquellos días, como las traviesas olas del océano en los duros peñascos de la costa. ¡Tan cierto es así que el amor se enseñorea del espíritu por completo, y no le deja vagar para ocuparse de ningún otro asunto, siquiera sea tan alto y respetable como la ciencia!

Quiso Dios al fin que pasara aquel período terrible, y que mis trabajos de Hércules tuviesen recompensa.

Sucedió, pues, que hallándome una tarde como de costumbre, apostado en el marco de una puerta frente á la ventana de Lola, observé que Paco González, mi condiscípulo, rondaba la casa de mi amada con irritante descaro. Cada vez que pasaba frente á mí, mirábale yo con ojos de basilisco; en tanto que, fingiendo menosprecio, menudeaba él sus paseos y miraba á la ventana con insolencia. Aquello era demasiado y no pude llevarlo en paz

—¡Paco!—le dije una de las veces que pasó junto á mí.

—¿Qué se ofrece?—respondió con tono provocativo y mirándome de hito en hito.

—¿Rondas á Lola?

—¿Qué te importa?

—Mucho, porque le hago la corte y la quiero.

—En hora buena.

—Pero yo no permito que pases por aquí.

—Pasaré cuanto me dé la gana; no tienes derecho para impedírmelo.

—En efecto—le dije—no lo tengo; pero

voy á proponerte un medio de arreglar el asunto. Nos vamos á un sitio solitario, y lo decidimos á puñetazos. El que triunfe quedará dueño del campo.

—Corriente—repuso Paco con voz de trueno—me tienes á tus órdenes.

Echamos á andar para las afueras del pueblo.

Bastante me atormentaba la penosa sensación del miedo. Manos frías, corazón agitado, temblor de cuerpo, todos los síntomas de esa humillante debilidad sacudían mis nervios tenazmente. Pero ¡qué importa! Ercilla lo dijo:

El miedo es natural en el prudente
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Y yo lo vencía porque se trataba de Lola, y me sentía capaz de destrozar al género humano y de dejarme hacer menudas trizas por ella. Paco, por el contrario, aunque salió de la calle con muchos bríos y hablaba en voz alta profiriendo baladronadas, fué perdiendo el ánimo paulatinamente. Sin duda mi sereno y resuelto aspecto le hizo creer que se las tenía que haber con algún Bayardo; ¡ah! si hubiera podido penetrar en

mi interior y hubiese visto las angustias que me acongojaban, no habría tenido de mí, sin duda alguna, idea tan formidable.

Sea como fuere, el caso es que, antes que llegásemos á despoblado, tocó parlamento y volviéndose á mí:

—Hombre—me dijo—somos unos imbéciles. No hay motivo para que riñamos.

Advirtiendo el desfallecimiento de su ánimo, cobré nuevo coraje.

—¿Cómo?—repliqué—¿pues Lola?

—No la quiero; he rondado su casa por pasatiempo.

—¡Ah pillo! ¿y prescindes de seguirla cortejando?

—No me cuesta ningún trabajo.

—Entonces no hay cuestión; pero me ofreces no volver á pasar por su casa.

—No pasaré.

—Está bien, queda entendido; pero ¡cuidado con que vuelva yo á verte por ella!

Así nos separamos. Triunfaron á la vez mi amor y mi vanidad de valiente. Paco fuése cabizbajo y abatido, como quien tiene la conciencia de haberse conducido con cobardía. Aumentaba mi satisfacción el pensamiento de que no había sido preciso

luchar para obtener victoria tan señalada, semejante á Fabio Máximo que derrotó al Gran Anníbal sin presentarle batalla, y con sólo perseguirle con escaramuzas desde las alturas.

Torné á mi puesto á pocos momentos, y me coloqué frente á Lola, en el marco de la puerta donde antes me hallaba. Esperábame ella en la ventana todavía, á pesar de ser ya de noche; lo que me regocijó por extremo, pues supuse habría observado mis movimientos bélicos. y que estos mo harían ganar en su ánimo el concepto de un Napoleón el Grande.

Apenas me había reinstalado en mi sitio, cuando observé que el blanco pañuelo de Lola se agitaba detrás de la reja. Comprendí que me llamaba, y me acerqué con paso heróico.

—¿A dónde fué Ud. hace poco?—me dijo después de cambiados los primeros saludos.

—A arreglar un negocio con Paco—repuse con grave y solemne misterio.

—¿Qué negocio?

—Uno de poca importancia.

—Estaba cuidadosa; temí fuesen ustedes á reñir.

—¿Se afligía Ud. por él?

—No—replicó con viveza—¡qué me importa ese señor! Me afligía por Ud.

—Mil gracias; ¿de manera que le importo á Ud. un poco?

—Ud. bien lo conoce.

—No ciertamente, porque Ud. no me lo ha dicho. ¿Cuántos días hace que me tiene Ud. en cruel incertidumbre?

— Ya lo pensé y formé mi resolución.

—No tarde Ud. en comunicármela, ¿cuál es?

—¿Es usted sincero conmigo? ¿de veras me quiere?

—Con todo el corazón.

—No vaya Ud. á engañarme.

—Por lo más sagrado se lo protesto. Y Ud., Lola, ¿me quiere?

Vaciló un momento, y luego con dulce acento díjome:

—Sí.

Esperaba aquel delicioso monosílabo; con todo, produjome una emoción extraña. Parecióme que iba á darme un vértigo; el júbilo del corazón hizo correr mi sangre con vertiginosa violencia, y me aturdía el golpear de las sienes.

—Gracias, Lola —proseguí con voz entrecortada por la emoción —me hace Ud. el más feliz de los mortales.

Repuesto luego un tanto, y roto el hielo de la reserva, le referí puntualmente cuanto acababa de pasar. Oyóme con satisfacción, y al terminar mi relato, repuso:

—No vuelva Ud. á exponerse. No hay necesidad. Con no hacer caso de los que pasen por la calle, es suficiente.

A esto siguieron muchas confidencias sobre las diversas peripecias de nuestros amores. Dióme la explicación de por qué una tarde en el paseo no había volteado á verme más que muy poco; fué porque su mamá la riñó antes de salir, y lloró mucho y tenía los ojos colorados *como una hechicera*.

Yo tambien le referí que la causa de haber faltado otra vez á mis rondas vespertinas, había sido que mi padre me había retenido estudiando en su presencia. Supe por qué se había reído tanto un día, y por qué había estado el otro tan seria; y adquirí pleno conocimiento de las distribuciones de su casa en relación con nuestros dulces intereses. Púsome al tanto de la hora en que se levantaba su mamá, de aque-

lla en que iba á misa, de la de su regreso, de la de su siesta, de la periodicidad y duración de sus acostumbradas visitas, y finalmente, de la hora en que se entregaban los moradores de su casa á las delicias del sueño.

Arreglamos, de acuerdo con tales noticias, nuestro plan de operaciones futuras. Convenía ser cautos para que la Sra. Da. Agustina no echara de ver lo que pasaba, y viviese confiada creyendo que mis pretensiones no pasaban de meramente teóricas y que mis enamoradas querellas no hallaban eco en el insensible corazón de su juiciosa hija.

Con esto nos despedimos bastante tarde, oprimiéndonos la mano y diciéndonos con infantil ingenuidad:

—¡La quiero mucho!

—¡Le quiero mucho!

IV

¡TRIUNFANTE!

A la mañana siguiente me levanté de madrugada, porque me sentía tan lleno de animación y de júbilo, que me era intolerable la inmovilidad de la cama. Salí de mi aposento y me interné en el jardín.

Comenzaba el sol á dorar las copas de los altos cedros, tiñéndolas con risueña y suave tinta; los botones principiaban á abrirse, desplegando poco á poco sus delicados y brillantes pétalos; las hojas ostentaban purísimas gotas de rocío, parecidos á diamantes de limpias aguas y brillantes facetas. El musgo aparecía húmedo y afelpado, como mullido tapiz de regio alcázar; los surtidores hacían un murmullo constante de notas frescas y regocijadas. Piaban las aves en las frondas, llamándose con voces amorosas, y volaban de rama en rama llenas de alborozo, como si saludás en la llegada del nuevo día.

Alcé los ojos al cielo y le encontré diáfano y sereno como un inmenso zafir que

de la gloria ocultara Dios. Rosadas tintas de la aurora que acababa de pasar persistían todavía acá y allá en el espacio, como girones de gasa abandonados en el cielo por una diosa en medio de su vuelo. Sentíase el ala fresca del céfiro resbalar por el espacio, meciendo suavemente las copas de los árboles, columpiando los arbustos, haciendo estremecer el follaje y llevando por doquier los rumores del paraíso que parecía guardar en sus pliegues trasparentes.

—Esta es la vida, me dije, la vida que se abre ante mí como una flor hermosa, de embriagadores perfumes. Todo sonríe en derredor: la luz, las flores, los pájaros; diríase que la naturaleza entona el himno de amor que oigo preludiar en mi corazón.

Así caminaba por las calles de árboles, absorto en la contemplación de mis propios sentimientos y en la admiración del bello cuadro que me rodeaba. Parecíame que el aire me acariciaba al resbalar por mi frente radiosa; era para mí como una ráfaga del cielo, escapada por la puerta misteriosa que se abría delante de mis pasos. Rompían las flores sus capullos para tributarme el homenaje debido á mi dicha, y los pája-

ros me hacían confidencias desde sus nidos ocultos en lo más tupido del ramaje.

—Has encontrado la palabra misterioso que encierra el secreto de lo creado—decíame cuanto miraba—, y el mundo rendido á tu poder, de hoy más derramará luz á torrentes para deslumbrar tus pupilas, músicas regaladas para deleitar tu alma y perfumes orientales para embriagar tus sentidos y hacerlos caer en languideces dulcísimas. ¡Amor! hé aquí la palabra arcana que encierra el secreto del universo; todo cuanto ves en torno es amor: lo que ilumina, lo que perfuma, lo que canta.

Llevábame las manos al corazón, sintiendo que ahí se encontraba el foco divino de tantas bellezas, y mis ojos se llenaban de lágrimas brotadas de la recóndita fuente de la gratitud y de la ternura.

El jardín de mi casa lindaba con el jardín de la de Lola. Levantábase entre ambos un muro de mediana altura oculto casi por trepadores pitajayos, que prendían por todas partes sus gruesas y redondas pencas á los intersticios de los adobes, esmaltando á trechos la monótona superficie con sus grandes y hermosas flores blancas y rojas.

Había por ahí una escalera de mano que empleaba el hortelano en sus faenas, la cual me sugirió luego la idea de pegarla al muro divisorio para asomarme á ver la casa contigua. Concebir la idea y ponerla en práctica fué obra de un solo momento. Lleno de sobresalto, como el ladrón que escala paredes con intención perversa, así subí con rodillas temblorosas por los barrotes de madera, hasta llegar al fin á lo más elevado, desde donde pude dominar el jardín de Lola. No era ni con mucho tan hermoso como el que tenía á mi espalda. Ostentaba menos arte y no estaba cuidado con tanto esmero; pero en su mismo abandono mostraba agreste hermosura, más libre y sincera que la del mío. Tenía tunales, guayabos, arrayanes y un bosquecito de granados, sin más flores que hiedras salvajes de nacimiento espontáneo, que se enredaban á los troncos de los árboles y subían hasta las copas, desplegando profusamente sus flores blancas, coloradas y azules, semejantes á cálices destinados por los genios y por las hadas á beber las gotas del rocío.

¡Conocer la mansión de la diosa! ¡qué emoción tan inmensa! A través de mi amor

todo lo miraba hechicero, y lo hallaba místico y venerable. Aquellos bosquecitos parecíanme sagrados, como los de mirto que rodeaban los templos griegos. Todo lo que se ostentaba á mis ojos, no tenía el aspecto de las demás cosas; sino un carácter propio, un tinte especial que hacía palpitar mi corazón aceleradamente. ¡ Con cuánto placer habría caído de rodillas en aquel suelo que ella hollaba con sus plantas, y habría pegado mis labios con recogimiento, á aquellos objetos que recibían la luz de sus ojos, la sombra de su cuerpo y el roce de sus faldas!

De pronto me estremecí y tuve necesidad de cogerme de la barda con ambas manos para no caer. Acababa de ver á Lola. Ella, como yo, salía al jardín á respirar sus frescas brisas, tal vez agitada por los mismos sentimientos, acaso dominada por las mismas ideas que rebosaban en mi espíritu. Estaba hermosísima. Vestía ligero traje de muselina, que dejaba trasparentar sus blancos y torneados brazos y su artísca garganta. Anudado su rubio pelo con negligencia sobre la cabeza, brillaba con fulgores de oro purísimo, como imperial diadema. Las

frescas auras habían avivado los colores de sus mejillas, que parecían hechas de rosas recién abiertas; su boca húmeda y roja tenía la pureza y la gracia de la infancia, y en sus ojos azules había reflejos castos y alegres, como en la mirada de los ángeles matutinos, que vuelan por las mañanas á lavar el inmenso espejo de los cielos.

Internóse en los grupos de los árboles y perdíala á trechos de vista entre el follaje, ó la miraba medio velada á través de las ramas; en aquella indecisión y alternativa semejaba forma misteriosa criada por la imaginación, y destituida de realidad corpórea. Así era como los griegos poblaban de sílfides los bosques, de náyades los ríos y de musas los cielos de la risueña Hélade. Recogía el blanco traje para penetrar en la maleza, y dejaba al descubierto el pie breve, que parecía de niña. Cortaba hiedras y las echaba en la falda que plegaba con una mano, y semejaba en esta disposición la forma aerea de la aurora de Güido Reni, que pasa por los cielos dejando caer sobre la tierra puñados de flores con manos sonrosadas.

Mientras circulaba por el jardín alegre y

juguetona, gorgeaba á manera de los pájaros, entonando canciones sencillas y melodiosas, á las cuales el timbre de su voz purísima, la expresión apasionada de su acento y la dulzura de su modulación especial comunicaban un encanto indecible. Aquellas notas argentinas volaban por el aire como bandadas de pintadas mariposas que subían y bajaban por el espacio agitando sus alas levísimas. Sonaban á mis oídos con dulzura; subían á mi cerebro como una embriaguez inefable, y me hacían caer en éxtasis misteriosos; y bajaban á mi pecho y me hacían sentir goces arcanos, parecidos á desfallecimientos celestes, que nunca había sospechado pudieran sentirse en la tierra.

Al ver tanta juventud, tanta vida, tanta belleza y tanta gracia, y al oir la cadencia de aquellos acentos, dudaba de mi dicha, y me preguntaba con timidez si mi ventura no sería la obra un sueño. Y me decía:

—Todo ese tesoro de encantos es mío. Esos ojos, ese pelo, esa boca, esas manos, esa música, esa gracia, ese hechizo soberano que forma y rodea á esa criatura privilegiada, todo es mío. Porque amar es de-

cir al sér amado: "todo yo te pertenezco, mi alma y mi cuerpo, mi corazón, mis pensamientos y mi vida, todo es tuyo." ¡Y ella me ha dicho que me ama!

Arrobado en estos pensamientos, corté una flor de pitajayo, y la arrojé á los piés de Lola. Al mirarla caer, elevó ella los ojos, miróme asomado por encima de la pared y lanzó un leve grito de sorpresa.

—Buenos días, Lola, la dije con voz recatada.

—Buenos días, Antonio—repuso ella de la misma manera—¿qué hace vd. ahí?

—¡Cómo qué he de hacer! Mirar su casa.

—Vaya una casualidad. Me levanté con el pensamiento de venir á la huerta á ver si oía á vd. hablar al otro lado. Tenía el presentimiento de verle esta mañana.

—Lástima que estemos tan retirados. Además, vd. necesita molestarse mucho para levantar la cabeza.

—No me molesto; pero aguarde vd., creo que por aquí he visto una escalera.

Alejóse Lola buscando, y la halló muy en breve. Fuése luego en derechura á la puerta de comunicación de su casa con la huerta, y la cerró con aldaba. Volvió en segui-

da y se dió al trabajo de llevar la escalera, que estaba distante, hasta el lugar donde me hallaba.

Apenábame mirar á la pobrecilla consagrada á tan dura faena.

—Lola—le grité—no haga vd. eso, que puede causarle daño. Está muy pesada.

—No tanto—replicó—y además soy fuerte, no crea Ud.

Y en efecto, sin gran esfuerzo, aunque con lentitud, y haciendo resbalar la escalera sobre el pavimento y el muro, logró al fin colocarla en el sitio conveniente. Hecho esto, subió con ligereza, y en menos de un segundo nos encontramos en *vis á vis* delicioso. Nos estrechamos las manos, y reanudamos el coloquio.

—Anoche no pude dormir pensando en vd.—murmuré mirándola con ternura.

—¡Qué cosa tan extraña! parece que nos habíamos puesto de acuerdo hasta en eso. Yo tampoco pude dormir, recordando los sucesos de anoche. ¡Qué bonita mañana!

—Deliciosa, y más estando vd. tan cerca.

Lola se ruborizó ligeramente, y continuó con alegre risa:

—¡Ni quien sospeche donde nos hallamos!

—Ni quien sospeche. ¿Quién ha de creer que ocupamos una posición tan elevada?

—Y que estamos hablando con tanta confianza.

—Nadie. Y á propósito de confianza, Lola, quiero pedir á vd. un favor.

—¿Cuál?

—¿Me lo concede?

—Según, si me es posible.

—¿De veras?

—Sí.

—¿Palabra de honor?

—Palabra.

Vacilé un momento, y luego continué con timidez:

—Que nos hablemos de *tú*.

—¡Imposible!—exclamó asustada.

—¡Cómo imposible!—repliqué—; es la cosa más posible del mundo.

—Pero ¿para qué?—preguntó con ingenuidad—; no es necesario.

Me sentí cortado ante aquel candor tan sincero; pero llamando en mi auxilio todas mis fuerzas, continué:

—Para hablarnos con el verdadero len-

güaje del amor. El *usted* es la fórmula ceremoniosa del trato social; el *tú* es la expresión de la sinceridad y del cariño. La naturaleza ha criado el *tú*, y las convenciones sociales han dado origen al *usted*, que es un tratamiento frío, en tercera persona y que indica ausencia.

—Tiene vd. razón—dijo Lola pensativa—no es natural hablarle á una persona presente como si no lo estuviese; parece que se habla de ella y no con ella.

—Eso es—proseguí alentado por aquella concesión—, el *usted* es extravagante. En los idiomas antiguos fué desconocida esta forma. El *tú* es el lenguaje de la naturaleza. ¿No mira vd. como les hablan los padres á los hijos y los hijos á los padres; cómo se hablan entre sí los hermanos y los amigos? En llegando á cierto punto de cariño, el *usted* es intolerable y el *tú* rebosa en la boca y en el corazón. Y no es irrespetuoso ciertamente. ¿Cómo le hablamos á Dios? Hablámosle de *tú:* "Padre nuestro que *estás* en los cielos—decímosle—santificado sea *tu* nombre..." Y no le decimos: "Padre nuestro que *está* en los cielos, *santificado sea el nombre de vd.*"

Lola rompió á reir:

—No—exclamó—¡cómo le habíamos de hablar á Dios así!

—Sería ridículo y absurdo.

Hizo una señal de asentimiento.

—¿Está vd. convencida?

—Sí

—Pues entonces manos á la obra; vamos á decirnos de tú.

—Pero hay un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que me da vergüenza.

—¿Vergüenza? No debe vd. tenérmela.

—¿Por qué no?

—¿No debemos ser vd. y yo una misma persona?

Mirôme fijamente buscando el sentido de mis palabras y vivo rubor cubrió su rostro al comprenderme.

—Está bien—prosiguió—, haré lo posible.

—Por lo que hace á mí, ya te digo de tú; háblame de la misma manera.

—Ahora no; comenzaré mañana.

—Ha de ser ahora.

—¿Qué quiere vd. que le diga?

—¡Cómo *qué quiere vd.*!

—¿Pues de qué manera?

—Qué quieres que te diga.

—Vaya en buena hora. ¿Qué quieres que te diga?—Y apartó de mí los ojos llenos de turbación.

—Angel mío, lo que te dicte el corazón.

—Que te quiero mucho.

—Y yo á tí más que á mi vida.

En esto llamaron á la puerta de la huerta, dando fuertes golpes.

—¡Lola! ¡Lola!—dijo una voz.

—¡Es mamá!—murmuró Lola asustada.

—Adiós.

—¿Hasta mañana?

—Hasta mañana.

—¿Y todos los días?

—Todos los días.

Bajó apresurada, y me oculté detrás de la pared para no ser visto por la Sra. D.ª Agustina.

—¿Por qué estabas encerrada?—preguntó la mamá con mal humor.

—Mamá, iba á entrar en el baño—, contestó la interrogada con encantadora sangre fría.

—¡Tan temprano! ¿no temes el frío?

—No mamá, la mañana está muy hermosa.

Pienso hacerme madrugadora y bañarme todos los días.

—Son buenos propósitos: ¡ojalá los cumplas, perezosa!

Oí luego el rumor de un beso, y pasos que se alejaron.

¡Cuántas y cuántas veces volví á ver á mi amada en aquel sitio, sin que nadie se enterase de nuestros dulces coloquios! ¡Oh recuerdos de juventud, de luz y de belleza! ¡Cómo deslumbráis mis ojos cuando cruzáis por mi memoria como constelaciones de estrellas á través de un cielo obscurecido!

V.

JUEGOS DE ESTRADO.

Héme en la casa de Dª. Jacinta González, viuda de *posibles*, y sin hijos, que reune á su derredor una lucida colección de sobrinos de ambos sexos: tan cierto es así que el dinero no lo hace todo, y que se necesita la familia para disfrutar una dicha verdadera. Algunas solteronas envejecidas ó ca-

sadas estériles llenan este hueco con un falderillo ó con una trahilla de falderillos, á los que cuidan con esmero dándoles leche y chocolate, haciéndolos dormir en cama y tapados con sábanas finas, poniéndoles camisa, peinándolos, adornándolos con listones y cascabeles y llamándolos *lindos*, *preciosos*, *reyes* y otras cosas por el jaez, igualmente apasionadas. Dª Jacinta, en lugar de recoger perros, llamó en torno de sí á sus sobrinos, en lo que manifestó buen sentido; pues aparte de la superioridad del género, los sobrinos la divertían mucho más de lo que hubieran podido hacerlo los falderillos, ya hubiesen sido de la raza liliputiense de Chihuahua, ya de la fea y ladradora de Guadalajara.

En efecto, los mencionados sobrinos,—entendiéndose que en este plural van envueltas las sobrinas—jóvenes todos entre quince y veinte años, traían la casa en peso, como suele decirse, solicitados á la continua por numerosos amigos, tocando el piano, cantando, improvisando tertulias y riendo y saltando como unos locuelos. Nunca he sabido á punto fijo á qué número ascendían estos alegres parientes colaterales; tal

vez mi poca atención me hacía ver distinta la cara de las mismas personas en dos días de visita á D.ª Jacinta. Lo cierto es que me figuraba eran tan numerosos como la familia de Israel, y que todos los días brotaba de la tierra un nuevo sobrino.

Cuando la amable viuda llegó á San Pedro á la cabeza de su parentela, se sintió de uno al otro extremo del poblado, una sacudida instantánea, á man era de terremoto, y siguió luego el vértigo de los pasatiempos. Si se escuchaba el tropel de muchedumbre de asnos, y voces y alegres risas que pasaban por la calle, podía asegurarse que era D.ª Jacinta con su cauda de jóvenes, que salía á expedicionar á la Capacha ó á las Piedrotas. Si en las noches de luna se miraba en la primera glorieta del camino de Guadalajara, un grupo alegre de personas que cantaban y bailaban al aire libre, no había que preguntar quiénes le formaban, pues eran con seguro los susodichos tía y sobrinos. Cuando se oían sonar en la villa cuerdas de guitarra, ya se sabía que había tertulia en la casa de D.ª Jacinta.

Y cuando no había nada de esto, se pasaba el rato en juegos de estrado. Numerosas

familias acudían á aquellas reuniones de confianza, principalmente las noches de luna; y por ser la sala de escasa capacidad, y á fin de gozar la frescura del viento, celebrábanse las sesiones en la calle, á donde se trasladaban todas las sillas, sillones, equipales y *locos* (1) que había en aquella casa y en las inmediatas. Cuando el concurso era demasiado abundante, solían sentarse en el suelo algunas damas, y permanecer en pie no pocos caballeros. Los juegos más acostumbrados eran los de *prendas*, de la *harina* y el *cántaro*. Formada en círculo la alegre concurrencia, todos sin excepción tomaban parte en ellos: papás, mamás, mozos, mozas y niños; de suerte que resultaba tal guirigay de voces y risas en las diversas escenas que se representaban, que era cosa de alabar á Dios el ver en el mundo tanta simplicidad y tanta alegría.

Por de contado que era yo amigo de uno de los sobrinos de D.ª Jacinta, y que éste me invitaba á sus fiestas. Pero no concurría

---

(1) Tranquilícense los lectores, no se trata de los locos del hospital, sino de unos asientos bajos y sin respaldo, que tienen entre nosotros ese nombre alarmante.

nunca á ellas, porque no iba Lola, pues teníamos hecho juramento ella y yo de no ir á ningún paseo ni reunión donde no asistiéramos ambos. La tarde del día á que me refiero, no obstante, fué á verme el mencionado sobrino, y me dijo:

—Supongo que ahora sí irás á casa.

—¿Por qué?—le pregunte.

—Porque va Lola.

Dióme un vuelco el corazón.

—¿Cómo lo sabes?—repuse con incredulidad.

—Porque me lo ha dicho la mamá; vengo de su casa. Las he invitado, y Dª Agustina se ha comprometido formalmente á honrar esta noche nuestra casa con su presencia. Conque irás, ¿no es cierto?

—Ya se ve que sí, siempre que sea verdad lo que me dices.

—Sí que lo es; hasta luego; no llegues tarde. Voy á invitar á otras familias.

Con esto se alejó mi amigo con destino á todas las casas del pueblo.

Llegado el obscurecer, me llamó Lola con el pañuelo; me acerqué á la ventana, y

—Tengo que ir esta noche á la casa de Dª Jacinta—me dijo.

—¿De veras? —preguntéla fingiéndome sorprendido.

—Sí, no hay remedio. Me resistí, y se enojó mamá; protesté, me riñó y he pasado llorando toda la tarde.

—Yo también iré, no tengas cuidado.

—¿Formalmente? —repuso con acento de alegría.

—Formalmente. Soy amigo de Pedro, uno de los sobrinos de Dª Jacinta, y ha venido á convidarme hace un momento. De tu casa pasó á la mía.

—¡Qué gusto! En tal caso, me alegro del suceso.

—A ver cómo podemos estar juntos.

—Sin que lo note mamá.

—Se entiende.

—Oigo ruido en el cuarto, creo que ella se acerca.

—Hasta la vista.

Por consiguiente, al sonar las ocho de la noche en las cascadas campanas de la torre, llegué, uno de los primeros, á la casa de Dª Jacinta.

—¡Cómo! exclamó la dueña de la casa, ¿tanto bueno por aquí? ¡qué milagro!

—Señora, no es milagro —la dije—es que

había tenido algunos inconvenientes las otras noches; ahora que estoy libre, me apresuro á recibir el favor.

—¡Porque va á venir la novia! Si no fuera por eso, no hubiera Ud. venido—saltó Pepa, una de las sobrinas, con aire malicioso.

—No sabía nada—repuse.

—¡Qué casualidad! Es Ud. adivino.

Era Pepa una morenita graciosa. Se rió con gana y me quedé alelado mirándole la blanca dentadura.

Comenzaron á llegar los invitados, y los sobrinos y yo nos dimos al trabajo de desamueblar la sala y las recámaras en pos de asientos. Serían las ocho y media cuando comenzó la fiesta, y Lola no llegaba, lo que me tenía cuidadoso.

—¿Qué vamos á jugar? dijo D.ª Jacinta.

—¡La harina! ¡la harina!—gritaron algunos chicuelos.

—No, ¡el cántaro!—gritaron otros.

—Eso será después—objetó la mayor de las sobrinas,—cuando haya más personas; por ahora vamos jugando al navío.

—No, no,—protestaron los muchachos—es muy fastidioso.

—Ustedes no juegan; ya les llegará la vez—falló sin apelación la dueña de la casa.

Cada cual escogió la letra que le plugo. Se tomó un pañuelo con una llave atada á un nudo y hecho una pelota, y dió principio el pasatiempo. Andaba el pañuelo chazado y rechazado de un lado para otro del círculo. Se le enviaba discrecionalmente á quien placía, diciendo el que le arrojaba: *allá va un navío cargado de......* El que le recibía, tenía que decir en el acto alguna palabra que comenzase con la letra que había adoptado, y si no acertaba á proferirla, perdía la partida, daba prenda y quedaba sujeto á sentencia.

Escogí la p, y como es letra socorrida á principio de vocablo, fácilmente hallaba qué decir cuando me era lanzado el pañuelo. Así resulté cargando el navío de todas estas cosas disímbolas: *pan, piedras, pistolas, pantalones, pelucas, pulgas,* etc., causando al pronunciar no pocas de estas palabras, cándida hilaridad en el concurso. Fueron perdiendo la partida uno por uno todos los concurrentes, y nos quedamos luchando al fin, Pepa, la sobrina pizpireta, y yo. Era ladina como pocas, y le fluían

maravillosamente de la risueña boca las palabras que comenzaban con *b*, que era su letra. Verdad es que para ella no había límites ortográficos, y que desde el principio protestó *in petto*, no haber Pirineos entre la b y la v. Así fué como cargó la nave indistintamente de *balas*, *vidas*, *bocas*, *viudas*, *balcones*, *vestidos*, etc., con admirable desembarazo; en tanto que yo no tenía más que un solo campo donde cosechar, pues la *p* no se puede confundir con ninguna otra letra, ni aun entre los más rebeldes á las reglas de la gramática. Iba y venía el pañuelo de la Pepilla á mí con febril rapidez; parecía nuestra lucha un duelo á muerte. Hallábase interesado en ella nuestro amor propio, y ninguno de los dos quería ser derrotado. La concurrencia callaba interesada en el combate, y nosotros soltábamos una granizada de desatinos por rendir homenaje á las letras de nuestra elección.

De pronto ví aparecer á Lola, y á la Sra. D.ª Agustina, y quedé suspenso y boquiabierto.

—¡*Un navío cargado de!*.... —oí vagamente que decía Pepa. Recibí el pañuelo y no contesté nada.

—¡*Un navío cargado de?*.... —volvió á gritar mi adversaria.

—¡Arboles!—respondí maquinalmente.

—¡De *bobos*! — murmuró Pepa notando mi distracción y la presencia de Lola.

—¡Perdió! ¡ya perdió!—chillaron los muchachos—¡que entregue la prenda!

Dí mi cortaplumas á D.ª Jacinta, y esperé la sentencia.

D.ª Agustina me saludó con muy mal gesto; Lola me sonrió de un modo delicioso. Varias voces varoniles dijeron á mi espalda:

—¡Qué bonita!

—Es novia de ese muchacho que acaba de perder el juego.

Iguales cuchicheos había en el corro, y los ojos pasaban de Lola á mí casi mecánicamente. Me sentía triunfar en aquellos momentos.

Sentada á poca distancia, no apartaba Lola de mí los ojos, ni yo cesaba de mirarla, como si tratásemos de hipnotizarnos; y enajenado de alegría, sólo en ella pensaba y me ocupaba de ella tan sólo.

Vinieron las sentencias.

—Como sentido y agraviado ¿qué man-

da vd. al dueño de esta prenda que acaba de salir? —preguntaba D.ª Jacinta tomando uno por uno los pequeños objetos que había recibido de los perdidosos, y que había colocado en el fondo de un sombrero.

—¡Que cante!—solía decirse.

—¡Que baile!

—¡Que diga un verso!

Y aquí tienen ustedes cantando á viejos destemplados y tosigosos, bailando á señoras gordas como elefantes y diciendo versos cojos y absurdos á rudos rancheros ó dependientes de tienda. La escena se prestaba á una multitud de disparates y chocarrerías que hubieran hecho desternillar de risa al cabo Catoche, ó al mismo Heráclito, que es el llorón más grande que se ha conocido en el mundo.

A Pepa le tocó por sentencia que se *cayera en el pozo.*

—¿Quién quieres que te saque?—le preguntaron.

—Quiero que me saque Antonio—contestó.

Y no hubo remedio, fuí á sacarla, arrostrando las miradas de reconvención que me lanzaba Lola; pues, como es sabido, sola-

mente con abrazos se puede sacar á los que se caen en los pozos.

La pícara Pepilla se propuso hacer rabiar á Lola toda la noche, con multitud de travesuras, trampas y regocijos. Me hablaba por mi nombre, me llamaba á su lado con frecuencia, acercaba la boca á mi oído para que nos pusiéramos de acuerdo en algún detalle del juego, se reía de buena gana por cuanto le decía, y parecía consagrada nada más que á ponerme en tortura, pues no se me ocultaba que aquella táctica tenía por objeto molestar á mi amada. No pudo al fin dominarse Lola, y una de tantas veces como pasé cerca de ella, me hizo seña de que me detuviese. Estaba entre sus amigas, y su mamá se hallaba distante.

—¡Cuán contento está vd!—me dijo con ironía—Tiene vd. muy buen humor esta noche.

—Ya se ve que sí—la dije—¿no ve vd. cuan escogida es la concurrencia? Y la miré con intención, á fin de hacerla comprender que por ella lo decía.

—No hay necesidad de que nadie acuda de fuera para que la reunión sea escogida

—replicó—, son muy simpáticas las sobrinas de D.ª Jacinta

Comprendí la alusión.

—Es la primera vez que vengo—continué—, y es probable sea la última.

—¿Por qué? ¡Vaya una originalidad!

—Porque es difícil se reunan otro día las circunstancias que ahora me han traído.

Con estas razones se tranquilizó algo Lola, y me alejé para no llamar la atención.

—¡Es tiempo de jugar á la harina!—gritaron los chiquillos.

—Vamos, pues,—otorgó la casera—; traigan ustedes todo lo necesario.

Los listos chicuelos llevaron en un momento una mesa, una fuente llena de harina, un cuchillo, una bala de plomo y una linterna de hoja de lata con una vela encendida destinada á iluminar el sainete. D.ª Jacinta formó con sus mismas manos una pirámide con la blanca harina, colocando la bala en la cúspide, y comenzó la función in continenti. El primero que empuñó el cuchillo para rebanar aquella torre farinácea, hízolo con tanto garbo, que casi destruyó la mitad de su mole. Los

que le siguieron continuaron la destrucción por la parte donde la base estaba intacta, á fin de no exponerse á un fracaso; y así, de ataque en ataque, se fué trasformando de mil maneras el cándido montón apretado por la casera. Pasó de pirámide truncada por un costado, á espesa muralla triangular, después se convirtió en gruesa torre, luego en delgado obelisco, y finalmente, por lo desnivelado de su cuerpo, tornó á parecer torre.......... de Pisa. Al llegar á este punto, no había ya mano animosa que se atreviese á rebajar buena cantidad de sustancia. Con la finura con que el cirujano maneja el escalpelo, quitábanle algún sutil polvillo á la parte más gruesa, y así la ansiedad pasaba con el cuchillo, de persona en persona.

Ví claramente á D.ª Jacinta mover con el dedo meñique y de un modo imperceptible el platón, cuando el relamido cuarentón D. Manuel Quiñones, raspó la superficie de la harina. Vaciló la torre inclinada, y cayó la bala en el fondo de la fuente. Malas lenguas decían que la casera hacía ojos tiernos á aquel tenorio incorregible. Si así era, no cabe duda que la travesura fué una

gracia de mujer que se insinúa, una coqueteria verdaderamente exquisita. Tenía D. Manuel una hermosa barba entrecana y una nariz de competente volumen. Comprendía que se iba á poner muy feo con la harina.

—¡A sacar la bala con la boca!—chillaban los muchachos.

—Vamos D. Manuel, haga vd. el ánimo —le decía D.ª Jacinta con voz zalamera.

—No, eso no,—objetaba D. Manuel—haré cualquiera otra cosa.

—¡No! ¡no!—gritaron furiosos los niños, reforzados por voces adultas—¡á sacar la bala!

No hubo remedio. Tuvo D. Manuel que resolverse: cerró los ojos, y metió en la harina el rostro olímpico. Buscó algún rato con los labios, y luego, como el buzo que saca una perla del fondo de los mares, levantó la faz mostrando la bala entre los dientes. Estallaron por todas partes atronadoras risas. Los niños ocupaban las altas regiones del pentagrama, las mujeres las regiones medias, y los hombres las inferiores. ¡Qué zambra, por Dios! ¡qué gresca!

La verdad es que Quiñones estaba sober-

bio. Tenía una mancha blanca en la frente, semejante á una rueda de liquen; su nariz forrada de harina, parecía tan enorme, que alguien la comparó con una pieza de pan blanco. Sus barbas llenas de polvo, daban á la boca el aspecto de un agujero tenebroso; y las cejas y pestañas enteramente albas, hacían aparecer encendidos los ojos, como si hubiesen llorado. Era un *clown* mucho más ridículo que los de las compañías de circo. Y lo que ponía más sal y pimienta en el negocio, era ser quien era aquel polichinela, nada menos que un estirado y empedernido galán, que cuidaba esmeradamente su persona desde hacía cerca de treinta años, y se vaciaba en la cabeza pomos de aceite, mucha pomada húngara en los bigotes y frascos de esencia en el pañuelo. Aquella noche tuvo D. Manuel su función de beneficio. Hasta D.ª Jacinta se rió de él de muy buena gana.

—¡A ver D. Manuel!—le decía—¡oh! ¡oh! ¡qué gracioso! Y parecía que la hilaridad la iba á hacer perder el equilibrio derribándola del asiento.

No permitieron á aquel pobre hombre quitarse la harina por largo rato para reír-

se de él ampliamente. Por fortuna siguió la batahola, hasta que damas, caballeros y chiquillos se hubieron puesto una máscara de la misma especie en el semblante. El rasero del ridículo igualó al fin á todos, y D. Manuel quedó en parte vengado; aunque á decir verdad, él fué quien se llevó la palma del triunfo.

Después que nos hubimos reído mucho, y que, por el exceso mismo del júbilo se hubo gastado este resorte de hilaridad, pasamos á otra cosa.

Resolvióse que quebrásemos un cántaro teniendo lo ojos vendados.

Había, al efecto, una cuerda tendida de las rejas de una ventana á la rama de un árbol inmediato, la cual cuerda había prestado buenos servicios de la misma especie otras ocasiones. De ahí se suspendió el cántaro, y acto continuo dió principio la diversión.

Los muchachos brincaban delante de Dª Jacinta, suplicándole que los vendara.

—¡A mí! ¡á mí!—gritaban.

—Niños, después,—gritó la señora—primero las personas mayores.

Un señor licenciado tuvo la honra de

abrir la marcha. Púsole D.ª Agustina una apretada venda en los ojos, hízole dar varias vueltas al derredor de su propio eje, dióle un grueso palo, que empuñó el beneficiado con tanta energía como si fuese la espada de la ley, y colocándole á corta distancia del cántaro gritó:

—¡Ya!

El honrado jurisconsulto avanzó dos tímidos pasos en dirección extraviada, levantó con indecisión el garrote, y dió tres débiles golpes al vacío, en medio del alborozo general.

Siguió luego Pepa. Levantó el palo con garbo, y se dirigió resueltamente al ala derecha de la reunión, poniéndola en fuga precipitada.

—¡Por ahí no!—gritaban varias voces.

Paróse la joven, reflexionó, tomó su partido, y dando una vuelta de flanco, se dirigió á paso veloz hacia el ala de la izquierda, introduciendo la dispersión en sus filas.

—¡Por ahí no!—tornaron á gritarle en medio de un coro de risas.

Pero ella creyendo que la engañaban, siguió avanzando con el palo enarbolado,

hasta que descargó un golpe vigoroso en el respaldo de una silla abandonada precipitadamente. Luego se quitó la venda y prorrumpió en sonoras carcajadas al ver su equivocación.

—¡Qué tonta!—dijo—¿por qué no caminaría derecho?

Fué vendada en seguida la canija mujer de un señor magistrado que se hallaba presente. Tengo para mí que la buena señora encontró por donde ver á través de algún intersticio del lienzo; y me fundo para ello, no en que haya roto el cántaro, pues no le rompió, sino en que, poco faltó para que le rompiese la crisma á su marido. Tan luego como la dejó de la mano D.ª Jacinta, se dirigió á paso precipitado al sitio donde se hallaba éste sentado, blandiendo el grueso bastón con que fué armada. Detenida á tiempo y habiendo obligado á su consorte á cambiar de colocación, le siguió por segunda vez al nuevo lugar á donde fué á guarecerse, y es seguro que á no haber tomado las de villadiego el señor magistrado, le hubiera hecho pedazos la mollera en son de juego en aquel punto y hora. ¡Tal vez desavenencias intestinas, celos trasnochados ó sim-

ple abundancia de bilis hayan movido su mano desapoderada!....

Uno de los sobrinos de D.ª Jacinta tuvo la gloria de romper el cántaro. Verdad es que la tia le dejó al descubierto la mitad de un ojo, y le hizo algunas indicaciones al oído; pero, como quiera que sea, el resultado fué que hizo pedazos la vacija, originando con ello atronadora gritería y no poca admiración en la grey infantil que pululaba por todas partes.

En medio del general desorden, logré apoderarme de una silla que estaba á la espalda de la que ocupaba Lola. Acerquéme á su oído y le dije en voz baja:

—Lola, aquí estoy.

Volvió el rostro sorprendida, y me miró intensamente algunos segundos.

—No te vayas—díjome por lo bajo—quédate aquí.

—¿Y tu mamá?

—No te ve: anda lejos y distraída.

—¿No estás ya enojada conmigo?

—Ya no; pero prométeme que no has de volver á ponerte tan alegre y chancero con esa loca (benévola alusión á Pepa).

—Te lo prometo.

—¿Estás contento aquí?

—¡Cómo no si estoy contigo! ¿y tú?

—Ahora sí; hace poco, nó; tenía deseo de marcharme. Mira—prosiguió—van á jugar nuevamente.

—¿Qué es eso?

—Un juego muy tonto que se llama *las calabazas;* es propio de muchachos. ¿Nunca lo jugaste?

—No recuerdo.

—Una persona hace el papel de lobo, colocada en medio de un círculo de personas cogidas de la mano. Da vuelta la rueda en derredor de ella, cantando una canción monótona. Procura el lobo abrir brecha para salirse del cerco, y luchan por impedírselo los que le forman. Si logra salir, vuelve á su sér natural, y el que le deja escapar le reemplaza en el papel que representaba. Así sigue repitiéndose el juego hasta que le pone término la fatiga.

—¿No vienen á jugar?—nos preguntaron varias voces.

Nos negamos con maña, y continuamos charlando y en observación de los sucesos desde nuestros asientos.

Cogiéronse en efecto, por las manos los de

la partida, dejando en medio á un tío mío, en calidad de lobo, y comenzó á girar la rueda con movimiento acelerado, primeramente en un sentido, y luego en otro. Entretanto cantaban con voz destemplada y entrecortada por la fatiga:

Toma esta canastita
De calabazas
¡Quién te manda ser lobo!
¿Por que no abrazas?

Mi tío andaba dentro como verdadera fiera enjaulada. Hizo varios tentativas para romper el círculo; pero fueron infructuosas, porque se ertrechaba la rueda y se apiñaban en su derredor todos cuantos la formaban, tan luego como hacía algún esfuerzo por escapar. Y era aquello un tumulto, una gritería y una algazara tales, que parecía el día del juicio.

Al fin se abrió paso, y como la traviesa Pepilla fué quien se dejó vencer, ingresó al centro del círculo, y principió de nuevo la lucha. Pepilla dirigió tedos sus ataques contra mi tío, y á poco rato le obligó á representar de nuevo el interesante papel do felino. Mi tío por su parte, procuró vencer

otra vez á Pepa, y lo logró; y sea por casualidad, por amor propio ó por algún otro motivo, continuaba así el juego en invariable alternativa y constante lucha entre mi tío y Pepa, sucediéndose el uno al otro en la representación del animal enemigo de los corderos.

—¡Estoy rabiando!—oí que decía una voz cerca de mí.

Volteé el rostro sorprendido, y encontré sentada á mi lado á la mujer de mi tío, cuarentona alta y gruesa, que tenía merecidísima fama de celosa.

—¿Por qué, tía?—le pregunté sin entender.

—Porque Pepa es una loca.

—No lo he notado ¿qué ha hecho?

—¿No la ves jugar de manos con tu tío?

—En eso consiste la diversión, según parece.

—Pero ¿por qué no se dirige á alguna señora para romper la rueda? Sólo mi marido le gusta para lobo.

—Ha de ser casualidad; no crea Ud. que lo haga con malicia.

—Tengo bastantes años para no conocer el mundo. ¡Mira, mira—exclamó con exal-

tación—mira como le estruja! ¡Ya verás como me la paga!

Diciendo esto, se levantó mi parienta, y se coló en el numeroso grupo de los que jugaban. En aquel momento pugnaba Pepa por romper la cadena, y empujaba á mi tío vigorosamente con el hombro. Para reforzar la rueda habiánse juntado todos los jugadores en derredor de Pepa, riendo, gritando, armando una barahunda extraordinaria. Busqué con la vista á mi celosa tía política, la ví levantar la cabeza para distinguir á Pepa, mirar en derredor á ver si alguien la observaba, y convencida de que no había quien reparara en ella, levantar la robusta y cerrada mano y dejarla caer tres veces con fuerza sobre la cabeza de Pepa. Hecho esto, se escabulló entre el grupo sin que nadie la viese.

—¡Ay! ¡ay! —gritó Pepa—¿Quién me pega?

Al oír aquellas exclamaciones, cesó el juego y reinó tanta sorpresa como confusión en el concurso. Acudió luego D.ª Jacinta jadeante por las carreras que había dado.

—¿Qué sucede? ¿qué tienes?—articuló con las fauces secas.

—Tía, no sé quien me ha pegado; tenía la cabeza inclinada, y no pude ver.

—No puede ser; se te habrá figurado. Todas las personas que hay aquí son educadas. ¿Quién se había de atrever?

—¡Cómo se me había de figurar, si duelen tanto los golpes! Mira tía, toca aquí— y tomó la mano de D.ª Jacinta y la llevó á la coronilla de la cabeza.

—¡Jesús!—gritó D.ª Jacinta—¡si te han levantado dos hinchazones enormes! ¡Pobrecita! ¡Qué atrevimiento! ¡qué grosería!

La escena resfrió los ánimos. Pasó un rato de de penoso silencio, y como todos nos sentíamos molestos, creyendo que la sospecha recaía sobre el conjunto por la falta de conocimiento del verdadero autor del desacato, pensamos instintivamente ponernos en cobro. En vano, ya serena Doña Jacinta, trató de galvanizar á la reunión La dispersión se declaró en todas las filas, y me fué preciso marcharme.

—¿Qué dices de mi tía?—pregunté á Lola al despedirme.

—Qué merece una buena gala.

—¿Por qué?

—Por lo que hizo.

—¿Luego la viste?

—Por supuesto. Se la daría, si no fuera porque la descubriría con el premio.

—Pero ¿por qué la merece? —preguntéla riendo.

—¡Porque es muy loca esa Pepa! —exclamó Lola con tono rencoroso y frunciendo las cejas con gesto de niño colérico.

VI.

PRIMEROS NUBLADOS.

Antes de ponerme á horcajadas sobre el asno eché una mirada escudriñadora sobre todo el cortejo. Eran como doce carretas y cerca de veinte ginetes. Nos hallábamos dispuestos á emprender la marcha al cercano sitio campestre llamado los *Camichines*, para merendar y bailar á la sombra de los árboles. Mía había sido la idea de organizar aquella fiesta; comuniquéla á mis amigos, y la aceptaron con regocijo; cundió de ahí á nuestras casas y familias, y llegó al fin el día de verla cumplida. Hecha una colecta en nuestros bolsillos semi-infantiles,

pudimos reunir algún dinero, que destinamos al pago de la música. Cada familia quedó obligada á costear su trasporte. Las enchiladas, los tamales, los frijoles y el atole de leche que deberían hacer nuestra delicia en el punto final de la excursión, fueron preparados á escote por las familias que formaban el grupo.

Los músicos ocuparon una carreta. Se acomodaron como Dios les dió á entender en el tosco vehículo con sus enormes instrumentos de cuerda —el harpa, el bajo, la séptima y la quinta—, haciéndolo aparecer como bosque inextricable. A pesar de todo, ingeniáronse los amables artistas para tañer sus instrumentos en tan incómoda cárcel, y tuvimos el regocijo de salir por las calles del pueblo á compás de la música, llamando la atención general.

Habíanse prevenido colchones en las carretas, para amortiguar un tanto los tumbos de la desapacible marcha; habíanse colocado cueros de res curtidos, en lo alto de la máquina ambulante, para evitar el sol ó la lluvia, que de todo podía haber en la expedición; y se había formado con verdes tallos de carrizo, un adorno primitivo á las toscas

armazones rodantes. Las mamás y las tías ocupaban el centro de las carretas; en la parte delantera iban los niños con vista á la posterior de los bueyes, tirando de las cerdas de la cola de los mansos animales ó picándoles las ancas con palos y estacas que no les faltaban; á la entrada del armatoste se ostentaban las jóvenes de la familia, ó las amigas de la casa, dando la espalda al interior del vehículo y con los pies echados hacia fuera. Tapetes colgantes por un lado y las faldas cuidadosamente extendidas por otro, impedían mirar las nuevas y coquetas botinas, que se escondían pudorosas en los pliegues de las limpias ropas recientemente planchadas. Los rebozos de seda é hilo de bolita, graciosamente terciados en los hombros ó al derredor del talle, daban carácter de veraneo al traje de las muchachas; y las frescas flores que llevaban prendidas en la abundante y bien peinada cabellera, ó en medio del pecho palpitante, comunicaban rasgos de alegre y sencilla fiesta á la expedición.

Sentíme satisfecho del efecto general del grupo, y saltando sobre los lomos de mi rucio, me eché á galopar en pos de la comiti

va, que me había tomado la delantera. Reinaba por todas partes el humor más delicioso. Salían del fondo de las carretas coros llenos de júbilo, formados por voces infantiles y por el acento harpado de las muchachas bonitas, que reían, hablaban á voz en cuello, se interrogaban de una carreta á la otra, y mostraban tal complacencia, que no les cabía dentro del cuerpo.

—¡Ay! ¡ay! ¡Carretero me cuernan los bueyes!

—¡Señor de la carreta! ¡señor de la carreta! ¿qué no podemos dar una carrerita?

—¡Carretero! ¡carretero! ¡detenga los bueyes, que nos van á matar los porrazos!

Tales eran las exclamaciones que resonaban á lo largo del camino, en tanto que los jovenzuelos trataban de hacer caracolear sus mansas cabalgaduras, sin conseguirlo, para lucirse delante de las bellas.

Crucé por en medio de los grupos de ginetes y de las hileras de carretas, en pos de la única que me preocupaba, y llegué no sin trabajo, á ponerme de ella á poca distancia. Ví en efecto á Lola que, como todas las jóvenes, iba á la entrada de la carreta dando frente al camino que quedaba hacia

atrás. Pareciome más hermosa que nunca. Vestía traje blanco de leve gasa floreado á largos trechos por botoncitos de suave color; lucía un ramo de frescas rosas en la mitad del seno, y llevaba gardenias graciosamente entrelazadas en el peinado. La blancura alabastrina de su tez resaltaba bajo los lozanos colores de sus mejillas, que se ostentaban aquella tarde más tersas y frescas que de ordinario. Había en sus ojos nuevo brillo, y aun parecía que su rubia cabellera estaba más dorada y resplandeciente que nunca.

Saludéla con el sombrero en la mano, oyendo los golpes que me daba el corazón en el pecho, como si deseara romper las paredes de tan estrecha cárcel para ir á colocarse á sus plantas. Respondióme amablemente, y me mantuve á corta distancia para no perderla de vista. Una nube obscureció de repente mi pensamiento. Un caballero iba junto á Lola. ¿Quién era? No lo sabía; un desconocido. Le examiné con atención, y me cercioré de que era un joven como de treinta años, moreno, de negros ojos, de cabellera abundante y de gran bigote obscuro; figura varonil y simpética en suma. Angustia

indecible me oprimió el pecho; no sé qué voz misteriosa me dijo que había llegado el momento del peligro, y que aquel personaje estaba destinado á hacer un papel desolador en mi idilio. No obstante, nada indicaba que mis pensamientos fuesen fundados. El desconocido mantenía un diálogo bastante vivo con la Sra. D.ª Agustina; pero aunque dirigía de cuando en cuando la palabra á mi amada, ésta le contestaba por monosílabos, con mucha seriedad, y sin verle, en tanto que no apartaba de mi los ojos azules. El caballero pasaba frecuentemente la mirada burlona, de Lola á mí, y algo decía á D.ª Agustina, que la hacía reír y sacaba los colores al rostro de mi novia.

Por fin llegamos á los *Camichines*, bosquecillo tupido de árboles de este nombre, dispuestos en hileras paralelas, y que parecían haber sido plantadas exprofeso para servir de albergue al amor y à los placeres campestres. Trasladadas al suelo las pieles y los petates de las carretas, debajo de las sombras sentáronse las damas, en tanto que las criadas disponían los manjares y la porcelana que debían servir para la merienda. Ocupó la música la parte alta del

terreno. No cesó de hacernos oír sus harmonías mientras permanecimos en el sitio, que fueron largas horas; lo que admiró á los circunstantes tanto por la probidad como por la constancia de los artistas en el desempeño de sus funciones.

Al estilo de los moros en las huertas de Andalucía, gustamos los manjares debajo de las frescas enramadas, en medio de una grande algazara de voces y de un alegre retintín de platos y vasos. No son á la verdad, muy poéticas comidas las enchiladas y los tamales, ni sería posible poetizar el atole; son alimentos harto prosaicos y pastosos para compararlos con el néctar y la ambrosía de los inmortales. Las muchachas bonitas se entregaron con todo, al placer de devorarlos, aunque no sin cierta mortificación de que viésemos las huellas que solían dejar aquellos alimentos al derredor de sus frescas boquitas. Por mi parte sé decir que el único manjar que hallo digno de unos labios de rubí, es la nieve de fresa. ¡Lástima que no puedan mantenerse con ella las hermosas!

Concluida la merienda, tocó su turno al baile. Siempre he sido torpe para las

evoluciones coreográficas. Tengo los huesos muy duros é inflexibles las articulaciones, como si estuviesen anquilosadas; mis pies se resisten al ritmo, y todo mi cuerpo es harto pesado para emular á la traviesa Terpsícore. Así he sido siempre, desde los albores de mi vida, y no han servido para remediar mi torpeza, ni los ensayos de baile solitario que hice en el colegio abrazado á una silla, ni las lecciones que recibí de varios amigos míos, habilísimos danzantes, ni la buena voluntad de algunas amables amigas, que sufrieron con paciencia les diese algunos pisotones, y les desgarrase el vestido, por tener la gloria de triunfar de mi rebelde torpeza. Convencido de mi falta de aptitud para el objeto, me he convertido en filósofo, y he proclamado á voz en cuello que el baile es absurdo, que sólo conviene á la gente sin seso, y que es cantrario á todo decoro,—procurando así disfrazar mis defectos con razones orgullosas; pero en el fondo del corazón deploro profundamente no poder efectuar las cabriolas que ejecutan á la perfección tantos mozalvetes de tres al cuarto.

Así, pues, no sabiendo bailar, no me fué

dado tomar parte en el regocijo; pero como era cosa convenida entre Lola y yo, que ninguno de los dos bailaría, tuve la satisfacción de verla siempre sentada, sin consentir en danzar con los jóvenes que la invitaban para que los acompañase. No obstante, estaba en ascuas, porque no podía hablarle, y me era intolerable de todo punto la vista del joven moreno que se mantenía cerca de ella.

Debe haberme salido al rostro la impaciencia de una manera harto visible, porque me preguntó Lola por medio de una seña, echando atrás la cabeza, qué era lo que tenía. Fruncí el ceño, y le designé con los ojos al caballero del negro bigote. Sonrió imperceptiblemente, y levantó los hombros como diciendo:

—¡Qué me importa ese hombre!

Seguí sombrío no obstante. Apiadada de mí, levantóse Lola de su asiento en compañía de una amiga, y emprendió un corto paseo al derredor del bosque de camichines. Comprendí la maniobra, y fuí á reunirme con ella, en el punto más apartado del que ocupaba la Sra. D.ª Agustina.

—¿Qué tienes?—me dijo Lola—¿por qué estás contrariado?

Le contesté con otra pregunta:

—¿Quién es ese caballero que acompaña á ustedes?

—¡Ja! ¡ja! ¿estás enojado porque viene con nosotros?

—¿Quién es ese caballero?

—Es mi primo Tomás, que acaba de llegar de Zacatecas.

—Es muy antipático.

—¡Tan trigueño! No le conocía. Se fué de aquí muy niño, y hasta ahora vuelve.

—¿Viene á establecerse á Guadalajara?

—Piensa regresar á Zacatecas muy pronto

—¿Y si te hace la corte?

—No pienses tonterías; no se ocupa de mí.

—¿Y si te la hace?

—No me la hará.

—Pero ¿si te la hace?

—Perderá el tiempo. ¿Por qué me preguntas esas cosas? ¿me tienes desconfianza?

—No, por vida mía, te tengo más fe que á nadie en el mundo. Creeré lo que me digas.

—Pues no tengas cuidado. Aunque fue.

ra un príncipe y no fuese tan trigueño, no le haría aprecio.

--¿De veras?

--De veras ¡vaya una insistencia! No seas tonto.

—¿De manera que siempre me quieres?

—¿Cómo *siempre*? ¡Pues qué soy una veleta! Me estás diciendo cosas que me ofenden.

--Perdóname, Lola, como te quiero tanto, me voy haciendo necio.

—Pues nada, que se acabe el mal humor; no quiero verte triste.

—Puedes hacer que en un momento me ponga resplandeciente de alegría. Díme que me quieres; no me canso de que me lo digas. Quisiera estarlo oyendo siempre.

Sonrió dulcemente y se disponía sin duda alguna á decírmelo, cuando cambió la expresión de su rostro, se heló la voz en su garganta y se puso pálida. Busqué instintivamente la causa de su turbación, y ví á D.ª Agustina á dos pasos de nosotros, que nos miraba iracunda.

—¡Cómo te he de creer--articuló dirigiéndose á Lola--que vengas á dar escándalos en público!

—¡Pero mamá!—murmuró Lola con tono suplicante.

—Te creía más juiciosa; veo que no sabes conducirte. Me vas á matar á pesadumbres.

Luego se dirigió á mí, que estaba estático

—Señor—me dijo—, le suplico no ande inquietando á mi hija.

—Está bien, señora—repuse anonadado.

—¿Qué objeto tienen estas cosas?

No supe qué contestar.

—Nada más que desacreditar á mi hija, y quitarme los días de la vida.

—De ningún modo—me atreví á observar—¿qué culpa tengo de querer á Lola?

—¡Vaya un atrevimiento! La culpa está en andarse ocupando de amoríos con tanta anticipación. Está vd. dentro del cascarón y ya quiere cacaraquear. Es ridículo.

Sentí que la cólera iba á hacerme cometer una imprudencia; pero por no afligir más á Lola, me abstuve de contestar.

—Con que señor,—prosiguió,—¡cuidado con volver á molestarnos á mi hija, y á mí!

Tomó á Lola [á quien se le saltaban las lágrimas] por la mano, y la arrastró en pos suya con paso trágico y rostro lleno de ma-

jestad. Por lo que hace á mí, permanecí inmóvil en aquel sitio, combatido por sentimientos de ira, despecho, vergüenza, y, sobre todo de lástima, de lástima por la pobre Lola, cuya congoja me partía el corazón.

Acto continuo, dió D.ª Agustina trazas de volverse á San Pedro. Al observarlo, acudieron á su derredor los concurrentes, procurando disuadirla de su propósito.

—Pero ¡qué es eso! ¡tan pronto!—le decían.

—No, señora, no se vaya Ud. todavía.

—Aguarde Ud. otro poco; luego se irá.

—No tardamos en marcharnos todos.

—No puedo quedarme más tiempo—contestó la interpelada con tono breve y resuelto—Udes. dispensen, pero me es imposible; Lola se ha puesto mala.

—Pues ¿qué tiene?

—Pero señora....

—No, no puedo, ustedes dispensen.

Y no hubo remedio. Recogieron las criadas los útiles y trastos de propiedad de su ama, y ésta, Lola, el primo D. Tomás y la servidumbre entraron en la carreta y emprendieron la marcha de regreso á San Pedro. Todo lo ví desde cierta distancia con

pesadumbre y sin poderlo remediar, y más triste me quedé cuando no recibí ni una mirada de Lola, que me consolara en el momento de partir. Estaba la pobrecilla tan llorosa, avergonzada y afligida, que no se atrevió á volver el rostro hacia el concurso para buscar mis ojos.

Permanecí largo rato apoyado en el tronco de un árbol, mirando como se alejaba la perezosa carreta, con sordo ruido de duros golpes al rodar torpemente por el pavimento lleno de desigualdades No sé qué presentimiento doloroso me atormentaba, como si aquella fuga repentina anunciara el desvanecimiento de mis sueños. No me mezclé ya con la reunión; anduve vagando en torno del bosquecillo, oyendo la música, que me oprimía el corazón, y las alegres voces de los bailadores, que me causaban despecho. Imagen viva de las vicisitudes del mundo, había llegado á aquel sitio lleno de contento y de esperanza, y el trascurso de unos momentos había sido bastante para trocar tan dulces afectos en angustia y sobresalto.

La música, ese embeleso del alma, que aman hasta las fieras; ¡cuán triste suena al

oído de los que padecen! La vaguedad de la sensación que las notas producen y la carencia de lenguaje determinado en la armonía, preparan el alma para los afectos, haciendo vibrar las cuerdas del sistema nervioso con extremecimientos arcanos. Conmovido el espíritu de esta suerte, es á modo de blanda materia apercibida á todas las emociones: el amor, el dolor, la alegría —, ese mundo de sentimientos que se disputan alternativamente en la vida, el dominio del corazón. Nunca es más exacta la frase: *el espectáculo está dentro del espectador,* que cuando de música se trata: el que es desgraciado oye triste la música alegre, el que es feliz encuentra regocijadas las marchas fúnebres.

Así yo, en aquel punto y hora, dominado por la pena y el temor, sentía que se me saltaban las lágrimas de los ojos oyendo los alegres valses y polkas jubilosas que pregonaba ruidosamente la música. Cualquiera que me hubiese visto en esos momentos, se habría reído de mí, como de un insensato,

VII.

IN FRAGANTI

Cuando penetraron las primeras luces del alba por las rendijas de mi ventana, salté del lecho con prisa, y reasumiendo mis vestidos, dirigíme á la huerta. Estaba fría y nebulosa la mañana. Caía de los cielos plomizos una lluvia finísima, como de agua tamizada allá arriba; todo se veía pálido po lo temprano de la hora y por la obscuridar de la atmósfera. Lucían las verdes hojad menudas gotas de lluvia que parecían lágrimas, y que resbalaban por la verde supers ficie como si rodaran de desconsoladas pupilas. Las calles formadas por los árboles y las plantas estaban húmedas y llenas de charcos; ranas verdes las cruzaban á saltos, en tanto que la llovizna silenciosa proseguía extendiendo por el suelo su humor diáfano y brillante. Los blancos floripondios se balanceaban pendientes de las ramas al

soplo del viento, como silenciosas campanillas que anunciasen la hora de la tristeza, y las maravillas rojas, azules, amarillas y blancas, despedían su melancólico perfume de cementerio, difundiendo en el pecho melancólicas emociones. Piaban los pájaros en las ramas como si alguna pena los afligiese, y á lo lejos las torcazas cantaban con voz dolorida su eterna canción de semana santa. Mi corazón opreso todo lo hallaba triste, á la luz de sus presentimientos, como si en un instante hubiese revestido la naturaleza su traje de duelo, al unísono con mi espíritu.

Esperé largo rato que avanzara la mañana para departir con Lola y recibir consuelo de su boca adorada; al fin llegó el instante deseado, y subí por la escalera á lo alto del muro revestido de pitajayas.

La huerta contigua estaba también triste y solitaria. Las flores de los granados destacábanse tristemente sobre el verde follaje destituido de ornamento, y las aves silenciosas volaban entre las ramas, como espantadas de tanta soledad y de tanto abandono. Al fin rechinaron los viejos gozues de la puerta, y apareció Lola envuelta en

su rebozo listado de blanco y rojo. Alzó el rostro para verme, hízome seña de que esperara, y trepó ágilmente por la escalera.

—Pobrecilla—la dije—¡cuánto habrás sufrido por lo que pasó ayer tarde!

—Mucho, Antonio—me contestó. No sé cómo puedo verte cara á cara. Tenía tanta vergüenza, que llegué á pensar no venir á la huerta.

—¿Y habrías tenido corazón para ello?

—Ya ves que no lo tengo; pero debes comprender que el caso no es para menos. Haberme reñido mamá delante de tí! ¡Y haberte dicho tantas cosas!

—Pero es tu madre y todo se lo hemos de dispensar.

—Se entiende; pero eso no quita que me aflija lo sucedido. He llorado toda la noche.

—Habría un medio de que no volvieras á tener un rato tan malo como el de ayer.

—¿Cuál?

—Que me dieras calabazas y te hicieras novia de tu primo.

—Antonio, por Dios; te estás poniendo insoportable. No podemos pasar ya un momento á gusto; tan luego como nos reunimos, comienzas á atormentarme.

—No te enfades; de tí no digo nada. Pero ¿me negarás que á tu mamá le llena el ojo ese señor para que te cases con él?

Vaciló un momento, reflexionó seriamente, y repuso:

—Si te digo la verdad ¿no la aborreces?

—Pero ¿cómo la he de aborrecer?

—No, siempre no te la digo.

—¿Por qué?

—Porque te irritas.

—No me irrito.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

—Pues bien, es cierto; mamá dice que eres un chicuelo, que aun no tienes barbas.

—Según eso ¿te destina para algún ermitaño?

—No digas esas cosas; lo que quiere es que se fije mi atención en un hombre formal. Dice que nuestros amores no son más que un juego en que salgo perdiendo. Que si las cosas continuaran así, el resultado sería que al fin me dejaras por otra, porque eres menor que yo, y soy una vieja para tí.

—Imposible; tu mamá no me conoce, ni sabe cuanto te quiero. ¿Qué tanto eres mayor que yo? Unos meses; quiere decir, na-

da; somos de la misma edad. Por otra parte, te querría aun cuando me aventajaras diez años.

—Así lo creo, y así se lo he dicho; pero ella replica que soy muy tonta, y que no tengo experiencia de las cosas; que los hombres se vuelven unos demonios á los veinte años,

—De los demás nada puedo decir; por lo que hace á mí, no he de cambiar nunca, porque eres mi dicha.

—Agrega mamá que no puedes pensar en casarte, porque apenas estás en el colegio.

—¿Tanta prisa le corre?

—No seas malo, no quiero que hables mal de mi mamá.

—Perdóname; pero me violenta que te sugiera esas cosas. Tienes diez y seis años, y bien puedes esperar á que me reciba de abogado; acortaré la carrera, y dentro de cuatro ó cinco nos casaremos.

Púsose Lola tan colorada como una amapola, y con tono tímido prosiguió:

—¿No es verdad que sí?

—Por supuesto.

—¿Y qué no me has de olvidar?

—Por lo más sagrado te lo aseguro.

—Te tengo una fe ciega. Te esperaré todos los años que quieras.

—Y yo procuraré que sean los menos posibles. Me siento tranquilo; seguro estaba de que tu vocecita habría de traer la paz á mi corazón. Pero ¿y tu primo?

—¡Y dale con eso! ¿Qué tiene que ver él con lo que estábamos hablando?

—Nada, sino que deseo sigas refiriéndome lo que me contabas.

—¿Qué cosa?

—Que tu mamá le halla bueno para hijo político.

—Ya te lo confesé. La pobre de mamá dice que desde que papá murió, estamos desamparadas, y que no moriría tranquila si no me dejara enlazada convenientemente.

—Todavía está joven; han de pasar muchos años para que te deje.

—Dice que no, que se siente enferma y destruida, y que mi porvenir la inquieta sobremanera.

Por consiguiente......

—Opina que debería casarme con mi primo, porque, en su concepto, todo lo reune. Es persona de nuestra familia, como hijo de una hermana de mamá; tiene buenas

ideas, es juicioso, honrado, trabajador y tiene alguna fortuna.

—¿Se fija tu mamá en la fortuna? No lo hubiera creído.

—No la calumnies. No querría que me casara por interés; pero cree que una posición desahogada asegura la felicidad del matrimonio. No hay cosa que le parezca más absurda que aquello de *contigo, pan y cebolla*, pues á ese refrán opone este otro que dice ser el evangelio: *donde no hay harina todo es mohina*.

—En ese caso estoy perdido.

—¿Por qué?

—Porque tu mamá quiere á tu primo.

—Pero yo te quiero á tí. ¿Preferirías que yo quisiera á mi primo, y que mamá te quisiera?

—Tal vez.

—¡Vaya una originalidad!

—Es, Lola, que comprendo lo mucho que vale la opinión de la madre en el ánimo de hijas tan buenas como tú, y creo que la influencia materna acaba por triunfar tarde ó temprano. Además, reconozco humildemente mi inferioridad personal. ¿Qué valgo yo? Nada. Soy un muchacho estudiante sin po-

sición social, sin industria, sin hacienda; sólo en una cosa no le cedo á nadie la palma, y es en quererte. Desafío á todos los galanes que te han cortejado, á tu primo que tiene doble edad de la mía, á todo el mundo, á que sepa quererte como te quiero. ¡Que no pueda adquirir lo que me falta para ser digno de tí, aun cuando tuviera que hacer un gran sacrificio! Lola, te quiero con arrebato, con pasión, como no volverás á ser querida nunca.

Sentí que la voz se me cortaba en la garganta, y que iban á saltárseme las lágrimas. Enternecida Lola, cogióme la diestra con la suya tersa y pequeñita, y oprimiéndomela castamente contra el seno, díjome:

—Tu cariño es lo que anhelo; cuando te oigo hablar, siento que se me ensancha el corazón, y conozco lo mucho que te quiero. Antonio, no tengas temor alguno; mi corazón te pertenece....

Oyóse en esto un ligero ruido en la puerta de la huerta. Lola palideció intensamente.

—¡Olvidé echar la aldaba! —me dijo con angustia.

Antes de que hubiésemos podido tomar alguna determinación, abrióse la puerta con

estrépito, y apareció Dª Agustina con la faz descompuesta por la cólera. Buscó un momento con los ojos por todos los ámbitos de la huerta, y no hallando á nadie, los elevó instintivamente hacia nosotros Habían sido tan rápidos los acontecimientos, y el estupor de Lola y el mío tan grandes, que no habíamos acertado á bajar de nuestros sitios, y apenas habíamos desenlazado nuestras manos.

—¡Cómo!— gritó Dª Agustina— ¿qué estás haciendo ahí, desgraciada? ¡Y yo que te creía tan tímida y juiciosa! El que tiene la culpa de todo es vd., señor, que ha venido á introducir el desorden en mi familia. ¡Quién lo hubiera pensado! Es demasiado grave. ¡Hablarse á la madrugada, por la huerta, escalando las paredes! Es un verdadero delito. Sabré poner remedio, señor. Aun cuando sea mujer sola y se me atreva cualquiera, yo me haré respetar, poniendo el hecho en conocimiento de quien lo remedie.

Pronunció tan airado discurso la Sra. Dª Agustina elevando la voz y mirándome con ojos de basilisco, mientras Lola, verdaderamente anonadada, se cubría el rostro con

las manos, y sollozaba derramando torrentes de lágrimas. Por mi parte, quedé está tico, como herido de catalepsia, y no pensaba en descender de mi elevado puesto, ni siquiera esconderme detrás de la barda para ponerme á cubierto de las miradas y de las frases de la indignada señora. Y así habría permanecido Dios sabe hasta cuando, si D.ª Agustina no hubiera hecho á Lola bajar de la escalera y salir de la huerta en su compañía.

Bajé yo también por mi lado lleno de abatimient y sintiendo instintivamente que había sonado para mí la hora de la mala ventura. Todo se conjuraba en mi contra desde la llegada del infernal primo, que había venido á echar á perder mi felicidad. Un vago presentimiento me decía que la partida estaba empeñada, y que yo la perdería, porque representaba la parte débil. ¡Oh! ¡si hubiera podido dar pasos serios en aquel punto y hora, habríame dirigido sin pérdida de tiempo al curato, y hubiera dado principio á los arreglos matrimoniales! Y hubiera comenzado impertérrito la carrera matrimonial á los diez y seis años, como cualquier mahometano.

En medio de mi pesadumbre, recordaba confusamente las escenas de raptos amorosos que había leído en las novelas y romances que habían caído en mis manos; y se me venían á las mientes los elegantes grabados de dorado marco, que había visto en los muros de algunos salones, donde se ostentaba un gallardo guerrero, moro ó cristiano, que llevaba á la grupa de su veloz cabalgadura una joven lindísima que se abrazaba azorada y cariñosa á su cuerpo robusto, como al álamo la hiedra, en tanto que el enamorado galán blandía en la diestra el acero reluciente, terror de sus enemigos.

Pero todo eso no pasaba de delirio, pues ni era yo guerrero, ni tenía enemigos, ni Lola admitiría huir conmigo, ni podría tenerse en las ancas de mi alazán brioso, ni me estaría bien desnudar el acero contra la Sra. Dª Agustina, y ni siquiera, para decirlo de una vez, tenía espada ni caballo.

Preocupábame á la vez en alto grado, la amenaza que me había lanzado la airada señora, según la cual era yo un criminal, salteador de pacíficas moradas, y de cuyas fechorías debería tener conocimiento la justicia para debido escarmiento. Sentíame ya

en las garras de los alguaciles, caminando al presidio ó tal vez á la horca por mis negros pecados. No sin dificultad logré calmar mi agitación, reflexionando que aquello no podía pasar de un mero desahogo, supuesto que hacer pública la aventura, sería entregar á la malignidad de las gentes el nombre inmaculado de Lola; lo que por ningún caso haría la indignada señora, como en efecto, no lo hizo.

VIII.

LOS PRIMOS.

Sucedió lo que me esperaba. Desde la mañana funesta en que sorprendió Dª Agustina nuestro secreto, y nos pilló en flagrante delito de coloquio aéreo, fuéme ya imposible comunicarme con Lola. Mirábala á las veces cuando salía á misa ó á algún paseo, siempre acompañada de la mamá y del primo D. Tomás. Aquel hombre no se les apartaba un momento; era su misma sombra. Veíale entrar en la casa de mi novia á las ocho de la mañana, salir á la una de la tarde, volver á las tres, y no des-

pedirse sino hasta las once de la noche, escoltándolas por donde quiera. El amor me hacía estar en acecho, y enterarme de todos estos detalles.

¡Con cuánto despecho miraba por las noches, desde la calle, las iluminadas ventanas de la sala de Lola, y oía las alegres voces de las tres personas que adentro departían con el mejor humor del mundo! En tanto yo, como Adán después del pecado, miraba de lejos aquel paraíso donde no me era lícito penetrar, y lanzaba suspiros prolongados y doloridos. Hubiera deseado arrojar metralla por entre las rejas, ó prender fuego á la madera, ó romper los cristales con una buena peladilla de arroyo, á uso y costumbre de cualquier pilluelo. ¿Por qué habían de estar tan contentos allá dentro, mientras padecía yo en las tinieblas exteriores? ¿Había algún mandamiento divino ó humano que autorizara á aquella cruel familia á desgarrarme el corazón con tanta frialdad, y á charlar tan alegremente, mientras agonizaba yo como un réprobo á la vista del empíreo?

Pero no había remedio. Las cosas seguían su marcha imperturbable, siempre adversa

á mis votos, sin curarse de mis ruegos ni de mis lágrimas. Ni una palabra de mi rubia adorada, ni una letra que me infundiesen aliento, que me diesen ánimo para esperar.

— Si ella quisiese — me decía — se daría maña para hablarme alguna vez por la ventana, para escribirme alguna cartita por conducto de una sirviente, para mandarme alguna dulce frase, ó siquiera una florecita, símbolo de su amor y de su constancia Pero enmudece y no se acuerda de mí; déjame perecer como un naúfrago, y no me tiende mano salvadora; tal vez me tiene olvidado, y no se acuerda ya ni de que existo. Sería imposible que no hubiese hallado ni un momento propicio para comunicarse conmigo; su conducta no está exenta de culpa. La crueldad que su madre ejerce en mi contra, cuenta con su aprobación tácita ó expresa. Lola es cómplice de esa negra trama donde perece mi dicha, porque no me quiere ya, y se ha dejado seducir por los halagos del primo ó atemorizar por las amenazas de la madre.

Pensando así, sentía inundado el pecho de congoja, y derramaba lágrimas, con los

ojos clavados en la ventana donde tantas veces había tenido coloquios con la ingrata.

—Todo ha acabado para mí—seguía pensando—, nada me resta en este mundo, si no la desesperación y el desencanto. Lola ha sido para mi la alegría de mi corazón, la esperanza de mi alma, la luz de mis ojos, la felicidad de mi vida; sin ella ¿para qué quiero juventud, afectos, sueños, existencia? Vendría muy á tiempo la muerte si me llevara ahora en sus brazos al tálamo obscuro de la fosa; la inútil vida que se arrastra en medio del desaliento y de la amargura, no merece prolongarse, y debe desaparecer del haz de la tierra.

Solía tener algunas reacciones halagüeñas recordando las dichosas escenas de nuestro amor, las miradas cariñosas de mi amada.

—No—me decía—, no es posible que Lola sea falsa ni traidora. Para suponer que me abandonara tan fácilmente á la desesperación, fuera necesario admitir que abrigase sentimientos pérfidos y desleales, y esto sería absurdo, porque es un ángel por la forma y por el espíritu. La pobrecilla, amedrentada por la ira materna y obedeciendo á su índole dulce y tímida, hase visto

obligada á ceder y á dominar sus sentimientos; pero seguramente me quiere todavía, y acaso más que nunca, por el llanto que la he costado. Cuando se presente la oportunidad, en el momento menos esperado, harán explosión sus cariñosos y comprimidos afectos, y recibiré crecida y celestial indemnización de todas mis penas.

Pensando así, inundábase de júbilo mi corazón, y las ideas risueñas y brillantes de otros días, aleteaban de nuevo en mi cerebro como mariposas de luz y de colores; pero ante el continuado mutismo de Lola, y ante la tenacidad del cuadro adverso que me rodeaba, pronto decaían mis ideas, y tornaba á sumirme en la postración y en la desconfianza que formaban el fondo de mis pensamientos.

Una tarde en que me hallaba, como de ordinario, apostado en el marco de una puerta frente á las ventanas cerradas de Lola, ví salir de la casa de ésta, á mi tío, el lobo de los juegos de estrado. Por más que pretendí ocultarme, sorprendióme en flagrante delito de espionaje. Dirijióse á mí apresurando el paso, y después de saludarme díjome:

—¿Todavía te ocupas de Lola,?

Nada le respondí; pero mi visible confusión y el encendido color que me arreboló el semblante, dijéronle más de lo que hubieran podido expresarle mis palabras.

—¡Alabo tu constancia! A decir verdad, si me hallara en tu caso, hace tiempo que habría abandonado la empresa.

—¿Por qué, tío?—aventuréme á preguntarle.

—¡Cómo por qué! Porque hay, como suele decirse, moros en la costa, y vale más emprender una retirada honrosa, que dar al enemigo el placer de la victoria.

—No comprendo—repuse angustiado.

—Hombre, será necesario deletrearte las palabras para que entiendas. ¿No ves que hay un primo de por medio?—y guiñó el ojo.

—¿Y qué?

—Que es primo, y temible sólo por serlo. Además, es hombre formado y puede casarse, mientras tú no pasas de ser un muchacho de esperanzas, pero incapaz de matrimonio por ahora.

—Pero el caso es que Lola no le quiere.

—¿Estás seguro? ¿quién te lo ha dicho?

—Ella misma.

—¡Jesús! Con todo, no estés confiado, porque te aseguro no debes estarlo. Ahora mismo salgo de la casa de D.ª Agustina, á quien he venido á visitar, y he visto al tal primito muy amartelado, casero y satisfecho.

—D.ª Agustina le quiere; pero á Lola le antipatiza; dice que es muy prieto......

—¿Eso dice? Pues tanto peor. Las mujeres dicen lo contrario de lo que sienten. Si pregona tu novia que no puede ver á su primo ni pintado, quiere decir que le tiene metido en el corazón.

—Hágame vd. favor de no decir esas cosas......

—No te sulfures: la verdad no me gusta verte haciendo papeles ridículos. Al fin eres hijo de mi hermana, y me duele. Los hombres desde pequeños deben tener dignidad. En fin, desearía no decírtelo; pero es indispensable. Lola y tu rival ya se entienden.

Sentí que me faltaba la respiración, y que me ponía muy pálido.

—¿Por qué lo cree vd?

—Porque los acabo de ver risueños, amables y llenos de contento; y me ha parecido sorprender en los ojos de Lola cuando

le veía, cierta mirada de inteligencia. No puedo dar detalles; pero de la escena que acabo de presenciar, se desprende que el enemigo va haciéndose dueño de la plaza poco á poco y cautelosamente.

....

¡Mal hayan mil veces las primos de las muchachas bonitas, esos maliciosos anfibios que respiran con igual desembarazo el ambiente de la familia y el aire de los otros prójimos, y gozan de lo más florido, así de las prerrogativas que los usos sociales conceden á las parientes, como de las excelencias que las leyes divinas y humañas otorgan á los extraños!

Hanme inspirado siempre negra envidia esas deliciosas posiciones dobles, en que se presenta una faz tan risueña al oriente como al occidente, para recibir el sol constantemente de cara, ya sea que se levante ó que se ponga.

Suponed un salteador de caminos adornado con la augusta investidura del gendarme, y le veréis realizar grandes proezas bajo la bandera de la policía, espigando igualmente en los campos vedados do la propiedad ajena y en los sacratísimos del erario, y mo

fándose tanto del orden público como del privado. Si alguién grita á sus oídos *¡al ladrón!* él replica *¡soy el gendarme!*; si alguién le dice *¡socorro!*, él responde *¡soy fra Diavolo!*

Es un desideratum que pocos alcanzan, ese hermoso tinte de camaleón, que toma diferentes matices, según los casos, esa encantadora figura de Proteo, que asume diversas formas según sopla el viento de la conveniencia, permitiendo, á merced de variados aspectos, espumar las situaciones más contrarias, y sacar ventaja de los contrastes más extremos y fantásticos.

¡Qué bello ensueño, ser gato mayordomo del unto!

Los primos de las jóvenes hechiceras lo realizan.

Los miráis á distancia, desde la calle, á través de los vidros de las ventanas: van y vienen por todos los rincones del templo de vuestros amores, con la misma naturalidad que si estuviesen en su propia casa; elevan la voz como sacerdotes, ríen como arúspices, tutean á la deidad, aspiran á todo su sabor el perfume que brota de aquella flor que comienza á abrirse; y entretanto,

vosotros que estáis allá afuera, en la vía pública, en medio de la obscuridad y resistiendo la escarcha de la noche, os sentís felices con ver la sombra querida dibujarse en los blancos visillos, y con escuchar el eco de aquella voz que oísteis en sueños, como el canto de un ángel. Vosotros daríais la vida por una mirada de aquellos ojos lánguidos, por una sonrisa de aquellos labios frescos y encendidos; y entre tanto, los primos beben á torrentes los rayos de luz de esas pupilas, y se embriagan con la magia no escaseada de esos halagos.

No está bien, decís, que una joven divina entre en coloquios íntimos con mozos ardientes y atrevidos; más conveniente sería que la diosa no bajase de su pedestal, y que todos la vieran siempre á distancia y con respeto. Pero eso es ridículo, se os replica: ¿no veis que los primos son personas de la familia, no veis que son casi hermanos?

Suelen llegar los primos al himeneo por el camino de la fraternidad. Pero ¿cómo, murmuráis, si son primos, cómo han de trocarse en esposos?..; ¡Si pertenecen á la misma familia, si son casi hermanos!....

Nada tiene de extraordinario, se os contes-

ta, puesto que en realidad no son hermanos.

De esta manera, son hermanos para la confianza, y extraños para el amor; ingeniosa combinación de aptitudes, que les permite caminar entre dos aguas, deslizándose bonitamente para donde mejor les conviene, sin responsabilidad ni contratiempo. Armados así para el combate, son enemigos invencibles é invisibles: tienen armadura impenetrable y hacha de armas aterradora. Ahí donde se presentan, queda el campo desierto, suena el clarín, y los reyes de armas los declaran vencedores.

¿Quién puede combatir contra enemigos tan formidables? Son seres de estirpe superior, que participan de dos naturalezas. Cercanos al trono del monarca, asistentes al solio pontificio, pueden cosechar á su placer mercedes y bulas, que ni siquiera soñamos los pobres mortales que vislumbramos la fiesta desde lejos, postrados de hinojos ante el esplendor de la majestad real, que fulgura rodeada de púrpura y de oro.

¿Quién espera á pie firme la acometida de esos gigantes? Ellos esgrimen dardos de

naturaleza misteriosa, que taladran nuestros escudos como si fueren de blanda cera, y nos acechan desde la sombra para darnos el golpe mortal, sin dejarnos siquiera la satisfacción de la batalla. Luchar con ellos es tan insensato como combatir desnudos con leones de Hircanía ó tígres de Bengala.

¡Mal hayan amén los primos de las muchachas bonitas!.... ¡Pero quién fuera uno de ellos!

....

Hé aquí lectores, la jaculatoria que entoné en alabanza de esos felicísimos parientes, tan luego como mi tío hubo concluido su relato, y me abandonó frente á las ventanas de Lola, á solas con mi amargura y con mi despecho.

IX.

EL BAILE.

Tenía la casa que habitaba mi familia un corredor extenso, largo, ancho y de elevada techumbre; como quien dice, oro molido para gente bailadora.

Formóse por aquellos días una compañía

de jóvenes alegres y de buen humor, que poniendo á contribución sus bolsillos, proyectaron un baile rumboso, al cual deberían ser invitadas todas las familias que veraneaban en San Pedro; y convinieron en que no había sitio más á propósito al efecto, que el corredor de mi casa. Ahí podría caber ampliamente la concurrencia, dejando espacio bastante para que buen número de parejas saltase al compás de la música. Así que fué nombrada una comisión con el objeto de que se acercase á mis padres á suplicarles proporcionasen aquel local para el noble fin indicado.

Resistieron los autores de mis días largo tiempo á los ruegos de la comisión, pues profesaban, y con sobrada justicia, la sabida máxima de que *baile y tocino en la casa del vecino*; pero tales y tan reiteradas fueron las instancias de los comisionados, que acabaron aquellos por otorgar la concesión que se les pedía, poniendo el corredor y algunos otros aposentos á disposición de los organizadores de la fiesta.

Acto continuo comenzaron los preparativos. Condujéronse al local sillas, espejos, alfombras, lámparas y demás útiles indis-

pensables para el sarao, poniéndose para ello á contribución los menajes de todas las casas, pues á todas se ocurrió en solicitud de muebles y adornos. A decir verdad, después de clavada la alfombra, colgadas las lámparas, suspendidos los festones y colocadas las lunas y asientos en sus respectivos sitios, producía el corredor cierto imponente respeto, semejante al que causaría la galería de un palacio. Parecía imposible que aquel aristocrático lugar, fuese el mismo destartalado corredor donde solían piar ordinariamente los pollos y dormir enroscados los gatos, y donde había por todo ajuar cuatro equipales de cuero, dignos de los tiempos de Moctezuma.

Desusado movimiento se apoderó de la sociedad congregada en la generosa villa. No se hablaba en todas las casas de otra cosa que no fuese del baile, que prometía ser encantador y muy elegante; compraban telas, guantes y dijes las jóvenes,'y era un ir y venir de Guadalajara á San Pedro para arreglar los preparativos de la fiesta, como nunca se había visto en todo el tiempo transcurrido desde el principio de la estación. Répartieronse numerosas invitaciones; no

hubo familia de las de algún viso que no fuera convidada; así es que la alegría era general, y se esperaba con ansia la llegada del día en que debería realizarse el festejo.

Hubiera visto yo con gran regocijo y caluroso entusiasmo aquellos preparativos, á haberme hallado en situación de ánimo menos triste y abatida; pero todo me parecía obscuro á través de mis pensamientos, y no hallaba cabida en mi corazón ninguna chispa de alegría, porque sólo presentía contratiempos y dolores. No sabía si Lola vendría ó no al baile; no había vuelto á hablarla desde hacía algunas semanas, desde la escena de la huerta, ni había recibido carta ni recado verbal de su parte. La circunstancia de haberse de celebrar la reunión en mi misma casa, hacíame concebir sospechas de que la Sra. D.ª Agustina no consintiese en llevar á su hija al sarao; pero había una voz secreta en mi interior, que me decía, que no era yo temible para la madre de Lola, y que de galán correspondido y peligroso, había descendido ya á la categoría de pobre muchacho inofensivo.

Aguardaba no obstante, con impaciencia la llegada del importante suceso, con la an-

gustia mezclada de deseo con que se espera una crisis.

Las horas lentas que arrastraron con pereza el carro del tiempo durante aquella penosa espectativa, pasaron al fin, y llegó la noche tan temida como anhelada.

Resplandecía el corredor apercibido para el baile, como una ascua de oro. Habíanse prodigado las luces por todas partes; ostentaba el gas por donde quiera sus múltiples llamas vibrantes y delgadas, como lenguas de inquietas viborillas; y escuchábase en el vasto local, el tenue y constante silbido que salía de las mil lámparas imflamadas que fulguraban bajo bombillas de cristal suspensas en los aires. Reproducían de tal modo los espejos tan brillantes fulgores, que parecía que el día prisionero no había podido abandonar aquel recinto, donde iba á ser confidente y testigo de magníficas escenas de amor y de alegría.

Acudieron los músicos bastante temprano, y aun no habían llegado los imvitados, cuando rompieron á tocar situados en un tablado erigido á un extremo del corredor. Privaba entonces la música de Strauss. Recuerdo que la primera pieza escogida por los

filarmónicos para dar principio á la fiesta, fué el divino wals denominado *El bello Danubio azul*, que no he podido desde entonces oír sin emoción íntima y profunda. No, no han vuelto á sonar después en mis oídos los acordes de una orquesta como en aquel entonces, en que mi corazón virgen sufría los primeros pesares, y en que mi espíritu, apenas salido de los nimbos de la infancia, todo lo hallaba nuevo, poético y hermoso. La situación especial de mi ánimo hacíame encontrar mayor encanto en las armonías; melancólico estaba y constantemente enternecido; parecía que una mano misteriosa me oprimía el corazón deslizándose en mi pecho; cruzaban ante mis ojos extrañas visiones, unas veces de alegría otras de tristeza; escapábanse de mis entrañas á cada instante hondos suspiros que aliviaban mi angustia breve espacio; y mis ojos llenábanse á cada momento de lágrimas, como si mi pensamiento fuese una elegía constante y dolorosa.

Las notas del wals, con ser tan vivas y alegres, sumíanme en amarguísima absorción; parecíanme la voz de otros días, que me hablaban de muertas ilusiones, es-

peranzas fallidas y alegrías que nunca volverían. Los maestros que interpretaban de una manera tan mágica la composición de Strauss, no eran ciertamente viles artesanos de la música, de esos que tañen las cuerdas y soplan los instrumentos tan sólo por el salario que reciben; eran verdaderos artistas, que se entregaban al goce de la harmonía, interpretando sus propios sentimientos, sus mismas ideas, sus personales é íntimos ensueños. Así son y han sido siempre nuestros músicos, Dios sea loado. En esta tierra de Jalisco, rincón de Italia escondido en el suelo americano, no hay corazón que no esté iniciado en los misterios del divino arte, no hay profesor ó aficionado en asuntos filarmónicos, que no ponga su propia alma en la interpretación de las obras que cante ó ejecute.

Como las abejas acuden al panal al alegre sonido de la campana, así comenzaron á acudir á la casa del baile los convidados, al repercutir por los ámbitos del pueblo los regocijados sonidos de la orquesta. Presentáronse las familias formando grupos. Venian delante las niñas cogidas del brazo, de dos en dos, envueltas en blancos abri-

gos, calzados los guantes, y llevando el elegante abanico pendiente de la muñeca, con cadenillas ó cordones de seda. Recogidas las faldas para evitar el contacto del sucio pavimento de la calle, dejaban ver los menudos piececillos primorosamente calzados, que parecían acariciar más bien que hollar el suelo que pisaban.

Hacían los honores de la recepción los jóvenes invitantes recogiendo en la puerta sombreros y abrigos, dando el brazo á las damas y conduciéndolas á los asientos.

Comenzó la fiesta con cierta frialdad y encogimiento, mientras la concurrencia fué escasa. Casi no había quien osara elevar la voz, cuando callaba la música; y no se oía más que el chasquido de los abanicos que abrían y cerraban á cada paso y con mano nerviosa las bellas concurrentes.

De las últimas llegó la familia de Lola, sin duda por ser costumbre entre gente aristócratica, no presentarse al principio de las fiestas, para no dar motivo á que se crea que se han dado prisa para ocurrir al alegre llamado; así es que halló el corredor lleno de gente, ocupados los asientos y convertido el sarao en una bendición de Dios por

el buen humor, el bullicio y la algazara que reinaban por todas partes. Fué menester desalojar de sus asientos á algunos chicos que se habían deslizado á la primera fila, para encontrar donde colocar á la Sra. D.ª Agustina, á Lola y al primo D. Tomás, que les servía de caballero.

Al aparecimiento de mi amada, hubo, como siempre en tales casos, sensación en el concurso, pues ciertamente no era Lola del número de aquellas mujeres que pueden pasar inadvertidas; fijáronse en ella las miradas, y atravesó el improvisado salón á manera de una reina por en medio de su corte. Faltaron empero en esta vez, los rumores que anteriormente tanto me halagaban, aquellos que me hacían partícipe de los triunfos de mi novia, y me asociaban á su nombre, como al feliz mortal dueño de sus virginales pensamientos.

No hubo ya quien dijera, designándome:

—Es la novia de aquel muchacho.

Por el contrario, oí que se murmuraba en los grupos:

— Es novia del joven que la acompaña.

—¿Y quién es él?

—Es su primo.

Y los ojos pasaban del rostro blanco y sonrosado de Lola, al atezado y bigotudo de su compañero.

Sentía que el despecho y la rabia hacían hervir mi sangre. Hubiera querido poner silencio á aquellos diálogos, gritando:

—¡Mentira! Lola no es novia de su primo, porque no le quiere, por que yo soy el preferido, porque no más á mí me ama.

Pero ¡ay! la respiración se me cortaba en la garganta al decir mentalmente estas frases, porque de un rincón de mi herido pecho brotaban estas otras:

—Mentira es lo que pretendes; Lola no te quiere ya; te ha olvidado, te ha dejado por su primo. ¡Bien lo sabes, silencio!

Y en efecto, aunque nada supiera por boca de ella misma, demasiado me decía el corazón, que era cierta mi desventura. Pero luchaba contra la suerte con desesperación, como el naúfrago contra las olas, y no quería darme por vencido, sino cuando recibiera de Lola el golpe mortal que tanto recelaba.

Deslicéme tímidamente entre los grupos, y fuí á situarme debajo de un arco del corredor, detrás de las sillas destinadas á los

concurrentes, y frente al sitio ocupado por Lola. Miróme ésta á poco rato, deteniendo en mí los ojos breve instante; mas entabló luego animada conversación con D.ª Agustina y con D. Tomás, que estaban á su lado, y no volvió á ocuparse de mí, pareciendo consagrada en alma y cuerpo á pasar revista á la concurrencia. Analizó con espacio los trajes de las bailadoras, riéndose de no pocos que debe haber hallado *cursis*, y siendo en todo secundada por el primo, que parecía burlón y dilettante en asunto de modas. En vano esperé que me dirigiese una de aquellas profundas y largas miradas que me dejaban tan contento en otras épocas, y que me hacían sentir emociones tan vivas; sus pupilas azules fijábanse en todas partes, á mi derecha, á mi izquierda, pero no en mí, y sólo á mí me olvidaban, dejándome encerrado en doloroso paréntesis.

A medida que el tiempo pasaba y que me penetraba más adentro la convicción de que Lola no hacía ya aprecio de mí, aumentaban mi angustia, mi despecho y mi cólera. Si D. Tomás no hubiese estado tan distraído, y hubiese reparado en mí, habría visto mis ojos como ascuas encendidas, envolver-

le en relámpagos de ira. Los galanes más guapos y elegantes arremolinábanse no obstante, delante de la ingrata, solicitando que los acompañase á danzar; pero ella se negaba á rendirse á sus instancias, alegando no saber hacerlo ó estar un tanto indispuesta. Tal conducta me hacía acariciar aún una esperanza postrera.

—Quizás Lola no me mira por evitar que se irrite su mamá; pero me manifiesta suficientemente su deferencia y que todavía me quiere, negándose á bailar con los demás, según lo convenido. Si á todos resiste, si tiene entereza para no doblegarse á tan reiteradas instancias, es sólo por mí; su conducta es harto elocuente y debe dejarme tranquilo y seguro de su afecto.

Como el navegante que, perdido el barco en la tempestad, se refugia en el bote, y destruido éste, se coge de una tabla esperando salvarse y ver llegar el buque que le ponga en cobro, refugiábame yo en cualquier reflexión halagüeña, en cualquier hecho frívolo, en la más insignificante apariencia favorable para hallar algún alivio á mi pesadumbre y dar entrada en mi corazón á las doradas ilusiones que me abandonaban.

Obra de una hora duraría en aquel potro de tormento, acongojado de continuo, y sólo alentado á las veces por rayos fugitivos de una esperanza que se desvanecía. Al fin sobrevino un hecho que puso el colmo á mi dolor, é hizo que rebosara la copa de mi sufrimiento. Preludió la orquesta una danza habanera, de esas lentas, acentuadas, llenas de fuego tropical, henchidas de pasión candente y arrobadora. ¡Con cuánta delicia habría bailado con Lola aquella pieza, llevándola en mis brazos y arrullándola al compás de la música, como á un niño dormido! Cerré los ojos por un momento, figurándome que realizaba esta ilusión, y suspiré con tanta fuerza como si gimiese. Cuando los abrí, no estaba Lola en su asiento. Doña Agustina ocupaba no obstante, el mismo sitio; pero D. Tomás no se hallaba tampoco delante de mí. ¿Qué había sucedido? ¿dónde se encontraría mi rubia adorada?

Busqué con los ojos, presa de inmensa agitación, por todos los ámbitos del corredor y no logré columbrarla. Los volví instintivamente al jardín sumido en la penumbra, y no tardé en distinguir la falda clara de mi amada á la luz de los farolillos vene-

cianos. Lola paseaba por ahí col gada del brazo de su primo. ¿Era verdad lo que veía, ó era un delirio enfermizo de mi cerebro?.... Era verdad, era una triste verdad. Hablábale D. Tomás de cosas muy dulces sin duda, porque ella le sonreía; y me parecía distinguir sus labios carmesíes, y á través de ellos, la blancura mate de sus menudos dientes. ¡Yo había tenido el ensueño y D. Tomás le había realizado!

Sentí que un velo negro pasaba por mis ojos, y que mis piernas vacilaban con el peso de mi cuerpo. ¡Otelo al ver el pañuelo de Desdémona, que le presentaba el pérfido Yago, no sufrió mayor tormento que el mío, cuando ví á mi adorada Lola, á la predilecta de mi corazón, al primer amor de mi vida, haciendo ostentación de una doblez y de una perfidia que jamás hubiera sospechado en ella, como no se sospecha el delito en el espíritu purísimo de los ángeles!

Las personas adultas miran con desdén los padecimientos de los corazones infantiles enamorados; pero hacen mal, porque esos corazones son susceptibles de tanto sufrimiento como los de los viejos. Y acaso padezcan más, porque carecen de egoísmo,

porque son candorosos, porque no están encallecidos por la experiencia y por la ingratitud, y porque se sienten desamparados y no hallan á donde volverse en busca de alivio ó compasión.

Huelgan en los trances dolorosos las moralejas que tan buen papel hacen otras veces, predicando el juicio, la abstención, la no festinación de los sucesos y de las épocas; puesto que no es racional disertar sobre lo que se debe hacer, cuando existe ya en pie una obra consumada buena ó mala, que constituye un hecho real é inprescindible. Tanto mejor si se reserva la virginidad de los sentimientos para la edad en que pueden realizarse los votos del corazón. Mil veces dichosa aquella alma que no llega á sentir la explosión del sentimiento, sino cuando puede unirse al alma que la cautiva. Pero ¡qué remedio cuando el drama se desarrolla prematuramente! ¿Cómo decir al corazón: espera, sujétate al calendario (tal vez al reloj), y no sientas, ni ames, sino el año indicado y á una hora dada, según el programa lo determine? No se conoce fuerza moral capaz de producir ese resultado, simplemente porque es absurdo; pues los

afectos, así como las ideas, vienen al espíritu de zonas desconocidas, y se van á lo ignorado, á la hora que marca el destino, y no la voluntad de los hombres.

Perdóneseme la digresión; vuelvo al interrumpido relato.

Al ver la perfidia de Lola, sentí que la sangre se agolpaba á mi cerebro y oí zumbar en mis sienes sorda tempestad llena de mugidos. Dejé el escondite y me lancé al salón del baile. Atravesé por enmedio de las parejas de bailadores, chocando bruscamente con ellas, sin dárseme un ardite de mi rudeza, y oyendo con indiferencia las quejas ó protestas que levantaba á mi paso. No sabía qué hacer; carecía de plan y de propósito; marchaba al acaso, dominado tan sólo por esta idea: vengarme, acabar de una vez con aquella situación insostenible. De pronto oí una alegre voz que me llamaba:

—Adiós, Antonio—me decía,—¿á donde va vd. tan de prisa?

Volví el rostro y ví á Pepa, á la traviesa Pepa de los juegos de estrado. Recordé que Lola lá tenía ojeriza, que le habían desagradado las amabilidades que en otro tiem-

po me tributara, y que se había alegrado de que mi tía política le hubiese asentado las costuras durante el juego del *lobo*, en la casa de D.ª Jacinta; y en el momemto brotó en mi fatigado cerebro una idea que me pareció luminosa. Dirijíme á la joven serenando el semblante cuanto más pude, y con amable sonrisa díjela:

—Buscaba á vd. precisamente.

Quedó Pepa sorprendida de mi descaro, y soltó una alegre carcajada.

—Esa mentira no cuela, repuso.

—Es la verdad.

—¡Como si no hubiera visto á vd, desde hace rato mirando á Lola con ojos de borrego degollado, debajo de aquel arco del corredor!

—Pero yo no había visto á vd.

—¡Estaba vd. tan embobado!

—En fin, Pepa, vengo á suplicarle me acompañe á bailar.

—¡Cómo! ¡Si vd. no sabe de eso, hombre de Dios!

— Vd. me dará una leccioncita; perdone la confianza.

—Pues se ha lucido vd., porque la pieza que se está tocando es shottish, quiere de-

cir, lo más difícil de cuanto se baila; pero, en fin, vamos á ver qué es lo que podemos hacer.

Diciendo esto, levantóse ágilmente. Era tan ligera y nerviosa, que aun al andar parecía seguir con sus movimientos el ritmo de la música. Estreché su cintura cimbradora, é hice varias tentativas, pero todas inútiles. Cuando ella avanzaba, yo retrocedía, y cuando ella saltaba para arriba, saltaba yo para abajo. Reía Pepa de buena gana al ver mi torpeza, sin pizca de mortificación por el concurso, ni de desagrado conmigo, y tomó á pechos darme la lección de baile solicitada, con una gracia y un buen humor encantadores. Con tal motivo íbamos de un lado á otro del corredor, sirviendo de estorbo á las parejas y embistiéndolas de frente con rudos golpes. Una de tantas veces encontramos á Lola y á D. Tomás que volvían á su asiento, y me pasé de largo sin fijar en ellos la atención, como si no los hubiese visto.

—Descansaremos un poco—díjome Pepa después de un rato, cogiéndome el brazo—daremos algunas vueltas para continuar luego la lección.

—En hora buena—la dije—hemos corrido ya bastante.

Callé unos momentos para tomar algún respiro y proseguí:

—No sé cómo manifestarle mi gratitud por sus bondades.

—No vale la pena; tengo mucho gusto en ayudarle á adquirir esta difícil ciencia, tan propicia al amor. Así podrá vd. acompañarse con Lola alguna vez....

—¿Para qué?— repuse con viveza—no lo deseo.

—No sea vd. falso: la falsedad es un vicio muy feo. Van dos veces que trata de engañarme, y eso no está bueno.

—Protesto á vd. que no la engaño.

—Proteste vd. cuanto guste; á pesar de todo, siempre será cierto que ni andaba vd. buscándome hace unos momentos, ni le importa á vd. Lola tan poco como lo dice. ¿Quiere vd. que le diga lo que pasa en realidad? Que está vd. celoso, que se ha llenado de cólera al ver á su novia con el primo, y que se ha propuesto tomar un desquite. Para este objeto me ha considerado vd. á propósito.

—No lo crea vd., Pepa....

—No se mortifique por ello, pues vd. hace lo que cualquier otro haría en su mismo caso; lo que yo haría en su lugar, lo que todos han hecho en lo pasado y harán en lo venidero.

—Vd. me ha parecido sienpre en alto grado encantadora, y no hay para qué ocultárselo. Mientras Lola fué buena y consecuente conmigo, tuve el deber de no desagradarla; pero hoy que ella rompe los lazos que nos ligaban ¿por qué he de hacer violencia á mis inclinaciones por más tiempo?

En aquellos momentos pasábamos junto á Lola y su primo. Pepa aprovechó la ocasión rápidamente, como si de antemano hubiese convenido en tomar parte en el desarrallo de mi pograma, y replicó elevando la voz sin afectación:

—¿Con que verdaderamente me ha tenido vd sinpatía desde hace tiempo?

—Si, Pepa—repuse con voz resuelta, casi colérica, como un reto lanzado á la pérfida Lola.

Observé con una rápida ojeada que al oir el díalogo, se demudaba un tanto la ingrata. Volvió el rostro á nosotros, y clavó en Pepa una mirada furibunda; mirada que recibió

mi compañera con ojos alegres y burlones.

Sentí que un bálsamo dulcísimo caía sobre mi corazón. Hacer sufrir á Lola era para mí un triunfo inmenso, tanto porque le daba á gustar una gota de la amargura que yo mismo bebía en honda cáliz, como porque miraba revivir por un momento en la ceniza de mis desengaños, alguna débil chispa de esperanza.

Proseguí, pues, en mi táctica cuidando de decir elogios y ternezas á mi compañera de un modo especial cuando nos acercábamos á los primos; juego en que fui secundado por Pepa de un modo admirable. Era que aquellos dos ángeles, Pepa y Lola, se aborrecían desde hacía tiempo, á la sordina, y aprovechaban gustosas las ocasiones que se les presentaban para darse con disimulo algunos alfilerazos.

Pepa reía, me miraba fijamente, se colgaba de mi brazo, me hablaba al oído; y hacía una multitud de demostraciones que dieron mucho qué pensar á los curiosos. En efecto, aquella noche se extendió entre los concurrentes el rumor de que había declarado mi amor á Pepa, y de que ésta me ha-

bía correspondido desde luego, cosa que causó muy grande escándalo.

Mas acabó el shottish, y me ví obligado á separarme de Pepa dejándola al lado de D.ª Jacinta. Quedamos apalabrados para bailar polka corrida, y me alejé radiante de júbilo.

No bien me hube quedado solo, cuando me vino la reflexión. Acababa de quemar mis naves. No me había contentado con bailar, que era todo el derecho que me concedía la ley del talión; sino que había cortejado á otra mujer, y precisamente á aquella que era vista por Lola con mayor inquina; esto no me lo perdonaría ella nunca. Olvidé mis antiguos agravios, me pareció que nada tenía que reprochar en realidad á mi amada, y me eché en cara mi doblez y mi perfidia que antes viera como legítimas represalias. Recordé que Lola se había inmutado al escuchar mi diálogo con Pepa, pensé con fruición en su mirada de ángel colérico, y me dejé arrullar por la ilusión de que me amaba todavía. Puesto en aquel trance, perdí la energía, desfalleció mi corazón, y me sentí dominado por la angustia y por el remordimiento. Mi empeño se cifró desde

aquel instante, en destruir á toda costa los obstáculos que me separaban de Lola, y en reconquistar su cariño. Perdí la brújula, no miré ya el norte, y apelé á las medidas violentas como un insensato.

Habíase levantado D. Tomás para entrar en la sala del refresco. Seguíle apresurado, y sin ningún preámbulo le dirigí la palabra.

—Dispense vd., caballero,—le dije—deseo tratar con vd. un breve asunto.

Miróme con sorpresa mezclada de ironía, y repuso cortesmente.

—Me tiene vd. á sus órdenes.

Nos dirijimos al jardín, donde había algunos fumadores que paseaban debajo de los árboles, y nos internamos por el paraje más solitario.

—Vd. debe comprender que el asunto de que quiero hablarle es....

—Referente á mi prima Lola—me interrumpió;—lo adivino.

—Precisamente—proseguí. Como vd. sabe, estoy en relaciones amorosas con ella desde hace más de dos meses.

—Lo sé.

—La felicidad que reinaba entre noso-

tros, se ha interrumpido, no obstante, desde la llegada de vd. á San Pedro.

—Mucho lo siento—murmuró con tono indefinible, entre burlón y cortés.

—¿Tendría vd. inconveniente en decirme si es verdad, como lo sospecho, que vd. hace la corte á Lola?

—No tengo ninguno; es cierto que se la hago.

—En ese caso—prorrumpí con exaltación—vd. comprende que las cosas no pueden seguir de esta manera; vd. abusa de sus años, de su fortuna y de su parentesco, y me hostiliza con ventaja. Ni por amor, ni por amor propio puedo tolerar que me siga poniendo en ridículo.

—¿De manera que..?—interrogó friamente.

—Es forzoso que pongamos fin á esta situación, como hombres que somos.

—¿Me desafía vd.?

—Si, señor, porque deseo que esto concluya de un modo ó de otro, pero siempre dignamente.

—Joven, el caso no es para tanto.

—Eso no le corresponde á vd. calificarlo; yo sé bien lo que hago y lo que digo.

Reflexionó un momento D. Tomás, y luego me dijo con tono serio, casi airado:

—Me pone vd. en conflicto. Sería ridículo que yo, hombre de más de treinta años, fuera á tener un lance con un niño como vd.

—Si no quiere vd. tener un encuentro conmigo, déjeme, pues, en paz, y prescinda de Lola.

—Imposible—repuso enérgicamente—no habría fuerza en el mundo capaz de obligarme á ello; pero tengo bastante estimación de mí mismo para no cometer abusos, aun cuando sea contra mozos coléricos como vd. Voy á hacer á vd. una proposición que todo lo concilia. Me parece que desde hace algún tiempo no están Lola y vd. en la mejor inteligencia, y aun esta noche creo que las cosas se han puesto en peor estado. Voy á proporcionar á vd. manera de que hable con ella á toda su satisfacción, sin la presencia de mi tía Agustina ni la mía. Así podrá vd. interrogarla, hacerle explicaciones y valerse de cuantos medios estén á su alcance para recobrar el terreno perdido. Si vd. le recobra, le protesto que parto en seguida para Zacatecas y no vuelvo á darle motivo de queja. En cambio, si no logra

vd. vencer los resentimientos de Lola, espero que deje de la mano el asunto, y no me guardará rencor por el incidente.

Un rayo de alegría penetró en mi corazón. ¡Hablar con Lola, decirle mis quejas, hacerle mis súplicas, enternecerla! No era otro mi delirio.

—En hora buena—le dije—acepto la propuesta; pero me ofrece vd. que me proporcionará medio de hablar con Lola á toda mi satisfacción.

—En este mismo sitio ¿quiere vd? ¿le parece á vd. bien?

—Sí—repuse—me parece á propósito.

—Pues negocio concluido, voy á traerla. Aguarde vd. unos instantes.

Y partió dejándome oculto en la penumbra de los árboles.

El diálogo había sido tan rápido, que apenas había podido darme cuenta de los sucesos. Estaba como enajenado por tantas y tan diversas emociones. Ahora me sentía poseído de un inmenso pánico; deseaba tanto como temía hablar con Lola. ¡Hacía tanto tiempo que no escuchaba su voz, ni miraba de cerca sus ojos! ¿Qué la diría? ¿cómo le hablaría? ¿estaría muy irritada contra

mí? ¿Lograría convencerla de que debía ser buena para mí, y renacerían para mi corazón los hermosos días de la felicidad y del amor?

¿Y si ya no me quería? ¿si me trataba con dureza? ¿si me despreciaba, como tal vez lo merecía? Atropellábanse febrilmente en mi cerebro ideas tristes, risueñas, consoladoras, desconsoladas, como vientos encontrados que chocan y se arremolinan en la pradera, llenándola de tumulto y confusión. Antes de tranquilizar mis pensamientos y de formar juicio sobre lo que podría suceder, miré dibujarse en el marco iluminado de puerta lejana, la pareja que formaban Lola y D. Tomás, que salían cogidos del brazo y se dirigían al sitio donde me hallaba.

Tristes reflexiones me sugirió aquella perspectiva. ¡Con cuánta facilidad iban y venían aquellos jóvenes por donde quiera, sin que los siguiese la Sra. Dª Agustina, ni provocasen la murmuración de la sociedad! Mientras que yo, no sólo para hablar con Lola, sino tan sólo para lograr verla, había necesitado arrostrar el sol, la lluvia y la fatiga, y hacer ejercicios de centinela en los

marcos de las puertas, ó de gimnástica escalando las paredes; aquel primo, mortal afortunado, arrastraba consigo desenfadadamente á mi novia, y se la llevaba por sitios apartados con la mayor sencillez del mundo. ¡Qué había de ser de mí ante la fuerza avasalladora de la realidad! Abrumado por los hechos, incliné la cabeza y me sentí de antemano molido y roto.

¡Cuántas veces me he acordado de aquellos momentos crueles, cuando he tenido la oportunidad de representar, andando el tiempo, el papel de verdugo! Mis antiguos agravios hanme hecho acaso cebarme en víctimas inocentes, en quienes he venido á vengar las ofensas de D. Tomás. Así es el mundo: las víctimas de hoy son las fieras de mañana, y los justos pagan eternamente las culpas de los pecadores.

Llegó, pues, la pareja hasta mi escondite.

--Espérame un momento, Lola—dijo el primo separándose de mi novia,—vuelvo luego.

Hizo ella ademán de seguirle, pero él insistió:

--No, espérame, ya vuelvo. Y se marchó

á confundirse con los grupos de fumadores, á poca distancia.

Hubo un momento de silencio embarazoso. Repicaba mi corazón como sonora campana, faltábame el aliento, y no acertaba con la frase. Por fin, con torpeza que reconozco hoy tan claramente como entonces, díjela:

—¡ Lola !

No contestó.

—¿Por qué no respondes?

El mismo silencio.

—¿Estás irritada?

Hizo con los hombros un ligero movimiento, y se volvió casi de espaldas.

—No seas mala—proseguí sollozando,—bien sabes que eres la principal culpable.

—¡ Yo !—articuló severamente—¿por qué?

—Pregúntalo á tu corazón.

—No he hecho nada malo.

—¿Has sido fiel á mi cariño? Respóndeme en conciencia.

—¿Qué dice vd?—preguntó fingiendo distracción.

—Que si has sido fiel á mi cariño. ¿Por qué me hablas como á un extraño?

—No tengo que dar á vd. explicaciones.

El diálogo me enardeció, y perdí gradualmente el encogimiento.

—¡Cómo!—repliqué—¿no tienes que darme explicaciones? ¿Y por qué no? ¿No me has dicho que me quieres? ¿No me has hecho juramentos que te ligan á mí? Tengo el derecho de pedírtelas acerca de tu conducta, porque mientras no rompas abiertamente tus compromisos, estoy en posesión de tus promesas.

Observé que mi tono ejercía en ella algún influjo, y proseguí con la misma exaltación.

—No me respondes porque te reconoces culpable. Sientes remordimientos que te cortan la palabra, y no te atreves á decirme la verdad; pero todo lo sé, porque me lo han dicho, porque lo adivino y lo presiento por la congoja que me martiriza. ¡Si vieras qué días he pasado! He sufrido mucho; me parecía imposible que fueras capaz de conducirte con tanta ingratitud; nunca te hubiera creído mala, ni, sobre todo, conmigo, que sabes cuánto te quiero.

—No es verdad—repuso fríamente;—vd. es quien tiene la culpa de todo.

—¿Por qué, Lola?

—¡Qué tenga vd. valor de preguntarlo!

—¿Lo dices por Pepa?

—Ud. sabrá por quién.

—Perdóname —la dije tratando de cogerle la diestra, que retiró con viveza —hasta en mis errores debes ver lo mucho que te quiero. Cuando te ví en el jardín con tu primo, á pesar de lo que habíamos convenido, á pesar de que sabías cuánto me dolería que lo hicieras, me dejé dominar por el despecho, y quise tomar algún desquite; pero sé generosa, perdóname; te prometo no volver nunca á ver, ni á hablar, ni aun á dar los buenos días á esa señorita.

—Háble vd. cuanto guste; nada me interesa que lo haga ó que no lo haga.

—No sea vd. mala, Lola; dígame alguna palabra de consuelo.

—Vaya vd. con Pepa á que le consuele.

—¿No ve vd. que le estoy pidiendo perdón?

No respondió. Sentí que los sollozos se me anudaban en la garganta; esperé un poco para reponerme, y luego, haciendo un grande esfuerzo, proseguí con voz grave:

—Veo claramente que vd. no me quiere ya. ¿Por qué no me lo dice? Acabe vd. su obra.

Tuvo al menos la piedad de guardar silencio.

—Está bien —la dije; —me doy por entendido; no es necesario que Ud. me lo diga.

Y sin articular una palabra más, me alejé de aquel sitio. No me aproximé á D. Tomás; no quise darle el placer de confesarle mi derrota; me fuí como escapado. Era que sentía que las lágrimas me saltaban de los ojos, y necesitaba desahogarme.

Entré en mi cuarto, cerré la puerta con llave, maté la luz, y me eché vestido sobre la cama. Entonces les dí rienda suelta á mis gemidos; empapé en llanto la almohada, y me revolví en el lecho como un mártir en el potro de sus tormentos. No había orfandad, desamparo ni desdicha que me parecieran grandes junto á mis penas. ¡Cuán solo y triste me sentí aquella noche horrible! ¡Quedarme sin Lola, cuando la miré tanto tiempo, no digo como mía, sino como parte de mí mismo; verme abandonado por ella, á quien tuve una fé ciega; convencerme de su falsía, cuando la adoré como á un ángel! Dolor, asombro, desaliento, todo lo sentía mezclado y confundido en caos angustioso, agitándose en mi corazón como en

negra y pavorosa mazmorra. Pesáronme los años que había vivido, miré la existencia como carga abrumadora y no tuve más idea halagüeña durante mi cruel insomnio, que la de la muerte. Todas mis reflexiones, reproches y quejas, terminaban mentalmente con este estribillo: *Señor, ten piedad de mí, y córtame la vida.*

X.

CALABAZAS.

Levantéme con el alba al siguiente día, enfermo así del espíritu como del cuerpo. Respiraba con angustia, pesábame la cabeza como si fuese de plomo, y me dolía el corazón como si llevase clavada en él aguda saeta.

El aire fresco de la mañana me hizo algún bien, con todo, y me sentí con fuerzas para dar un paseo por la huerta. Atravesé el corredor del baile, hacía poco tan ruidoso, ahora sumido en el silencio, y me pareció ver en sus flores marchitas, en su soledad y en su tristeza, como una imagen de mi vida ha poco tan dichosa, ahora tan desven-

turada. Ya en la huerta recibiéronme los pájaros con alegre salva, y las flores con oleadas de perfumes. Mostrábase el cielo diáfano y azul como un zafiro oriental; algunas nubecillas volaban rápidamentes por su inmensidad, como blancos cisnes en lago trasparente. ¡Qué mañana tan bella! ¡Parecía una de aquellas que vieron mi dicha, y mis coloquios con Lola!

Sentéme en un banco de piedra, frente al muro por donde trepaba para hablar con ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, rompí de nuevo á llorar, como un huérfano, como un náufrago, como un niño extraviado en las tinieblas. ¡Cuán impía, cuán indeferente, cuán despiadada es la belleza! Lola hería de muerte mi corazón, y no se dolía de mi martirio; y la espléndida naturaleza desplegaba sus encantos con mayor pompa, cuando mi alma agonizaba en la desesperación.

En esto, surgió en mi mente un pensamiento insensato. No estaba todo perdido, aún podía luchar. Lola no me había dicho que no me quisiera. ¿Por qué no hacer el último esfuerzo? ¿Por qué no tentar el postrer recurso? Era fuerza escribirla para

arrancarle al menos la inicua sentencia que vagaba en sus labios; pero que no osaba pronunciar por respeto á mi sinceridad y á mi dolor. Y ¡quién sabe! Quizás lograría ablandarla.

Los desgraciados prohijan los proyectos más extravagantes. ¿Qué pierde un condenado á muerte, con dejarse caer desde la altura del elevado muro? ¿qué pierde el náufrago con lanzarse de la barca incendiada, en las ondas encrespadas del mar? Con el valor que da la desesperación, regresé á mi aposento, y tomando recado de escribir, tracé con mano trémula una carta, que manché á trechos con mis lágrimas, y que era en el fondo—aunque más incorrecta é ingenua—como sigue:

"Lola:

"Soy como el condenado á muerte que pide gracia antes del suplicio. Demasiado conozco que no eres para mí la misma de antes, pues tus ojos no me miran como solían, ni tiene tu voz las mismas inflexiones con que en otro tiempo me acariciaba. Todo me hace comprender que la llama de tu cariño se extingue ó se ha extinguido ya. Esta confesión me arranca lágrimas; me pare-

ce que sueño al ver los hechos que la motivan; pero la realidad tristísima se impone á mi razón con fuerza irresistible.

"No obstante, mientras no me digas que no me quieres, puedo alimentar alguna esperanza; y como todavía no has pronunciado la palabra fatal, tomo la pluma para hacer un llamamiento á tu corazón, á fin de que, si algo tiene de bueno y de piadoso, se deje ablandar por mis súplicas y por mi llanto.

"Acaso algún error mío, ó una mala interpretación de mis actos me hayan hecho perder terreno en tu cariño; pero después de una explicación franca y leal de mi parte, creo que me perdonarás, y que volverás á ser para mí la misma Lola de otros tiempos, tan afectuosa y tan buena.

"Como no sé en qué se fundan tus resentimientos, porque no me lo has dicho, y ya te expliqué los sucesos de anoche, no puedo entrar en detalles sobre cargos que no conozco; pero en general, te juro por lo más sagrado, que te quiero con arrebato, que eres mi primer amor, y serás también mi único y postrero. Si buscas una alma que te adore, un corazón todo tuyo, un pensamien-

to que por todas partes y á toda hora te siga, no me dejes, Lola; porque no volverás á encontrar quien como yo te ame y te venere sobre la tierra.

"Comienzo á vivir. Tú has hecho nacer las flores en mi camino y las ilusiones en mi mente. Por tí creo y espero, por tí vivo, por tí nomás quiero la vida. Si me abandonas en medio del mundo, vas á hacer de mí el más infeliz de los hombres, y todo me arrebatarás de un solo golpe, dichas y fe, aliento y esperanza. ¿Qué podré aguardar de los otros, si tú me traicionas? ¿Qué felicidad podré hallar sobre la tierra, si no te tengo á mi lado? No eches sobre tu conciencia el remordimiento de haberme lanzado en un abismo, cuyas tinieblas y cuya profundidad me horrorizan. Cualesquiera que sean mis errores ó delitos en el porvenir, tú seras responsable de mis faltas; porque tu ingratitud echa sombras en mi conciencia, llena de hiel mi corazón y enciende en mi espíritu el relámpago de las malas pasiones.

"Aun es tiempo; sé buena y dulce para mí, como te formó la naturaleza. Torna el pensamiento á un pasado todavía próximo,

y recordando las plácidas escenas de nuestro amor puro y dichoso, hallarás acaso en el fondo de tu pecho, velado nada más, pero no extinguido, el casto fuego de otros días, aquel á cuyo calor nacieron mis ilusiones primeras y se hicieron aladas mis esperanzas. Aguardo con ansia tu respuesta; quiera la piedad mover tu mano al trazar las líneas que me escribas.

"Amor, perdón y olvido, es lo que imploro de tí con los ojos llenos de lágrimas."

Puse la carta dentro de un sobre, escribí la dirección con todas sus letras, y comisioné á uno de los sirvientes para que la llevase á la casa contigua. Como la crisis había llegado ya á su más alto punto, nada me importaban las conveniencias sociales, ni me preocupaba el desagrado de D.ª Agustina.

Esperé largo tiempo, lleno de mortal angustia. Sucediéronse las horas sin que llegara la respuesta anhelada, y mi incertidumbre fué haciéndose más penosa á medida que transcurrían los instantes. Rayaba el sol en el meridiano cuando al fin oí sonar el aldabón del zaguán; algo me dijo en mi interior, que era el mensajero de Lola, y corrí yo

mismo á abrir la puerta, con faz demudada por la emoción. Efectivamente, era una criada de la casa inmediata, que traía una carta y varios otros objetos. Abrí la esquela con mano trémula, y leí lo siguiente:

"Señor

"Son inútiles sus *esplicasiones*. Nuestras, *relasiones* quedan *concludas*. Sú *condugta* de *anochi* me *hase conoser* que no me quiere. *Hay* le mando sus cosas, hágame *fabor* de mandarme las mías con la portadara. Su *serbidora*.

"Dolores."

Y efectivamente, entregóme la criada todas las cartas que había yo dirigido á mi novia, inclusa la que le mandé esa misma madrugada. Es verdad que venían formando paquetes cuidadosamente atados con cintas de seda, y trascendiendo á delicadas esencias; pero no faltaba ni una sola de ellas. Mandóme asimismo las flores que le había regalado, secas ya, pero preciosamente desecadas; algunas dentro de sobres de cartas, otras enteramente al natural, y sin haber perdido su forma. Venía mi retrato dentro de un marquito de peluche rojo, y el mechón de pelo que me cortó ella misma

por la ventana con sus finas tijeras de costura al obscurecer de cierto día, apareció á mis ojos formando elegante rizo y sujeto con apretadas hebras de seda carmesí. Nada guardaba mío; todo me lo enviaba, así como de su corazón había arrojado mi cariño.

Aunque esperaba este desenlace, quedé como aturdido al recibir el golpe, y no acertaba á pronunciar una palabra. Todo lo había perdido, nada tenía que esperar; el altísimo edificio de mi dicha vecino á los cielos, habíase desplomado en un momento con horrible fracaso. Llenáronseme los ojos de lágrimas y dos gruesas y ardientes rodaron por mis mejillas; debilidad del adolescente, que aun no olvidaba el llanto de la infancia. Dolióse de mí la sirviente, pues probablemente anunciaba mi rostro hondísimo desconsuelo, y díjome:

—No se aflija, niño, que al fin y al cabo sobran mujeres en el mundo.

Sí, pensé, abundan las mujeres; pero no hay más que una Lola.

—Me dijo la niña—continuó la criada,—que me había vd. de entregar cartas y otras cosas.....

Al oír esta reclamación, dejéme llevar de un arrebato de ira, y contesté:

—Dígale vd, que no se las envío, porque no me da la gana, y que si quiere quitármelas, me las mande pedir por medio de su primo.

Cogí en seguida mis flores, arrojélas al suelo y las rompí con el pie; reduje mis cartas y retrato á menudos fragmentos, echándolos á volar al viento de la calle; y lancé al arroyo, donde habían dejado alguna agua las últimas lluvias, el mechoncito de mi pelo.

Hecho esto, entré en mi casa y cerré la puerta de golpe, dejando azorada y boquiabierta á la pobre mensajera de tan malas nuevas.

Conservo aún *las cosas* de Lola, y de tiempo en tiempo abro el cofrecito donde las guardo, y las pongo ante mis ojos para abismarme en mis recuerdos. Sus flores están casi reducidas á polvo, pero aun conservan la fragancia ideal de aquellos días en que abrió mi alma por vez primera las alas para lanzarse en seguimiento del astro resplandeciente de la dicha. Sus cartas, amarillas por los años, guardan aún para

mi corazón, aquel encanto que embriagó en otro tiempo mi mente, con castos delirios y plácidas ilusiones. Su desteñido retrato, que ha perdido el claro-obscuro fotográfico, y sólo se compone de líneas indecisas, me parece bosquejo misterioso de aérea figura, esbozado con mano soñadora por un artista inspirado. Diríase que esa forma bella y borrosa—que se adivina, y casi no se mira,—no ha existido jamás, y que es como la huella que hubiera dejado en la cámara obscura, la visión de un ensueño. Así pasa Ofelia por el drama de Shakspeare, apenas entrevista en el fondo de la obra; y es mucho más bella, y poética en la penumbra, que lo hubiera sido en el primer término de la escena.

CONCLUSION.

Creí morir al rigor de la pesadumbre, y duré largo tiempo enfermo del espíritu, mirando triste la luz, obscuro el mundo é inútil la existencia. Suspiraba con honda amargura por el reposo de los que dejan la

cárcel de la materia y salen de este valle de lágrimas, conceptuando imposible que pudiera haber dicha para mí en este ingrato suelo, y que renacieran en mi espíritu las ilusiones y las esperanzas; pero el tiempo y la juventud restañaron al cabo mis heridas, y volvieron para mí, á Dios gracias, y no en escaso número, los días felices de otras alegrías y de otros amores. La hez rencorosa que dejó en mi alma la ingratitud de Lola, me ha llevado quizás alguna vez á ser falso y engañador; pero al fin ha desaparecido de mi alma todo rastro doloroso, y no hay ya en ella más que éxtasis para esos recuerdos, y sonrisas para aquellos dramas inocentes.

Casóse Lola con su primo, obra de un año después de desenlazados los sucesos que acabo de relatar, época en que ya estaba curado de mis dolencias amorosas, y comprometido con una morena en otra tierna aventura, menos cándida que la narrada, pero tampoco exenta—á fé mía— de interés y de gracia. Presencié en el templo la ceremonia nupcial, y ví desde la calle el rumboso baile con que fueron celebradas las bodas. Pude sin esfuerzo en aquel punto y hora, é

interpretando lealmente los sentimientos de mi corazón, pedir al cielo derramara á manos llenas sus dichas sobre la nueva pareja que acababa de ser unida por el *conjungo*.

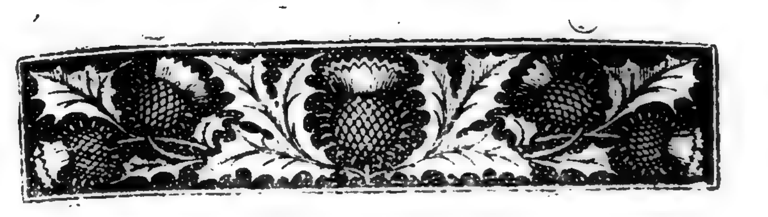
Y tuve la satisfacción de que me oyese Dios. La bendición de Abraham cayó sin reserva, sobre los esposos, quienes desde aquel tiempo remoto hasta la fecha, no han cesado de dar al mundo un nuevo vástago año por año; no siendo, por lo mismo, de dudar, que su descendencia llegue á ser algún día tan numerosa como las estrellas del cielo y las arenas del océano. Son felices á ojos vistos: á las claras lo demuestran su rozagancia y su volumen. Lola tiene tres veces el espesor antiguo, y D. Tomás, ya entrecano, necesita para visitar sus fincas de campo, montar mulas robustas, porque los caballos se doblan bajo su peso. En China, donde es sagrado el abdomen, D. Tomás sería adorado como un dios, y vería reproducida mil veces en porcelana su augusta imagen.

Ante la elocuencia de los hechos, he acabado por persuadirme de que mis primeros amores fueron una locura, y de que concluyeron de un modo feliz para todos los que

tomamos parte en el melodrama. Porque evidentemente, Lola, á pesar de su espiritualidad juvenil, había nacido para la vida práctica que ahora lleva, y en la que tanto ha enànchado. Ahora me horrorizo de pensar que podría verme enlazado con una matrona de su fecundidad, de sus años y de su peso.



EL ESPEJO.



I

LA dedicación de Miguel Villena á las letras había despertado en su espítitu el amor á las cosas ideales; para él no era la tierra que pisaba más que el pedestal de sus ensueños. El mundo que habitaba su pensamiento apenas tenía semejanza con éste sublunar, donde marchaba y vivía. Débiles y confusos llegaban á sus oidos los ecos de la sociedad, como vago rumor de río distante. Violentos afectos agitaban su espíritu de continuo, á merced de una sensibilidad exquisita: para él era imposible el reposo, pues gozaba ó sufría in-

moderadamente por las grandes y por las pequeñas causas.

Apenas mozo, encontró en su camino á una gallarda joven que conmovió todo su ser, y que fué para él desde aquel momento, cifra de sus ilusiones, encarnación de sus esperanzas, realización de sus votos.

Aurora se llamaba, y era síntesis de cuantas hermosuras puede concebir el ensueño. Blanca y nacarada era su tez, como vaso de alabastro henchido de rosas; azules sus ojos, como el espacio diáfano al través del cual se adivinan los cielos. Las ricas trenzas rubias que rodeaban su cabeza, formaban diadema de oro en torno de su frente de reina. El timbre de su voz infantil hacía caer en éxtasis á cuantos le escuchaban. Era acordada su risa, como el murmullo de una fuente, y sus manos blancas y afiladas recordaban las de las estatuas antiguas. Su paso rítmico parecia marcado por una cadencia interna.

Todo en ella era armonía, todo luz, todo belleza.

Ante la impetuosidad de las pasiones de Miguel, se había inclinado subyugada como una sierva ante su señor. Y como siguen

al huracán las pequeñas aristas, el amor de Miguel arrastró en pos de sí el corazón de Aurora.

Mucho tiempo se amaron esperando el día de la suprema felicidad; por fin sonó la hora con tanta impaciencia aguardada, y sus destinos se unieron para siempre.

Entonces comenzó para ellos una vida que fué un éxtasis. El uno al lado del otro, sentíanse más felices que si hubiesen poseído todos los tesoros de la tierra. Encerrados en su amor no veían nada fuera de él. Los hombres, la sociedad, la ambición, el orgullo, todo cuanto se agitaba á su derredor, no era para ellos más que un torbellino confuso que no lograba sacarlos de su arrobo. Cuando, asidos de la mano, veían sus almas asomarse á los ojos y jurarse amor eterno, ahogábales la dicha, y en alas de la ilusión, ascendían al cielo de la infinita ventura.

¿Quién podrá pintar los goces inefables de un amor grande y puro cuando conmueve almas soñadoras que se unen y confunden la una en la otra, sin rubor ni remordimiento, en presencia del cielo y de la tierra?

Miradas dulces, blandas sonrisas, suspi-

ros lánguidos, palabras cariñosas, castos besos; ¡ah! todas esas son notas del himno celestial que se llama amor, cántico que entonan las almas felices en esta vida, como un preludio de los inmortales que resuenan en las alturas.

II

Bendijo Dios el amor de los esposos concediéndoles un hijo, bello como los amores: parecía un ángel de los que vuelan en torno de las Vírgenes de Murillo. La risa de sus labios era como un rayo de sol iluminando el paisaje.

Amáronse los esposos todavía más desde el nacimiento del niño, porque era éste para ellos á la vez el uno y el otro; era los dos, y era un ser distinto: condensación de su amor, punto de convergencia de sus dos seres, confluencia de sus dos vidas. Sentirse reproducidos ambos, renacidos á la vida, habiendo llegado á confundirse, á identificarse formando un solo ser: ¡qué felicidad! Miraban á aquel niño como el espejo del uno y del otro, y le adoraban porque se adoraban entre sí.

Pasaban las horas comtemplándole. Locos de contento le veían sonreír y agitar las manecitas sonrosadas; y velaban su sueño conteniendo la respiración, y cubrían de besos su risueño semblante, cuando al abrir los ojos gorjeaba como los pajarillos.

Sería imposible contar los planes que formaron sobre aquella vida incipiente. Ya veían á su hijo crecer, siempre hermoso, y alegrar el hogar con sus juegos infantiles. Era inteligente, bueno y cariñoso. Todos los padres se lo envidiaban. ¡Qué dedicación tan grande le consagrarían! Cuidaríanle como á su único tesoro sin omitir sacrificio; la sangre de sus venas le darían si fuese necesario, y al derredor de él, formarían escudo con sus propios pechos.

Esperaban con ansia que comenzase á hablar. ¿Diría primero *papá ó mamá*? Era un problema que seriamente les preocupaba. ¡Niño encantador! No hubiera podido ser menos hermoso, siendo el fruto de un amor tan grande y tan puro.

III

Pero el destino ve con ojeriza á los seres felices. Es envidioso, y la dicha le causa

celos. Como una fiera asecha á su víctima, así asecha á los que tienen un cielo dentro del corazón, y busca el momento de herirlos con mayor crueldad. ¿Cuándo se ha visto que la felicidad no sea trágica? Al través de la sonrisa, en los momentos de la más dulce alegría, pueden verse brillar las lágrimas. El hombre está predestinado al llanto, como la víctima al sacrificio. La felicidad es la superficie espléndida del dolor, como la brillantez del océano, donde se refleja el cielo, no es más que el barniz de los abismos.

De súbito y por causa ignorada se quebrantó la salud de Aurora. Su deslumbradora belleza comenzó á languidecer. Palidecieron sus mejillas, como flores sin sol; amortiguóse el brillo de sus ojos, como astros velados por nube espesa; perdieron el carmín sus labios rojos, como claveles marchitos; y su voz débil y trémula sonaba como un soplo.

El corazón de Miguel se partía ante cuadro tan doloroso. No comprendía cómo aquella existencia tan íntimamente ligada á la suya, podía separársele; cómo la felicidad que había echado en su corazón raíces tan

profundas, podría ser desarraigada; ni cóme pudiera ser posible su propia vida fuera de ese foco de luz y harmonía, de donde tomaban calor su corazón é ilusiones su mente. Y semejante al náufrago que hace esfuerzos supremos para no hundirse, afanábase por detener aquella existencia que se escapaba como agua privada de dique.

Aurora rechazaba horrorizada la idea de morir. ¡Cómo! ¡Morir en lo más florido de la juventud, teniendo un esposo amante y querido y un hijo hermoso, y sintiendo el corazón henchido de felicidad! A esta idea, el terror helaba su sangre, llamaba á gritos á Miguel, y tomándole las manos y cubriéndoselas de besos, con lágrimas en los ojos le decía:

—¡Miguel! ¡Miguel! ¡No me quiero morir, no permitas que me muera!

Al escucharla, sentía el joven que el corazón se le rompía, como lira de cuerdas demasiado tensas, y se echaba á llorar como un insensato. Y buscaba en vano en su pensamiento algún recurso para salvar á su querida Aurora; y contestaba con grandes sollozos:

—Tú no puedes morir. ¿Cómo habrías de morir sin que yo me muriera?

Y en su mente exaltada por el dolor, se hacía, en efecto, estas reflexiones; porque pensaba que era preciso que ambos muriesen á la vez ó que ninguno muriera. ¡Tan ligadas así sentía las dos vidas!

Pero, entretanto, la cruel dolencia continuaba el curso trágico. Al fin comprendió Aurora que era imposible vivir; y aunque con el alma destrozada, se resignó dulce y cristianamente á recibir el golpe que sobre ella descargaba la mano de Dios.

Y al estado de exaltación en que antes se encontraba, sucedió una amargura reposada, que la hacía aparecer como una mártir próxima á recibir la palma del triunfo de manos de los ángeles.

Dos cosas había, empero, que la inquietaban: el porvenir de su hijo y la fidelidad de su esposo. Cuando alguna vez pensaba que Miguel podría volver á amar, que podría dar el corazón á otra mujer, sentía que le faltaban las fuerzas para el sacrificio. Dominada por esos pensamientos, estaba cierta de morir desesperada. Ya se imaginaba ver á su tierno hijo, al hijo de sus entrañas, en poder de una madrastra celosa y dura; ya desaseado y mal vestido, ocultándose

olvidado por los rincones de su casa, como si no tuviese hogar; ya flaco y pálido ¡causando compasión á la gente, y llorando por la memoria de su madre!

Ante cuadros tan desgarradores, sentía que su razón se turbaba. No quería que Miguel amase nunca á nadie mas que á ella. ¡Que viviese para su recuerdo como había vivido para su amor! Era justo que así fuese; lo contrario sería un crimen.

Observaba con dolor el esposo dibujarse estas inquietudes en la frente de Aurora, como nubes tempestuosas en el espacio; pero en vano la preguntaba cuál era la causa de sus penas, pues se negaba porfiadamente á revelarlo.

Hasta que al fin, un día en que la marea del dolor subió muy alto y estuvo á punto de ahogarla, rompió sollozando su obstinado silencio. La interna lucha que por tantos días había sostenido, había agotado su escaso vigor. Su faz demudada y la lividez y diafanidad de su cutis, dábanle el aspecto más bien de una resucitada que de una moribunda. Había una fijeza extraña en su mirada, y en su acento débil y sordo como un eco subterráneo. Era un ser colocado en

el límite indeciso de este mundo y del otro; á la vez iluminado por la luz mundana y por la eterna. Augusta solemnidad la rodeaba.

Llamó á su lado en aquellos instantes supremos á su esposo, y con acento breve y cortado, y mirada de ultratumba, le dijo:

—Miguel, siento que la vida se me va: dentro de breves instantes habré dejado de existir.

—¡No lo digas! repuso Miguel con voz desgarradora; no morirás; vivirás para mi cariño, para mi dicha.

—¡Ay! ¡imposible!— continuó la enferma levantando la mano descolorida y hundiéndola en la cabellera de su esposo;—mucho se lo pedí á Dios, pero no ha querido concedérmelo. ¡Que se haga su santa voluntad! No hay que pensar más en ello. Hablemos de otra cosa importante, y que es preciso arreglemos antes de mi muerte para que ésta sea tranquila. Dime, después que haya desaparecido de este mundo, ¿volverás á amar?

Hablando así, echó hacia atrás los cabellos que caían sobre la frente de su esposo, y manteniendo asida con la mano la cabe-

za de éste, obligóle á levantar el rostro y á mirarla de frente.

—Aurora, contestó Miguel con acento de reproche; ¿cómo te atreves á hacerme tal pregunta? Sabes que te adoro, y que mi alma, mi vida y todo mi ser te pertenecen. No puedo querer á nadie mas que á tí. ¡A tí sola; á tí sola ahora y siempre!

—Eres demasiado joven, repuso Aurora con amargura, y harto fogoso y soñador. No muy tarde renacerán tus ilusiones. Todo el amor que te tengo (el cual sabe Dios que ha sido muy grande) no será mas que un episodio de tu vida. La tragedia que vas á presenciar se te olvidará con el transcurso del tiempo.

—Jamás te olvidaré, Aurora mía: tus palabras me taladran el corazón.

—Ojalá pudiera creerlo; mi último pensamiento sería para bendecirte. La suerte de este pobre niño, nuestro hijo, me contrista. ¿Qué sería de él si le dieses madrastra?

—Por Dios, no digas esas cosas; te haces daño á tí misma, y me lo haces á mí, Aurora.

—¿Quieres que muera en paz?

—No omitiría sacrificio por sosegar tu espíritu.

—Pues júrame por este Crucifijo, que no has de querer á ninguna otra mujer y que no le darás madrastra á mi hijo.

Tomó Miguel la imágen bendita y dijo sin vacilar:

—Juro por este santo Crucifijo que no he de querer á ninguna otra mujer después de tí, y que no le daré madrastra á mi hijo.

Al oirle, dejó ver Aurora en los ojos amortiguados débil fulgor de alegría.

—Y yo te juro, dijo como iluminada y articulando con esfuerzo, que si faltas á tu promesa, con la venia de Dios vendré á castigar tu perjurio.

—Consiento en ello, repuso solemnemente el esposo.

—Dios te lo premie, añadió Aurora con voz casi imperceptible; me voy tranquila y contenta.

Buscó luego la mano de Miguel, y cogiéndola con la helada suya, púsola sobre su corazón, que latía débilmente. Así transcurrieron algunos instantes. Al cabo de ellos abrió los ojos como espantanda, y gritó:

—¡Mi hijo! ¡mi hijo! ¡quiero ver á mi hijo!

Al punto fueron obedecidas sus órdenes.

Ella alargó la mano trémula é hizo á la criatura la postrer caricia. Luego pidió el Crucifijo, y tomándolo clavó en él los ojos vidriados.

En aquel momento entró el sacerdote. Aurora había recibido ya los auxilios espirituales, y su alma estaba tan limpia como la de un niño.

El sacerdote con un cirio bendito y el devocionario en las manos, se puso á rezar con visible emoción.

Entretanto ahogaba Miguel los sollozos arrodillado á los pies de la cama y clavando los ojos velados por las lágrimas en el rostro de la moribunda.

Aurora se iba muriendo poco á poco. Hízose trabajosa y silbante su respiración; elevábasele el pecho con movimiento mecánico; poco á poco fuéle faltando el aliento. Sombra indefinible se derramó por su faz, como si invisible mano hubiese corrido sobre ella un velo ténue y obscuro. Adquirieron sus ojos fijeza extraña, y más y más se empañaron, y agitáronse dulcemente sus labios, como si rezase.

Y levantó despacio y con gran esfuerzo, la mano en que tenía asido el Crucifijo, y

acercó éste á sus labios, que se pegaron á las divinas plantas del Salvador.

A la sazón articulaba con voz clara el sacerdote:

—*Salga á recibirte un escuadrón lucido de ángeles; y el coro de los patriarcas, de los apóstoles, de los mártires y de las vírgenes te reciba en su seno, llevándote al mundo del eterno descanso!*

Todavía resonaba el eco de las preces, cuando ya Aurora había volado á reunire con los coros célicos que invocaba el oficiante.

Calló éste, y los circunstantes guardaron también silencio, arrodillados; sólo Miguel rompió el recogimiento solemne.

—¡No puede ser! ¡No puede ser!—gritó.—¡No ha muerto, estoy seguro de que no ha muerto!

Y acercándose á Aurora, le tocó con febril angustia la frente y las manos, y en vano le buscó los latidos del corazón; y pegando la boca sollozante á la helada del cadáver, parecía querer infundirle su propio aliento.

———

IV

El afligido esposo perdió casi la razón al rigor de aquel golpe terrible. Enlazado al cuerpo de Aurora con frenesí, era como un náufrago asido á la frágil tabla que resume su única esperanza. Los sollozos y gemidos que arrojaba del pecho partían el corazón de los circunstantes; era la voz de un dolor íntimo, profundo, de los que estallan en naturalezas especiales y sacuden todas las potencias del cuerpo y todas las facultades del espíritu. Aquel arrebato, pasando la valla del sufrimiento común, revistió los caracteres de una crisis mortal, convirtiendo á Miguel en un ser enfermo y desquiciado. Por compasión fué preciso separarle del cadáver. De este ministerio se encargaron sus amigos, quienes temían que la razón del joven viudo quedase desequilibrada para siempre.

Condujéronle al aposento inmediato, y le recostaron en el lecho, recomendándole una prudente quietud con palabras suaves y persuasivas; é intervinieron los doctores para

administrar al paciente drogas calmantes que pusiesen término al espasmo.

Pasado el furor de los primeros momentos, durante los cuales apostrofó Miguel con rabia á sus mismos amigos, llamándoles *crueles, verdugos y traidores*, abriéronse las cataratas de sus ojos y derramó lágrimas á raudales, bañando en ellas el rostro, como con un rocío bienhechor.

Aquel desahogo, que se prolongó por espacio de horas, fué seguido de un abatimiento profundo. Vino después el letargo, ese letrago pesado y doloroso que suele sobrecojer á los mártires en medio de su agonía; ese letargo que, más que reposo, pudiera llamarse desmayo, debilitación de vida, pérdida de energía, agotamiento de fuerzas para soportar el tormento. Durante él, perdió el joven la conciencia de los hechos, pero conservó la percepción vaga del dolor, la saturación física y moral de la amargura; y su organismo aniquilado y su imaginación ennegrecida continuaron sufriendo de una manera sorda bajo el velo de la inercia.

Sería la media noche cuando, sacudiendo el sopor, abrió de nuevo los ojos. Echó en torno una mirada. La pieza estaba obscura

y silenciosa. Creyó de pronto hallarse solo, pero distinguió tumbadas sobre las sillas las sombras de algunos fieles que se habían quedado dormidos.

No comprendió lo que pasaba; mas oyó rumor monótomo y acompasado de voces—el coro de la oración que salía del aposento próximo—y vió por la puerta entreabierta, luz rojiza que dibujaba en el suelo una raya luminosa.

Y al oir aquel coro tristísimo, y al mirar aquel fulgor como de incendio, dióse cuenta de lo que había pasado, y arrojando un grito dolorido, pretendió levantarse para tornar al lado de Aurora.

Pero los amigos solícitos le detuvieron, para impedir la renovación de la crisis.

—Dejadme, decíales Miguel forcejeando con ellos, dejadme verla por último. ¿Acaso no soy hombre? Tengo bastante resistencia para soportarlo todo, y si me mata el dolor, seré menos desgraciado.

Pero todo fué inútil, brazos robustos le detuvieron y fuele preciso permanecer clavado en el lecho. Ahí paso el resto de la noche, á pesar de las ansias que le consumían y de los sollozos que le sofocaban.

V

En el momento en que tornó á quedar postrado, vió con ojos sorprendidos la imágen de Aurora á través de su llanto. Pendiente del muro en el aposento mortuorio, había un espejo de gran tamaño, donde se reproducía neta y clara la figura de la muerta. Y el viudo le veía por el claro de la puerta.

Yacía su amada tendida en el lecho, con la faz vuelta al cielo, inmóvil, con la inmovilidad olímpica de la tumba, y con los ojos entreabiertos, como si viese desde la otra vida lo que pasara en ésta.

Blanda y amorosa era la expresión de sus facciones; parecía que consolaba á los circunstantes dándoles á comprender que no debía ser llorada, sino envidiada, porque estaba en posesión de la dicha. Habíanle puesto el traje nupcial, como para significar que su alma se había desposado con el ensueño; y en las manos ateridas oprimía un Crucifijo, como si fuese una palma de triunfo. Enlazada á la cabellera rubia mostraba la corona

de boda, y los blancos azahares que asomaban entre los rizos, semejaban diadema de luceros en torno de su frente de bienaventurada.

Crecían y decrecían chisporroteando las llamas de los blandones, y el movimiento de luz y sombra que se dibujaba en el rostro del cadáver, producía extrañas transformaciones. Parecía á veces que Aurora respiraba, ó que movía los párpados levemente, ó que plegaba los labios con dulzura; pero la rigidez de los miembros y la pétrea inmovilidad del pecho desvanecían las ilusiones ópticas del deseo. El silencio de la noche, la luz de los cirios, el no interrumpido rumor del rezo, y aquel cuadro semi-real y semi-fantástico que el espejo retrataba, parecían hechos á propósito para herir la imaginación de una manera indeleble.

A la madrugada fué llevada la caja mortuoria, y Miguel, queriendo apurar hasta las heces el cáliz del dolor, no lanzó al verla ni un sollozo. Piadosas mujeres tomaron en brazos el cuerpo de Aurora y le depositaron en el ataúd. Al ajustar la tapa, hubo que hacer uso del martillo. Miguel oyó como un trueno tempestuoso repercutido por los ecos.

Le pareció que aquella masa de fierro se descargaba sobre sus sienes; vió girar un gran disco luminoso y quedó sin sentido.

VI

Cuando volvió en sí, todo había terminado. La casa estaba más lúgubre y silenciosa que nunca. Faltaba en ella el cadáver de Aurora, último resto de pasadas dichas.

En vano pretendieron consolarle deudos y amigos, pues no quería ser consolado, aferrado á su dolor con rabia suicida. No hablaba: estaba hosco y sombrío. Hubiérase dicho que alguien le hubiera agraviado; parecía irritado contra el destino. No lloraba ya; su corazón seco latía con ritmo desigual, como péndulo desconpuesto.

Sólo junto á la cuna de su hijo volvió á encontrar el raudal de sus lágrimas. Ahí lloró por aquella pobre criatura, por su pequeñez, por su debilidad, por su abandono. El semblante risueño de aquel ángel le enterneció más de lo que le hubiera conmovido su llanto. ¡Pobre niño! Reía contento como si no hubiese perdido un gran tesoro, como

si no hubiese perdido á su madre, como si no fuese huérfano. Al pronunciar la palabra *huérfano*, formábasele un nudo en la garganta, y echábase á llorar sin consuelo. ¡Qué vida tan triste la de aquel niño desde su más tierna edad! Para él no habría las exquisitas ternuras, los minuciosos cuidados que disfrutaban los otros, hasta los más obscuros, hasta los más pobres. Su cunita no se mecería al arrullo de suaves cantos, ni al despertar recibiría en la frente besos frescos y tiernos. Comprendía la necesidad de consagrarse más que nunca al amor y al cuidado de aquel inocente, para remediar en cuanto fuera posible el golpe de la desgracia; tenía que desplegar á su lado la tierna solicitud de una madre, porque su hijo no la tenía, y debía ser para él padre y madre al mismo tiempo.

Siempre que se entregaba á estas reflexiones en presencia de su hijo, renovábanse de tal manera sus dolores, que sollozaba y lloraba con arrebato. Y el niño sobresaltado al oir sus lamentos, se echaba también á llorar; y el joven viudo mirábase precisado á alejarse de la cuna para no asustar á la pobre criatura.

VII

Desde el día en que el cadáver de Aurora fué conducido al cementerio, instalóse Miguel en el aposento de su esposa, ocupando su mismo lecho, y reclinando la cabeza en sus mismas almohadas.

Aquel reducido espacio donde había sido tan dichoso durante breve tiempo, aquellos objetos que habían pertenecido á Aurora, todo aquel pequeño mundo impregnado de su recuerdo, le eran á la par congojosos y gratos; si le hubieran ofrecido un reino por él, lo habría rechazado con indignación.

El espejo era uno de los objetos que más apreciaba y veneraba. Diariamente permanecía ante él horas enteras, mirándole obstinado, como si esperase que reprodujera de nuevo el cuadro de aquella noche fúnebre. Pero, como á nadie revelaba sus pensamientos, nadie podía comprender la causa de su extraña insistencia.

—¡Volviera yo á ver á mi querida Aurora, se decía, aunque fuera una vez sola, aunque fuera tal como la ví aquella horrible noche en que estaba tendida en su lecho de muer-

te ¡ No me causaría espanto su aparición, porque mi amor es más grande que cualquier otro sentimiento, y ni el asombro ni el terror podrían sofocar en mi corazón la alegría de tornar á verla!

Y en efecto, deseaba tener alguna visión de Aurora y adrede se exaltaba la imaginación esperando que ésta crease alguna vez la sombra de su inolvidable esposa. Pero en vano esperó un día y otro el prodigio; se convenció con despecho de que los cuentos de aparecidos que andan en boca del vulgo, no son mas que invenciones de la superstición y del miedo.

Entretanto, el tiempo continuaba pasando con vuelo rápido. Transcurrieron días, semanas y meses. La desesperación de los primeros momentos, el agudo dolor que acompañó á la catástrofe, fueron embotándose poco á poco. Hubiera sido imposible vivir en medio de aquellos tormentos; la naturaleza suaviza con el tiempo las grandes angustias del alma, y los grandes sufrimientos del cuerpo. Las fuerzas vitales se revelan enérgicas contra todo principio destructor.

¡Ah barro miserable, eternamente
No podrás ni aun sufrir!

A aquella insoportable amargura sucedió un abatimiento profundo; era el cansancio del espíritu y del cuerpo, consiguiente á tan violenta sacudida. En esa situación, todo lo veía Miguel á través de un velo tan obscuro, que el mundo que le rodeaba le parecía de sombras, y todas las cosas fantasmas de niebla y humo. No valía la pena de elevar la frente para pensar, ni de abrir los ojos para ver, ni de levantar la mano para obrar, en medio de un mundo tan vano y deleznable. La lucha y el reposo, el afán ó la inercia, todo se reducía á una vana ilusión, supuesto que el soplo de la muerte barre del mundo en un momento las acciones humanas, grandes ó mezquinas, como barre el huracán las nubes del horizonte, ora sean negras como la tempestad, ora doradas como la cabellera del sol.

Sumido en aquel desaliento, hubiera deseado morir, á no ser por su hijo. Por más desconsoladoras que fuesen sus ideas sobre la vida, comprendía que aquel abatimiento era una carga que debía sobrellevar, en obsequio y para protección de aquel inocente. Aceptaba la vida como un deber, como un sacrificio. Y así como el amor conduce á los

amantes á decirse: *te amo tanto que por tí soy capaz de arrostrar la muerte;* la paternidad obligaba á Miguel á decir á su hijo, con el espíritu lleno de sombras y entre suspiros: *te amo tanto que sólo por tí soy capaz de arrostrar la vida.*

Aquel niño era la única raíz, por decirlo así, que mantenía la vida de Miguel adherida á la tierra; pero bastaba para que el desconsolado joven procurase conservarse. Su abnegación, por otra parte, se veía bien recompensada. ¡Era aquel niño tan bello y tan dulce! ¡Se parecía tanto á su madre! ¡Era tan gracioso y alegre! Cuando veía á Miguel, tendíale las manecitas sonrosadas, sonriendo como un ángel y haciendo ese gorjeo sin palabras, que nada dice, pero que tanto significa. El viudo tomaba á su hijo en brazos, le acariciaba, le besaba, le bañaba de lágrimas. ¡Cuán contenta estaría Aurora si le viera! ¡Tal vez no le reconocería! ¡Como que había crecido tanto, y se había puesto tan hermoso!

Así, merced á los esfuerzos de la naturaleza, al amor del niño y á la obra del tiempo, fuese realizando paulatinamente en el espíritu de Miguel una nueva transforma-

ción. La desesperación que se había convertido en abatimiento, degeneró gradualmente en melancolía. El recuerdo de Aurora, fijo siempre en el corazón del esposo solitario, ya no le hacía sentir los tormentos de la agonía; le hacía, sí, sufrir, pero de una manera suave y romántica. Aun podía decirse que aquella tristeza que le embargaba era dulce, pues, si le sofocaba el pecho y hacía que sus ojos se llenaran de lágrimas, producía en él cierta languidez ó embriaguez dolorosas que no carecían de encanto.

Ya no miraba su pasado como una realidad, sino como un sueño. Su vida anterior era para él una ilusión sonrosada, y Aurora un fantasma misterioso formado de luz, que había cruzado por su mente en medio de un éxtasis delicioso. Poetizado de esta manera su dolor, hízose más soportable; y tal encanto hallaba en su melancolía que buscaba de propósito el medio de avivar aquellos recuerdos, que le hacían caer en tan sabrosos deliquios.

VIII

Así transcurrió un año. La existencia de Miguel había vuelto á encontrar su equili-

brio. Metodizado, por decirlo a sí, su dolor, no alarmaba ya á nadie; podía ser compañero de su vida, por larga que Dios se la concediese.

En tal situación se hallaban las cosas, cuando ocurrió un acontecimiento imprevisto. Vino á la ciudad por aquellos días una hermana del viudo, y se alojó en la casa de éste en compañía del esposo y de una su cuñada llamada Rosa.

Era Rosa una joven de dieciocho años, por todo extremo graciosa. Tenía un cutis tan terso y moreno como el de las italianas, y unos ojos tan grandes y obscuros como el de las españolas. Castaño, abundante y lustroso era su pelo, y ya fuera que lo peinase con esmero, ó que lo dejase caer negligentemente por los hombros, daba á su fisonomía un encanto indecible. Parecía que la vida y la alegría brotaban á su lado: rebosaba frescura y juventud; era una naturaleza privilegiada, nacida para recibir la dicha y para irradiarla.

Pocos días habían pasado desde que Miguel vivía en aquella sociedad, cuando echó de ver que hallaba demasiado contento en estar cerca de Rosa, que sus ojos gustaban

encontrarse con los de ella y que conceptuaba dulce su acento, armoniosa su risa, y llena de atractivos toda su persona. Al hacer esta observación, hirió su pecho el remordimiento con agudo aguijón, y voló á refugiarse al lado de su hijo, tan azorado como si hubiera cometido un delito.

Pero su hermana, por amor á él, habíase propuesto atizar ese mismo afecto que él trataba de esquivar; y surgieron no pocos incidentes, en que la fidelidad y la circunspección de Miguel se vieran sujetas á dura prueba por las artes femeninas.

Rosa había adivinado ó no el proyecto de su cuñada; pero hacía tales cosas, que parecía existir entre ellas una combinación concertada. La situación de Miguel se hizo de día en día más difícil. La simpatía que Rosa le inspiraba fué creciendo. A cada instante descubría en ella nuevas gracias, y se sentía más avasallado por sus encantos; pero se mantenía severo y callado, y sus palabras no traicionaban las fieras luchas de su corazón. ¡Cuántas veces, cansado de la brega, corría furioso á encerrarse en su aposento ó iba á ampararse á la sombra de la cuna! Pero todo fué inútil; aquel afecto naciente

fué haciéndose más y más irresistible. En vano llamaba en su auxilio los recuerdos de Aurora; estaban vivos en su corazón, pero bajo una forma tan dulce y mística, que en nada estorbaban la formación de un nuevo amor.

Un día díjole su hermana:

—He notado que huyes de Rosa.

—¿Sí? repuso Miguel afectando indiferencia.

—Sí, continuó la hermana, pero no lo haces por distracción, sino por sistema. Mi marido y Rosa lo han observado, y están muy resentidos.

—Tal vez me toman por hombre mal educado.

—En cuanto á Rosa, mucho me temo que así sea. Como te apartas de ella frecuentemente dejándola con la palabra en la boca, ó le das la espalda, ó le contestas con dureza, ella, la pobrecilla, se va á llorar donde nadie la vea. La he sorprendido varias veces con las lágrimas en los ojos.

—Soy un insensato, repuso Miguel, harta razón tiene ella para pensar que soy un mal hombre; pero, hermana, debes disculparme. Si esquivo su trato, es porque me

hace un efecto singular, y tan hondo, que me parece un crimen después de la muerte de Aurora. Si esa joven no fuese tan encantadora, sería más cortés con ella.

—Es necesario que no te ofusques. Supón que te enamoraras de Rosa. ¿Qué mal habría en ello? ¿No es bonita? ¿No es inteligente? ¿No es buena? Sería excelente esposa y querría mucho á tu hijo.

—No me hables de eso. Juré á Aurora no volver á amar, y no dar madrastra á mi hijo, y tengo que cumplirlo.

Riose la hermana de frases tan campanudas, y procuró persuadirle de que esos grandes obstáculos no valían gran cosa. El juramento sobre no amar era nulo, supuesto que no dependía de la voluntad el cumplirlo. En lo referente al niño, no había motivo para suponer que Rosa fuese un verdugo, sino antes bien para esperar fundadamente, que fuera un guardián angelical, dadas su educación, carácter y sentimientos.

Algo pudieron en el ánimo de Miguel aquellas razones, y desde aquel día comenzó á ser más accesible al trato de Rosa, la cual con tal motivo, desplegó todas sus gracias y encantos satisfecha y contenta de cambio tan visible.

De este modo fuese insensiblemente apoderando del corazón de Miguel ese amor nuevo. Ya no le rechazaba horrorizado, ya no le parecía un crimen. Buscaba argumentos para disculparse á sus propios ojos. Muerta Aurora, ¿en qué la agraviaba? Además, no la olvidaría jamás, pues era imposible que su dulce recuerdo se borrara del fondo de su alma. En cuanto á su hijo, encontraría en Rosa una segunda madre, pues los sentimientos de esta hermosa joven eran tan bellos como su semblante.

A pesar de sus reflexiones, sentíase turbado por el remordimiento. No podía ya entrar en su alcoba con tranquilidad. Todo en ella le recordaba á Aurora. Aquellos muebles, aquellas colgaduras, todos aquellos objetos tenían algo de su esposa, y parecía que de ellos salía una especie de rumor; voz confusa que semejaba queja y amenaza. Cuando se metía en el lecho, era acometido por accesos de miedo que le quitaban el sueño, figurándosele á veces que su mano extendida en la sombra iba á encontrar el cuerpo frío é inerte de su muerta compañera. El espejo le causaba mayor espanto todavía.

Cuando sus ojos tropezaban con él, los volvía á otra parte apresurado; durante la noche, dormía con la cara pegada al muro, para no tenerle delante.

Con todo, no se resolvía á cambiar de habitación; parecíale que abandonarla hubiera sido una ingratitud y una traición.

IX

Pero cuando se hallaba al lado de Rosa, todo lo olvidaba. Como era ella tan jovial y plancentera, hacía que cuantos la rodeaban echaran en olvido sus cuitas, como el sol, cuando aparece en oriente, disipa los terrores de los espíritus acobardados por las sombras nocturnas.

Una noche, Miguel, al dejar la tertulia de familia, dirigióse al jardín maquinalmente. Temía la hora de entrar en su aposento, y quería alejar algunos momentos aquel instante.

Brillaba la luna como globo de nieve en el espacio, donde vagaban átomos de plata. Reposaban las plantas en sueño silencioso, sin que la más ténue ráfaga de viento las meciese. Las corolas de las flores aparecían

pálidas bajo los rayos del astro nocturno. Todo en derredor yacía envuelto en paz y en misterio.

La fuente que se deslizaba entre el follaje, hacía un murmullo acompasado, que convidaba á los sueños. Miguel se sentó junto á ella, y dejando caer la cabeza entre las manos, se sumió en meditación profundísima. Pensaba en Aurora, en su hijo, en Rosa, y sus ideas eran á las veces tristes, á las veces alegres. Largo tiempo permaneció en aquel ensimismamiento, hasta que vino á sacarle de él, un rumor que percibió entre la arboleda. Fijó atentamente la mirada, y descubrió la silueta de una mujer. ¿Era su hermana ó era Rosa? ¡Oh! si fuera Rosa!

Y, en efecto, era Rosa. ¿Qué objeto la traía al jardín á aquella hora? ¿Venía por casualidad ó con deliberado propósito? Tal vez iba como él, á entregarse á sus sueños. Miguel se dirigió hacia ella, impelido por una fuerza superior á su voluntad; y con el corazón palpitante de emoción la dijo:

—¡Rosa!

—Ella ahogó un grito de sorpresa é hizo ademán de alejarse.

—¿Cómo? prosiguió Miguel con dulzura, ¿se va vd.? ¿Le es á vd. molesta mi presencia?

—No, dijo Rosa con voz trémula, sino que es hora avanzada, y no debo estar aquí.

—Ya que la casualidad nos ha reunido, ¿le sería á vd. enojoso concederme algunos instantes?

—Sólo que sean breves........

—Pues bien—prosiguió Miguel con precipitación y apoderándose de una de sus manos, que ella le cedió sin reparo—tengo que decir á vd. muchas cosas, tantas, que no sé cómo expresarlas. Sin embargo, puédense reducir á muy pocas, á unas cuantas: amo á vd. con todo mi corazón, con toda mi vida.

Rosa no contestó:

—Usted calla, prosiguió Miguel. ¿Debo creer que ese silencio significa desvío? Conozco que no soy digno de vd. Tal vez soy un insensato, que ha enloquecido soñando venturas que Dios nunca ha de concederle.

Igual silencio sucedió á estas palabras; pero los labios de Rosa se agitaban como tratando de decir palabras que no osaba pronunciar.

—Rosa, insistió Miguel, es forzoso que vd. me diga si en el fondo del corazón abriga algún sentimiento que corresponda al mío; porque debo saberlo, tengo derecho de averiguarlo y es fuerza que lo sepa. ¿Me quiere vd.? ¿No le inspiro á vd. mas que desdén? Hable vd., en nombre del cielo.

—Ah—dijo Rosa, haciendo un grande esfuerzo, y con voz entrecortada y casi imperceptible.—¿Me pregunta vd. si le quiero? Le quiero desde antes que vd. me quisiera; desde que le conocí le quiero.

Y diciendo esto, se desprendió de la mano de Miguel, y se alejó corriendo con dirección á las habitaciones.

X

Al terminar el día en que se celebró el contrato civil, nuestro joven se encaminó á su aposento como á la media noche. No obstante su dicha, al encontrarse solo, sintióse sobrecojido por un sentimiento de profundo pavor, que le fué imposible vencer. Su infidelidad estaba consumada; había quebrantado su juramento.

Por extraña coincidencia viniéronsele á la memoria en aquellos momentos, todos los detalles concernientes al fallecimiento de Aurora. ¡Quién le hubiera dicho entonces que había de ser tan traidor y tan ingrato!

Abrió la puerta de su estancia y arrojó en derredor una mirada medrosa. Aquella era la habitación de Aurora; allí había vivido; allí había muerto; allí moribunda había recibido su juramento de no volver á amar á otra mujer. Y ¿qué había sucedido? Había amado de nuevo y había tomado una segunda esposa. Estaba confuso y se sentía acreedor á castigo. ¿Así había correspondido á aquel amor tan tierno, tan grande, tan noble, que le había profesado Aurora? Ella lo veía desde la eternidad. ¡Qué vergüenza! ¿En donde se ocultaría á sus miradas?

Pensando estas cosas, se metió en el lecho hondamente preocupado, y mató la luz. Arrimó la cara á la pared, como de costumbre, y procuró dormirse. Bien pronto, á los pensamientos tristes, sucedieron los risueños, y lleno de emoción recordó los ojos de Rosa, y se le figuró verlos clavados en los suyos con indecible ternura. Y oyó el eco de aquella voz que le decía:

—Quiero á vd. desde antes que me quisiera; le quiero desde que le conocí.

Al fin quedóse dormido, con la sonrisa en los labios y la alegría en el corazón.

Pasadas algunas horas de tranquilo sueño, despertó de improviso, como si una mano invisible le hubiese removido. Abrió los ojos pensando que alguien le había tocado, y con asombro notó que había luz en el cuarto. Por instinto volvió el rostro buscando el punto de donde partía la claridad.

Y sus ojos espantados se encontraron con aquel espejo que tanto le amedrentaba. Estaba iluminado; de ahí salía la claridad que iluminaba la estancia. La luz era rojiza, y la derramaban cuatro blandones reproducidos en la luna. En el espacio comprendido entre ellos mirábase una cama adornada con blancas colgaduras. Sobre el lecho estaba Aurora tendida, vestida con su traje nupcial, y con la corona de azahares en la cabeza. Su rostro lívido é inmóvil parecía contraido por gesto de profunda aflixión; y en sus luengas pestañas, que caían sobre las marchitas mejillas, brillaban gotas de lágrimas.

Sintió el viudo que la sangre se helaba en

sus venas, que el pelo se le erizaba y que sus dientes chocaban con estrépito. Se incorporó en el lecho con la mirada extraviada. En vano pretendió apartar los ojos de aquel cuadro; fuerza sobrenatural los llamaba y atraía. En vano pretendió gritar; la voz se ahogó en su convulsa garganta.

Desvanecióse gradualmente la visión, y todo quedó sumido otra vez en sombra profunda; pero poco á poco tornó á iluminarse el espejo, y volvieron á delinearse los objetos. Y se presentó á la vista de Miguel dentro de aquel marco pavoroso, un nuevo cuadro neto y distinto, con todos los caractéres de la realidad.

Era el aposento de su hijo. El niño dormía tranquilamente en la cuna. Uno de sus brazos reposaba sobre la cabeza; los rizos de su pelo caían ondulando sobre sus mejillas; y sonreía en sueños como si estuviese contemplando cosas muy hermosas.

De pronto apareció junto á la cuna del niño una forma blanca. Semejaba vapor leve; poco á poco fueron exclareciéndose sus contornos. Era una mujer vestida de blanco. ¿Quién era? Fijó en ella los ojos atónitos. Era Aurora, tan pálida, tan sombría como

la había visto en su lecho mortuorio. Se inclinó sobre la cuna, fijó los labios breve instante sobre la frente del niño, le tomó en brazos, y se alejó con la preciosa carga.

En esto se desvaneció la luz, y la habitación quedó sumida en la sombra.

XI

Permaneció aterrado Miguel por algún tiempo, con el semblante y los ojos vueltos hacia el espejo, en medio de las tinieblas. En el silencio de la noche, oíase su respiración trabajosa y acompasada, como grito ahogado de angustia, y percibíase el ruido que hacían al chocar sus dientes convulsos. El lecho mismo, animado por el espasmo de su cuerpo, producía un repiqueteo siniestro.

Repuesto un tanto, pasóse la mano por la frente. ¿Había sido víctima de una pesadilla? Los horribles cuadros que había contemplado, ¿habían sido fruto de la alucinación de un sueño? No, estaba seguro de hallarse despierto. ¿Se había vuelto loco? Tal vez. De todos modos, lo que pasaba en su interior era horrible.

Encendió la bujía. Una idea fija le atormentaba: ¡su hijo! Saltó de la cama, tomó la luz, abrió la puerta y salió del aposento. Atravesó el ambulatorio desierto y obscuro, sin darse cuenta del viento frío que le azotaba el rostro y hacía vacilar la llama de la bujía.

Llegó á la estancia de su hijo, y anduvo de puntillas hacia la cuna, con el rostro tan pálido y trastornado como si acabase de cometer un crímen. Levantó las cortinas lleno de emoción, y se inclinó para dar un beso á la adorada criatura.

Pero sintiéndola rígida y helada, lanzó un grito desgarrador y cayó al suelo como herido de rayo.

¡El niño estaba muerto!



EN DILIGENCIA.



I


las tres de la mañana llamó á la puerta de mi cuarto el mozo del hotel con fuertes golpes y gritando con apremio:

—¡Ya es hora!

Echéme á cuestas el vestido á toda prisa, entre grandes bostezos y dándome al diablo porque el administrador de las diligencias hiciese salir tan temprano el vehículo; y pocos momentos después abrí la puerta de mi habitación, y me dirigí al comedor á tomar algún refrigerio.

Cuando bajé al zaguán, estaba listo el carruaje. Los tres tiros de mulas hallábanse ya enganchados; el cochero ocupaba su puesto en el alto pescante, y empuñaba con mano

firme el abundante manojo de las mugrosas riendas; el *sota* tenía por la brida el par de mulas delanteras para impedir que partieran antes de tiempo; y dos mozos alumbraban la escena con otras tantas gruesas y recinosas hachas, que despedían tanta luz como chispas y espeso humo. Todavía salieron algunas maletas del despacho del administrador, que fueron adicionadas á la henchida zaga ó al abultado techo del carruaje. La máquina estaba materialmente atestada de carga: en la covacha, en el pescante, en la parte superior, en el interior, debajo de los asientos, y aun en el espacio destinado á los pies de los viajeros, por donde quiera había maletas. Concluidos los preparativos, llegó el momento de ocupar nuestros sitios, y lo hicimos los pasajeros con resignación de mártires.

La diligencia se llenó en pocos momentos. ¡Eramos once pasajeros! Sólo un asiento quedó desocupado en la banqueta de en medio, donde no hay más apoyo para la espalda del paciente, que una movible correa que empuja, cede y aporrea como instrumento de inquisición. Afortunadamente para mí, había podido escojer con tiempo un buen

número en la banqueta delantera, junto á la ventanilla; así es que relativamente quedé bien instalado.

—¿No falta ningún pasajero?—preguntó una voz en la puerta de la posada.

—Ninguno, repuso el *sota*.

No contento con la respuesta el administrador, que era un español de muy mal genio, subió al estribo de la diligencia, y nos echó al rostro la luz de la linterna que en la mano llevaba.

—Está bien—dijo bajando del estribo—¡en marcha!

Sonaron las cadenas de los tiros, rechinó la pesada máquina, vaciló un momento sobre las duras sopandas, hizo el cochero chasquear su látigo descomunal y nos pusimos en movimiento. La diligencia salió con rapidez vertiginosa, haciendo furioso estruendo en el empedrado, y turbando el sueño de los buenos habitantes de Querétaro. Quien la hubiera visto animada de aquella velocidad, habría creido que poca ventaja podría sacarle el vapor; no así yo, que estaba en el secreto, y sabía por experiencia que tales vehículos son rápidos en las poblaciones y tardos en despoblado.

Habríamos andado dos ó tres cuadras, cuando se paró el carruaje con grandes gemidos del garrote. Era que llegaba una pasajera retrasada. Abrióse la portezuela y entró la persona, la cual, á juzgar por su silueta, era una dama de buena condición. No pude resistir al deseo de cederle mi cómodo asiento, pues me parecía impropio dejarla ocupar el único que había disponible en el vehículo, y que á decir verdad, era el peor de todos.

—Puede vd. ocupar este sitio, la dije.

—Pero ¡cómo! contestó resistiendo débilmente; irá vd. muy incómodo.

—No importa; estoy acostumbrado.

Aceptó la dama, y me instalé en el maldecido asiento central. Mis adláteres eran hombres de buenas carnes; así es que tuve que entrar en el sitio como cuña, haciéndolos murmurar con desagrado. Maletitas, sacos y cajoncitos sembraban el piso de la diligencia; con trabajo logré acomodarme de manera de tener donde apoyar un pie.

Tornó á sonar el látigo y partió de nuevo el carruaje, haciéndonos saltar como pelotas chazadas y rechazadas por mano vigorosa. Así nos acomodamos mejor, amoldándonos

mútuamente por la fuerza de la presión y después de haber golpeado el techo con la mollera, y de habernos tumbado varias veces los unos sobre los otros.

Llegamos al campo y allí se acabaron los bríos de las mulas. Proseguimos la marcha lenta y penosa, llena de duras sacudidas y de estridentes rechinidos del armatoste. Al subir las pequeñas eminencias, la lentitud era imponderable; muy luego el carruaje se despeñaba en alguna depresión del terreno con terrible fracaso, como si en la caída se hubiese desarticulado y nosotros nos hubiésemos hecho pedazos los huesos. Pasado breve instante, como de estupor, continuaba la marcha con la misma dureza de sacudidas é idénticos gemidos del garrote y de los ejes.

La pereza de los movimientos, la monotonía de los ruidos, la obscuridad y lo temprano de la hora, nos traían silenciosos y aletargados. Por mi parte, duermo como un lirón en esos majestuosos vehículos; así que muy á poco me sumí en sabroso sopor, y dejé á mi cabeza hacer todo género de evoluciones, pendiente de mi cuello laxo. La elástica correa me lanzaba hacia adelante

como á la piedra la honda; medio despertaba sobre los cuerpos de los pasajeros de enfrente, pedía mil perdones, me esperezaba, maldecía mi sueño, y poco después no sabía ya de mí, y tornaba á vagar por los limbos indecisos de Morfeo.

Así pasaron las horas, hasta que comenzó á clarear el día. A la salida del sol sopló un vientecillo fresco, que destempló el cuerpo de los trasnochadores; todos nos abrigamos como pudimos, acomodándonos en nuestros asientos, y procuramos tener alguna compostura. No era hora ya de roncar, porque había luz y teníamos la conciencia de hacer mala figura dormidos. Por otra parte, era forzoso echarnos un vistazo, para poder responder á la pregunta *¿ubinam gentium sumus?* ¿entre qué gentes estamos?

II

La inspección ocular—vulgo *vista de ojos* entre tinterillos—me dió por resultado observar lo siguiente: un matrimonio compuesto de papá, mamá y dos niños á la espalda; al frente, la compañera retardada,

dos alemanes y un eclesiástico; en la hilera de la correa, un caballero gordo á mi lado, un viejo militar junto á una portezuela y un caballero distinguido junto á la otra.

La compañera retardada era una joven como de veinte años, elegantemente vestida; con guantes, sombrero y velillo de crespón, que se echaba sobre el rostro cuando se levantaba polvo en la carretera. Era lo que puede llamarse una guapa moza; tipo mexicano, gracioso y zalamero. Cara redonda, fresca y llena de picardía, nariz pequeña, boca irreprochable, con dientes menudos y deslumbrantes de blancura; ojos negros y habladores, de esos que al mirar parece que son siempre intencionados y hacen confiden cias; mano breve, cintura delgada, busto enérgico; en fin, una mujer enloquecedora.

Frente á ella se ostentaba el caballero distinguido de que he hablado, hombre de unos treinta años, de barba castaña partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, camisa de color, guantes y cubre-polvo. Era un buen mozo.

El mudo examen duró algunos momentos. Todos nos mirábamos en silencio, encontrándose nuestros ojos á cada paso por los

ámbitos del carruaje. Conocido el terreno, la joven á quien había cedido mi asiento, vino á ser el punto de convergencia de las miradas de los hombres, con excepción del viejo militar, porque no estaba ya para chicoleos amorosos, y del humilde eclesiástico (indio lampiño como la palma de la mano y moreno como un bollo de chocolate), por razón de su ministerio. A excepción de estos ministros, uno de paz y otro de guerra, los demás individuos de mi sexo que venían empacados en el vehículo, no perdían de vista á la hermosa, incluso el papá de los niños, á quien se le alegraban los ojos y que echaba también su cuarto á espadas en aquel general embobamiento. Varias veces le sorprendí buscando por entre las movibles cabezas que tenía delante, intersticios por donde pudiesen caber su rayos visuales.

Por entendido que yo también me dejaba llevar del torrente, procurando no perder de vista el lindo palmito.

Así quedó entablada silenciosa competencia entre los varones, y no hubo quien durmiera— salvo los ministros de paz y de guerra, que lo siguieron haciendo á maravilla.

Un alemán rompió el fuego, diciendo con

la voz atiplada que emplea la raza germánica para hablar nuestro idioma:

—¿Incomodo á usted, señorita?

—No señor, repuso la joven.

—Estas diligencias son muy estrechas, prosiguió el caballero de la barba á la Maximiliano; es atroz meter aquí doce personas.

—Afortunadamente el ferrocarril llega ya á Huehuetoca, continuó el alemán.

—¡Con qué gusto quemaría yo estos viejos coches tan luego como tuviésemos trenes de vapor!—saltó el otro alemán, inclinando la cabeza para ver á la joven.

—Yo quemaría con más gusto á los empresarios de diligencias, agregó el de la barba.

Sonrió la joven, y el caballero buen mozo, estimulado, se dió á decir pestes de las casas de posada, sacando á relucir los lugares comunes conocidos: que la comida era en ellas insoportable, que las camas no estaban limpias, que la paga era excesiva, que los administradores eran unos Nerones, y otras cosas por el estilo, si bien ciertas, fastidiosas de puro-sabidas. Roto el hielo, todos tomamos parte en la conversación, refiriendo alguna escena interesante que echara por tierra el crédito de los hoteles de diligen-

cias y procurando hacer sonreir á la joven, que hablaba poco, y sólo tomaba parte en la conversación con los ojos.

Gradualmente fué esta adoptando nuevos giros: se habló de política, de la inseguridad de los caminos, y de lances de ladrones. Mi adlátere el caballero gordo, era un arsenal viviente de conocimientos ladronescos; al tocar el punto de los asaltos, se llevó la palma del triunfo, refiriendo varios de ellos en que se había hallado, y aun señalándonos los sitios donde se habían efectuado en el mismo camino que recorríamos. Esto produjo cierto malestar en el auditorio; por fortuna el joven de la barba, que era un delicioso sofista, se dió á defender á los ladrones, diciendo que no sabían lo que hacían, que robaban por ignorancia, y que los gobiernos eran los verdaderos responsables de sus fechorías. Nadie le replicó, y visto que la compañera de viaje no se interesaba en la tesis, tomó un tema literario para ejercitar la palabra. Pertenecía á la escuela naturalista, y proclamaba la muerte próxima é ignominiosa del clasicismo y del romanticismo. Aquí fué donde entramos aquel buen mozo y yo en batalla descomunal.

—El naturalismo, díjele por contrariarle, es la córrupción de la literatura.

—No señor, me replicó con viveza, es la eflorecencia de un arte nuevo; el verdadero y digno de cultivo.

Acto contínuo bosquejó su credo literario, poniendo por los suelos á los genios más renombrados de la época, y declarando que los mejores escritores de los tiempos modernos eran Balzac, Flaubert y Zolá.

¡No había más literatura que la naturalista, y Zolá era su profeta!

Le repliqué como pude, aunque no tenía la verba tan fácil como él. El auditorio callaba y nos oía con atención. La joven se interesaba visiblemente en el debate; esto nos alentaba y daba mayor esfuerzo. ¿Cuál sería la opinión de ella? Por fin abrió la boca de grana, y expuso su teoría.

¡Era romántica! ¡Romántica con aquella robustez y con aquellos colores! No cabía duda: ¡lo era! *¡oh gioja!* Furibunda lectora de novelas, parecía haber devorado cuantas se han escrito en español, francés é inglés, pues hablaba también estos dos últimos idiomas; y á manera de Don Quijote, las noches de no dormir y los días de no comer, habían-

la debilitado el celebro. Tan precioso descubrimiento me hizo ver su talón vulnerable—por supuesto que hablo en sentido figurado, y refiriéndome al de Aquiles—que me sirvió de punto de orientación. Convertíme en defensor del sentimentalismo, en poeta llorón de los años de 30 á 40; no me hacía falta mas que la melena de la época. El joven de la barba partida pretendió combatirme; pero Elisa—tal era el dulce nombre de nuestra compañera de viaje—se declaró en favor de mis teorías. Desde aquél momento establecióse entre ella y yo una corriente simpática de ideas y sentimientos, que atravesaba por entre el joven de la barba, el caballero gordó, los alemanes y el casado infiel, tan visible como elocuente, convirtiéndolos en simples comparsas de la escena. ¡No había en toda la diligencia quien entendiera á aquella joven sensible, aparte de un servidor de ustedes!

Elisa era sonorense, habíase educado en un colegio de los Estados Unidos y era lo que se llama un *esprit degagé*, con mezcla de puerilidad americana. ¡Qué de elementos de fácil explotación una vez conocidos!

En verdad que si me hubiera encontrado

en la piel suave de Elisa, habría preferido con mis atenciones al joven de la barba. Realmente me reconocía inferior á él en todo y por todo; y me lo confesaba interiormente con no poca pesadumbre. Pero ella no parecía parar mientes en ello, pues á pesar de mis incorrectas facciones y poco lujo en el vestir, fijaba en mí los ojos con mayor insistencia que en mi competidor. Este, despechado, acabó por entrar en silencio finjiendo dormir, y con rostro displicente.

La derrota se declaró así en todas las filas. Los alemanes, el señor gordo, el venerable papá, todos reconocieron que la lucha estaba concluida, y cesaron de empeñarse en el combate. Entonces me convencí de que la mujer carece de sentido estético, y de que abandonada á sí misma, es como el ciego que se dirige sistemáticamente á estrellarse la nariz contra las paredes, ó á echarse de cabeza en los pozos. Gústale parecer abnegada, y sin duda por esto escoje lo peor á la continua: entre el cojo y el de piernas sanas, se decide por el cojo; entre el pobre y el rico, por el pobre; entre el buen mozo y el feo, por el feo; entre el inteligente y el tonto, por el tonto. En su sublime desinterés,

toma siempre el partido del débil. Ahora me tocó ser cobijado por su magnanimidad, y bendije mi inferioridad por lo pronto, pues que constituía mi superioridad sobre mis colegas. Así se trastornan alegremente los polos de las cosas; el principio de contradicción desaparece y la lógica sale derrotada. *¡Lo bello es lo feo*, como ha dicho Víctor Hugo!

Si quisiera explicar este fenómeno, diría que tal inclinación de la mujer á lo menos bueno ó á lo malo, no es mas que el desarrollo de su naturaleza. Nació para el sacrificio; la maternidad, la crianza de los niños, el tomar puntos á las medias, ¿qué otra cosa son si no otras tantas penas? Sienten que han nacido conformadas para el heroismo, y necesitan para vivir someterse á privaciones y pesares. Por eso les seduce el tipo de Tenorio, porque Tenorio es su azote; por eso se casan con los miserables que no pueden darles de comer, y con los borrachos que les pegan. ¿Quién duda que en su mismo sufrimiento hallan su delicia? Nosotros los hombres, espíritus positivistas é inferiores, procuramos colocarnos lo mejor que podemos, y nos peleamos por las más guapas,

por las más dulces, por las más ricas, por las más buenas; confesemos nuestro prosaísmo en presencia de su desinterés celeste.

Sea de esto lo que fuere, el caso es que Elisa y yo continuamos entendiéndonos mejor y mejor á cada instante. En la diligencia marchan las cosas de prisa; por supuesto que en cuanto al trato de los viajeros, y no por lo que mira al viaje. A poco andar, todos se han referido su historia, dando detalles sobre su patria, estado, profesión, familia, y motivo de la expedición; y en tales preliminares se basan los conocimientos y amistades de los compañeros en aquella cárcel incómoda y ambulante. Así fué como supe, obra del medio día, además de lo que dejo apuntado, que Elisa tenía veintiún años, que iba á Méjico á reunirse con su familia, y viajaba sola porque estaba acostumbrada á ello desde su más tierna juventud, en virtud de su educación ayancada. Me llegó mi turno, y hablé de mí mismo, refiriendo algo de mis expediciones ultramarinas, teniendo la satisfacción de despertar vivo interés en la joven. Al saber que yo también hablaba francés y un poco de inglés, se manifestó complacida, y continuamos enten-

diéndonos de vez en cuando en estos idiomas, sin ser comprendidos por el auditorio, con excepción tal vez del caballero de la barba, que seguía fingiéndose dormido.

—¡Qué felicidad! la dije, de haberme encontrado con usted, señorita.

—¿Por qué, señor? repuso aparentando no comprenderme.

—Porque es usted adorable.

—Usted es muy amable, contestó ruborizándose.

—Soy sincero.

—Verdaderamente, agregó; me parece usted franco y natural.

Por este tenor eran á cada paso nuestros diálogos. Cuando callábamos, seguían hablando nuestros ojos. ¡Qué miradas, lector, y qué sonrisas! Todos me veían con envidia, en tanto que ella no hacía aprecio de nadie mas que de mí. Tácitamente convenimos en ser compañeros inseparables. En las postas, dábale la mano para ayudarla á bajar del carruaje, y se tomaba de mi brazo para andar un poco á pie, y estirar las piernas. A la hora del almuerzo nos sentamos juntos á la mesa; le serví los platos y me distinguió con exquisitas atenciones. Me

sentía radiante de alegría, de felicidad y de orgullo. Lo mismo te habría pasado á tí, querido lector, si te hubiera tocado, como á mí, aquel premio gordo de la lotería.

III

Aun no terminaba la comida, cuando se presentó el *sota* gritando:

—¡Vámonos, señores!

A regañadientes y protestando contra tan dura tiranía, nos levantamos para volver á nuestros incómodos asientos. La reciente comida y el calor del medio día habían tornado más gruesos los cuerpos, aumentando el malestar general. No obstante, apenas comenzó la marcha, se notó que reinaba buen humor entre los pasajeros, porque todos, sin exceptuar al mismo sacerdote, se mostraron locuaces; tan cierto es así que la alimentación regocija hasta los corazones más tétricos.

Elisa misma parecía más expansiva, y aun tuvo un rato de afable conversación con el caballero de la barba, lo que me hizo ponerme hosco y taciturno, pues á fuer de moro,

soy casi tan celoso como Otelo. Ella lo notó y me dijo sonriendo:

—¿Se siente usted mal?

—Nó, le contesté lacónicamente.

—Entonces, ¿por qué está ud. tan callado?

—Oía la conversación.

—No vaya usted á dormirse—prosiguió con risa graciosa—sería imperdonable.

Me dijo lo demás con los ojos, haciéndome estremecer de emoción con la corriente magnética de su mirada. Con esto se desvaneció la nubecilla que había nublado un punto mi cielo, y continuó sin interrupción nuestro sabroso tiroteo de miradas, sonrisas y frases melosas. Elisa no habló ya con el de la barba, y procuraba cuidadosamente no verle, sin duda para tenerme contento; lo que me puso, en efecto, en el colmo de la beatitud, porque me hacía triunfar dos veces: en mi inclinación y en mi amor propio.

De pronto se oyó pronunciar al caballero gordo esta frase fatídica:

—Aquí roban.

Hubo un momento de silencio.

—Sí—prosiguió—este punto es famoso por su inseguridad. Es muy á propósito para emboscadas.

Cruzábamos á la sazón angosta cañada, costeada por tupidos matorrales que interceptaban la vista á los dos lados de la carretera.

—Al través de esa hojarasca —continuó— los ladrones ven á los pasajeros sin ser vistos, y los atacan en el momento que les parece oportuno. Algunas veces se anuncian haciendo fuego con los rifles.

—¿Aun cuando no se les haga resistencia? —preguntó Elisa con sobresalto.

—Sí, señorita —contestó— antes de saber si se les hará ó no resistencia. Hace cuatro días precisamente, venía yo para Querétaro, cuando de repente me despertó de la siesta que dormía, el ruido de los balazos. Eran los ladrones. Aquí pueden ver ustedes los agujeros de las balas.

En efecto, nos mostró dos en los barrotes del coche, cuya vista nos hizo á todos muy mala impresión. Recibir una bala traidora salida de aquellos matorrales, no era una perspectiva propia para regocijarnos.

—Por fortuna á nadie le hicieron daño— continuó el mismo caballero.

—Y ¿fué robada la diligencia?

—No, señor; á mí no me han robado nunca. Antes me dejaría matar que consentirlo.

Eramos tres los pasajeros; pero uno no quiso defenderse. El otro y yo hicimos parar la diligencia tan luego como sonaron los tiros, y echamos pie á tierra con los rifles en las manos. Dimos orden al cochero de que continuase la marcha, y custodiamos el carruaje hasta que salimos del punto peligroso, batiéndonos con los bandidos.

—¿Cuántos eran?—preguntó otro de los oyentes.

—Media docena: dos de á caballo y cuatro de á pie. Al llegar á un arroyo que está más abajo, nos acometieron con furia. Entonces mandamos parar el coche, y defendidos por las ruedas, hicimos una vigorosa resistencia. Tuve la fortuna de acertar un tiro en el pecho á uno de los ginetes; esto nos salvó, porque al verle caer, huyeron los otros.

Desde aquel momento, mi voluminoso adlátere tomó para todos las proporciones de un héroe.

Comenzó luego el recuento de armas. Nadie las llevaba; sólo el viejo militar tenía un revólver. Todos protestábamos que por olvido habíamos dejado en casa nuestros rifles; la verdad era que nadie había salido con intención de pelear.

—No importa—dijo el héroe del reciente asalto—si salieran, no me dejaría robar, aunque me mataran.

—Pero ¿cómo se defendería usted? le pregunté.

—Con lo que pudiera, aun cuando fuese con piedras.

En aquel momento sonaron recios golpes en el techo de la diligencia, manera tradicional en los cocheros de anunciar la proximidad de los ladrones, y oímos una voz recatada que nos dijo desde el pescante:

—¡Prevénganse, señores, que *hay viene la pela!*

La sangre huyó instantáneamente de los rostros, desencajáronse las facciones y tornáronse trémulas las manos. Lúgubre silencio de expectación y ansiedad se hizo en la diligencia, y comenzó el sordo y apresurado trabajo de ocultación de dinero y objetos pequeños, acostumbrado en tales casos. Hiciéronse agujeros en el cielo del coche, y por allí se introdujeron relojes y bolsitas. Algunos pasajeros deslizaron anillos y monedas en el calzado; otros en medio de su azoro, no hicieron mas que dejar caer en el piso del coche, aquello msimo que querían salvar.

Por mi parte, confieso que no sabía qué hacer, ni me daba cuenta de lo que hacía. Creo más bien que no hacía nada, pues recuerdo que en medio de mi aturdimiento, oí la voz de Elisa que me dijo:

—Deme usted el dinero para escaparlo.

Saqué rápidamente de los bolsillos cuantas monedas grandes llevaba, y se las dí á la joven, la cual se echó todo aquello en el seno, juntamente con sus anillos, portamoneda, pendientes y reloj, de todo lo cual se había despojado con tanta prontitud como presencia de ánimo.

No hubo tiempo para más. De los matorrales salieron como doce ginetes bien montados y armados, con los rifles en las manos; y corriendo hacia el cochero, le intimaron que detuviese la marcha. Paróse en efecto la diligencia, y acto continuo vimos aparecer por las ventanillas las bocas de los rifles, y oímos las voces amenazadoras de los bandidos.

—¡Las armas! ¡las armas!—decían unos.

—¡Cuidado con moverse, porque los *ajusilamos*!—decían otros.

—¡Pie á tierra!—vociferaban aquellos.

—Señores, no traemos armas—repuso el viejo militar con sangre fría.

—Entonces, pie á tierra, y al que se las encontremos le damos en la chapa del alma.

Bajamos del coche en medio de una granizada de insultos, interjecciones y palabras soeces. Los bandidos son brutales por cálculo; así logran intimidar á sus víctimas. Blasfeman y maldicen como unos condenados mientras dura la faena; sus denuestos son como el acompañamiento del despojo, y crispan los nervios de los que sufren sus demasías, más allá de toda ponderación.

Apenas había yo echado pie á tierra, cuando se me acercó un ladrón, que llevaba el caballo por brida.

—¡El reloj!—me dijo con voz de mando.

Hacía tanto tiempo que no me oía tratar con altanería, que me sentí sorprendido é indignado. Molesto por mi tardanza, echó mano á la leontina, y tirando con fuerza, me arrebató el reloj desgarrándome el chaleco. Sentí que me zumbaban las sienes y clavé una mirada furibunda en el rostro del malhechor, que era un mozo como de veinte años, moreno, de ojos verdes y nariz chata.

—¡Baje los ojos!—me gritó levantando el rifle.

Como no los bajé tan pronto como él hubie-

ra querido, me dirijió un golpe con el cañón del arma, que evité esquivando el cuerpo; pero levantó nuevamente el rifle para descargarme otro, y yo no sé qué hubiera sucedido, á no haberse interpuesto Elisa suplicante.

— Déjelo usted, señor— le dijo colocándose entre mí y el bandido.

— Voy á matar á este bellaco, contestó el malvado.

— No, señor, por el amor de Dios— prosiguió ella llorosa.

Por mi parte, no articulaba palabra. Era como espectador inerte de la escena.

—¿Qué es eso, con mil demonios?—gritó un ginete acercando el brioso caballo á nuestro grupo.

—Que Satanás....(señalándome) me está provocando con los ojos; parece que me quiere comer.

—No, señor—replicó Elisa—es que el señor está muy exaltado.

—Oyes vale, ¿y no es mas que eso?—preguntó el de á caballo.

—Pero me la ha de pagar!-dijo el bandido.

— Hombre, la cosa no es pa tanto; es menester que no seas tan escandaloso. ¡A ver

si te vas yendo pa allá!—y le señaló con la espada desnuda que llevaba en la mano, otro lado de la escena. El bandido se alejó profiriendo maldiciones; pero obedeció, porque aquel ginete era el capitán de la cuadrilla.

—No tenga vd. cuidado, chatita—continuó el capitán volviéndose á Elisa. Está usté muy asustada, tenga pa que se remoje la boca. Y le alargó una botella de aguardiente.

Hizo Elisa como que bebía y se la volvió luego; el capitán me la pasó, diciéndome con tono entre respetuoso y burlón.

—Tenga, amo, eche un trago.

La tomé, lo eché en efecto, y me sentí un tanto confortado.

Muy cerca de mí estaba un caballo sin ginete, perteneciente á uno de los bandidos. ¡Con qué gusto lo hubiera montado, le hubiera hundido la espuela en los ijares y le hubiera soltado la rienda! Me acordé inconscientemente de aquellos hermosos versos de Espronceda, que me sonaban como música en aquella ocasión:

¡Un caballo, un caballo, campo abierto,
y dejadme frenético correr!

De tan grata absorción vino á sacarme la voz del capitán.

—Amo—me dijo—¿lo cree que me cuadra su sombrero?

—Aquí lo tiene usted-le dije con prisa, aprovechando aquella coyuntura para manifestarle mi gratitud.

Tan luego como lo hubo recibido agregó:

—Amo, pa usar esta gorra necesito ponerme catrín; ¡cómo no me regala su saco!

Díle también el saco; y en seguida me pidió dinero, y tomó por su propia mano la moneda menuda que había quedado en mis bolsillos. Receloso de que algo hubiera ocultado, hízome un registro en casi todo el cuerpo, y no me dejó de la mano hasta que se convenció de que no tenía nada conmigo.

Entretanto los demás bandidos, siempre insolentes, habían despojado de diferentes prendas de ropa á los otros pasajeros, y habían acabado por ordenarles se mantuviesen inmóviles y vueltos de espaldas en un recodo del camino, bajo la vigilancia de dos ginetes. Los otros, pie á tierra, rompieron las cadenas y lazos que aseguraban los equipajes á la zaga y techo de la diligencia, y de-

jaron caer por tierra con recio fracaso, las cajas, maletas y balijas que allí venían en apretada confusión.

Una vez en el suelo la carga, con la mayor barbarie, como si aquellos desalmados no perteneciesen á una sociedad civilizada, rompieron las maletas y cajones á culatazos, pedradas y sablazos, destruyendo muchos objetos sin necesidad, pues ni siquiera los dejaban útiles para ellos. Mantillas valiosas de mujer se enredaban al cuello en forma de bufanda; en los trajes de seda formaban líos de ropa, tirándolos por tierra; y cuando dos ó más á la vez querían un mismo objeto, le tomaban al propio tiempo, tiraban de él con violencia, y le desgarraban ó rompían. Hallaron por acaso algunas cajas de cerveza, y en un momento las acabaron, no tanto por lo que bebieron, cuanto por la que derramaron por tierra, pues abrían las botellas rompiéndoles el cuello á golpes, de manera que la mayor parte del líquido espumoso se vertía por el suelo. La escena parecía una reproducción en miniatura de las hazañas de los vándalos.

En esto, un suceso imprevisto vino á agravar la situación. El mozo chato y de ojos

verdes que tanto quehacer me había dado, pasó al ótro grupo sembrando la consternación; era el más feroz de los bandidos. Por quítame allá esas pajas, dió golpes con el cañón del rifle al valentísimo caballero gordo, quien cayó de rodillas con las manos enclavijadas, pidiendo gracia. El bandido le asestó un puntapié por toda respuesta en la mitad del pecho, derribándole sobre las espaldas y pasó adelante. El viejo militar había quedado intacto hasta entonces; serio y mudo, contemplaba los sucesos con mirada glacial. Cuando el de los ojos verdes se acercó á él, quedóse inmóvil viéndole de hito en hito. Echóle el ladrón mano á los bolsillos y sacó algún dinero y un reloj de níquel; en seguida pretendió hacerle un registro general en busca de otros objetos. Resistiolo el militar, insistió el bandido, y al fin logró cerciorarse de que el anciano conservaba la pistola.

—¡A ver esa pistola!—gritó—viejo....

—¡Eso nunca!— contestó el militar.

—¡Cómo nunca!—repuso el ladrón dando un paso atrás y requiriendo el rifle con ambas manos.

—¡Nunca!—gritó el viejo con iguales

apóstrofes; y sacando rápidamente el revólver, apuntó con él al bandido.

—¡Qué es eso!—gritó el capitán espoleando el caballo y lanzándolo al galope al lugar de la escena.

Precipitadamente acudieron los ladrones requiriendo sus armas. Un momento más, y el viejo militar hubiera sido hecho pedazos por aquella turba de furiosos; mas se interpuso entre ellos y el valiente anciano, el sacerdote moreno.

—¡Deténganse! ¡Deténganse!—gritó con imperio, y se metió en medio del grupo.

—Padre, hágase á un lado—dijo un bandido—porque si no, le toca un plomazo.

—No—les dijo—hijos, no cometan un asesinato inútil.

—Es necesario matar á ese viejo....

—¡Silencio!—dijo el capitán—padrecito ¿qué quiere su mercé?

—Que no le hagan daño á este señor ni á ningún pasajero; y por lo demás pueden quitarnos cuanto tenemos.

El capitán reflexionó un momento.

—Bueno—dijo;—pero que ese malcriado entregue la pistola.

—Señor, dijo el sacerdote dirigiéndose al

militar, hágame el favor de entregar el arma.

Hosco el anciano, nada repuso, pero se negó á obedecer.

— En nombre del cielo— prosiguió el presbítero— ; de lo contrario todos seremos víctimas.

El militar vaciló un momento, y articuló al fin con voz ronca:

— A usted, sí, padre.

Al oirle, se la quitó de la mano el sacerdote, y luego la entregó al capitán.

— Está bien— dijo éste— que nadie le haga nada á ese viejo; pero una vez que estos (nosotros), no entienden de consideraciones, pela general con ellos, muchachos!

Nuestro espíritu se sosegó de pronto; pero poco duró el regocijo.

Apenas dada la orden, los bandidos se precipitaron sobre nosotros, haciendo funciones de ayudas de cámara. Nos despojaron de nuestros vestidos, y nos dejaron en paños menores, salvándose solo de esta vejación el sacerdote y los niños.

Elisa entregó sin resistencia el chal, el cubrepolvo y el traje; pero se resistió abiertamente á despojarse de las otras prendas

de ropa. Algunos bandidos pretendían quitarle el corsé; pero se opuso de tal manera (tanto por decoro como por amor á sus alhajas), que hubo de oirla el capitán, que vino á impartirle auxilio.

—Hombres, les dijo, no sean tan groseros con las mujeres; ¿qué más quieren que les dé esta chatita?

Y la libertó así de mayores ultrajes.

Aunque turbado por los sucesos, no pude menos de contemplar con admiración la graciosa figura de Elisa. La blanca y corta enagua dejaba al descubiertos los tobillos hasta más arriba de las botinas; el corsé listado de rojo, parecía hermoso corpiño hecho para lucimiento exterior; la garganta y los brazos desnudos eran dignos de la estatuaria. Parecía poética pastorcilla de Versalles en tiempo de la Pompadour; una deliciosa figura de Greuze ó de Wateau.

Concluido el despojo, no tuvieron ya que hacer los bandidos, sino formar grandes líos con nuestras cosas, amarrarlos á la grupa de los caballos, é internarse por lo más espeso de los matorrales.

—Ahora sí, amos, hasta la vista—dijo el

capitán quitándose el ancho sombrero, con tono zumbón; ustedes dispensen.

Y se fué en pos de sus compañeros.

Cuando quedamos libres de la cuadrilla, echamos tristes miradas á nuestros equipajes. No restaba de ellos más que un montón informe de tablas, telas y papeles rotos, entre los que apenas se encontraban uno ú otro objeto entero y servible.—Con apesarado silencio arrojamos aquellos harapos en la covacha y pescante del vehículo, á fin de examinarlos más despacio en la posada.

Hecho esto, nos arrojamos una mirada investigadora los unos á los otros, y nos habríamos, después de ella, internado de buena gana en los bosques, como Adán y Eva después de haber comido la manzana, á no inspirarnos horror la maleza. Pero, á falta de vegetales tan decorosos como la higuera, recurrimos al disperso archivo de las balijas, que, rotas por los bandidos, habían derramado por el suelo sus intestinos de cartas y periódicos. Escojimos los más grandes de éstos, y nos envolvimos en ellos lo más cuidadosamente que pudimos. Recuerdo que Elisa para ocultar su hermosa gar-

ganta, hizo un agujero en el centro de un número del *Monitor Republicano*, y pasando la hechicera cabeza por aquel conducto, se colocó el papel sobre el pecho y la espalda, como casulla de sacerdote.

Todos--con excepción de ella—estábamos altamente ridículos. Por amor propio no describo mi estampa; era muy triste, palabra de honor. El caballero gordo semejaba un cupidillo en camiseta, calzones y calcetines; en realidad, era más gordo de lo que parecía. Tenía ondas y desbordamientos de carne en el busto y en el vientre, que nadie hubiera sospechado. En cambio, el militar, adolecía de una flacura digna de Tanuer al 40º día de ayuno. Era solo piel y huesos, como el rocín de D. Quijote. El caballero de la barba, con la idem partida á la Maximiliano, peinado á la Capoul, en calzones interiores, descalzo y con chaleco á raíz de la piel, era una caricatura digna del lápiz de Alamilla.

Nunca ha prestado la prensa tan importantes servicios á la humanidad, como en aquella coyuntura en que puso á cubierto nuestras gorduras y flaquezas. ¿Quién duda que

Guttemberg merece las estatuas que se le han levantado?

En tan triste condición tornamos á entrar en la diligencia, donde hallamos hendido el techo y abiertos los cojines por las dagas y puñales de los bandidos. Como duchos en la materia, comprendieron ellos que ahí podrían hallar ocultos objetos de valor, como en efecto los hallaron. Solamente Elisa pudo salvar en su corsé su pudor y sus alhajas, y además, un poco de dinero de su propiedad y de la mía.

Instalados en el coche y renovada la marcha, á instancia del sacerdote se rezó un rosario con gran recogimiento. Terminado el rezo, comenzó á circular una botella de coñac de propiedad desconocida, y que se salvó no sé cómo. El viejo militar se achispó de allí á poco, y se dió á hablar sin descanso, como si hubiera querido indemnizarse de su anterior mutismo. Su lenguaje era cuartelero legítimo, y lanzaba contra los ladrones ternos capaces de hacer temblar el continente. Recuerdo una frase suya que me hace reir siempre que se me viene á las mientes:

—¡Qué bocas de condenados!—decía alu-

diendo á los bandidos.— ¡Pues qué! ¿No veían que estaban delante de señoras? ¡Mal hayan.... !—y soltaba maldiciones y blasfemias más crudas que las de los mismos ladrones.

De esta manera, envueltos en papeles como quincallería fina ó fruta conservada, llegamos á Tula obra de las ocho de la noche, avergonzados y silenciosos, á modo de soldados derrotados y prófugos que hubiesen perdido la bandera.

IV.

La hora del alba sería cuando salimos de Tula para continuar el camino. La mañana estaba obscura, y dentro de la diligencia era de noche; mas á pesar de la obscuridad, luego echamos de ver que habíamos cambiado nuestras vestiduras de papel por otras menos frágiles. El vecindario del pueblo, en efecto, puso á nuestra disposición su guardarropía, la cual, no por ser de moda desconocida y de medio uso, dejó de ser para nosotros preciosa en tan críticas circuns-

tancias. Por lo que hace al pago del hospedaje, Elisa y yo, que habíamos conservado nuestros fondos, abrimos un crédito fraternal á nuestros insolventes compañeros. Así, pues, cúpome la satisfacción de protejer aquella madrugada al señor de la barba con un par de duros.

Cerradas las ventanillas por lo cortante del aire matinal, rebujados en nuestras mantas y envueltos en la sombra, caminamos varias horas guardando silencio, medio asfixiados por la falta de aire y por el humo de varios enormes vegueros que ardían dentro del carruaje como tizones diabólicos. Hubo un momento en que todos dormían, excepto Elisa y yo, á quienes el amor traía inquietos y desvelados.

Ignoro cómo pasó el hecho; no sé si fuí yo quien dió el primer paso, ó si fué suya la iniciativa; el caso es que á través de la distancia y de la sombra, la mano de Elisa y la mía se encontraron y se estrecharon. Siempre que algún pasajero encendía algún fórforo para dar lumbre á su puro, se desasían nuestras manos con presteza; lo mismo que cuando algún otro bajaba el cristal de las ventanillas, ó cuando era emprendido algún

diálogo; pero tan pronto como pasaba el peligro, nos buscábamos como ciegos en la obscuridad, y tornábamos á enlazar amorosamente las manos. A pesar de nuestras precauciones, debe haber sido advertida la evolución por más de algún pasajero. Me fundo para sospecharlo, tanto en que, por estar distantes ella y yo, teníamos que inclinar el cuerpo sobre los vecinos para alcanzarnos, como en que nuestros brazos formaban una barra diagonal en el vehículo, con la cual más de una mano tropezó de vez en cuando. A decir verdad, tal contratiempo, si bien me causaba pesadumbre por Elisa, por lo que á mí respecta, dábame regocijo, porque hacía á mis envidiosos compañeros testigos de mi triunfo y de mi dicha. Esto me complacía, sobre todo, por el caballero de la barba. ¡Qué gusto me daba pensar que le hacía rabiar nuestra dulce maniobra!

En esto, y á lo mejor de mi éxtasis, tropezó una de las grandes ruedas del coche con un obstáculo demasiado grande de la carretera; subió gimiendo á impulso de las robustas mulas, é hizo perder el equilibrio á nuestro vehículo. Dos ó tres veces inten-

tó éste recobrar el aplomo; pero como la rueda había trepado demasiado alto, la gravedad se manifestó por el techo, donde había nuevos pesos, y el armatoste se volcó pesadamente de costado, como un voluminoso elefante.

Apenas alcancé á darme cuenta de aquellos sucesos, porque fué instantáneo su desarrollo. Los demás pasajeros, con excepción de Elisa, despertaron demasiado tarde para analizarlos. A la caída del carruaje, reinó entre nosotros la más grande y lamentable confusión que sea dable imaginar; no se oían en medio de la obscuridad, mas que los gemidos de los niños, los gritos de las mujeres y las interjecciones de los hombres. La caída nos había hecho converger hacia el costado por donde el vehículo yacía en tierra; allí quedamos algún tiempo los unos sobre los otros, oprimiéndonos con nuestra propia masa, é impidiéndonos todo movimiento. No había, además, quien pudiese orientarse. Acostumbrados á la posición habitual del carruaje, buscábamos la salvación hacia los lados, sin advertir que á ellos correspondían ahora el techo y el piso del armatoste. Largo rato pasó antes de que ha-

llásemos la salida, que estaba arriba, pues ahí se encontraba la única portezuela disponible. La débil claridad de la mañana que por ella penetraba, la hacía aparecer muy distante; su vista me hizo el efecto de una claraboya abierta en el techo de profunda mazmorra.

Al fin comenzó el salvamento de los pasajeros; y me tocó la mala ventura de salir uno de los postreros, porque el caballero gordo gravitaba sobre mí con su peso enorme de cuatro quintales. Cuando se puso en pie y me pisó como á vil gusano, le apliqué indignado fuertes puñadas en las robustas pantorrillas para que me dejase libre. Disponíame ya á salir, olvidado en mi egoismo de lo más precioso que había en la diligencia, cuando me oí llamar por mi nombre.

– Elisa—contesté—¿donde está vd.? ¿se ha hecho vd. daño?

—Creo que no—me respondió—pero no sé donde me encuentro, estoy como perdida.

—La portezuela está arriba; espere vd. un momento.

Púsose en pie y la ayudé á levantarse. Supliqué luego á los otros pasajeros que me prestasen auxilio, y entre todos pusimos á

Elisa fuera del carruaje, no á fé sin bastante trabajo, tanto por lo alto del conducto como por el peso de la hermosa.

—Gracias—me dijo á la salida, tendiéndome la mano.

Una vez todos fuera del armatoste, nos pasamos en revista, como los soldados después de la refriega. Hallamos por suerte que habiamos sido afortunados por decirlo así, porque no había mal grave que deplorar en nuestras personas. Como la marcha era perezosa, no tuvimos que lamentar ojos saltados, huesos rotos ó molleras aplastadas. Todos estábamos, es verdad, más ó menos golpeados ó rasguñados; pero ninguno tenía cosa de cuidado. Sólo el cochero, que al caer dió de cabeza contra una piedra, se había hecho una herida considerable.

Mientras se ocupaban las señoras en atender al herido, nos consagramos los hombres á la laboriosa tarea de descargar la diligencia, echando por tierra los equipajes, de restablecer el carruaje á su posición natural sobre las cuatro ruedas, y de volverle á cargar.

Cuando todo estuvo concluido y las mulas enganchadas, colocamos cuidadosamente al cochero en el techo de la diligencia, le

cubrimos con una manta, y pusimos las riendas en las manos del *sota*, quien se vió así exaltado á una dignidad encumbradísima. Incontinenti volvimos á entrar en el potro ambulante de nuestro tormento, y prosiguió la marcha. Había salido ya el sol y la mañana estaba serena y hermosísima.

—¡Hermosa mañana!—murmuró Elisa.

—En efecto—la dije—pero ¡qué viaje tan desventurado hemos hecho!

—No, señor, ¿por qué?

—¿Cómo por qué? repuse atónito— ¿Le parece á vd. poco lo que nos ha sucedido?

—Pero, ¿qué nos ha sucedido?—insistió.

—Pues hemos sido robados, nos hemos volcado y hemos corrido serios peligros....

—¿Y qué?

—Que nuestro viaje ha sido un resúmen de las calamidades á que están expuestas las diligencias. Muchas de éstas no tienen contratiempo en la travesía, otras sólo son robadas ó sólo se vuelcan; muy raras son las que, como la nuestra, sufren ambos contratiempos.

—Vamos—prosiguió Elisa—creía que tuviese ud. más espíritu. Pero, ¿no ve ud., hombre de Dios, que todo ha quedado en

nada? —Los ladrones á nadie asesinaron ni hirieron; la caida nos ha dejado casi ilesos. En cuanto á las cosas que hemos perdido, eran de poco valor; ¿quién lleva al camino lo más bueno y valioso que posee? Así que debemos considerar lo que nos ha pasado, como una serie de episodios divertidos, que le han quitado al viaje la monotonía y el fastidio. ¡Bonito hubiera sido él, si no nos hubiera sucedido nada, y no hubiéramos hecho mas que dormir y sorber polvo por boca y narices!

Me sentí avergonzado ante su grandeza de alma y ante su romanticismo.

—No hay cosa más detestable—continuó—que los viajes en ferrocarril. Entra vd. en el vagón, silba el vapor, suena el herraje y se inicia la marcha sin sacudidas, en medio del rumor uniforme de los émbolos, sólo interrumpido por el ridículo y destemplado grito de la locomotora. No puede vd. sacar la cabeza por la portezuela, porque le caen chispas y carbones en los ojos, no traba vd. conocimiento con nadie, porque los pasajeros permanecen aislados en sus asientos, viéndose con ojos glaciales, á ratos durmiendo, leyendo á ratos y bostezando siem-

pre. A paso de carga cruza ud. por las estaciones y el viaje termina en un santiamén. Y llega ud. á su destino con un gran desabrimiento en el ánimo y con un enorme vacío en la imaginación. ¡Nada de peripecias! ¡Nada de emociones! Yo detesto los ferrocarriles.

¡Lástima que no hubiesen oído tan elocuente tirada los administradores de diligencias; ellos, que han pronunciado tantos discursos elocuentes para demostrar la excelencia de sus pesados vehículos sobre el vapor!

Quedé avasallado por la elocuencia de Elisa, y confuso ante su valentía y amor al arte.

—Vistas así las cosas—la dije—concedo á ud. la razón. Por mi parte no me quejo, antes bendigo á la suerte porque....—no supe cómo acabar.

—¿Por qué?—me preguntó riendo—acabe ud.

—Porque la he conocido.

—¡Lisonjero! La verdad, es vd. muy ingrato. ¿No se quejaba hace poco de lo desventurado del viaje? Y me envolvió en una mirada incendiaria.

V.

Pocas horas después, estábamos en Huehuetoca, y almorzábamos Elisa y yo alegremente frente á una mesita aislada, en el restaurant improvisado que se levantaba junto á la estación del ferrocarril.

De pronto interrumpió ella una dulce frase para decirme con serenidad, fijando la mirada en la puerta de entrada:

—¡Tate! ha llegado Justo.

—¿Quién es Justo?—la pregunté.

No contestó. En esto llegó á nosotros la persona aludida. Era un caballero como de cuarenta años, de buen aspecto y elegantemente vestido. Se fué en derechura á Elisa, la que, puesta en pie, le dió un estrecho abrazo. Luego volvióse ella á mí y dijo mi nombre presentándome. Saludé y me puse á las órdenes del recién llegado. En seguida, prosiguió Elisa mostrándome al caballero:

—Justo Rodríguez, mi esposo.

—Servidor de ud.—repuso él cortesmente.

—El señor—prosiguió Elisa mostrándome con el mayor aplomo—es un excelente

amigo, y me ha prestado durante el viaje muy buenos servicios.

No sé qué murmuré en mi turbación; lo que recuerdo es que me puse colorado.

—Muy agradecido—dijo D. Justo;—espero que nos favorecerá ud. con sus visitas. La casa de ud. es...—y me dió su dirección.

—Tendré el gusto de visitar á udes.

—¡Cuidado con faltar!—dijo Elisa tendiéndome efusivamente la mano y oprimiendo dulcemente la mía—no olvide vd. las señas.

Protesté que no faltaría.

Con esto se fué la pareja. Y me quedé como clavado en el sitio, pensando con horror en los tropiezos y emboscadas del noveno mandamiento.



ADALINDA.



I.

EL muy alto y poderoso rey Carlo Magno fué muy inclinado al amor, según cuentan las crónicas; y esa debilidad de su gran carácter, fué compañera de su vida.

En medio de las vastas empresas que acometió y llevó á feliz término—como restaurar las letras y la civilización europeas—supo darse suficiente vagar para rendir culto á las hermosas. Mientras unía los reinos de Austrasia y de Burgondia, destruía á los longobardos, vencía á Witikendo, conquistaba la Marca de España, aniquilaba á los hunos y era coronado por el Papa emperador de Occidente, pasaba de los brazos de una beldad á los de otra, y quemaba el in-

cienso de su admiración en el altar de todas las diosas.

Desiderata, Himiltruda, Hildegarda, Mathalgarda, Lwitgarda, Gherwinda, Regina y otras muchas mujeres francesas, alemanas, sajonas é italianas fueron el objeto de sus rendidos homenajes. Divorcios y concubinatos á granel regístranse en la vida de este héroe semi-civilizado y semi-bárbaro. Tomó el nombre de David como una divisa—tal vez como un programa—y fué guerrero como el rey de Israel, como él poeta, y también como él entusiasta por el bello sexo. Bajo este último aspecto, tuvo más semejanza con Salomón, rey sabio que hizo las mayores tonterías de la historia.

Su secretario, sobrino é historiador Eghinardo, le pinta al natural con estas sencillas palabras: "¡Le très sage Karle fut fort adonné aux femmes jusque dans sa vieillesse!"

II.

Al volver de una de las campañas contra los siempre vencidos y nunca subyugados sajones, estableció Carlos sus cuarteles de invierno en Aquisgram ó Agrisgrani, pue-

blo arruinado de romano origen, donde se había mecido su cuna.

Lleno de castos recuerdos latió ahí su corazón; y dando tregua á las bélicas faenas, tornóse romántico á la vista de aquellos sitios donde pasaron los primeros años de su vida. A pie y sin acompañamiento de cortesanos, recorrió varias veces las cercanías consagradas por sus tiernos y puros recuerdos, y meditaba y suspiraba pensando en aquella lejana niñez, prólogo de su gloriosa existencia.

Cierta ocasión, absorto en sus recuerdos, anduvo gran trecho lejos del pueblo; el cansancio le avisó que la carrera había sido larga, y quiso tomar reposo.

Al abrigo de una arboleda deshojada por el frío, distinguió una pobre choza, cuya puerta de par en par, parecía brindarle hospitalidad cariñosa. Entró por ella el César, y halló en el interior á una sencilla campesina que se ocupaba en humildes labores.

—Con tu permiso, niña—díjola el rey al entrar—he andado mucho y me siento fatigado. ¿Me permites descansar algunos momentos?

—Entrad, señor caballero—dijo la joven con dulzura—y reposad cuanto queráis.

—¿Qué haces?—preguntola el rey distraído.

—Preparo la colación de mi padre.

—¿Quién es tu padre?

—Soldado del rey.

—¿Y tu madre?

—Murió al darme á luz.

—¿Cómo te llamas?

—Adalinda.

—Hermoso nombre, á fe mía—repuso Carlos fijando en ella los ojos—y lo mereces, porque eres muy linda.

Ruborizóse intensamente al oírle la campesina.

El rey la devoró con la mirada. Tendría dieciocho años. La blancura alabastrina de su cutis tornábase del color de las rosas en las frescas mejillas; su boca roja y pequeña era nido de gracias y de sonrisas; y sus ojos de un azul purísimo, tenían la melancolía de los lagos germánicos.

Mientras duró la contemplación del rey, roja como una amapola, permaneció la doncella con los ojos bajos.

—Por la virgen María—exclamó al fin

Carlos—nunca he visto hermosura como la tuya. No debes vivir en humilde choza. Tus pies han sido hechos á hollar palacios, tus ojos á dictar leyes, tus manos á empuñar cetros.

Avezado por larga práctica á las conquistas de amor tanto como á las guerreras, mostraba el rey en aquellos momentos, aunque sentado en escabel rústico, la misma solemnidad que al presidir los concilios.

Adalinda sentía sin explicárselo la influencia dominadora de aquella majestad, y se replegaba sobre sí misma, dando creces á sus encantos la misma turbación.

¿Qué es la inocencia? ¿qué el rubor? ¿qué la pura timidez de los primeros años? ¿Es el sobresalto de la virtud ó el vago afán de las pasiones? Hay algo de celestialmente inexplicable en el aspecto de una virgen, cuando al contacto de una mirada, se estremece como si recibiera una descarga eléctrica. Si todas esas turbaciones son puras, ¿por qué no las respeta el hombre? ¿por qué no las venera desde lejos? Mas la timidez virginal funciona como cebo amoroso; y á medida que crece la turbación de la inocencia, aumenta la osadía del deseo.

Así el rey admiró más á Adalinda á compás de la turbación de ella; y sintió crecer su fuego con el espanto de la joven. También la influencia del gallardo monarca fué enseñoreándose poco á poco del espíritu de Adalinda. La prestancia de Carlos, su aspecto grandioso, el sello de superioridad y soberanía que resplandecía en su continente, dominaban su hermosa persona; mas su blancura marmórea, sus grandes y expresivos ojos, su barba sedosa y rubia, y su cabellera larga y blonda, daban gracia y quitaban severidad á su conjunto. Donde quiera que Carlos se mostrase, ora al frente de sus huestes, ora presidiendo las capitulares ó sentado en el trono, era siempre el rey, siempre el soberano.

La joven inexperta sentía más que nadie la influencia de aquel regio aspecto. Desde que vió entrar al rey en la choza, comprendió que aquel desconocido era un gran señor; una ojeada le bastó también para darse cuenta de que era un buen mozo. Así que la causa de su turbación era doble; provenía por una parte de su inocencia, mas por otra de la gallardía y de las discretas razones del huésped. Peritísimo era el rey en amorosas

empresas, seductora su palabra, como conjuro de mago é irresistible el timbre de su voz cariñosa. Adalinda le escuchó como quien oye blanda y desconocida música, sin comprenderle casi, pero hallando infinito placer en escucharle.

Seguro de sí mismo, Carlos fué ganando terreno en el corazón de Adalinda; hiciéronse sus frases á cada momento más persuasivas, y su voz más cadenciosa é irresistible. Dominada por aquella fascinación, la joven después de tímida lucha, dió muestras de dulce correspondencia en rápidas miradas, blandas sonrisas y suspiros entrecortados.

¿Era liviana? ¿Existía latente en su virgen naturaleza el germen de las inclinaciones aviesas? No; era pura. Había escuchado con desdén otras confesiones amorosas; nobles y pecheros habíanla requerido de amores sin lograr conmoverla. Pero ante Carlos, ¿quién podía resistir? Era el huracán soplando sobre débil caña; el torrente arrebatando la arena color de oro; el torbellino tronchando la flor y arrebatándola en sus espirales. La virtud y la resistencia femeninas suelen depender de las circunstancias;

tal vez Lucrecia no se hubiera suicidado, si Sexto Tarquino hubiese sido un buen mozo.

¡Felices las mujeres que sienten la superioridad del hombre de quien pueden ser legítimas compañeras! ¡Desdichadas las que son arrastradas por un amor que no puede bendecir el cielo!

Declinaba la tarde y se despidió Carlos prometiendo volver. Adalinda aceptó la oferta con tanta timidez como alegría.

—¿Sabes quien soy?—preguntóla Carlos.

—Un gran señor— dijo ella.

—El rey— concluyó éste al partir.

III.

El rostro de la mujer hermosa, según los griegos, tiene mucho de divino. ¿Qué cosa más encantadora puede concebirse? Ni la triunfal aurora, ni el sol poniente, ni la noche coronada de estrellas, ni el mar, espejo del cielo, ni el bosque, albergue de pájaros, ni el vergel cuajado de mariposas de doradas alas, producen en la mirada ni en el corazón la emoción profunda y el delirio dulcísimo que causan unos ojos rasgados, una

boca purpurina y una risa canora. No hay en la naturaleza espectáculo más hermoso que el de un rostro bello; ni hay grandeza ni gloria en el mundo como las del amor.

No luchó Carlos por combatir aquella tierna afición. Visitó á la campesina desde aquel día con asidua constancia, y á fuerza de finezas y de ruegos, logró vencer su resistencia. Así pasó el padre de la joven de simple soldado á jefe de elevada categoría, y Adalinda, saliendo de su humilde tugurio, fuese á habitar el palacio de Aquisgram en compañía de su regio amante.

Echaba el invierno á la sazón sobre la naturaleza su blanco sudario de muerte, y reinaba el silencio en los campos; pero en el corazón de Carlos y Adalinda todo sonreía, y brillaba el sol en su cenit. Así pasaron los días rápidos para ellos, consagrados á contemplarse y á quererse, sin sentir el curso de las horas, como si su mano dichosa hubiese descubierto el secreto de parar el reloj del tiempo.

La historia del amor, como la verdad, es siempre vieja y siempre nueva; sus idilios tienen la misma frescura que los primeros que se representaron bajo el manto azul de

los cielos. El amor es como la luz que todos los días nos alumbra y siempre nos encanta.

Pasó el invierno y el rey no se daba prisa á reanudar la campaña. Glorias militares, ambición, anhelos religiosos, todo lo olvidaba al lado de Adalinda. Los condes y barones de sus huestes le recordaron al fin sus deberes. Hasta entonces, como quien despierta de un sueño, publicó su bando de guerra y se dispuso al combate.

Lloraba Adalinda al verle partir, sintiendo que se le desgarraba el corazón. Carlos enjugaba sus lágrimas y le decía:

—Corta será mi ausencia; pronto volveré á tus brazos.

—¡Quién sabe!—repuso la joven.—Tal vez no tornaremos á vernos.

—¡Quién lo duda!—prosiguió el rey—Aun nos sonríe la vida con sus encantos, y no debemos pensar en la muerte.

—Partís para la guerra y mil peligros os aguardan.

—No temas: tu genio tutelar me salva de todos los riesgos.

—¡Quiera Dios volver á reunirnos!

—¡El lo haga!

—Hasta la vista, adorada Adalinda.

—Ansiosa os aguardo, rey y señor mío.

Así se separaron los amantes.

Desfilaron las huestes frente á la ventana de Adalinda. Las férreas armaduras y las picas bruñidas arrojaban vivos reflejos; agitábanse los penachos de plumas como campo cubierto de espigas; y asordaban el aire confusos y revueltos sonidos de choque de armas, piafar de caballos y marcha de peones monótona y acompasada.

Sonaban alegremente los clarines y redoblaban los atambores, y todo aquel ruido primero atronador, débil más tarde, fuese perdiendo á lo lejos, hasta que el pueblo de Aquisgram quedó sumido en profundo silencio.

—¡Ah! —dijo Adalinda al morir la última nota—algo me avisa que no volveré á verle.

Y llevándose la diestra al corazón, echose á llorar con desconsuelo.

IV

Estaban los sajones en gran parte quietos y sumisos. La Westfalia y la Ostfalia no salían de su silencio; pero en las playas del Mar del Norte, en los pantanos del Bajo–

Weser y del Bajo-Elba y en la belicosa Dinamarca, fermentaban las pasiones y todos corrían á las armas.

La presencia del héroe franco á la cabeza de su ejército bastó para que los rebeldes perdiesen sus bríos. La campaña se redujo á algunas escaramuzas, y fué coronada por un triunfo tan fácil como espléndido.

El rey, que siempre había sido humanitario y generoso, indignado esta vez por la rebeldía de los sajones, mostrose por todo extremo rigoroso. A la usanza de los conquistadores asiáticos que trasplantaban de una región á otra á los pueblos vencidos, cual si fuesen manadas de ovejas; como los reyes de Babilonia arrancaron de Palestina á los Israelitas y los de Persia á los Griegos del Asia Menor; así Carlomagno arrancó á los pueblos de Wignodia, del Holstein y de Rosogaw, de su tierra natal, y los transportó á suelo distante. Exterminó numerosos vencidos, trasladó á los habitantes de las riberas del Elba con sus mujeres é hijos á la Galia y la Germania, y dió su país á los obotritas. El rey de Dinamarca, aunque avanzó con su flota y su caballería

hasta la última aldea de la península, no se atrevió á socorrer á los vencidos.

La heroica Sajonia acababa de dar el último suspiro. Los pocos de sus hijos que quedaron en su suelo, cautivos y perseguidos por los beneficiarios franco-germanos, fueron extranjeros en su patria y perdieron los derechos de herencia y propiedad por la violación del juramento de vasallaje.

Poderosamente contribuyó á que el rey desplegase rigor tan desusado, el deseo que tenía de concluir para siempre aquella lucha tan larga y repetida, á fin de volver á los brazos de su amada.

Y tornó el rey á Austrasia con el corazón lleno de alegría.

Entró victorioso por las calles de Aquisgram, y aunque el lugar era humilde y despoblado, parecióle que nunca marcha triunfal había sido más espléndida. Arcos de triunfo, lluvias de flores, músicas alegres, vítores atronadores, toda esa pompa deslumbrante de la victoria, aparecía pálida á sus ojos, ante la dulce esperanza de obtener una mirada de admiración y una sonrisa de amor de los labios de Adalinda.

Sólo el amor sabe premiar cumplidamen-

te los grandes hechos. Cuanto hacen el guerrero, el sabio, el poeta con afanes, estudios y ensueños; todos los laureles que conquistan en cualquier lucha, los quieren sólo para arrojarlos á las plantas de la hermosura. Una mirada tierna de la mujer querida es la luz más gloriosa que puede iluminar la frente del héroe ó del genio. El amor es un triunfo más codiciado que las ovaciones de la Vía Sacra ó del Capitolio. La mujer espera, recojida en sus hogares, y lucha en tanto el hombre en medio de mortales riesgos; y al regresar victorioso de sus empresas, ofrécela arrodillado los despojos ópimos que ganó en el combate.

Pero Carlos no vió á Adalinda asomada á la ventana; la mirada del amor no iluminó su triunfo.

Con el corazón traspasado por dolorosos presentimientos, corrió á su hogar desolado, ansioso por estrechar entre sus brazos á aquella niña hermosa, la más amada de cuantas mujeres había querido.

Adalinda yacía en el lecho del dolor. La ausencia, los temores que le inspiró la suerte de Carlos, acaso el mismo fuego de su amor, habían consumido sus fuerzas en el

transcurso de unos cuantos meses. Bella parecía aún, más bella que nunca; pero su belleza no era ya de este mundo. Era una hermosura inmaterial, como la de los ángeles incorpóreos.

—Vuelvo á veros—dijo á Carlos—y me parece mentira. Creía morir durante vuestra ausencia. ¡Cuánto tiempo os he aguardado, y con cuánto afán! Sólo el deseo de gozar esta dicha, ha podido mantenerme la vida. Ahora muero dichosa. ¡Adiós! ¡No me olvidéis!

Así dijo, y estrechando convulsivamente la mano de Carlos, expiró con dulce quietud.

V

El dolor del rey fué inmenso. ¿Qué le importaban triunfos, gloria, imperio, ni cuantas grandezas poseía? Solo se hallaba con su dolor, y el vano fausto que le rodeaba, no podía mitigar en lo más mínimo su pesadumbre. Todo lo olvidó en aquellos momentos supremos, y abrazado al cadáver de Adalinda, llamábala con los nombres más dulces, le prodigaba insensatas caricias y

bañaba aquel rostro marchito y aquellas manos heladas, con sus calientes lágrimas.

Así pasó un día y otro sin que el rey se apartase de aquel cuerpo inerte. Los cortesanos comenzaron á temer por la vida del monarca.

Llamado por los nobles que rodeaban á Carlos, vino Alcuino, el sacerdote más sabio de su tiempo, el amigo predilecto del monarca, y en vano trató de arrancar á su señor del lado del cadáver, que comenzaba á exhalar emanaciones pestilentes.

En aquel trance difícil, reunió Alcuino un capítulo, formado por obispos y abades, y el concilio, después de discusiones acaloradas, resolvió que Carlos era víctima de un hechizo, pues ni en el carácter del gran rey, ni en su circunspección y rango, cabían naturalmente aquel exceso de dolor, ni aquella obstinación en abrazar á una muerta.

Y así fué que, aprovechando un instante en que el rey, rendido por la fatiga y el sufrimiento, quedóse sumido en profundo sopor, procedióse al exámen del cadáver, buscando en él algún amuleto ó signo por donde pudiese conocerse el hechizo. Inútil llegó á parecer la tarea, pues nada sospecho-

so pudo hallarse en aquel cuerpo; mas cuando ya se removía el monarca próximo á despertar, tuvo Alcuino la salvadora inspiración de examinar la boca de Adalinda. Luego se vió, debajo de la lengua aterida, una gran perla del oriente más hermoso. Extraido el amuleto, los obispos y abades salieron del aposento, y dejaron nuevamente á solas al rey con el cadáver, esperando que la sustracción produjese los resultados que presumían.

Y sucedió, en efecto, que al despertar el rey, entró en razón, y convino, como quien sale de una pesadilla, en separarse de Adalinda, y en que fuese devuelto el cadáver á la madre tierra.

Entretanto, Alcuino, los abades y los obispos, deseando destruir la virtud mágica del sortilegio, arrojaron la perla en un pantano que se hallaba á la orilla del pueblo.

Extraño suceso. En el instante en que se hundió la perla en el cieno, llegó Carlos llorando, y dijo que aquel lugar era sagrado, y que allí quería que fuese Adalinda sepultada.

Preciso fué ejecutar su voluntad.

—Aquí me edificaré un palacio—dijo Car-

los - desde donde daré leyes al occidente; aquí levantaré un templo suntuoso, que será la admiración de las generaciones venideras. Aquí viviré, aquí moriré, y mi cuerpo reposará al lado de esa mujer á quien amé tanto.

Y como por ensalmo, del fondo de los bosques de Austrasia, se elevaron en un momento un gran palacio y una basílica monumental.

Las sumisas Roma y Rávena dieron mármoles y mosaicos para aquellos edificios y una nube de operarios trabajó noche y día en la construcción de ambas obras, dignas de Córdoba y Bizancio.

¿Quién podría fijar el verdadero origen de los hechos y de las cosas? Las explicaciones pomposas que de ellos se dan á las veces, suelen ser gratuitas y falsas. Causas íntimas, y á veces pequeñas, dan nacimiento á hazañas y monumentos. Así, el amor es el origen de la imperial Aix-la-Chapelle.

VI.

Pasaron los años y Carlomagno volvió á amar y á ser amado; pero su corazón no latió ya como en aquellos hermosos días, en

que su alma se embriagó con el perfume del breve amor de Adalinda. En el fondo de su corazón se conservó imborrable la imagen de aquella joven bellísima, cuyo cariño brilló para su alma como el fuego de un relámpago deslumbrador.

Al lado de la historia del corazón, se agrupan los episodios del capricho; pero estos vanos incidentes, no son mas que irradiaciones de un solo sentimiento, como en torno de la flor brotan y se colocan los pétalos matizados. Siente el hombre hasta la tumba la necesidad de amar; pero una sola alma es la que entiende el lenguaje de la nuestra, porque Dios formó los espíritus por pares amorosos.

Al fin, Carlomagno, cargado de años y de gloria, murió en Aix-la-Chapelle, murmurando el nombre de Adalinda.

Su cuerpo, solemnemente embalsamado y revestido con las insignias imperiales, fué inhumado en la basílica que él había construido. Bajo la obscura bóveda sepulcral, fué colocado en silla de oro, con la invicta espada al lado, con el Evangelio entre las manos, y alta la frente y ceñida de dorada diadema, donde se veían incrustaciones de ma-

dera de la cruz del Salvador. Impregnóse de aromas el sepulcro. Delante del asiento, sobre reluciente bandeja, fueron puestos el cetro de oro, dominador del vasto imperio occidental, y el aureo escudo bendito por el papa León.

Sobre la tumba cerrada y sellada, levantóse un monumento fúnebre, coronado con la imagen del soberano y señalado con esta inscripción:

"Bajo esta tumba yace el cuerpo de Carlos, grande y ortodoxo emperador, que engrandeció gloriosamente el reino de los Francos, y lo gobernó felizmente durante cuarenta y siete años. Nadie podrá decir cuántas quejas y cuánto duelo hubo á causa de él en toda la tierra; aun los paganos mismos le lloraron como al padre del mundo."

Las palabras de Carlomagno fueron así cumplidas al pie de la letra; pues desde la muerte de Adalinda, vivió el gran rey en Aix, allí murió y sus cenizas fueron depositadas en el mismo lugar donde había sido inhumado el cuerpo de aquella mujer adorada.

EL ARPA.



I

VAGABAN perdidas las miradas de la princesa Olga por el lejano horizonte, donde la curva turquí obscura del Mediterráneo se confundía esfumada con el azul del cielo. A través de los cristales de su aposento, mirábanse más indecisas y misteriosas las serenas inmensidades del mar y del cielo, y aun el espíritu menos soñador—cuanto más el de la princesa, naturalmente contemplativo y romántico—hubiérase quedado absorto ante espectáculo tan hermoso é ideal. El sol meridiano vertía luz radiosa sobre aquel cuadro llenándole de fuertes tonos, espléndidos cambiantes, irisados reflejos y aureolas luminosas, como si quisiera proclamar que la risueña Parthénope es ahora, como en tiempo de la

Magna Grecia, su ciudad predilecta, teatro de sus esplendores y objeto de sus férvidas caricias. El hemiciclo de la costa parecía ceñir las aguas con abrazo amoroso; levantábase á lo lejos el Vesubio, sacudiendo al viento su penacho de humo, como un inmenso incensario encendido en honor del Altísimo; risueñas islas manchaban acá y allá el limpio espejo de las aguas; y las olas de zafir, corriendo hacia la playa, semejaban rebaño de ovejas alborozadas en anchísima llanura.

A la vista de aquel cuadro, sumiase Olga en éxtasis á cada momento más profundo, dejando escapar á las veces de su pecho hondos suspiros, que traducían el sabroso ensimismamiento y los goces latentes de su ánimo. Era la princesa rusa de nacimiento, y había venido á Nápoles en busca de luz y alegría, que no hallaba en las orillas del Neva, donde se alza San Petersburgo como soberbia fortaleza erigida en sitio estratégico, y no cual nido de amores y venturas, como las ciudades meridionales. Oculto afán angustiábala el pecho desde que llegó á la adolescencia; deseo vago de un objeto indeciso que no sabía donde buscarle, si

bien entre el bullicio del mundo y á través de los rientes esplendores de la civilización y de la vida, ó bien en la soledad misteriosa, donde no hay ruido que turbe el recogimiento del espíritu, y puede desplegar las alas con mayor libertad el pensamiento: presentimiento arcano de un suceso indefinible, que no sabía ni adivinaba si habría de quedar en la categoría de un ensueño, de un delirio vano, de una alucinación sin substancia, ó si habría de corresponder alguna vez á un hecho práctico, que trajera y mandara delante de sí, á manera de batidores regios, esperanzas espléndidas, ilusiones risueñas y sabrosísimas y recónditas emociones.

Frisaba en los veinte años la princesa, y era blanca y pálida como todas las soñadoras. Sus negros y rasgados ojos parecían un tanto apagados, como si dirigiesen sus miradas hacia adentro, como si sus rayos fuesen absorbidos por horizontes internos á cuya contemplación consagrasen toda su fuerza visual. En su frente limpia y tersa dibujábase grabada una preocupación constante; y su pequeña boca, que se entreabría para aspirar con ansiedad los soplos del am-

biente, parecía contraída por un sentimiento de angustia ó de impaciencia perpetuas.

Bella era la joven por su abundante y negra cabellera, tan obscura como el ala del cuervo; por su diáfana tez alabastrina, á través de la que parecía dibujarse el incesante curso de la sangre nacarada; por su gallardo cuerpo, que hubiera inspirado á Grecia una nueva estatua; por su andar rítmico y ondulado como el de las bayaderas de los templos índicos; por su voz dulce y acordada, cual suave cántico que penetra el corazón, enciende la fantasía y suelta el ala á las ilusiones y á los suspiros. Pero más bella era todavía por las trasparencias de su alma, que irradiaba con luz purísima y misteriosa á través de la divina hermosura de su cuerpo. Había cielos ilimitados en su mirada, ternura inefable en su sonrisa, inflexiones dulcísimas en su acento de ruiseñor; y todos estos encantos y perfecciones sentíanse venir de muy adentro, de más allá de los focos nerviosos y virtudes recónditas del organismo; de un centro incógnito de pureza y dulzura, de bondad y armonía, que era el verdadero ser de Olga, que se disfrazaba bajo formas tan acabadas, y que se

hacía adorar de hinojos, por cuantos nobles corazones la cercaban.

Sumida en su arrebamiento, había echado de ver apenas los ardientes homenajes de que era objeto. Había visto á sus plantas nobles y plebeyos, ancianos y jóvenes, pobres y ricos, que le pedían una mirada con voces suplicantes y enclavijadas manos; y apenas había reparado en aquella turba de adoradores, como si fuese mera espectadora de sus propios triunfos. Ni su vanidad de mujer tan susceptible entre las bellas, ni menos aún su corazón, habíanse sentido conmovidos por aquellas victorias. Ni una sonrisa de satisfacción había arrancado á sus labios esa turba de esclavos que besaba sus huellas, ni una sola emoción habían despertado en su pecho tantos y tan ardientes ruegos; parecía insensible, parecía belleza escultural modelada en blanco y frío mármol; hubiérase dicho que carecía de entrañas, y que había venido á este mundo á sembrar la desesperación con sus encantos, como azote hermosísimo esgrimido contra los hombres por la mano de un dios colérico. Nadie sabía que en el fondo de aquella alma recogida y muda, latía un ideal

escondido, al cual se tributaba diario y constante culto de pensamientos y deseos, de ilusiones y esperanzas; todos ignoraban que había en aquella diosa un corazón, y en aquel corazón el germen de una hoguera que solo esperaba para encenderse, el contacto de otra alma simpática, el eco de una voz soñada que hiciese vibrar la fibra ardiente y deliciosa del amor.

Y así pasaban las horas, y los años, sin que se presentase el mensajero ideal, sin que bajase de la bóveda radiosa el ángel que plegando las alas y apartando de la faz hermosísima la luenga cabellera, murmurase con voz melodiosa:

—¡Soy yo! ¡conóceme!

II

Vibró de pronto un acento dulcísimo que hizo estremecer á la princesa, y la sacó de los limbos donde se hallaba sumergida. Era la voz de un arpa que sonaba en la calle; pero con tal arte tañida, que antojábase sobrehumana, como desconocido instrumento construido y registrado por la mano de un artista divino.

—¡Hola!—dijo Olga irguiendo el opulento talle.—¿Quién tañe el arpa?

—Un músico ambulante—contestó la camarera.

—Llámale, quiero oirle. Dile que sabré recompensarle liberalmente.

No tardó en aparecer el artista. Era un adolescente, vestido á la usanza del pueblo napolitano: con calzón obscuro, medias blancas atadas por espirales de cintas rojas, burdo calzado, chaleco negro y camisa abierta por el cuello hasta la base de la garganta. De estatura mediana, moreno, esbelto al par que robusto, con el color de la salud pintado en las mejillas, ojos grandes y negros sombreados por largas pestañas, boca sonriente, naciente bozo y profusísima y rizada cabellera; era un joven hermoso, de esos que sólo nacen en las playas mediterráneas, á la sombra de los limoneros de Sorrento ó al amor de las auras paganas que agitan las olas del golfo de Bayas y repiten los cánticos antiguos de Puteolos.

Llevaba á cuestas el arpa, como los trovadores su laúd en la Edad Media. Saludó cortesmente y puso en tierra el instrumento

Era el arpa grande y hermosa, y tan al-

ta, que puesto en pie su dueño, llegábale hasta el cuello. Desde aquella elevación descendía en forma graciosa, dejando en su triángulo interno espacio amplio para un tupido y variado cordaje, que comenzando en fibras fuertes y gruesas, terminaba en filamentos sonoros de extremada finura y sutileza. Ostentábase cuidadosamente dorada por su parte externa, como si fuese de oro purísimo, y los rayos de la luz, quebrándose en sus aristas, lanzaban en derredor reflejos metálicos, como si tuviese luces interiores. Figuraba la caja, graciosa concha marina, y la columna que servía de sostén á la hipotenusa del triángulo, era esbelta y elegante, y remataba en gracioso capitel corintio de labores bellísimas. Era una verdadera obra de arte, y aun sin producir sonido alguno, habría podido servir como preciado ornamento hasta en una sala regia.

No perdió la princesa detalle alguno de los descritos, y aun percibió otros que omitimos por no pecar de prolijos; pareciéndole, á través de las alucinaciones de su mente, que aquella arpa era sobrenatural, y que jamás se había visto otra que la igualase. Cegábanla los reflejos que partían de su

superficie, figurándosele misteriosos resplandores, y hasta llegó á antojársele que todo el cuadro que tenía delante, arpa y arpista, hallábase encerrado en cerco luminoso.

Sacudió el músico la negra cabellera para apartar los rizos que caían sobre su frente, extendió las manos con ademán casi sagrado, y comenzó á preludiar una extraña armonía. Mostraba en tanto en el rostro la grave y seria expresión propia de un acto solemne, y elevábase al espacio su mirada absorta, como si leyese en el éter las notas que arrancaba á su instrumento. Había sonidos inesperados en aquella caja deslumbradora. Lanzaban las cuerdas mayores, al ser heridas por las manos del arpista, roncas y poderosas vibraciones, que casi infundían pavor; en tanto que las menores producían notas brillantes y argentinas, que despertaban en el corazón afectos plácidos y risueños Era extensísimo el registro de aquel cordaje; parecían caber dentro de él todos los tonos y todas las gamas que puede percibir el oído del hombre, y aun pensó la princesa que algunos de los sonidos que escuchaba, jamás los había percibido, ni en instrumen-

to músico, ni en canto humano, ni en gorgeo de ave canora.

Recorrió el joven varias veces la amplia extensión cromática de su arpa, desde los tonos más graves hasta los más agudos, como si quisiese preparar el corazón de la princesa á emociones intensas, hiriéndola por vía de prólogo, todas las fibras del pecho. Después de estas violentas sacudidas semejantes á golpes eléctricos, dió principio á la ejecución, tañendo con vibraciones sostenidas las cuerdas graves, y entremezclando con sus acordes, una vez ú otra, algunos regocijados arpegios; á manera de blanda cítara tañida en noche tempestuosa, ó de alegres esperanzas rompiendo, como rayos de sol, la tristeza de un alma atribulada.

Escuchaba Olga con religioso recogimiento aquella música, que resonaba en sus oídos, ora como súplica, ora como llanto, ora como cántico triunfal; y que parecía remedar lucha llena de vicisitudes, riesgos y sollozos, como es la vida humana, y como lo son especialmente algunas vidas, que traen á este mundo la misión de las infinitas batallas. ¿No era este el porvenir que la estaba reservado? Saldría de los limbos de su espec-

tación para entrar en las lides de la existencia, donde sostendría porfiadas contiendas con suerte varia y recibiendo no pocas ni leves heridas. ¿Y el resultado de tan grandes borrascas y de penas tan hondas? Díjolo también el arpa cayendo en una especie de profundidad afónica, donde parecían dilatarse espesísimas sombras, que se condensaban en notas bajas, sostenidas y sordas. Escuchábanse aquellos tañidos lúgubres, como si viniesen de lejos; remedaban viento de tumbas rozando las cuerdas del instrumento. Súbito, destruyendo aquella languidez, rompieron nuevamente las notas en torrentes de júbilo, como el hosanna de un espíritu que se elevara cantando por los aires, rodeado de esplendores y entonando himnos victoriosos.

Fascinada la princesa, perdió la conciencia de la realidad y entró en el mundo del ensueño, de un ensueño dulce y sutil, que se apoderó de sus potencias, como embriaguez de elíxir oriental, criador de visiones deslumbrantes y deleitosas historias. Había en el fondo de su cerebro un resorte arcano que, una vez puesto en vibración, abría la puerta á un mundo misterioso de

fantasmas que vivían en su mente con vida ignorada, y que formaban el horizonte interno donde moraban sus pensamientos. Nunca había vibrado en su interior aquel impulso, ni se había sentido transportada tan plenamente al mundo de sus ensueños, como en aquellos instantes en que, absorta en sus imaginaciones íntimas, solo miraba los cuadros de sus éxtasis.

Así fué como le pareció aquel músico un ser extraordinario; y cómo, á través de las ondas sonoras, miraba destacarse la figura del mancebo, cual la de un enviado celeste. En la luz de su grandes ojos sentía que se abrasaba, como mariposa enamorada de la llama; y miraba los rayos del sol reflejarse en aquella frente, como una aureola sobrenatural. Momento hubo en que, fuera de sí, tendiese las manos al artista, como si hubiese querido estrecharle contra el pecho, mientras este la miraba con ojos que la fascinaban, y que parecían hacerla confidencias.

—Conóceme—semejaba decirla—yo soy el que esperabas. Mi espíritu es el compañero del tuyo, el que creó Dios para que te amara y fuera amado por tí. Estoy disfraza-

do bajo la apariencia de un desvalido; pero soy el que viene á cumplir tus anhelos, á decirte la palabra del enigma, á darte la plenitud del goce y de la felicidad de la tierra. En mis ojos, en el lenguaje de mi alma que traducen los tañidos de mi arpa, me reconoces. Ya me sonríes, ya me amas, ya me tiendes los brazos...........

Y en efecto, la princesa parecía llamarle á sí con el anhelo de la mirada, con el gesto, con la sonrisa. Y sin saber lo que se hacía, murmuró en voz alta:

—¡Oh! ¡te esperaba!......

El eco de su propio acento hízola volver á la realidad.

—Ha sido un sueño—dijo pasándose la mano por la frente—estoy loca.

—Y luego prosiguió en voz alta:

—¿Cómo te llamas?

—David, contestó el bohemio con voz de un timbre especial, que hizo estremecer á la princesa.

—Tañes el arpa con primor. Ven todos los días á alegrar mis tristezas.

—Así lo haré, poderosa señora.

—Toma—prosiguió la joven ofreciendo una moneda de oro al arpista.

—Señora—repuso el joven con gravedad, sin tocar la moneda—las notas de mi arpa no han sido inspiradas por el interés, sino por vuestra belleza.

Y echándose el arpa á la espalda salió del aposento.

III

Tornó David al siguiente día á tañer su instrumento al pie de los balcones de la noble señora, y palpitábale el pecho y temblábale la mano al herir las cuerdas, recordando la bellísima faz, la deliciosa sonrisa y el dulce mirar de la princesa.

Mas en vano les arrancó torrentes de armonía; en vano hablaron las cuerdas el lenguaje de la súplica, del amor, de la tristeza. Permanecieron cerrados los cristales; no apareció la mano blanca que los entreabriese para dar libre acceso á las notas ó para llamarle. Cansado de esperar echóse á cuestas el instrumento, y alejóse de la *estrada*.

Pero volvió el día inmediato, y el otro, y todos los días á tañer el arpa en aquél sitio, dando mil quejas al viento, rogando

con pasión y con lágrimas, y haciendo prodigios de arte que obligaban á los transeuntes á suspender su curso para oirle. Empero los balcones nunca se abrieron; y creyó al fin David, después de varios días de inútil espera, que la bellísima dama, superficial y veleidosa, había aplaudido su música sólo por fantasía y capricho de gran señora, pero sin sentirla ni comprenderla, como él había llegado á formarse la ilusión de que la había sentido y comprendido.

Mas no era así con todo. Pasado el rapto extático, y libre ya de la alucinación producida por los mágicos acordes del bohemio, pensó Olga friamente en lo que había pasado, y le pareció extravagante. Era soñadora, pero pertenecía á la clase nobiliaria, y tenía las preocupaciones de raza y de familia que le habían sido imbuidas desde la cuna. Así que se propuso cortar el mal de raíz, no volviendo á llamar á su presencia á aquel joven obscuro. Aunque escuchaba diariamente las notas del arpa, y hasta miraba al tañedor por detrás de los visillos, no daba señales de enterase de la música. Y siguió arrastrando la vida y esperando el advenimiento de quién sabe qué ser misterioso y presentido.

Y llegó á Nápoles por aquellos días el gran duque finlandés Vladimir, joven apuesto, lujosísimo, lleno de gracias cortesanas y de habilidades viriles, que danzaba con tanto primor como montaba y enfrenaba un potro brioso; y que así lucía ante las damas su florido ingenio y garbo caballeresco, como cercenaba miembros con la corva espada en lo más recio de las lides. Acompañado de brillante séquito, desplegando opulencia deslumbradora, presentóse en la risueña Parthénope, dando mucho que decir á los periódicos, que envidiar á los hombres, y que soñar y suspirar á las damas.

Sintióse Olga subyugada por tanta brillantez, y creyó ser amor acendrado lo que sentía hacia el gran duque, aunque no era en verdad mas que deslumbramiento y admiración; y dejándose cojer en la espléndida red que le tendió el noble personaje, unió su suerte á la del príncipe, y le dió la mano de esposa al pie de los altares.

Nada supo de ello David, porque á sus oidos no llegaban los ecos del gran mundo; pero una tarde que caminaba por las revueltas callejas del jardín de Chiaia con el arpa á la espalda, oyó el ruido de un carruaje

que pasaba velozmente, y volvió instint mente la cabeza. Era un landó descubierto, tirado por briosos y hermosísimos frisones y ocupado por un caballero y una dama. Era hermoso el caballero: rubio, blanco, con ojos azules y grandes mostachos militares, cuyas puntas le subían hacia los ojos; vestía chaqueta azul bordada de oro, y llevaba en la cabeza un redondo gorro de pieles tumbado hacia la oreja derecha con gallardía. La dama, radiante de belleza, vestida con brillantes atavíos, y cuajada de riquísima pedrería, era la princesa Olga. Cruzó el coche la estrada en un momento, alejóse con prontitud y se perdió en distante encrucijada; pero David permaneció largo rato como clavado en aquel sitio, deslumbrado y con el alma oprimida por cruelísima congoja.

—A fe mía, hacen buena pareja los recién casados—dijo un transeunte.

—Ambos son hermosos—repuso otro.

—El gran duque Vladimir es más apuesto—murmuró una voz de mujer.

—Eso no—saltó la de un hombre—la princesa Olga es una maravilla superior á cuanto ha creado Dios.

Sintió el mísero arpista penetrar en su

corazón un frío doloroso, cuya explicación no pudo darse; arrimose á un árbol para no caer, y dos gruesas y brillantes lágrimas resbalaron temblando por sus mejillas. Sacudió luego la cabeza, como si tratase de disipar pensamientos dolorosos, y prosiguió el camino al acaso, sin saber á donde ir, ni qué hacer. Desde entonces no volvieron las cuerdas de su arpa á despedir notas alegres; sino dolientes y tristes, como sollozos. Y la robustez y rosagancia del mancebo fueron menguando, como si un mal interno minara su naturaleza.

No de otro modo el árbol, cuando se siente bañado por la corriente donde retrata su follaje, crece lleno de vida, extiende sus ramas y sirve de abrigo á las aves parleras que cantan á la naturaleza; pero cuando la linfa deja de bañar sus raíces, inclínase hacia la tierra, despójase de su verdura y no es ya visitado por los alados cantores de la luz y de los campos.

IV

Empero ¿qué arcanos oculta el corazón?; ¿quién puede conocer sus ansias?; ¿qué pensamiento alcanza á penetrar sus abismos?

Olga no era dichosa. Unida con lazo eterno al príncipe más hermoso, rico, venturoso y celebrado del imperio moscovita; habitando alcázares espléndidos en San Petersburgo, donde brillaban unidas la molicie oriental y la elegancia europea (palacios bizantinos que hubieran envidiado Eudoxia ó Teodora); ceñida de sedas y ricas pieles; con diademas de piedras preciosas en la cabeza y collares de gruesas perlas en la garganta; festejada, adulada, llevada en triunfo por donde quiera: sentía en el corazón un grande, un inmenso vacío, que nada podía llenar. Parecíala que se había frustrado su destino, que se había extraviado su senda, que todo cuanto la rodeaba le era extraño, y que estaba hecho para que lo gozaran otros sentidos, otra vocación, otra vanidad, y no los suyos. Y suspiraba en medio de tanto fausto, con la desolación de un náufrago en isla desierta, cuando habiendo zozobrado la nave en que caminaba hacia playas espléndidas, se halla solo en la extensión infinita, sin una mano cariñosa que le ampare, ni una voz amiga que dé respuesta á sus quejas.

Y era que el gran duque Vladimir, aunque brillante y hermoso, era un espíritu

vulgar, sin alas para cruzar el espacio, sin afanes que le impulsaran á soñar, sin afectos profundos que diesen llama viva á sus ojos y arrebato á su palabra. Era un gran señor, bien hallado con su posición y ufano con sus triunfos, que se sentía feliz con las venturas que gozaba, y que no hubiera deseado más, por límite de sus ambiciones, que vivir dos ó tres siglos, siempre joven, rico y festejado. Los saraos, los teatros, la caza, los hermosos corceles, los trajes espléndidos formaban su delicia; y cuando salía de su palacio bien ungido de esencias, bien hecha la raya del peinado y vestido á la última moda, sentíase orgulloso de sí mismo, y respiraba con la fruición de un mortal satisfecho. No era así ciertamente como se lo había figurado la princesa. Había hecho de él un dechado de perfecciones, y cuando fué conociendo gradualmente la escasa elevación y la insignificancia de su ser moral, cayó en profunda tristeza, y entregóse á la soledad con el afán propio de su carácter, negándose á participar de las aplaudidas fiestas de la ciudad imperial. Instábala al principio Vladimir á que sacudiese la pereza y le acompañase en sus brillantes correrías

por teatros y salones, y aun pretendió quedarse en casa y hacer vida retraída para acompañarla en su voluntario apartamiento; pero tan difícil era que Olga tornase á los festejos de la corte, como que Vladimir se aviniese á la constante clausura del hogar; así que tras breve lucha y frustrados esfuerzos por conservar la unión, dióse por vencido el gran duque, y transigiendo con el humor melancólico de su esposa, dejóla sumida en sus meditaciones en el fondo del alcázar, y continuó su vida de placeres y pasatiempos, como si no estuviese ligado á mujer tan hermosa por el vínculo del matrimonio.

Así se llevó á efecto el divorcio moral de los jóvenes. Naturalezas incompatibles, no habían nacido para unirse. La aberración de su fantasía habíales llevado á los altares; pero caída la venda de los ojos, comprendieron su error, y cayeron en cuenta de que no habían nacido el uno para el otro. U Olga debía ser más frívola, ó más soñador Vladimir; y como ambos acomodamientos eran imposibles, quedóse cada cual en su puesto, mutuamente disgustados de su compañía, y deplorando en lo íntimo del corazón haber ligado con eterno lazo sus dis-

cordes existencias. ¡Lúgubre situación la de dos almas que se sienten unidas con cadena pesadísima de hierro, y que lloran sus destinos frustrados, maldiciendo la senda que tienen que cruzar juntos, la interminable donde se proyecta su negra silueta de forzados!

Así era la vida del gran duque y de su esposa. Volaba demasiado el espíritu de ésta; arrastrábase demasiado el espíritu de aquél: era la unión del águila y de la tortuga. Estaban unidos, no casados; vivían yuxtapuestos, no identificados; y su armonía era tan imposible como la del acento del ruiseñor y el graznido del cuervo.

V.

Una fría mañana del mes de Enero, hallábase Olga sentada al balcón detrás de los cristales, mirando caer los copos de la nieve. Cruda era la estación. Las aguas del Neva habían parado su curso, tornándose como de mármol. Sobre ellas pasaban peatones, coches y caballos. Cubiertos los campos con blanco sudario, parecían encerrar el cadá-

ver de la naturaleza; los árboles sin follaje, tendían al cielo los brazos como en demanda de auxilio; las aves no cantaban ni cruzaban el espacio. El cielo, la tierra, el aire, todo era desolación, silencio y tristeza.

Así estaba también el alma de la joven. Muerta la luz de sus ilusiones, enmudecida la voz de sus esperanzas, extinguido el fuego de su corazón, no pensaba ya en el porvenir, ni comprendía la existencia, ni tenía norte que guiara sus pasos. Por fortuna era víctima del mal de Chopin; estaba desahuciada por la ciencia y eran contados los instantes de su vida.

—Gran redentora, pensaba con alegría invocando á la muerte; de tí lo espero todo. El mundo está vacío, no es la urna henchida de perfumes que quise aspirar con delicia; es un cementerio donde reina el silencio. Voy por un camino obscuro, donde no tendrán remedio mis penas. Sólo tú que rompes todo yugo y cortas toda ligadura, me librarás de este prolongado tormento. ¡Ven á darme el ósculo de la eterna paz y del éxtasis perpetuo!

Así pensaba Olga recordando los días mejores en que esperó ver surgir en su ca-

mino un ser espléndido, que llenara de luz y alegría todos los rincones de su corazón, todos los arcanos de su alma. Y sin saber cómo ni por qué proceso misterioso de las ideas, recordó los días venturosos que pasó en Nápoles, y tornó á ver aquel golfo turquí obscuro, rizado por la brisa; y las islas que le exornan, como sarta de brillante pedrería; y los montes que le circundan, con sus aldeas en las faldas, como nidos de palomas; y su eterno penacho de humo, que se agita sacudido en níveas ondas al soplo del viento. Y pensó en el músico desconocido que supo traducir fielmente el estado de su alma, aquella mañana radiosa en que se abismaban sus miradas en la etérea lontananza donde se tocan y confunden las líneas azules de las aguas y el cielo mediterráneos. Al influjo de estos recuerdos é imágenes, se estremeció pensando cuánto había cambiado desde entonces su destino; pues en tanto que por aquel tiempo esperaba y podía esperar, ahora no esperaba ya, ni tenía derecho á la esperanza.

De pronto oyó un tañido de cuerdas en la calle. Era el registro de un arpa, que rompía el silencio de la ciudad con sus no-

tas argentinas. Aplicó el oído, y escuchó aquella música con la intensa delicia con que se oye la voz de una persona amiga, y acercando el rostro á los cristales, vió á David que tañía su instrumento frente al palacio, como lo hiciera en Nápoles al pie de sus balcones. Y antes de pensar lo que hacía, abrió los cristales sin temor á la nieve, y gritó desde lo alto:

—¡Sube, amigo mío; has tardado mucho!

Y subió en efecto el arpista, como lo hiciera en otro tiempo á la orilla del golfo parthenopeo, y saludando á la noble dama, dispúsose á pulsar el misterioso cordaje.

Harto deteriorada estaba ya el arpa. Amortiguada la brillantez del oro, lastimada en diversos puntos y lugares por choques fortuitos con objetos resistentes, aparecía opaca y descolorida, perdida su antigua hermosura; era un resto lastimoso de lo que había sido en mejores días. Su dueño no parecía más bien tratado por el tiempo: lívido y con los ojos hundidos, era como la sombra de sí mismo.

Miró la princesa el triste cuadro con desconsuelo, y suspiró amargamente, pensando que ella tampoco tenía lozano aspecto. Gas-

tada por dentro y por fuera, apenas podía tenerse en pie; su vitalidad se había refugiado en el cerebro, y el fuego de su fantasía la devoraba, como el carbón se consume en fuerza de ser brasa.

—¿Qué haces por acá?—preguntó la princesa al pobre músico. ¿Por qué has dejado tu bendita tierra de luz, de color y de poesía, por estas ingratas comarcas donde reinan el hielo y la tristeza?

—Os buscaba, señora. He cruzado á pie y descalzo la Europa, con el anhelo de veros.

—Penoso debe haber sido el viaje—articuló la princesa sin sorprenderse por lo que oía.

—Así lo ha sido.

—Más largo, más triste y más penoso que el tuyo ha sido el mío. ¡Pluguiera al cielo que mis penas hubiesen sido como las tuyas!

—¿Sois desgraciada?

No pudo contestar la princesa. Anudósele la voz en la garganta y ríos de lágrimas brotaron de sus ojos.

....

Aunque roto y desvencijado, el poderoso instrumento no había perdido sus vibraciones de antaño. La misma resonancia, el

mismo encanto incomparable de otros días conservaban sus cuerdas; y ahora como entonces, sabían penetrar sus notas muy hondamente en el corazón, como saetas y harpones vibrados por divinas manos.

Sacudieron las del bohemio aquel mundo de dormidas armonías, y á su conjuro despertáronse cantando, como nidada de pájaros puesta en movimiento por los rayos del sol; llenaron la instancia como mariposas sonoras que voltijeasen por el aire, subiendo, bajando, agitando las leves y cadenciosas alas en todas direcciones; y por los embelesados oídos de la princesa, hallaron el camino de aquel corazón, á donde fueron á condensarse, modulando sus más tiernos sollozos. Era aquella música un canto amoroso, un himno de adoración nunca expresado antes de ahora, y que Olga entendía como si ella misma lo hubiese compuesto; éxtasis tierno y melancólico, lleno de confidencias y de pureza. Era el lenguaje de su propia alma, que tornaba á oir por segunda vez, y á cuyo influjo sentía ensancharse el corazón, espaciarse el pensamiento y extenderse en piélago de luz, la risueña lontananza.

Larga, negra y espantosa había sido la noche; la pesadilla prolongada y dolorosa y profundísimo el letargo. Mas ya las sombras se disipaban, los términos del oriente comenzaban á blanquear, y los misteriosos rumores de la naturaleza renacían por todas partes. Píaban las aves entre las ramas y agitaban las alas en torno de los nidos. Iluminábase el horizonte con luz de incendio, y las nubes se teñían de vivo color, semejante al del oro fundido. Alegrábanse los campos y rompían en un himno triunfal á la mañana, á la nueva luz que vence las tinieblas; y al fin se levantaba por el cielo, como globo de lumbre, el astro rey del día.

Así lo describió el arpa; y así lo comprendió la princesa. La intensa emoción que la dominaba, infundióle la animación trágica de la lámpara antes de apagarse. Despidieron luz sus ojos fascinados; enclavijadas las manos dirigiéronse á las alturas, como en señal de súplica, y extendidas luego las palmas, se adelantaron á David, como en demanda de amparo. Convulso su pecho, sollozó con violencia; y sus ojos derramaron lágrimas que inundaron sus mejillas. Y haciendo un supremo esfuerzo,

envolvió al bohemio en una mirada inefable y articuló con acento apasionado:

—¡Te amo!

....

La intensidad de la emoción agotó sus fuerzas. Fué un choque espantoso. La luz llegó á su espíritu con el estrago de un rayo. Llevóse al pecho ambas manos y cesó de respirar. Cayó sobre el sitial con el rostro vuelto hacia arriba, y quedó con los ojos entreabiertos.

En aquellos momentos había llegado el músico á la parte más inspirada de su himno de triunfo.

VI.

Así terminó aquella existencia poética, á impulso de un dolor, de una emoción, de un ensueño. Aquellas almas románticas se conocieron en su peregrinación por la vida; pero las hizo dudar de su sino la vestidura que las cubría, tosca en la una, brillante en la otra, y permanecieron alejadas.

¡Oh Dios! ¡Cuántas como éstas se sienten atraídas por imán misterioso, y nunca llegan á juntarse!

———

UN PACTO CON EL DIABLO.



I.

CUANDO D. Hipólito entró en su escritorio, cerró cuidadosamente la puerta por la parte de adentro, dando vuelta á la llave y asegurando las barras diagonales de hierro que la cruzaban en forma de X; clausuró plenamente la ventana para evitar las miradas curiosas del exterior, y encendió la bujía para distinguir los objetos en la obscuridad del aposento donde reinaba la noche, á pesar de que lucía el sol esplendoroso por la parte de afuera. Una vez tomadas estas medidas, fuese á la enorme caja de hierro que se levantaba en uno de los ángulos de la habitación como bloque gigantesco, é introduciendo la llave en la misteriosa cerradura

y tocando con los dedos algunos resortes mecánicos de arcana correspondencia, abrióla suavemente, sin ruido, como si no tuviese tanto peso, tantos gozues y pasadores. Honda expresión de alegría retratóse en su rostro á la vista de su contenido, mezcla confusa de grandes talegos y de papeles que apenas cabían en aquel espacioso recinto (á pesar de que bien hubiera podido servir de habitación á un hombre adulto), y quedóse contemplando breve espacio aquel caos de deslumbrantes y fantásticas riquezas.

Pero no se contentó con esta inspección óptica. Para más avivar el placer, quiso consagrarse á la laboriosa tarea de palpar, contar y recontar su tesoro. Dióse, por tanto, á sacar los talegos, que fué amontonando por el suelo, y los papeles de valores, que colocó sobre la enorme mesa forrada de hule destinada á contar el dinero que se entregaba ó se recibía en su despacho. Tenía necesidad de hacer grandes esfuerzos, de cargar pesos considerables y de inclinarse con frecuencia. Se fatigaba, sudaba; pero no parecía echarlo de ver, según la actividad que desplegaba en la ejecución de tan

ruda faena. Quien le hubiese visto en aquellos momentos, tan listo y trabajador, habría tenido duda para admitir que fuese aquel el mismo D. Hipólito tan canijo y amarillo que bajaba todos los días temblando la escalera de la casa, apoyado en el brazo de un sirviente, y que apenas tenía fuerzas para llegar á su escritorio y dejarse caer en el ancho sillón, de donde casi no se levantaba, y desde donde todo lo miraba é inquiría con ojos inquietos. La avanzada edad y los achaques teníanle postrado, y apenas podía dar algunos pasos sin ayuda de otra persona; sus manos temblorosas trazaban difícilmente la firma en el papel, como si las rindiese el peso de la pluma; y su nombre, después de escrito, era una colección de culebrillas y menudos zis-zas tan vacilantes y enredados, que apenas podían ser entendidos y apenas tenían forma de escritura.

A pesar de su debilidad, bajaba, no obstante, los domingos y días festivos (en que no había negocios ni concurrían los dependientes) á su despacho, y encerrábase solo en él durante largas horas, hasta que al fin se le veía aparecer en la puerta, al caer la

tarde, más encorvado, más viejo y más débil que nunca.

Volvamos á la escena que dejamos pendiente. Cuando D. Hipólito hubo acabado de sacar los talegos, fuelos vaciando uno á uno sobre la mesa, y contó el dinero con extraordinario cuidado, y sin hacer ruido, como si hubiese temido que álguien le espiase y estuviese aplicando el oído por el exterior, para enterarse de lo que hacía y sorprenderle en el momento menos pensado. Y así rodaron por la extensa mesa innumerables monedas de diversos tamaños y colores, de oro y plata, desde las más grandes hasta las más pequeñas, reflejando en su bruñida superficie la luz de la bujía con resplandores misteriosos, parecidos á claridad propia, y semejando en su dispersión y en su refulgencia cegadora, constelaciones volcadas de la urna del cielo sobre un espacio encantado. Así fué repasando el anciano todo su numerario, contándole, pesándole, acariciándole con la punta de los dedos y llevando cerca de los ojos las monedas más nuevas para recrearse con su contemplación y para hacerlas brillar repetidas veces moviéndolas ante la llama.

Terminada esta faena, dióse á examinar los papeles uno á uno: las escrituras de venta, de retroventa y de hipoteca; los simples reconocimientos, las letras de cambio y las libranzas; y finalmente, los voluminosos líos de billetes de banco de diferentes valores, de diversos matices, nuevos y viejos, y que representaban en su conjunto sumas fabulosas. Y terminado el laborioso recuento, permaneció largo rato como en éxtasis ante aquellos montones maravillosos de oro, plata y papeles valiosísimos, gozando con su contemplación como con una visión mágica, y sin darse cuenta del tiempo.

De pronto sintió un terror que le enfrió hasta la médula de los huesos. Acababa de oir ruido de pasos detrás de sí. Su primer movimiento fué el de defender su tesoro. Echóse rápidamente sobre la mesa, abarcando con el brazo siniestro un gran hacinado de monedas y papeles, y rápidamente sacó del seno con la diestra un pequeño revólver que dirigió hacia atrás, volviendo al mismo tiempo la cabeza. Y vió en efecto de pie á su espalda y junto á él, á un personaje moreno, de grandes y brillantes ojos, bigote

puntiagudo, nariz aguileña, semblante burlón y rigurosamente vestido de negro.

—Teneos, dijo el desconocido sin inmutarse; es inútil que disparéis, pues no podréis herirme, y lo único que conseguiréis será alborotar al barrio y llamar á la policía con el estrépito. No tendréis tiempo para guardar vuestro tesoro, descerrajarán la puerta y os sorprenderán rodeado de talegos y billetes de banco.

—¡Infame! ¡ladrón! articuló D. Hipólito, temblando como un azogado.

—En efecto, prosiguió con sorna el interlocutor; pero eso no quita que estéis en mi poder, y que hayáis de entrar en tratados. Escojed: ó me escucháis un momento con calma, ú os arrebato mal de vuestro grado toda vuestra riqueza.

Hubiera querido resistir el anciano, pero no pudo. Una mano de hierro oprimió su diestra, obligándole á soltar el revólver, y quedó trémulo y desarmado ante su adversario, que empuñó el arma con ademán desdeñoso, como quien toma un juguete.

—Vamos, murmuró el hombre moreno soltando una carcajada; ya veis como no podéis contra mí. Sed razonable. Serenaos,

pues creo vamos á ser buenos amigos. Aun podemos parlamentar, y hay medio de que salvéis vuestras riquezas. Si os avenís á lo que voy á proponeros, no tocaré un solo maravedí vuestro, y podréis volver á colocar los sacos, las escrituras y los billetes de banco en vuestra ferrada caja de siete pasadores, campanas, resortes y mil otros secretos.

—Estoy en vuestro poder, y bien sabéis que podéis disponer de mí.

—Sentaos, pues, buen viejo, y oidme con paciencia.

Sentóse D. Hipólito quieras que no, dominado por la intensa mirada de su interlocutor; pero junto á la mesa, y con los brazos extendidos sobre ella, para abrazar el tesoro en caso de necesidad, en tanto que el desconocido tomó asiento frente á él, sonriendo con ironía, como ante la impotencia de un niño.

—Sé, continuó, de donde proceden vuestras riquezas. Proceden del robo, de la crueldad, de la más inicua y descorazonada avaricia. Habéis prestado á los pobres con escandalosas usuras, y convertido al trabajador en esclavo, obligándole á gastar sus

fuerzas para cubriros deudas que nunca acaba de pagar. Habéis arruinado á los huérfanos, arrojado de sus hogares á las viudas, obligado á las doncellas á traficar con su honra y á los hombres á buscar un refugio en el suicidio, cuando no en la vil estafa ó en el robo á mano armada. Cada una de esas monedas que contempláis con tanta delicia, está amasada con lágrimas: cada uno de esos papeles está empapado en sangre de vuestros semejantes. De cada átomo de vuestras riquezas se levanta un acento de acusación; vuestro tesoro es el cuerpo mismo de vuestros delitos.

—¿Quién sois vos para acusarme así?

—Soy el compañero inseparable de vuestras acciones. A todas me he hallado presente, de todas he sido testigo mudo é invisible. Yo ví cuando raspasteis el nombre de vuestro principal para poner el vuestro en el documento que cobrasteis y que fué el principio de vuestra riqueza; yo ví cuando hicisteis firmar á un pobre banquero un contrato de venta simulada de todos sus intereses, bajo pretexto de salvarle de la ruina, y en realidad para posesionaros de su fortuna; yo ví cuando cerrasteis los oídos

á toda compasión, aquella terrible noche en que un pobre joven os pedía alguna pequeña espera para salvar su crédito, y no quisísteis otorgársela, obligándole á levantarse la tapa de los sesos; ví cuando arrojasteis ignominiosamente de su humilde casa á una pobre mujer, por un préstamo miserable que la hicisteis, sin doleros de sus lágrimas, ni de la súplicas de sus hijos pequeñitos, que os abrazaban las rodillas implorando vuestra misericordia............

—¿Qué derecho tenéis para calumniarme de ese modo?

—¡Calumniaros yo! Lo que os digo es la verdad, y si queréis que precise hechos y nombres, voy á hacerlo en seguida.

Y en efecto, el terrible acusador refirió pormenorizadamente al espantado anciano, crímenes horribles cometidos por él á causa de su amor mostruoso á las riquezas, pronunciando nombres, señalando fechas, designando lugares, entrando en minuciosos pormenores, con tanta seguridad y precisión, que D. Hipólito se sintió subyugado, y no tuvo ánimo para negar cosa alguna.

—¿Sois juez por ventura? acabó por murmurar desfallecido.

—No, continuó el hombre misterioso; ni siquiera vuestro censor. Tranquilizaos, buen viejo, no traigo la misión de castigaros, ni la de condenaros. Hace largo tiempo que os cuento en el número de mis servidores.

—¿Quién sois, pues? interrogó D. Hipólito asombrado.

—¿No me habéis reconocido? Soy el diablo.

Al oirle sintióse confortado el vejete. En lugar de desmayarse ó estremecerse, recobró la perdida energía, y respiró satisfecho. En efecto, no podía quererle mal, y hacía tiempo esperaba su visita. Aun le había invocado varias veces mentalmente, y le rendía culto interno de adoración.

—En hora buena, repuso D. Hipólito tras breve pausa; quedo entendido de que sois el diablo. Ahora solo me resta saber qué habéis venido á hacer á este lugar, y qué pretendéis hacer de mí.

—Por de contado, como bien lo comprendéis, no he venido á robaros vuestro dinero. A la verdad, no me hacen falta fondos.

—¡Ya lo creo!

—¿De suerte que no me tenéis desconfianza?

—Si he de ser franco, debo deciros que no me inspiráis una confianza absoluta.

—¡Cómo! ¿Me juzgáis capaz de bajar á la condición de un miserable ratero? Lo que tenéis no pasa de ser una bicoca.

—Os creo capaz de toda especie de diabluras.

—Es claro.... como que soy el diablo; veo que sois ingenioso.

—Me favorecéis demasiado: decid más bien que amo la lógica.

—¿Y qué me importa la lógica? Es una de las mayores babiecadas que han inventado los dómines...... Pero en fin, no perdamos el tiempo. Me habéis preguntado qué ando haciendo por estos sitios, y qué pretendo de voz, y debo satisfacer vuestra curiosidad. He venido á vuestro despacho, porque sé que tenéis aquí vuestro tesoro, y que aquí está vuestro corazón, y reputo este aposento como santuario erigido á mi poder, como una sucursal de mi gran Banco subterráneo. Lo que pretendo de vos es muy sencillo. Sé que somos amigos y que apreciais mis favores. Sé que tenéis un amor apasionado á los beneficios que os he otorgado, y que antes os dejaríais arrancar las

entrañas, que soltar una sola de esas piezas de precioso y reluciente metal, que os están deslumbrando con reflejos de sol y luna.

—Es la verdad, dijo D. Hipólito con convicción, me dejaría empalar, ahorcar, descuartizar, quemar á fuego lento, antes que desprenderme de uno solo de mis ochavos.

—Bien, bien, prosiguió con ojos preñados de tierno llanto el demonio; veo que no me he equivocado al juzgar vuestras excelentes disposiciones.

—Me habéis hecho justicia.

—Pláceme conocer que mi misión es harto delicada, y que está á la altura de mi importancia personal. Voy á deciros algo que os va á sorprender, que os va á parecer incongruente con lo que acabáis de decirme, sobremanera ilógico.... bien que la lógica no valga una higa. Pero bien sé mi cuento, y me excusaréis; en los negocios de mi incumbencia, me haréis la cortesía de creer que no soy de los que se maman el dedo.

—¡Caracoles, vaya si lo creo, muy señor mío y de todo mi respeto!

—Es pues, el caso que vengo á pediros una obligación formal, suscrita con vuestra firma, de que nunca, y por ningún motivo,

os habréis de desprender de vuestros tesoros.

—¡Ja! ¡ja! ¿me juzgáis tan cándido? Eso no necesita escribirse ni firmarse.

—Con eso y todo.

—¿Os mofáis de mí? Vamos, hablando seriamente, ¿creeis que tuviese la debilidad de desprenderme de un solo maravedí, aun cuando me arrancasen la piel, ó me friesen en aceite hirviendo?

—A decir verdad, os tengo por hombre de bastante entereza en este particular; pero soy desconfiado y me gusta tener en orden todas mis cosas. He ahí el papel que quiero que suscribáis. Dice así:

Conste por el presente documento, como yo, Hipólito X, pcr mi libre y espontánea voluntad, contraigo con el demonio la obligación de no prescindir jamás, ni por causa alguna de mis riquezas, suceda lo que suceda.

—¡Bravo! ese documento merece mi aplauso!

—Firmadle, pues.

—No es necesario.

—Firmadle, os digo.

—Soy demasiado viejo para prestarme á farsas.

—No obstante, habéis de firmar, ó si no, ¡voto á mi nombre!

Al decir esto, el cornudo monarca lanzó por los ojos dos haces de fuego tan rojos y tremendos, que D. Hipólito se puso á temblar como la hoja de un árbol.

—A vuestras órdenes, articuló lleno de confusión. Dad acá el papel. Y metió la pluma en el tintero para trazar su firma.

—¿Me creéis un chiquillo? vociferó el diablo. ¿Con qué queréis firmar? ¡Con tinta! Valiente cosa! ¿Cuántas veces habéis firmado con tinta, y habéis desconocido vuestro nombre y vuestra rúbrica? Conozco vuestras artimañas. Unas veces hacéis la letra de un modo, y otras de otro. Vuestra rúbrica cambia todos los días. Tenéis un desplante maravilloso para negar vuestra firma; no merecéis mi confianza.

—¿Pues qué queréis que haga?

—Quiero que firméis con la sangre de vuestras venas, conforme al uso antiguo. Aquí tenéis un punzón á propósito para sacárosla. Picaos el brazo izquierdo, que es del corazón y recibid el rojo humor en este vaso de cristal.

—¡Herirme con mi propia mano! ¡No me siento capaz!

—Acabaréis por hacerme perder la paciencia, D. Hipólito. Escoged: ú os avenís á hacer lo que os exijo, y quedamos buenos amigos, y conserváis vuestras riquezas, ú os negáis á darme gusto, y entonces hago desaparecer en un momento á vuestros ojos, esos montones de oro, plata y efectos de comercio.

D. Hipólito sufrió un espasmo nervioso. De lívido que estaba, tornóse verde y azulado, y sin vacilar más, cogió el punzón de manos del diablo, levantóse la manga del saco y descubrió el brazo siniestro, verdadero brazo de momia, hueso cubierto con pergamino amarillo y surcado por venas descarnadas, que á pesar de pobres y anémicas, se levantaban sobre la flaca armazón, á manera de enredadas culebras. Escogió la más mísera para no herir una arteria, y cerrando los ojos para no ver lo que hacía, se pinchó con la punta acerada. Brotó la sangre en forma de hilo carmíneo, y describiendo una leve curva, fué á caer en el vaso que tenía apercibido el demonio. Recogido suficiente licor para el caso, posó el

terrible huésped la punta del índice sobre la herida, y cicatrizóla en el acto, cauterizándola.

—Así me gusta, dijo el diablo satisfecho. Ahora, firmad. Y alargó á D. Hipólito la pluma tinta en aquella sangre.

Empuñola el anciano con mano trémula, y á costa de indecible esfuerzo trazó en el papel su nombre, y luego la enredada rúbrica, semejante á reja de cárcel, llena de líneas entrecruzadas y de rasgos enmarañados; rúbrica de hombre desconfiado, que teme las falsificaciones, y aspira á hacer laberintos de líneas que nadie pueda imitar.

Hecho esto, recogió el diablo el papel, examinole atentamente, y llevóle á la nariz aspirando con fuerza el olor de la sangre.

—Bien, dijo; ahora sí que tengo confianza. Me pertenecéis por completo, y no podéis escaparos ya de mi poder. Esta sangre vuestra, que sirve de sello á vuestra obligación, es la mejor prenda que hubierais pedido acordarme, porque clama contra vos. Por más que quisierais negar vuestro compromiso, no lo lograríais, porque aquí está parte de vos mismo, y los espíritus superiores conocen bien á los hombres y saben

distinguir sus efluvios. Tomad mi mano; queda hecha nuestra perpetua alianza.

Al estrechar la mano de su interlocutor, sintió D. Hipólito que se le abrasaba la diestra, y la retiró con viveza.

—Es fuerza, dijo el diablo riendo, que os vayáis acostumbrando á la lumbre; tarde ó temprano tendrá que ser vuestro elemento, como el de la salamandra.

D. Hipólito no respondió; estaba agotado por la emoción.

—Me inspiráis compasión, pobre amigo, prosiguió el diablo; veo que la escena os ha debilitado las fuerzas. Debo daros una prueba de mi benevolencia. Sospecho que no podréis por vos mismo volver á la caja vuestro numerario y vuestros documentos. Sería largo y penoso. No os mováis, pues; todo se hará sin que os deis la menor pena.

Al decir esto, levantó el diablo la punta del índice, y volvieron las monedas por sí mismas á los sacos, tornaron á formarse los líos de billetes y los legajos de documentos, y fueron entrando automáticamente los talegos y los papeles en la caja, y acomodándose con orden rigoroso, hasta quedar

en la misma disposición en que se hallaban al principiar la escena.

—Ahora, cerrad la caja con vuestra llave misteriosa, murmuró el diablo con acento burlón; por mi parte he concluido. ¡Hasta la vista!

Fuese desvaneciendo poco á poco, en efecto, la figura del tremendo personaje; tornóse vaporosa y trasparente y se deshizo en el espacio, dejando en la retina de D. Hipólito, como última impresión, una risa en forma de media luna, unos dientes de blancura deslumbrante y unos ojos insolentes y burlones.

Quedó todo en silencio. La bujía derramaba roja claridad en la estancia, haciendo crecer y decrecer las sombras, con las oscilaciones de su llama. La caja permanecía abierta y el tesoro mirábase amontonado en su interior, como si no hubiese sido removido. Pasóse la diestra por la frente el anciano, y casi llegó á creer que había sido víctima de una horrible alucinación; pero al ver el vaso untado con su propia sangre, y la pluma roja con el humeante licor, comprendió que todo era verdad, y se sintió sobrecogido de espanto. Cerró la caja con

sumo trabajo, y arrastróse hacia la puerta, que no pudo abrir, porque carecía de fuerzas. No le cupo más recurso que gritar y golpear la madera con la enorme llave, hasta que acudió la servidumbre.

—Abridme, dijo. He sufrido un síncope. ¡Pronto, que me muero!

Cuando entraron los sirvientes en el despacho, le hallaron privado de conocimiento, y tendido en el suelo cuan largo era. Condujéronle en brazos á su aposento, metiéronle en el lecho y llamaron al médico.

—Es la vejez que se lo lleva, dijo uno de los criados.

—Es la avaricia, repuso otro.

—Es una enfermedad cerebral, opinó un tercero. D. Hipólito está loco. ¿No le habéis oído hablar solo en su despacho durante varias horas? ¿No le habéis sentido ir y venir por la estancia con ligereza, siendo que apenas puede moverse? No cabe duda; el pobre señor ha perdido la chaveta.

II.

No pudo resistir D. Hipólito el violento choque de la escena que acabamos de rela-

tar. Su endeble naturaleza resintióse profundamente de tantas y tan fuertes emociones como experimentó, y la escasa fuerza vital que la animaba, debilitóse rápidamente, y comenzó á abandonarla. Examinado escrupulosamente por afamados doctores, el mal fué declarado irremediable. Realmente D. Hipólito no era tan viejo como parecía, pues pasaba apenas de los setenta años; pero estaba tan usado y gastado, como si su organismo hubiese funcionado durante dos ó tres siglos. Y era que la lucha constante por allegar riquezas y por conservarlas, habíale impuesto todo género de sacrificios de alma y cuerpo, obligándole á sofocar los instintos generosos de su naturaleza, á acallar la voz de la piedad, á menospreciar los dictados de la conciencia, á someterse á todo linaje de privaciones y á vedarse toda suerte de placeres, desde los de la paternidad, hasta los del alimento y el vestido. Así era como se había aniquilado. No había amado nunca, por no caer en el abismo del matrimonio, que le hubiera obligado á emprender y sostener grandes gastos; y había pensado con horror en los hijos, como en una causa perpetua de exacciones pecunia-

rias. Solo en el mundo como se hallaba, había podido entregarse á sus anchas, á sus sórdidas inclinaciones, desarrollando todo un programa de estrechez y lacería, que no hiciera mal papel junto á los de Harpagón y del licenciado Cabra. Así comía lo estrictamente necesario para no morir de inanición, comprándose él mismo los alimentos, baratos y malos, regateándolos y pagándolos en moneda lisa, ó falsa, cuando podía engañar al comerciante, y haciéndolos durar varios días, aun cuando estuviesen hediondos y descompuestos. Su mobiliario era el de un estudiante pobre: se componía de una cama de bancos y tablones con jergón de paja, y algunas sillas desvencijadas, todo mal oliente y falto de aseo, por no pagar la limpieza. Su traje fué siempre mezquino como el de un pordiosero. Jamás entró en modas; habrían podido servir las prendas de su vestido como preciado ejemplar de antigua indumentaria, á no haber estado tan cochambrosas y llenas de remiendos. Muchas veces anduvo casi descalzo, porque se rompieron sus zapatos, y no se compró nuevos ni los mandó remendar por temor al gasto; hasta que alguno de sus dependien-

tes le regaló un par de botas para tenerlo grato, y él se las puso, lleno de júbilo, pero sin recompensar el beneficio.

Habíase tratado á sí mismo como á un enemigo. Un inquisidor, en caso de heregía, no le habría sometido á mayores torturas que las que se había impuesto para aumentar su inútil tesoro. Jamás disfrutó alguno de los goces que tanto seducen á la humanidad: ni el de un hogar afectuoso, ni el del bullicio mundano, ni el de las divinas artes, ni el de la caridad, ni aun el de beber una jarra de leche espumosa ó un trago de aguardiente, como cualquier labrador ó ganapán. Había pasado por la vida exento hasta de vicios, por economía; había llegado á la vejez con el corazón seco, sin haberla nunca disfrutado.

Tan ruda faena habíale empobrecido la sangre, aflojado los nervios, atrofiado los músculos, descompuesto la máquina, y héchole vivir como una sombra.

No había, pues, en él, *sujeto*, según el lenguaje gráfico de los facultativos; así lo declararon estos después de una cuidadosa inspección del paciente. Todo se puede intentar y esperar, cuando hay una naturale-

za vigorosa, una fuerza enérgica de resistencia que se opone á la destrucción; pero ¿qué es posible hacer de una máquina desvencijada y salida de su centro, que amenaza ruina por todas partes y está cubierta por la herrumbre y comida por la polilla? El único remedio para tal desquiciamiento, sería el de volver las moléculas á su estado primitivo, y amasar de nuevo el ser descompuesto, como se refunde el metal para acuñar segunda vez la moneda; pero ningún doctor salido de las universidades conoce esa química fundamental..........

Declaróse, pues, el caso desesperado, y que D. Hipólito se moriría sin remedio. Y, en efecto, vióse palpablemente que los espíritus vitales fueron abandonando al pobre viejo, que cayó postrado y fué tomando poco á poco los rasgos y perfiles de un difunto. Hundiéronsele las sienes, formando cavidades grandes y obscuras; adelgazósele la nariz hasta llegar á la tenuidad y transparencia de una tela de pergamino; enjutáronsele las mejillas, dejando en relieve los pómulos y los maxilares de la calavera; sumiéronsele los ojuelos inquietos y desconfiados en los abismos de las negras

órbitas, como si mirase desde el fondo del cerebro; y una palidez mortal, que comenzó amarilla, siguió verde y remató en plomiza, extendióse por toda su faz de aparecido. Apenas respiraba; alzábase levemente á grandes intervalos su pecho deprimido, y lanzaban sus secos y delgados labios soplo levísimo, que apenas podía escucharse aplicando el oído atentamente. Miraban con fijeza sus pupilas vidriadas, haciendo estremecer de terror á los circunstantes por su expresión hosca y extraña; y sus manos enflaquecidas, que mostraban los huesos y tendones como disecados, se levantaban al espacio, saliendo de debajo de las sábanas, en misteriosos ademanes, como de conversación callada con seres invisibles, y como si cogiesen hilos ténues que anduviesen flotando en la atmósfera.

Decía palabras incoherentes, que nadie podía descifrar, y solamente á las veces, oíanselo con claridad algunas frases pronunciadas con acento hueco y estentóreo, como si salieran de debajo de la tierra; y eran todas al tenor de estas:

—Doce por ciento de interés.

—No hay dinero.

—Perdone por Dios.

—¡ Retroventa ó hipoteca!

—Estoy cerca del millón.

— ¡ Mi oro, mis pesos fuertes, mis escrituras!

—No devuelvo ni un centavo.

—Listo; suceda lo que suceda.

Evidentemente, debilitábase su razón, y era presa de alucinaciones extraordinarias; pero todas del mismo orden, y siguiendo el género de ideas que le habían preocupado toda la vida.

Repentinamente, notó el moribundo que una gran claridad se derramaba sobre su lecho. Volvió el rostro y vió cerca de sí un angel bellísimo, que inclinaba sobre él la faz esplendorosa en ademán suplicante. Recogidas las alas irisadas, plegábanse llenas de suaves reflejos; su vestidura blanca era como la nieve nunca hollada de las cimas; su cabellera parecía de rayos luminosos; y en su frente pura y tranquila, mirábase fulgurar el sagrado nimbo. D. Hipólito se estremeció de alegría, y no pudo menos de murmurar:

—¡ Angel de Dios, cuán hermoso eres! ¿Qué misión traes á la cabecera de mi lecho?

—La misión de salvarte, respondió el ángel con voz dulce y acordada, como ráfaga de primavera.

—¡Bendito seas! Llévame en tus alas. Estoy en un potro y necesito descanso.

—Te llevaré hasta el trono del Altísimo, donde no hay dolores ni fatigas, sino eterna alegría y dicha cumplida; pero antes es preciso que te hagas acreedor á esta gracia, lavando de culpa tu espíritu.

—Pronto estoy á hacer cuanto me ordenes.

—Arrepiéntete de tus extravíos.

—Me arrepiento de todo corazón.

—Perdona á tus enemigos.

—Les perdono.

—Repara cuanto sea posible, los males que has hecho.

—A nadie le he hecho daño. Nunca mis manos han derramado sangre de mis semejantes. La embriaguez no ha turbado nunca la claridad de mi razón. No he deshonrado vírgenes, ni seducido esposas, ni echado al mundo hijos bastardos que hayan podido afrentarse de su origen y sumirse en la perdición.

—No sólo así se agravia á la justicia. Has hecho males tal vez mayores.

—No me remuerde la conciencia

—Tienes un caudal, fruto del fraude, de la rapiña y de la crueldad. Has lanzado á la miseria y al crimen á incontables familias, y no has tenido compasión de tus hermanos.

—He trabajado por formarme una fortuna como todos los otros.

—Pero la has formado á costa de ellos. Pesan sobre tí grandes delitos; no podrás entrar en el cielo si no lavas esas manchas.

—Me arrepiento de mis malas obras.

—No es suficiente.

—¿Qué más debo hacer?

—Devolver el dinero que has usurpado. Ordena á tus testamentarios que lo hagan.

—Imposible: han muerto casi todos mis clientes.

—Pues que tu fortuna sea repartida entre los menesterosos, para que ellos pidan á Dios por tu eterno descanso.

—Fruto es de mi trabajo; á ellos no les ha costado ningún esfuerzo allegarla.

—Pero á ellos les pertenece, porque está formada de su sangre.

—Superior á mis fuerzas es el sacrificio.

—¿Qué te importa dejar á otros tu rique-

za, si vas á morir y no puedes disfrutarla?

—Dejo ya encargado en mi testamento, que sepulten conmigo todo mi numerario, mis billetes y mis escrituras. Me será llevadera la soledad de la tumba, sintiendo cerca mi tesoro.

—Deliras: es un nuevo delito tu proyecto.

—No me es dado tener otros pensamientos.

—Entonces no hay remisión; me alejo. Lamentarás eternamente no haber dado oído á mis súplicas.

—No partas tan presto; espera todavía.

—Es inútil, si no te convencen mis palabras.

—¡Por piedad!

—Adiós; no puedes volar al cielo cargado con el peso de tus caudales. La muerte es semejante á las tempestades del oceano: es preciso arrojar la carga al mar para evitar que el barco se hunda.

Dos brillantes lágrimas, semejantes á las estrellas que titilan en el cielo á la caida de la tarde, rodaron por las mejillas del ángel, cuyas alas se abrieron para ganar las alturas. El moribundo hizo un esfuerzo; pintose la lucha en su rostro, una vacilación in-

finita retratóse en su fisonmía cadavérica. ¡Cómo! Desprenderse de su caudal, hecho á costa de tantos sacrificios, de tantas privaciones y de tantos remordimientos; y darle sin retribución, sin rédito, á la turba ignorada, á los harapientos habituados á la miseria, para que lo disfrutasen, hartándose, vistiéndoes nuevos, trajes instalándose en habitacionse cómodas, cuando él había llevado vida de mendigo, y nunca se había permitido ningún placer!.... Pero ¡qué terrible desamparo el suyo, si le abandonaba el mensajero celeste! ¡Perder aquellos momentos supremos en que iba á resolverse el problema de sus destinos eternos, y despeñarse en el piélago insondable de la desesperación!

Abría ya los labios para pronunciar la palabra de salvación y de renuncia, cuando sintió atraida su atención hacia el lado opuesto del lecho, que confinaba con el muro. Volvió el rostro, y á la roja llama de la bujía, que velaba á distancia, vió dibujarse en la pared la negra silueta del demonio. Temeroso de la presencia del angel, no osaba Satanás presentarse en persona; mas enviaba al muro desde á distancia, su sinies-

tra sombra. Gesticulaba epilépticamente, tratando de disuadir á D. Hipólito de su buena intención. "No, no," decía la figura con cabeza y manos, mostrando los puños en señal de amenaza; y levantaba y bajaba agitando los brazos, un objeto que por de pronto no conoció D. Hipólito, pero que acabó por distinguir claramente. Era aquel contrato por el cual se había obligado á no desprenderse jamás de sus riquezas. Aun le pareció, en medio de la sombra, ver brillar en él su nombre escrito con caracteres de fuego, y resplandeciendo con luz sobrenatural, que encadenaba su alma misteriosamente y la privaba de libertad. Recordó los términos del compromiso: no se desprendería de sus riquezas en ningún caso, y el diablo se las conservaría y le garantizaría para siempre su posesión. ¡El demonio hallaría medio, siendo tan poderoso, de que aun en el sepulcro pudiese conservar su tesoro por toda la eternidad!

Oyó confusamente que el angel sollozaba:

—Los momentos son preciosos; haz el sacrificio, y el cielo será tuyo. Dentro de un instante será tarde.

Pero, dominado por su codicia diabóli-

ca, cerró el viejo los oídos á las voces del cielo, y dijo rechinando los dientes:

—¡Mi dinero no será de los pobres!

Y expiró.



LA FUGA.



I

AL llegar la diligencia á la encrucijada que hace el camino real cerca del pintoresco pueblecillo de Zaulán, penetró hasta el fondo del carruaje donde venía yo penosamente recluido, el eco de una voz conocida, que hizo detener el vehículo, diciendo:

—¡Eh! cochero, ¿viene dentro don Julio Gutiérrez?

—¡Presente!, contesté sacando la cabeza por la ventanilla.

—¡Queridísimo amigo! exclamó Pedro, estrechándome fuertemente la mano que yo le ofrecía.

—¡Querido Pedro!

—Pie á tierra, dijo, aquí dejas la diligencia y continuamos en mi coche hasta la hacienda. No te molestes en recoger las maletas; mis mozos se encargarán de eso.

Bajé de la diligencia, nos dimos un abrazo cordial, y montamos en su ligero carruaje americano, que frescamente enfundado en blanca lona, á corta distancia y debajo de un frondoso árbol nos esperaba. ¡Con cuánta delicia me acomodé en el blando asiento de resortes, y dí ensanche á mi antes comprimida persona, y estiré mis miembros inferiores doloridos y cansados por la estrechez de la diligencia! ¡Qué muelles los de ahora tan suaves, y qué sopandas las de unos momentos antes tan duras!

—¡Hombre, Pedro, le dije, tienes un carruaje admirable!

Sonrió mi amigo con satisfacción.

—No es malejo. Me ha costado mil quinientos duros. Es nuevo; no hace ocho días le recibí de los Estados Unidos.

—Por lo visto, eres un potentado que no se pára en gastos.

—No tanto; pero no me quejo. Ya verás mis terrenos.

—¿Y la carrera de abogado?

— ¡ Qué leyes ni qué ocho cuartos ! No era yo para el caso. Sólo porque mi padre se empeñaba, seguía los estudios. Ya te acuerdas que no los hice brillantes.

—Eras perezoso en demasía.

—Mi vocación era la agricultura. Apenas salí del colegio y me vine al campo, me sentí otro: engordé, eché barbas, trabajé y comencé á ganar dinero. Poco tiempo después me casé.

—¡ Eso es ! ¡ si eres casado ! Lo había olvidado. ¿Cuántos niños tienes?

—Ni uno, Julio, repuso con tristeza mi amigo. Estoy ya en el tercer año de matrimonio, y aun no tengo ninguno.

—Es sensible verdaderamente; pero ya te los dará Dios. No te apenes por ello.

Quedó un momento pensativo mirando los sembrados cubiertos de corpulentos maizales, que hacía estremecer con sus ráfagas el viento de la mañana. Púseme inconscientemente á considerarle con atención.

Estaba más feo que como le había conocido. ¡ Vaya si era feo el pobre de Pedro ! Contaría apenas veinticinco años, y estaba más grueso que un viejo panzudo. Sobre todo, era su abdómen lo más desarrollado, porque,

bien visto, tenía piernas delgadas, y pequeño y enjuto rostro: pero su vientre redondo y voluminoso no le permitía juntar las rodillas. Esto no obstante, parecía ágil y listo, como si no llevase sobre sí la pesada carga de su volumen. Era trigueño tirando á negro, chato, de ojos pequeños, barba escasa, melena crespa é indómita, boca grande y carnuda y dientes ralos y amarillos.

Por lo que hace á la inteligencia, era enteramente obtusa la suya. Disfrutó la gloria de no responder nunca una sola pregunta de sus profesores, y de obtener calificaciones ínfimas al fin de los años escolares, con una regularidad perfecta. Pero gozó siempre de las simpatías de sus maestros y condiscípulos, por la bondad y sencillez de su corazón. Su rostro, risueño siempre como el de un niño, nunca reflejó sentimientos de envidia ni de malevolencia para nadie; desvivíase por servir y agradar á sus condiscípulos con todo género de atenciones, y aun solía repartir entre ellos las golosinas de dulces y frutas que su acaudalada familia le mandaba.

Fuí yo, en particular, constante objeto de su adhesión nunca desmentida. Por donde

quiera me seguía; me obedecía en todo; considerábame el más capaz de la clase, y se volvía lenguas hablando de mi memoria, talento y ciencia incomparables. Su amistad no se entibió con la ausencia, pues, aunque al comenzar los estudios de abogado desertó de las clases y se marchó al campo (haría de esto como cinco años), no por eso me había olvidado; sino que por medio de cartas, túvome siempre al corriente de todas las peripecias de su vida. Por aquellas supe la muerte de su padre, la adquisición definitiva que hizo de la hacienda paterna mediante una combinación con sus coherederos, y finalmente, su famosísimo matrimonio. Próximo á celebrar sus bodas, escribióme diciéndome: "Quiero que vengas á presenciar mi felicidad. Me caso con la joven más linda del Estado; te espero sin falta para el día de mi boda." Pero andaba yo por aquellos días terminando la carrera, y no pude acudir á su llamado. En la misma fecha en que él se casó, obtuve mi título de licenciado en leyes.

Desde esa época no había cesado de instarme para que fuera á pasar una temporada en su compañía. "Ven á fastidiarte

unos días con nosotros á la hacienda—me escribía con frecuencia; haz este sacrificio en nombre de nuestra antigua amistad. Si no aceptas, sabe Dios cuándo volveremos á vernos, porque tengo el firme propósito de no ir á la ciudad, sino hasta que tenga hijos que necesiten instruirse.'' No pude al fin resistir, y hube de cumplir mi antigua promesa; hé aquí la razón y el por qué de mi viaje, y de haber salido Pedro á recibirme á la encrucijada del camino.

II

En hacer estas reflexiones y oír algunos informes de boca de mi amigo acerca de sus tierras y productos, emplee la hora larga de camino que hay de la encrucijada á la hacienda. Al fin llegamos á la finca, que se eleva sobre una loma y domina un extenso campo cubierto de trigales. Agrúpase la cuadrilla bastante numerosa, en derredor de la habitación principal, como buscando refugio, formada por casitas de adobe techadas con roja y limpia teja y dispersas por la

ladera de la pequeña eminencia en pintoresco desorden. Al frente de la casa extiéndese un ámplio corredor de arcos simétricos, á uno de cuyos extremos se abre la puerta de la capilla. La torre del pequeño santuario asoma artísticamente por entre las tupidas copas de los fresnos que dan sombra á la fachada, como una cabeza curiosa que se alzara para indagar lo que pasase en derredor y quién fuese y viniese por el camino. A la espalda de la casa se divisa la espaciosa huerta limitada por paredes de adobe y prolongándose desde lo alto de la loma hasta la orilla del manso río, que pasa fresco y parlero por el fondo del valle y dibuja su curso á través de los trigales con una doble hilera de lucientes sauces de tierno verdor.

¡Cuán hermosa es la naturaleza y cómo se ensanchan el corazón y el pensamiento á la vista del campo ilimitado, y de los risueños espacios poblados de luz y de céfiros voladores! La vida artificial de las ciudades hácenos olvidar el gran mundo creado por Dios, que se extiende más allá de los débiles muros de nuestras habitaciones. Alejados de la fuente verdadera de la vida donde na-

cen los frutos que nos sustentan y corren las auras que nos vivifican, pasamos la existencia cautivos y doloridos, resistiendo los impulsos de nuestro organismo, que clama por la luz, por el aire y por la libertad. Así es como nuestros miembros se debilitan y extenúan en la vida deletérea que arrastramos en las poblaciones; así es como se amortigua nuestra mirada, falta de la llama que pudiera comunicarle la clara imagen del sol; así es como palidecen nuestras mejillas privadas del calor de la vida; y así es también como, apartados de los grandes espectáculos de la tierra y el cielo y de la lucha de los elementos eternamente agitados por el movimiento genésico, se atrofia nuestro pensamiento, tórnase ruín nuestra fantasía, y no se conmueve nuestro corazón con las grandes sacudidas de lo sublime y de lo inmenso.

¡Oh campo! ¡oh cielo! ¡oh luz! ¡oh frescas y libres auras! Al sentirme bajo vuestro amparo, paréceme que torno á la vida después de triste letargo; rejuvenezco con el vigor que me comunica vuestra influencia y me considero menos pequeño y menos aislado, porque siento que sois parte de

mi vida, y que formo yo también parte de la vuestra.

III

Esperábanos en el portal, Lucía, la esposa de Pedro. Tan pronto como bajamos del carruaje, se efectuaron las presentaciones de rúbrica:

—Julio Gutiérrez, mi mejor amigo, dijo Pedro cogiéndome por la mano.

—Lucía, mi esposa, continuó designando con la mano libre á su consorte.

Saludámonos con fría ceremonia la joven y yo, tendiéndonos la diestra.

—Es Julio, hija, prosiguió Pedro, aquel amigo y condiscípulo de quien te he hablado tanto y contado tantas cosas.

—Mucho gusto tengo en conocer al señor, repuso ella con sequedad; Pedro no hace más que hablar de usted todo el día, desde que nos casamos.

—Muy bondadoso ha sido conmigo; siempre me ha distinguido con su cariño.

—Porque lo mereces, hombre, articuló mi

condiscípulo poniéndome la mano en el hombro. ¡Caramba, y qué bien dabas las lecciones en la clase! Así podían ser de cuatro ó seis fojas; las decías y explicabas mejor que el mismo maestro.

—Ojalá hubiera sido verdad; tengo el remordimiento de haber perdido mucho tiempo......

—No lo creas, hija; aquí donde le ves, no es talento, es talentazo. Al decir esto, Pedro me levantó el cabello de la frente, y me dió en ella una palmada.

—Ya lo sé, murmuró Lucía plegando la boca con forzada sonrisa. Así lo cuenta la fama.

—Ustedes me favorecen y me obligan á sonrojarme, repuse con modestia.

Pasado este tiroteo y otra pequeña conversación sobre generalidades insípidas, condújome Pedro á mi aposento, y quedéme solo breves momentos arreglando un poco el traje y la persona para asistir á la comida.

¿Qué impresión me había producido Lucía? Por de pronto, la de la repulsión y la antipatía, por su aspereza y frialdad. Nada había encontrado en ella que revelase cora-

zón ni ternura; figurábaseme mujer insensible, como una estátua. A la verdad, no podía desconocer que era hermosa: éralo en el alto grado, á fe mía. Y lo que más me llamaba la atención era que su figura y modales no correspondiesen á su origen y alcurnia. Bien sabía, por habérmelo relatado mi amigo, que había nacido Lucía en el contiguo pueblo de Zaulán, de padres pobres y de obscura prosapia; y con todo, aparentaba ser dama distinguidísima, de ilustre casa y encopetado linaje. Verdad es que había recibido educación en un colegio de Guadalajara; pero aquella no era razón para que hubiese adquirido tan natural circunspecto y altivo continente. Hallábase tan á sus anchas como propietaria de aquellas ricas tierras y conduciendo el gobierno de aquella numerosa servidumbre, que se la hubiese tomado por rica heredera, hecha á mirar riquezas y á dictar órdenes desde la cuna. No se advertía en su porte, voz ni estilo, nada forzado, ni exótico, ni tímido, ni extravagante; en medio de la opulencia, estaba en su elemento, como el pez en el agua.

Por su tipo era una aristócrata. Blanca y pálida, con ojos negros de rizadas pesta-

ñas, rostro ovalado; griega nariz, boca pequeña, alto, airoso y robusto talle, manos finas, largas y perfiladas, voz grave y sonora y maneras llenas de majestad; recordaba á la castellana moradora de estancia feudal, hija de barón soberbio, acostumbrada á todas las ovaciones y á todos los triunfos.

Y así también se vestía. Llevaba justillo de largo peto, mangas lisas y angostas y cuello abierto por la garganta. Su falda larga en demasía tenía corte anticuado de marcado carácter. Su traje todo parecía sacado de esos cuadros donde aparece alguna beldad medioeval sentada en sillón de alto respaldo, con la chimenea de armas esculpidas á la espalda, y un blanco y esbeltísimo lebrel echado á los pies, abismado en la contemplación del zapatito de raso, que asoma entre el ropaje y reposa en blando cojín de reluciente seda.

Y me volvía cruces pensando en los caprichos de la suerte, que se empeña á las veces en dar forma de patanes á los príncipes y apariencias ilustres á los menos linajudos y más obscuros hijos del pueblo.

Muy á poco vino Pedro á decirme que la

mesa estaba servida, y á llevarme al comedor.

En la comida observé el mismo contraste que me había chocado poco antes. Nada faltaba en la mesa: vajilla elegante, copas de fino cristal, blanco mantel y limpias servilletas; manjares delicados, vinos deliciosos y servicio inteligente y activo. La señora de la casa hacía los honores con desembarazo y destreza, vigilando el servicio con naturalidad y competencia extremadas. Su continente era irreprochable, y su aire distinguido echábase de ver hasta en los menores detalles. La finura de sus modales resaltaba tanto más, cuanto que Pedro desplegaba todas las deficiencias opuestas á los refinamientos sociales de su consorte. No podía tomar la sopa sin sorber con estrépito, ni hacer uso del cuchillo sin empuñarle como arma de combate, ó haciéndole desempeñar las veces de cuchara y sepultándole en la boca, como Benedetti la espada. Al terminar cada platillo, retirábale de delante de sí con ímpetu, y se colocaba de codos sobre la mesa estropeando el mantel y derribando la vajilla.

En todo y por todo era mi pobre amigo

el reverso de la medalla de su mujer. ¿Cómo explicar que hubiesen podido reunirse aquellas naturalezas tan disímbolas? Nunca he podido dar solución á esta pregunta. Acaso el interés de adquirir comodidades y fortuna, ó quizás los mandatos paternos hayan obligado á la joven á realizar aquellos desposorios incongruentes, ó acaso la nativa bondad de Pedro haya ejercido misteriosa y pasajera seducción sobre su alma.

Concluida la comida, trasladámonos á la sala á tomar el café. Era ésta pequeña y elegante á tal extremo, que dentro de ella olvidábase estar en el campo, y se creía no haber salido de la ciudad. Nada faltaba allí: ni los limpios cristales de las ventanas, ni los tenues visillos, ni las cortinas, ni la alfombra, ni el lujoso mobiliario, ni el piano elegante y lustroso. Como no esperaba nada de lo que veía, todo me causaba asombro, y á cada sorpresa que recibía, penetrábame más y más de la incoherencia del matrimonio que me brindaba hospitalidad.

La joven, siempre seria en demasía, sirvionos el café por sí misma, y coñac en pequeñas copitas. Tomando á sorbos el delicioso Uruapan, comprometímonos ella y yo,

con ocasión de la vista del piano, en una conversación bastante animada sobre música. He sido aficionado á ella toda mi vida, y la amo con delirio, y era Lucía asimismo una dilettante de fuerza; así que á poco andar nos entendimos á maravilla, y nos enardecimos inconscientemente en el diálogo. Hecho el panegírico del divino arte por ambas partes, aunque protestando mutuamente nuestra incompetencia, disertamos acerca de la excelencia de las escuelas italiana y germánica, expresamos diversos juicios críticos sobre los compositores más famosos, y luego pasamos á registrar el archivo filarmónico que teníamos á la vista. Lucido era por todo extremo. Wagner, Rossini, Bellini, Donizzetti, Verdi, Mozart, Shumann, Meyerbeer, Shubert, Gounod, Bizet; casi todos los colosos del arte, representados por varias de sus obras, estaban en el elegante musiquero cercano al piano, y al lado de esos genios de primer orden, agrupábanse los inspirados compositores que giran en su torno, Chopín, Grieg, Godschalk, Titto Mattei, Strauss, Waldteuffel, Souppé y tantos otros autores de canciones, valses, serenatas, baladas, reveríes, y otros mil ensue-

ños musicales destinados á la interpretación del piano ó de la garganta.

Entretanto que ella y yo nos engolfábamos revolviendo la biblioteca, tarareando las notas y dando nuestro parecer acerca de las composiciones que examinábamos, Pedro permanecía silencioso y aburrido, sentado en el confidente y santiguándose los bostezos. No pudiendo al fin resistir el fastidio, sacó el reloj y nos dijo:

—Ustedes están muy divertidos viendo papeles de música, y yo hago falta en mis quehaceres. Me escapo unos momentos para ir á ver la caballada; son ya las cuatro de la tarde. ¿Dispensas que te deje un rato, querido amigo?

—No tengas cuidado, le respondí; obra con entera libertad. No permita Dios que faltes por mí á tus deberes.

—Al caer la tarde vendré en carruaje para que vayamos á hacer un paseo al campo. ¿Te parece?

—Espléndido.

Y con esto se marchó. Lucía sonrió levemente.

—No le gusta la música, murmuró. Se marcha porque se aburre.

—¿Es posible?

—Sí: no la entiende. Al principio, cuando estábamos recién casados, me empeñaba en tocar y cantar para complacerle; pero advertí que no se divertía. Algunas veces se quedaba dormido; otras me decía, después de haberme oído ejecutar alguna partitura de Verdi ó de Rossini, que más le agradaban el *Perico* y la *Chirriona*, que aquellos ruidos ininteligibles, y me obligaba á tocar ó cantar *balonas* y *jarabes*, con lo que se ponía de buen humor. En vista de ello, me ganó el desaliento, cobré horror á la música, cerré el piano, y dejé que se cubriesen de polvo mis papeles. Años hace que no hablaba de música.

—¡De veras! Me sorprende lo que usted me dice, pues no creía hubiese en el mundo persona tan refractaria al divino arte; pero ya que nos hemos encontrado dos que somos de las mismas aficiones, es fuerza recordar algo de lo que supimos. También hace mucho tiempo que no pongo el dedo á una tecla; ruégole toque algunas de su piezas predilectas.

Resistió un poco; mas luego se rindió á mis instancias y se sentó al piano. Rumbosa

pieza eligió para darse á conocer: *El despertar del león*. Desde las primeras pulsaciones comprendí que me las había con una *virtuosa* de gran potencia. Hería el teclado con seguridad y ejecutaba con destreza; observaba el compás con superior conocimiento y sabía subrayar las frases musicales para comunicarles expresión propia. Interpretaba las notas dándoles sentimiento é intención personales, y sin desfigurar, con todo, el pensamiento del autor. Era, no cabía duda, una *dilettante* de altos vuelos, así por la ciencia del contrapunto, como por la habilidad adquirida en dilatada práctica, y por vocación interna de su espíritu á las excelencias del arte. Parecía increible que hiciese tan largo tiempo no ejercitara los dedos en recorrer el teclado; diríase que no había llegado á echar el piano en olvido ni un solo momento.

—¡Bravo! díjela entusiasmado al concluir; es usted una artista en toda forma. Ejecuta usted de una manera admirable.

—No, repuso. Es usted muy bondadoso. Tengo los dedos rebeldes y endurecidas las articulaciones; lo hago muy mal.

—Nada de eso; palabra de honor; me tiene usted admirado.

—Mil gracias; ahora le toca á usted la vez.

No hubo remedio; tuve que sentarme al piano. Hícelo con temor, así por la conciencia de mi insuficiencia absoluta, como porque me conocía sinceramente inferior á Lucía.

Por no aparecer presuntuoso, toqué un vals, *El bello Danubio azul* del inmortal Strauss, y tuve la satisfacción de observar, cuando hube concluido, que mi *manera* merecía la aprobación de la esposa de Pedro.

Con esto acabó de romperse el hielo. Perdida la cortedad por ambas partes, dímonos á lucir todo nuestro repertorio. Uno después de otro, no dejamos de ocupar el asiento frontero al piano, hasta que vino Pedro á sacarnos de nuesitro arrobo.

—Vamos, señores, dijo entrando en la sala; basta de concierto: el coche está á la puerta.

—A tus órdenes, respondí con desaliento.

—Andando, pues, que ya es tarde. Y tú, hija, dijo dirigiéndose á su esposa, ¿eres de la partida?

—Iré, contestó ella; me fastidiaría si me quedase sola.

—Milagro, observó Pedro con sencillez. Esta, prosiguió designando á Lucía, nunca quiere salir de casa. Vive metida aquí como el ratón en su agujero.

Instalámonos en el carruaje: Lucía y yo en el interior y Pedro en el pescante al lado del auriga, llevando las riendas. Seguimos la calzada costeada de fresnos, que comienza frente á la casa, y que, describiendo una curva dilatada, va á terminar á la orilla del río, donde prosigue por la margen buen trecho, á la sombra de frondosísimos sauces. Fresca y hermosa estaba la tarde. Poníase el sol en el lejano horizonte, que parecía piélago de lumbre; celajes admirables dibujábanse en el espacio azul; volaba el aire lleno de rumores formados de mugir de toros, bramar de becerros, balar de ovejas, susurrar de hojas y píar de pájaros; bandadas de estos pasaban por los aires ó revoloteaban en las frondas de los fresnos. Era la hora poética en que el sol desciende: aurora final de un día bello y espléndido. Las pompas del sol que muere son iguales á las del sol que nace, con la diferencia de que se despliegan en sentido inverso. Al amanecer, dibújase el alba en el seno de la noche,

el alba se torna aurora. y la aurora se convierte en astro de oro que inunda de luz y vida los ámbitos del mundo. Al atardecer, la llama del sol debilítase hasta convertirse en aurora; descolórase la aurora hasta convertirse en alba; y el alba, como virgen tímida, muere en el seno de las tinieblas.

La luz naranjada de la tarde poniente, que parece triunfal, bañaba el panorama con tonos brillantísimos. Parecían orladas de oro las copas de los árboles; arrastrábase el ancho río como áurea corriente, encauzado entre fúlguidas esmeraldas; sentíase vagar por los árboles el dardo del sol poniente, vibrante y poderoso, como el del parto en el momento de la fuga.

El rostro de Lucía parecía celestial herido por aquellos fulgores. Mirábala yo con discreción de cuando en cuando, y observaba que iba absorta en la contemplación del paisaje. De sus facciones había desaparecido la contracción severa que había notado aquella mañana; cubríalas ahora languidez dulcísima, semejante á plácida tristeza, y la expresión de sus ojos era la de un éxtasis.

—Hermoso campo, dije en voz alta.

—Muy hermoso, repuso Lucía como despertando de un sueño.

—Buenos trigales ¿eh?, saltó Pedro volviendo la cabeza.

—No se trata de eso, hombre, objetó su esposa con enfado.

—¿Pues de qué se trata?

—De la belleza del paisaje.

—Por eso, los trigales....

—¡Y dale con tus trigales!. Julio (me llamó por mi nombre por la primera vez) se refería á lo pintoresco del panorama.

—¡Ah! el panorama, ya lo creo; como que la hacienda tiene doce sitios de ganado mayor. De cerro á cerro, amigo, de cerro á cerro.

—Te felicito, Perico, contesté sonriendo; en campo tan inmenso, tienen lugar bastante para darse gusto el aire, los pájaros, la luz, el río......

—Y los trigales, interrumpió Pedro con zumba.

Lucía y yo volvimos el rostro para vernos con movimiento instintivo, y soltamos á dúo una sonora carcajada.

IV

Mi vida en la hacienda se sistemó bien pronto. Levantábame con el alba, montaba á caballo, y salía al campo acompañado de Pedro y seguido de dos hermosos perdigueros. Un mozo á caballo iba detrás de nosotros con un par de hermosas carabinas y abundante dotación de parque. La finca de mi amigo, amén de la buena calidad y riqueza de sus tierras, distínguese por la abundancia de su caza de conejos y de liebres. A poca distancia de la hacienda y en el interior de cualquier potrero, hállanse extensos huizachales, á cuyo arrimo pastan menudamente los conejos siempre célibes, y siempre casadas las liebres, y por pares amorosos. La pequeña y azul florecilla de la planta deslíe en el aire su suavísimo perfume, de donde dícese es extraida la aristocrática esencia que lleva el nombre de *ilang-ilang;* las pequeñas bestezuelas, atraídas por la delicia de su olor, vienen á solazarse en su torno, gozando á la vez que con el banquete que les ofrece la hierba, con la alegría de la luz, la

frescura del aire y la inmensidad del espacio. Caminando por aquellos bosquecillos, á cada instante nos sorprendía la carrera de los asustadizos animalitos, que detrás de las plantas, del interior de los bosquecillos, ó de debajo de las altas hierbas saltaban de improviso, emprendiendo la fuga con celeridad.

Dejábamos Pedro y yo los caballos al cuidado del mozo, en lo más intricado del huizachal, y echábamos pie á tierra llevando la carabina en la diestra. Ibamos de puntillas por el campo, avanzando sigilosos para no espantar la caza, y conteniendo con trabajo el ardor de los perros que con las fauces abiertas, anhelantes y llenos de sobresaltado alborozo, querían á cada instante emprender la carrera. De pronto descubríamos algún par de liebres, que medio acurrucadas sobre sus patas traseras rasuraban la verde pelusilla del prado con sus finos dientes, y alzaban al aire sus largas y pardas orejas. Llenos de emoción procurábamos ganar sitio á propósito para tener buen blanco, cediéndonos la ocasión el uno al otro con urbanidad; hacíamos puntería, disparábamos, y rara era la vez que nuestra munición no al-

canzaba á alguno de los individuos que formaban el matrimonio, cuando no al matrimonio todo entero. Hacíannos correr y empeñarnos en mayor escala los conejos, pues sobre ser más pequeños que las liebres, oían nuestros pasos más pronto y de más lejos que ellas, obligándonos á cruzar los potreros en todas direcciones, y á hacer multitud de inútiles disparos Para disimular nuestra derrota, tirábamosles con bala rasa; de suerte que, si alguno matábamos, hallábamos razón para envanecernos, y si errábamos varios tiros, teníamos plausible motivo para excusar nuestra torpeza.

Regresábamos á la casa obra de las ocho, y nos desayunábamos con gran apetito café con leche, mantequilla, leche fresca y pan oloroso traído del pueblo todas las madrugadas. La conversación versaba sobre nuestras hazañas matutinas, con gran contentamiento de Lucía, quien recibía las piezas de caza, examinaba las heridas, se dolía de la muerte de los animalitos, afeaba nuestra crueldad, y hacía preparar las víctimas inocentes en muy sabrosas salsas y guisos para nuestro deleite y contentamiento á la hora de la comida.

Concluido el desayuno, tornábamos Pedro y yo á montar á caballo, é íbamos á echar un vistazo á los trabajos de la hacienda. Ya la construcción de una presa nos llamaba á alguna garganta del valle; ya la inspección de algún establo, nos reclamaba en algún potrero lejano; ora al levantamiento de alguna cerca de piedras nos hacía encaminarnos á los distantes linderos de la finca; ó bien la cosecha del trigo nos ocupaba horas enteras perdidos entre las grandes matas de los abundosos sembrados.

A la una de la tarde volvíamos á la habitación, y luego, después de tomar algún aperitivo—manzanilla, jerez ó una copita de coñac—nos sentábamos á la mesa, y devorábamos los diarios banquetes que la hacendosa y amable ama de la casa nos ofrecía.

Del comedor pasábamos á la sala, donde tenían lugar sesiones musicales de larga duración, á las que nunca asistía mi amigo, bajo pretexto de ocupaciones apremiantes, y por razón verdadera de su falta de gusto por aquellos ruidos. Lucía y yo no dábamos al piano un momento de descanso. Concluido nuestro repertorio, inventamos tocar á cuatro manos arreglos de Cerimelle, lo que

nos divertía por extremo, pues amenizábamos lo ingrato del estudio con observaciones, bromas, anécdotas y una multitud de alegres coloquios, que nos ponían del mejor humor, y nos hacían perder la conciencia del tiempo.

Al caer la tarde haciamos en coche el paseo acostumbrado. Iba Pedro siempre en el pescante, porque le gustaba sobre toda ponderación hacer lucir su ganado, chasquear el látigo y poner el pie en la palanca. Solía enganchar cinco y aun siete caballos al coche, y deleitarse en ostentar ante mí su habilidad en el gobierno y conducción del tiro ágil y numeroso. Volábamos en lo plano, y recorríamos las avenidas y caminos, raudos como exhalaciones. Cuando yo le decía:

—¡Hombre, Perico, pareces cochero de la diligencia!—quedaba muy complacido.

Pero más contento se sentía cuando le elogiaba en esta forma:

—Eres más hábil que cuantos cocheros de diligencia he conocido.

Sólo que, pensando el peligroso efecto de tales alabanzas, (porque después de ellas y sin duda por merecerlas, azotaba duramente

los caballos y nos hacía correr por el campo como si el diablo nos llevase), me abstenía de prodigárselas, y sólo se las dirigía de vez en cuando, y en sitios pedregosos ó llenos de barro, donde no le era posible entregarse al vértigo de la carrera.

Por las noches, después de la cena, leíamos periódicos ó algún libro selecto: Pereda, Pérez Galdós, Doña Emilia Pardo Bazán, Amicis ó Farina hacían generalmente el gasto de la velada. Comenzaba á dormirse Pedro desde muy temprano, y aunque no desamparaba el puesto sino hasta las diez, hora en que todos nos recogíamos, pocas veces se daba cuenta de lo que se leía, porque el pobrete no sabía si estaba en cielo ó en tierra. Tenía Lucía una colección abundantísima de periódicos ilustrados, y como tanto ella como yo éramos aficionados á las estampas, nos deleitábamos contemplándolas, y disertando con esta ocasión acerca de mil puntos históricos, biográficos y artísticos que mucho nos entretenían y deleitaban.

Solía mi amigo terciar en la conversación para decir á su mujer:

—Dios los cría y ellos se juntan. Ahora sí que te estás dando gusto; ya tienes con

quien hablar de libros, y grabados, y cosas de Europa y América que nada nos interesan.

—Imagínese usted, replicaba Lucía dirigiéndose á mí y poniéndose colorada, ¿con quién había de hablar de todo esto, si Pedro se acuesta á las ocho de la noche? Además, á él no le agrada lo que á mí me gusta; de suerte que no tengo con quien comunicar mis aficiones.

V

Al cabo de veinte días de permanencia en la hacienda, habíame orientado á maravilla, respecto del modo de ser y posición respectiva de los esposos. Amaba Pedro á su mujer; pero quería más su negocio, y apenas fijaba su atención en ella, que vivía realmente abandonada. Era él bueno sin duda alguna, si ser bueno consiste únicamente en la pureza de las costumbres, la igualdad del carácter, la liberalidad del corazón y la sencillez del trato; pero no lo era en cuanto á esposo, si para ser buen marido se necesita rodear á la mujer de cari-

ño, de solicitud y de ternura, de ese mundo de pequeñas atenciones que forman el encanto de la vida, y que penetran tan hondamente en el corazón de las mujeres. Su tibieza y desapego, la poca elevación de sus pensamientos y su falta de ilustración y buen gusto habían acabado por engendrar un desaliento infinito en el ánimo de su esposa, que era apasionada, inteligente y un tanto versada en artes y letras. Consumíase la pobre joven en aquel aislamiento, sin hallar eco á sus ideas ni á sus afectos, y conceptuábase desgraciadísima por el desamparo en que se veía; pero todo lo tenía reservado en el fondo de su conciencia, y lo único que salía al exterior era su humor sombrío y áspero, que la hacía desagradable y antipática para los que, sin penetrar su interior, la cercaban y participaban de su trato.

A medida que avanzaban mis observaciones psicológicas tocante á Pedro y á Lucía, tornábase más y más franco y abierto para mí el trato de la joven. No era ya altiva ni reservada en mi presencia; habíase borrado el ceño que daba tanta aspereza á su fisonomía; el pliegue agrio y altivo de su boca habíase ido deshaciendo poco á poco; y ya,

en lugar de aquel aspecto antipático con que se presentó á mis ojos á mi llegada, aparecía alegre y sonriente, bondadosa y dulcísima.

Notaba Pedro complacido esta transformación, y solía decirla:

—¡Qué cambiada estás, hija! ¡Bendito sea Dios que te veo de buen humor; ojalá estuvieras así siempre!

—Es, decía ella, que tú también estás cambiado. Ahora hablas, te ríes, te duermes más tarde por la noche; eres otro hombre.

—En resumidas cuentas—proseguía el esposo—el pícaro de Julio es causa de tu cambio y del mío. Ya lo sabes, amigo, es fuerza que te vayas lo más tarde posible de la hacienda. El día que nos dejes solos, volveremos á fastidiarnos.

—También yo estoy contentísimo en la sociedad de ustedes, que son tan finos y benévolos, le respondía. De buena gana permanecería aquí por tiempo indefinido; pero mis negocios me llaman á la capital, y no podré permanecer en este lugar tanto como quisiera.

Parecíame, en ocasiones como esta, que el

semblante de Lucía se nublaba, y que su buen humor se tornaba en ira ó tristeza; pero aquella nube pasaba bien pronto, y la vida habitual proseguía risueñamente su curso. Dos ó tres veces, á consecuencia de cartas apremiantes que recibí de algunos clientes, quise emprender la marcha de regreso á la ciudad; pero tales instancias y tan vivas me hicieron los dos esposos, que hube de ceder y quedarme, á pesar del sincero deseo y grave necesidad que sentía de tornar á mi despacho y á mis abandonados pleitos.

Vagamente comprendía, por otra parte, que el deber me obligaba á salir de aquella casa, donde las circunstancias iban labrando para mí una situación harto difícil. Cada día que pasaba al lado de Lucía, hacíame descubrir en ella un nuevo encanto, una seducción nueva. Todo en ella me parecía admirable. Desde el cabello hasta la planta, aquella mujer respiraba talento, donaire y pasión por todos sus poros; era un conjunto harmónico de gracias, que me tenía atónito y como asustado, pues, si bien había yo soñado mujeres como ella, nunca me había imaginado que pudiera encontrarlas. Todas cuantas había visto y tratado hasta entonces, aun cuan-

do muchas de ellas estuviesen adornadas de grandes atractivos, adolecían de lunares que las afeaban, tenían disonancias que destruían el ritmo de sus encantos, deficiencias y lagunas de belleza corpórea ó espiritual, que desalentaban mi entusiasmo y hacían desfallecer mis ilusiones. Sólo en aquella no había encontrado el defecto que me descorazonara, el rasgo de vulgaridad que destruyera mi embeleso, la nota falsa que echase á perder la hermosura del ritmo.

Habíase pasado mi juventud en una vana peregrinación mental, en busca de la mujer soñada, y, fatigado del largo viaje, había tornado á mi soledad, con la frialdad del escepticismo en el corazón. ¡No había amor, ni mujer amada! No había mas que ficciones sin substancia, idealismos sin cuerpo de realidad, delirios enfermizos de cerebros excitados por la imaginación y por el ensueño.

Así lo había creído hasta entonces; pero al encontrar á Lucía en mi camino, habían cambiado mis juicios. Comprendí entonces que suelen realizarse los ideales, y que hay mujeres de carne y hueso que informan, en efecto, las más ardientes y poéticas imaginaciones de la fantasía. Por un proceso natu-

ral de las funciones de mi espíritu, el conocimiento de esa verdad condújome á admirar á aquella mujer excepcional, y de la admiración pasé á la simpatía, al afecto, y, acaso al amor, por más que me asustara el pensarlo; amor tanto más poderoso y avasallador, cuanto que nacía en medio de toda suerte de obstáculos morales y sociales, de hecho y de derecho; parecido á esos arbustos que se levantan sobre las desnudas rocas, sin hallar tierra vegetal de que alimentarse, y que se agarran á las grietas de la piedra con férreas raíces, semejantes á desnudos tendones de león; y que no ceden al embate del torrente, ni á las poderosas sacudidas de los huracanes.

Agravaba mi situación el convencimiento de que en el corazón de la esposa de Pedro parecía encenderse una llama como la mía. Por más incrédulo que fuese, y por más pobre idea que tuviese de mis circunstancias personales, el instinto, más bien que la observación, cierta adivinación misteriosa, decíanme que en Lucía se realizaba una crisis semejante á la que en mí se desencadenaba. Leíalo en la expresión de su rostro, en las atenciones con que me favorecía, en la luz

de su mirada, y hasta en la contenida, trémula y ardiente entonación de su voz. Sorprendiámonos á las veces mutuamente, mirándonos á hurtadillas; otras, cuando se encontraban nuestros ojos, veíamos en su interior, muy adentro, un resplandor cariñoso que relampagueaba á nuestro pesar. Cuando estábamos solos, sentiámonos aturdidos, desazonados, y por instinto nos retirábamos el uno del otro, y buscábamos la presencia de algún testigo. Delante de los extraños, renancían nuestra franqueza y buen humor; mas parecía que anhelábamos atormentarnos con nuestro propio embarazo, deseando entonces la ausencia de los importunos.

Decíame la conciencia que aquella situación no podía continuar así; pero no sabía cómo salir de la dificultad, pues no quería lastimar á Pedro separándome con violencia de su casa, cuando tanto me instaba que permaneciese en ella por algunos días más. En tal estado las cosas, esperaba ansioso que se presentara alguna plausible oportunidad que me proporcionase medio de regresar á la capital, sin lastimar á mi antiguo y excelente condiscípulo.

VI.

Era el caer de la tarde; nos hallábamos Lucía y yo en la sala, como de costumbre, y, aunque la sesión musical había sido larga, no venía Pedro con el carruaje para llevarnos á hacer el paseo conforme al programa establecido. Comenzaba á invadir el aposento la penumbra, y tanto la soledad en que nos veiamos, como lo dudoso de la luz, turbáronnos hondamente, y por un acuerdo tácito é instintivo, salimos de aquel sitio y fuimos á dar un paseo por la huerta, donde la presencia de los hortelanos nos tranquilizó. Recorrímosla de alto á bajo, cruzando sus extensas avenidas de copudos naranjos, las callejas estrechas que atraviesan el platanar que se alza en un recodo y las banquetas pavimentadas de ladrillo que serpentean en torno de los prados centrales, cubiertos de rosas, jazmines, pensamientos y violetas. Aspiramos con delicia los dulces perfumes que se levantaban de la hierba, del follaje y de aquella variedad de flores; escuchamos con avidez los mil ruidos que se eleva-

ban en nuestro derredor, procedentes de los nidos, de las ramas, de las corrientes; y absorbimos por las ávidas pupilas los haces luminosos que, partiendo del ocaso, llegaban hasta nosotros á través de la hojarasca y del ramaje, con tintas de vívida gualda ó de brillante carmesí. Nada deciamos; caminábamos el uno al lado del otro sin desplegar los labios.

Llegamos de esta manera hasta la orilla del río, y nos sentamos á descansar en un banco rústico, al pie de sauz frondoso. El agua, aunque mansa, hacía al resbalar debajo de nuestras plantas, un leve y plácido murmullo, semejante á un coro vago y constante de seres invisibles. Reflejábanse en sus cristales las pompas vespertinas del cielo, que parecía en aquellos momentos una inmensa pira funeraria, encendida en honor de un dios moribundo. Era embarazoso nuestro silencio. Para romperle, dije:

—¿Por qué está ud. tan callada?

—Pensaba, repuso.

—¿En qué?

—En muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—Fuera largo referirlas.

—Supongo serán placenteras.

—Así, así.

Temiendo lo escabroso del terreno en que se deslizaba nuestro coloquio, callé de nuevo, y proseguí un rato después

—Mucho tarda Perico; ¿qué le habrá pasado?

—Nada; ha de ser negocio de becerros, ó de caballada ó de boyada, el que le ha entretenido.

—¿No le da á ud. cuidado la tardanza?

—Ni por asomos; sucede con frecuencia que no viene á casa sino á las ocho ó las nueve de la noche, y muy cansado. Cena con los ojos casi cerrados por el sueño, y se marcha á la cama.

—Es muy trabajador.

—Ya lo creo.

Siguió otro momento de silencio.

—¿Sabe ud., la dije, que tengo mucho tiempo en la hacienda?

—No me lo ha parecido; acaso ud. le encuentra largo porque se aburre en esta soledad.

—Ni por pienso; vivo contentísimo, pero la verdad es que estoy abusando de la hospitalidad de uds.

—Se me figura que adivino por qué desea ud. marcharse.

—Por mis negocios.

—¡Hum!, dijo con aire malicioso.

—De veras, repliqué, ¡por eso!

—¿Cómo se llama la novia de ud.? preguntóme de improviso, como diciéndome: ¡no me haga ud. lela!

—De ningún modo, repuse, porque no la tengo.

—Me parece increible; ¿proyecta ud. meterse padre?

—No, pero pienso no casarme.

—¿Por qué? me interrogó volviéndose á mirarme de frente.

—Por razones poderosas que no puedo decirla.

—Hace ud. bien, repuso, no se case ud. nunca.

No sé si la expresión de mis ojos traicionó mi pensamiento.

En mi corazón palpitaba la siguiente respuesta:

—No me casaré porque ninguna mujer me encanta como ud., porque no tengo con quien casarme, porque supuesto que pertenece ud. á otro hombre, mi amor es imposible, y de-

be quedar sofocado en el fondo de mi corazón. Porque soy tan desgraciado como el ciego que abre los ojos un momento para conocer la luz, y luego la pierde de nuevo y llórala por siempre perdida.

Pero no articulé palabra; sofoqué los ímpetus de mi sentimiento, con el dolor con que se apartaría el viajero sediento, de la fuente cristalina que le ofreciese la frescura de sus ondas; y guardé todas aquellas frases candentes y gemidoras severamente recluidas en la cárcel del pecho. No obstante, en la llama de sus ojos ví arder mi pensamiento, y el instinto misterioso me gritó que había sido comprendido. Cuando dos almas llegan á una exaltación común, no necesitan palabras para comunicarse; parece que una corriente magnética las pone en contacto, y que fluidos silenciosos les sirven de vehículo para transmitirse las invisibles ideas y los sentimientos recónditos. Sólo así me explico que se echase á llorar Lucía en aquellos momentos, sin que hubiese mediado más explicación de mi parte.

—¿Qué tiene ud., la dije turbado. ¿Por qué llora?

—Porque soy muy desgraciada, repuso.

Habiase cubierto el rostro con ambas manos; manos afiladas, blancas y mórbidas como las de una hija de Atenas; y por los intersticios de los dedos sonrosados resbalaban sus lágrimas como torrente de perlas.

—¡Desgraciada ud.! repliqué. Téngola por dichosa.

—Poca penetración es la suya, si no ha conocido qne llevo una vida muy infeliz.

—No me lo explico.

—Pedro y yo no hemos nacido el uno para el otro. No puedo hacerle dichoso, no soy la mujer que le convendría, y en cuanto á él, no me comprende ni es capaz de comprenderme.. Vivo sola, sin tener con quien hablar, ni á quien hacer confidencias, ni con quien desahogarme, á pesar de estar rodeada de tantas personas. Cércame la soledad del alma, que es la más espantosa de todas y tengo frío en el corazón.

—Lucía....

—Quisiera morirme.

—No diga ud. esas cosas.

—Sí; situaciones como la mía no tienen otro remedio. Y continuó llorando con ímpetu tan grande y con tal amargura, que profundamente lastimado, y dominado por

ciego impulso, me apoderé de una de sus manos que estreché entre las mías. ¿Fué por simpatía, fué por amor, fué por compasión únicamente?......

—No llore ud., la dije por lo bajo; ¿qué dirán las gentes que la miren?

—Tiene ud. razón, repuso sin retirar la mano; otro día le contaré á ud. todo. Pueden sorprendernos y tengo muchas cosas que decirle.

No pasó largo rato sin que oyésemos la voz de Pedro que se acercaba gritando:

—¡Julio! ¡Lucía! ¿dónde están?

—¡Por acá! contesté con alguna turbación.

Retiró Lucía la mano con viveza, enjugóse los ojos con el pañuelo, y me dijo rápidamente:

—Mañana, cuando estemos solos, le contaré mis penas.

No hubo tiempo para más. Llegó mi condiscípulo ahogándose por la violencia de la marcha.

—Hombre, dispensa, díjome. Estoy muy apenado. Tuve noticia de que se había derrumbado una cerca, y me dije: en una carrera voy y vengo, y estaré de vuelta á tiem-

po para llevar á Julio á dar en coche el paseo acostumbrado; pero como está lejos el sitio y algo hubo que hacer por allá, por más prisa que me dí, he llegado casi de noche.

—No te apenes; no he venido á privarte de libertad. Recuerda que convenimos en ello desde un principio.

—Con todo, se me figura que no he hecho bien. ¿Con que me excusas?

—No hablemos más de ello. Preciosa huerta, díjele mudando de conversación; tiene tantos árboles frutales, tantas flores, y luego el río......Me encanta este sitio.

—Dice Lucía que es muy pintoresco. Todas las tardes viene á este lugar con un libro, y se sienta en ese banco. Apuesto que es ella quien te ha traído......

Al decir esto volvió el rostro á Lucía, y clavó en ella los ojos.

—¿Qué tienes? la dijo. ¿Has llorado?

Sentí que toda la sangre se me subía al rostro.

—En efecto, repuso ella sonriendo; he llorado, porque me ha hecho derramar lágrimas un mosquito que se me ha introducido en este ojo. Y se estregó con el pañuelo el ojo derecho.

—¡Y cómo molestan esos bichillos! ¡y qué escozor causan! ¿Todavía le conservas? A ver, repuso el maridc con cándido interés.

—No sé; mira si le hallas. Y la jóven se bajó el párpado inferior con el dedo índice, hasta mostrar la parte interna.

—A ver, dijo Pedro inclinándose para examinarla y mirando el ojo con atención. No veo nada.

—Seguramente se ha salido con las lágrimas, observó Lucía soltándose el párpado.

—Sin duda, repuso el esposo; ahora lo que has de hacer es no estregarte con el pañuelo, ni tocarte con la mano, para que pase la irritación. Dentro de un rato estarás buena.

Al oir el desenlace del diálogo, respiré sosegado, aunque me dolió contemplar á mi amigo tan sencillo y desorientado.

Permanecimos en la huerta unos momentos más, y cuando cerraba la noche y los mosquitos comenzaban á arremolinarse zumbando en torno nuestro, nos refugiamos en las habitaciones.

VII

Fueron para mí la cena y la velada, extraña mezcla de placer y de congoja, de satisfacción y de pena. La escena que había pasado en la huerta parecía haber roto el hielo que á Lucía y á mí nos separaba. Vinieron á ser desde entonces para mí sus atenciones más redobladas, y aun había en su voz y modales cierta manera familiar, cierto tono de confianza que me penetraban al corazón y me causaban sobresalto, cada vez que me dirigía la palabra ó me hacía objeto de sus finezas.

Pedro, entretanto, tan sencillo, tan bueno y tan campechano como siempre. No hacía mas que hablar de sus sementeras y engordas, ponderar lo mucho que había trabajado aquel día, y echarse sobre la mesa como si pretendiera acostarse en ella. Apenas fijaba la atención en su esposa, con quien solamente departía para decirle frases como estas:

—Hija, este chocolate está hirviendo.

—Cáscaras, cuán picante han hecho la salsa.

—¿Por qué no le dices á la cocinera que eche menos sal en la comida? Parece que tiene á su disposición toda la de las playas.

Y otras por el mismo jaez.

Lucía no se curaba de él para nada, y aun se olvidaba de servirle los platillos; cuando yo le pasaba los míos (como solía hacerlo), que contenían lo más florido de las fuentes, decíame la joven:

—No le pase usted; es para usted expreso. Ya vendrá otro para él.

Y luego se lo servía distraída, ó no se lo servía.

Pero él en nada reparaba, el bueno de Perico.

Cada uno de estos detalles me ponía á un tiempo mismo ufano y contristado. Las miradas á hurtadillas de la joven, sus sonrisas, la franqueza é intimidad con que empezaba á favorecerme, hacíanme ver que se iniciaba entre nosotros una inteligencia secreta, que iría creciendo de día en día. Y sentía en lo profundo de la conciencia, sensación dolorosa que me producía un malestar indecible.

Absorto en aquellos pensamientos, estuve discursivo y taciturno durante la velada.

En vano vinieron los periódicos ilustrados á ofrecer á mis ojos la lucida colección de sus hermosas estampas; en vano se tocaron en la conversación asuntos literarios, biográficos ó históricos, de los que solían interesarme vivamente; nada pudo sacarme de aquel estado de cavilación y lucha interna de ideas y sentimientos encontrados que se daban batalla en mi pensamiento y en mi corazón.

Pedro mismo, á pesar del semisopor que le embargaba, paró mientes en mi silencio y díjome:

—Amigo, te rinde el sueño; te lo echo de ver en que hablas poco y tienes los ojos pesados.

—No, repuso Lucía; es que está triste porque sin duda echa menos la compañía de otras personas....

Protesté contra una y otra afirmación, y aunque procuré poner remedio á mi mutismo, no pude lograrlo, y á poco rato volví á caer en otro ensimismamiento.

A las diez terminó la velada. Al despedirme de Lucía, parecióme observar en la mano que me tendió, una presión significativa. Perico me acompañó, como de cos-

tumbre, hasta la puerta de mi cuarto, y al dejarme díjome:

—Mañana te despertaré más temprano. Quiero que vayamos al potrero del Ojo del Agua. Verás cuantos venados hay en la cañada. Nos llevaremos las carabinas nuevas que acabo de recibir. ¡Con que á dormir para que estés listo á la madrugada!

Cuando me quedé solo y cerré la puerta, me desplomé en un sillón, y apoyando los codos en las rodillas, dejé caer la cabeza entre las manos. En aquella posición permanecí largas horas, entregado á tumultuosas meditaciones.

¿Qué pasaba por mi corazón? ¿Amaba á Lucía? ¿La aborrecía? ¿Estaba contento? ¿Sufría? ¿Qué debería hacer? ¿Quedarme? ¿Irme? ¿Qué partido tomaría? Estos y otros muchos problemas semejantes me propuse á mí mismo; y los analicé, discutí, resolví, enredé de nuevo y desenredé con febril y confuso trabajo mental, cien, doscientas, mil veces, sintiendo á cada instante agravarse el estado de mi exaltación, en tales términos que, á las veces, me sorprendí murmurando en voz alta:

—No puede ser.

—No debe ser.

—¡Es tan hermosa!

—¡Pobre amigo!

—¿Qué dirá de mí?

—¡Dios mío, Dios mío!

Sentíame profundamente halagado por aquel afecto que había sabido encender en el pecho de joven tan hermosa y espiritual, soñadora y ardiente. Nunca lo hubiera pensado; estaba sorprendido de mi buena estrella. ¿No debía conceptuarme el más feliz de los mortales?

Pero aquella felicidad no era para mí; era para Pedro: le correspondía de derecho. Mas ¿qué es el derecho cuando falta la voluntad? ¿Cómo señorear los anhelos impalpables del corazón? ¿Cómo encender el fuego amoroso en un pecho indiferente, con preceptos del Código? Mi pobre amigo podría ser dueño del cuerpo de su esposa; pero no de su alma, que se le escapaba de entre los brazos, como el viento que se burla de guardias, cerrojos y cadenas.

Pero esto no hacía al caso. Tratábase, no de saber si Pedro era ó no dueño del alma de Lucía, sino de normar mi propia conducta de un modo conveniente y decoroso. ¿Sería yo

quien traicionara á mi hospitalario y afectuoso amigo? ¿Correspondería á su generosidad con una ofensa, con la más grande que pudiera hacerle? ¿Me prevaldría de sus mismos favores para venderle? ¿Le clavaría el puñal en el pecho en el momento en que levantase los brazos para enlazarme cariñosamente con ellos?

El hombre más inculto, el más obscuro hijo de las clases desheredadas no hubiera vacilado un momento; la probidad más rudimentaria resolvía el caso sin dificultad. Era forzoso renunciar á aquella peligrosa seducción y apartar los sedientos labios de la fuente emponzoñada que me brindaba sus ondas. El deber lo mandaba; el honor y la amistad lo exigían...... Mis reflexiones y propósitos flaqueaban empero cuando pensaba en la hermosa joven, y recordaba su rostro hechicero, su voz dulcísima y el rayo enloquecedor de sus miradas. Entonces sentía languidecer mi voluntad y desfallecer mi corazón. ¿Qué culpa tiene el acero de volar al imán? ¿cuál la aguja de apuntar siempre al polo? Posee el amor atracción más violenta que el magnetismo; así mi corazón se rehusaba á apartarse de aquella criatura incomparable,

ciega, irracionalmente, con invencible obstinación. ¡Renunciar á ella cuando era casi mía; decirla adiós cuando me llamaba! ¡No tenía fuerzas para tanto!

Así combinaba á cada momento planes diferentes, y resolvía cosas distintas. Y me entregaba á la sedución de la belleza de Lucía, y pensaba en la intensa dicha que me esperaba, si me entregaba á la corriente de mis ilusiones. Desarrollábase entonces ante mi vista un cuadro de amor espléndido, en que se realizaban los votos más fervientes de mi vida, las ilusiones más caras de mi juventud. Todo en él era para mí gloria y esplendor, triunfos é inefable ventura; no hubiera cambiado aquella felicidad por la monarquía más poderosa y celebrada de la tierra.

Pero aquel fondo de luz tenía una mancha negra; dejo de amargura infinita ocultaba en el fondo, aquel cáliz de néctar.

La bajeza de la obra.

Miraba cerca el placer, sobre altura de fácil acceso; mas para llegar á él tenía que arrastrarme como los reptiles. Erame forzoso atravesar un mar de lodo para ganar la playa esplendorosa. Ante aquella mancha y ante aquel cieno, sublevábase en mi interior cuan-

to de noble y leal había en el fondo de mi ser.

Imaginábame vencido ya por la pasión y en plena posesión de la conquista. Mis nervios sacudidos vibraban como las cuerdas de un arpa y producían sonoridades inefables; brillaban á mis ojos deslumbrantes fulgores y mis pupilas hambrientas pedían más vivas llamaradas, hogueras más cárdenas, incendios más y más devoradores. Y soplaban por mi frente auras candentes, como de trópico, y se arremolinaban en mi torno acres perfumes, ondas cargadas de aromas, que me embriagaban y casi me privaban de sentido.

Pero, ¿y después? Una vez pasado el delirio, después que el vértigo hubiese tocado á su fin, cuando se hubiese desvanecido aquella fiesta de colores, y se hubiesen apagado en el espacio aquellas blandas músicas y desleido en la atmósfera aquellos olores suavísimos, ¿qué quedaría de todo eso? Flores marchitas, silencio y remordimiento; la tristeza de una ruina inmensa, la amargura de una infinita desolación; la sombra interior, que es la más honda y cerrada de todas, la que acompaña al hombre por don-

de quiera que va, y no le deja nunca; la que no puede ser iluminada por ninguna claridad, ni aun por la del sol, ni aun por la de las más vivas alegrías. Aquella sombra interna echaría un velo fúnebre sobre el universo y apagaría para siempre sus colores ante mis ojos; pondría un dejo de amargura en el fondo de mi copa y tornaría ingratos á mi paladar los más exquisitos elíxires; me haría miserable en medio de la prosperidad y desdichado en el regazo de la fortuna.

La vida de engaños y celadas que me aguardaba, me hacía estremecer de horror. Me vería obligado á ocultarme; andaría recatándome de las miradas de todos, y las palabras y los mismos pensamientos que resonasen en mi corazón, no podrían salir nunca á mis labios, porque serían criminales.

Mi existencia se convertiría en tegido de intrigas, disimulos y mentiras degradantes; me parecería al ladrón en el asalto y al asesino en la alevosía.

Siempre que se hablase de felonías, habría de sentirme aludido, y en el fondo de la conciencia me reconocería hermano de Judas. Hasta los mendigos me parecerían dig-

nos de envidia, por estar libres del peso de mi delito; y me consideraría indigno de alternar con las gentes honradas, temiendo mancharlas con mi contacto.

Tal vez mi pobre amigo nunca llegaría á sospechar mi traición; pero ¡al precio de cuántas bajezas mías! Su ciega confianza en mi amistad, sería mi más cruel castigo. ¡Qué humillación para mí, sentir que él me había querido, y yo le había traicionado; que él me había colmado de favores, y yo le había pagado con ofensas; que él era bueno y yo malo! Siguiendo la corriente de estas ideas, hallaba que aquel hombre crédulo, feo y deshonrado, sería superior á mí, valdría más que yo. Aun cuando la comedia de decoro que siguiese representando, fuese perfecta, bien sabría yo que bajo el traje correcto y dentro de la camisa limpia y de los guantes blanquísimos, se ocultaba un ser degradado, un miserable. Y si nadie me echase en cara mi envilecimiento, me lo echaría yo mismo; y en medio del bullicio ó de la soledad, á la luz del día ó entre la sombra de la noche, no cesaría de apostrofarme gritándome: "¡infame! ¡infame!" ¿Qué importaría que nadie lo oyese, si yo lo escuchaba? Aquel

clamor íntimo me condenaría al más atroz de los menosprecios: al menosprecio de mí mismo.

En las profundidades de mi ser, en el fondo insondable donde tienen raíz los pensamientos y se confunden en abrazo misterioso los instintos con la reflexión y las ideas con las pasiones, flotaba una impresión vaga, inconsciente, que casi escapaba á mi análisis, y que me producía un malestar invencible: la repugnancia. Sí, todo aquel conjunto de cosas, aquel complexo cuadro contraditorio de luz y de sombra, de sufrimiento y de deleite, de triunfo y de envilecimiento, me repugnaba, me causaba asco....

Mas, por una extraña contradicción de mi naturaleza, y á pesar de que veía con la exageración óptica de un febricitante, las ignominias de la situación en que iba á caer, resonaba en lo más recóndito de mi ser, como clarín de guerra, este acento pujante, superior á todos los otros:

Pero.... ¡es tan hermosa!

Y ante aquella idea me sentía deslumbrado, flaqueaban mis fuerzas, se desvanecían mis propósitos, y enmudecía la voz de mi conciencia. Y delirante y enajenado, no ha-

cía mas que desear la llegada del nuevo día, para ver á la mujer encantadora, y tener con ella solitarios coloquios, y llevar hasta su término aquella soberana aventura y embriagarme de goce, enloquecer de felicidad, y olvidarme de todo en sus brazos, en aquellos brazos que me aguardaban, que veía abiertos ante mis ojos, y que estaban ansiosos por estrecharme....

Sería la media noche cuando cansado de luchar y en ese estado de semisopor que engendra la fatiga del cerebro, tuve una alucinación singular. Figuróseme ver á mi difunta y santa madre, pálida y hermosa.

—Hijo de mi corazón —oí que me dijo clavando en mí sus grandes y bellos ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lloras, madre mía? —la pregunté.

—Porque me olvidas —repuso. Procuré inspirate desde niño sentimientos hidalgos, é hice para tí de mi vida un constante ejemplo de aspiración á todo lo bueno. Díjete siempre que menos dolor me causarías clavándome un puñal en el pecho, que envileciéndote.

—Verdad es cuanto dices; espejo de hermosura y pureza fué tu vida.

—Pero mis palabras, como eco inútil, no resuenan ya en tu corazón. Tienes perversos propósitos y se degradan tus ideas; por eso sufro. Si me amas, levanta el pensamiento á las cimas; no naufragues en la sombra. ¡Siempre arriba, hijo mío, siempre arriba!

Tan intensa fué la impresión, que desperté sobresaltado, y abrí los ojos buscando á mi madre por la estancia. Aun tenía en los oídos el eco de su voz armoniosa.

—¡Siempre arriba, hijo mío, siempre arriba!

Silencioso y solitario estaba el aposento. Derramaba la bujía, desde lo alto del escritorio, rojiza y movible claridad, que hacía agitarse en el pavimento y sobre los muros, las sombras de los objetos con estremecimientos fantástico. Un reloj que pendía del muro, movía su incansable péndulo con ritmo soñoliento y monótono. Sus agujas apuntaban las tres de la madrugada.

No vacilé más. Levanteme apresurado, como si temiese ser sorprendido, y sentándome ante el escritorio, tomé recado de es-

cribir, y tracé con mano febril la siguiente carta:

"Querido Pedro:

"Sagrados deberes me llevan lejos de tu hogar. Mi permanencia aquí por más tiempo, implicaría perjuicios irreparables para personas que me han honrado con su confianza y á quienes soy deudor de gratitud acendrada. Conociendo tu afecto y temeroso de que tu amistosa solicitud haga flaquear mi propósito, no aguardo que vengas á llamar á mi puerta, y me voy sin darte el último abrazo Perdóname, Perico, no me acuses de ingrato. Nunca olvidaré tu generosa hospitalidad, y tendré siempre para tí en el fondo de mi alma, un vivo é inextingible cariño. Ve como me disculpas con tu esposa, á quien te ruego presentes mis respetos.

"Hasta la vista, querido amigo.

JULIO."

Concluida la carta, púsela en un sobre, escribí la dirección, tomé mi sombrero y

salí de la estancia andando de puntillas. No pensé siquiera en recoger mi maleta, ni el sarape, ni la pistola; todo lo dejé en la habitación sin parar mientes en ello.

Dirigíme cautelosamente á la cuadra, eché una silla sobre el lomo de uno de los numerosos caballos que allí había, y por la puerta de campo del corral, salí de la casa. Al pasar por el postigo, despertó el mozo que le guardaba, y me preguntó con sorpresa:

—Amo, ¿qué sucede?; ¿á dónde va tan de mañana?

—Tengo precisión de ir á Zaulán,–le contesté; salgo temprano para evitar el sol.

En aquel momento me acordé de la carta. En mi precipitación, había estado á punto de llevármela en el bolsillo.

—Toma—dije al mozo alargándosela.—Cuando se levante el señor, se la entregas. ¿No se te olvidará?

—Pierda cuidado, amo, tan pronto como salga de su cuarto, la pondré en sus manos.

—Hasta la vista, pues, repuse espoleando el caballo.

—Que Dios le acompañe, amo; y vuélvase cosa de las cuatro de la tarde, para que

esté aquí al obscurecer, porque el pueblo está retirado.

—Así lo haré—contestéle ya á distancia.

Dormía aún la cuadrilla. Yacía todo en reposo; estaban cerradas las puertas de los jacales, y por las callejas de la ranchería, nadie transitaba.

Elevábase de los corrales el discordante coro de los gallos, cada vez más numeroso y sucediéndose sin cesar. Ladraban algunos perros que habían notado la marcha de mi cabalgadura, y de tiempo en tiempo escuchábase el mugido melacólico de las vacas, y el bramido de los quejosos becerros separados de sus madres. A la luz de las estrellas que aun brillaban en el espacio, cojí el camino de la encrucijada, que se dibujaba en medio del campo como una cinta blanca, y á gran trote proseguí la marcha, como si temiese ser perseguido. Así avancé por la llanura como una hora, hasta que subí á lo más alto de la loma que domina todo el camino hacia atrás.

Comenzaba á despuntar el día en aquellos momentos. La blanca luz del Levante tomaba poco á poco tonos naranjados, y derramábase por la campiña, partiendo del agudo

pico de montaña lejana, dudosa claridad que hacía percibir confusamente los objetos. Iba amortiguándose el fulgor de los astros, y moría su blanco centelleo ahogado en atmósfera luminosa. Detuve un momento la cabalgadura en aquel punto culminante, y volví el rostro hacia la espalda. Vi la obscura hilera de los sauces marcando el curso del río en el fondo del valle, los extensos trigales, las avenidas de los fresnos, y en medio del campo, las casas de la hacienda empequeñecidas por la distancia. Y pensé en la historia de amor que allá dejaba trunca, en las delicias exquisitas que renunciaba, y en aquella mujer hermosísima que abandonaba á su suerte, en medio del desamparo del corazón y de la orfandad del alma.

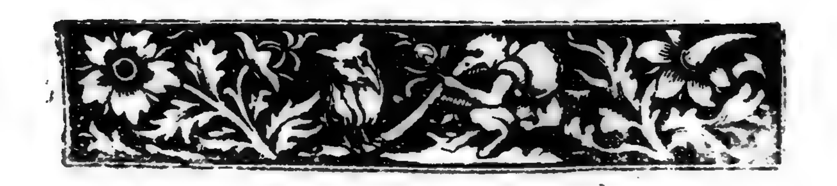
Tuve un momento de vacilación. ¿Qué me costaba volver? Diría que había recibido aviso de que mi presencia en la capital no era ya necesaria, y entraría de nuevo en la corriente de aquella vida embriagadora que había comenzado á arrebatarme. Allá quedaban la juventud, la belleza, el amor, brindándome sus encantos, el paraiso terrenal abriéndome sus puertas; adelante esperábanme la soledad y el tedio de la vida. Mas pronto

dominé mi incertidumbre, y guiado por consideraciones más altas, lancé un suspiro, volví grupas á la hacienda y prosegí la interrumpida derrota.

Y en el fondo del corazón sentí una inmensa dulzura, semejante á un albor ténue y casto de auroras ideales.



EL BRAZALETE.



I

CONSERVO tan vivo y fresco el recuerdo de la escena, que me parece estarla viendo ahora mismo, á pesar de los largos años que de ella me separan.

Era el caer de la tarde de un día del mes de Mayo. Hacía un calor sofocante; sentíase espesa la atmósfera, como si fuese un líquido tibio. Parecía Veracruz á aquellas horas una sucursal del purgatorio, y me asombraba que de las casas, del suelo y de los cuerpos humanos no brotasen columnas de humo, como de un mundo en ignición. Estábamos en una hornaza silenciosa y paca, sin rojeces, chisporroteos ni crepi-

taciones; pero candente y dolorosa como la parrilla de San Lorenzo.

En cambio, el panorama del puerto era magnífico. La puesta del sol, reflejada sobre una agua dormida, que hacían estremecer apenas los cálidos soplos de la brisa, era espléndida. El inmenso espejo del mar reproducía en su ilimitada extensión los colores, tonos y matices del cielo, la luz difusa de la atmósfera y la imagen de las nubes, que en largas fajas horizontales de un blanco mate, rayaban el confín con níveas paralelas; y era una fiesta de luz y de colores la que ostentaba en su bruñida superficie: mezcla de azul, oro, escarlata, rosa y ámbar, fundidos en vívidos reflejos de riente claridad.

Rita y yo estábamos al balcón de la posada, de codos sobre la barandilla, en tanto que su anciana tía hacía calceta dentro del cuarto, y contemplábamos el cuadro con admiración, procurando aspirar un poco de aire fresco. Dominados por el estupor doloroso que nos producía el pensamiento de nuestra próxima separación, no hacíamos más que suspirar en silencio y mirarnos con ojos enternecidos.

A lo lejos destacábase la masa gris amarillenta del castillo de Ulúa, como roca insignificante y estéril, y más cerca y al abrigo de su mole, mecíase levemente, anclado al pie del islote, el vapor que debía zarpar á la mañana siguiente, arrebatándome á la mujer que tanto adoraba. Saña me inspiraba el barco, como odiado enemigo, y hubiera deseado no verle; pero, fascinado, tornaba á él los ojos de cualquier punto del espacio por donde anduviesen errantes.

Al volver á Méjico, después de ausencia dilatada, fuí compañero de viaje de la Habana á Veracruz de aquella encantadora cubana, que, al lado de una buena anciana de su familia, venía á la Capital de la República á cumplir piadosos deberes sobre la tumba de una persona amada, que dormía el sueño eterno en suelo mejicano.

Las dos damas y yo, después del desembarque en la Heroica, continuamos el viaje hasta Méjico, donde las perdí de vista algunos días, sin duda los que ellas consagraron á desempeñar el melancólico objeto de su viaje. Cuando volví á verlas, estaban ya, como quien dice, con el pie en el estri

bo para regresar á la Habana, y yo, que las seguía como si fuese su sombra, desanduve también el camino andado, y torné con ellas á Veracruz en el mismo tren, y me alojé con ellas en el mismo hotel, para aprovechar cuanto me fuese dable la dulce compañía de Rita, que tan pronto iba á faltarme; á pesar de que mi tardanza era cruel, porque la desquiciada salud de mi buena madre reclamaba urgentemente mi presencia, en la lejana ciudad asiento de mi familia.

Durante aquel tiempo fué cuando se encendió en mi corazón la llama de una inmensa ternura hacia la hermosa extranjera.

Tenía mi amada, más que tipo español, tipo gitano. Era morena, con ese moreno ardiente que hace pensar que quien le ostenta vive siempre exaltado y con los sentidos en constante tensión, impresión que contribuían á acentuar la negrura de sus grandes y relampagueantes ojos de largas pestañas, el ébano lustroso de su pelo y el pronunciado carmín de sus carnosos labios, que se movían graciosos sobre una dentadura fina, apretada y de incomparable blancura. El resto de su cuerpo y persona

formaba simetría con esos rasgos característicos, por la morbidez del talle, por la gracia del andar, por la suavidad y finura de la mano y por el timbre apasionado del acento y de la risa.

Pero, contrastando con tan plácidos donaires, notábase en el continente y en las acciones de Rita cierto tinte de tristeza, una sombra indefinible que formaba el clarobscuro de su hermosura. Llevaba casi siempre trajes negros ú obscuros, recatábase el rostro con velos tupidos, y, huyendo de la sociedad y trato de los demás, andaba á la continua apartada del bullicio, deseosa de que nadie la viese ni la hablase.

Tan notable contradicción entre su tipo y su conducta, habían despertado en mi espíritu un interés más y más vivo hacia la joven, pues por naturaleza he sido inclinado á las cosas veladas y misteriosas.

Mis finezas para Rita y su tía durante la travesía marítima, y mi constancia en acompañarlas por donde quiera, á pesar de la resistencia que me oponían, y aun de los desvíos de que no pocas veces me hicieron objeto, fueron minando poco á poco la indiferencia de la encantadora cubana, hasta

que, ya en Méjico, logré obtener de ella una dulce correspondencia.

Muy pronto quedó nuestro plan claramente concertado. Rita volvería á la Habana, y yo me separaría de ella nada más que el tiempo necesario para velar por mi madre y echar un vistazo á mis negocios abandonados durante mi ausencia. Una vez recobrada la salud de aquélla y puestos en orden los segundos, me marcharía para Cuba, donde se realizaría nuestra unión.

II

Mas, á pesar de que nuestra separación iba á ser corta, estábamos muy pesarosos los dos aquella tarde inolvidable.

—Mañana á estas horas, la dije, estarás muy lejos de mí.

—Sí, repuso, y muy triste porque no te veré.

—No tanto como yo, repliqué, porque te llevas toda la alegría de mi corazón y toda la luz de mis ojos.

—¿De veras? prosiguió con tono infantil ¿Me extrañarás mucho?

—Mucho, repuse de un modo indecible.

—Yo no haré más que llorar hasta que vuelva á estar á tu lado.

—Mira, la dije, allí está el buque que ha de llevarte lejos de mí: le tengo odio.

—Maldito, repuso ella, se me figura un monstruo que va á conducirme á la desgracia.

Iban cayendo las sombras poco á poco; amortiguábase la brillantez de la atmósfera, y las olas del golfo, que comenzaban á rizarse blandamente, teñíanse á lo lejos de un color blanco indeciso, y más cerca, de un gris acerado, que tendía á plomizo y se iba cerrando instante por instante. Sentíase difundida por todas partes la melancolía del *Angelus*, que es una adiós á la luz, á la vida, á la alegría, y un gemido de queja y desolación elevado en los umbrales de la noche. El espíritu de la tristeza nos envolvía por todas partes haciendo palidecer el mundo que nos rodeaba, soplando en nuestras frentes ideas desconsoladas y oprimiendo nuestro corazón con indecible congoja.

Rita y yo enmudecimos breves instantes anegados en el mar de melancolía que nos

rodeaba; pero nuestros ojos continuaron el diálogo.

— Rita, murmuré al fin apoderándome de su diestra, prométeme ser fiel y quererme tanto como lo anhelo.

—Fiel hasta la muerte, repuso estrechando mi mano con nerviosa efusión.

—Quisiera, continué, que ahora que te vas, me dejases prendas tuyas que me acompañasen y me hicieran menos amarga la ausencia; dulces prendas que me diesen tal fuerza de evocación de tu persona, que me pareciese tenerte siempre delante, que fuesen como parte de tí misma.

—Te he dado flores, rizos de mi pelo, anillos, relicarios, retratos....

—Es verdad, repuse, pero no es bastante.

—¿Qué más quieres, Enrique? Dímelo y te lo daré.

Callé breve instante meditando sobre mi elección, y no hallaba qué otra cosa pedirla, pues me veía en posesión de todas las que en casos análogos suelen reclamarse y concederse los enamorados. Mas noté con la punta de los dedos que estrechaban la mano de Rita, el duro contacto de su bra-

zalete, de aquel brazalete de que ella nunca se apartaba, y me orienté. Ancha, gruesa y pesada, aquella joya tenía la forma de las esposas que sujetan los brazos del cautivo: la misma pesadez, la misma rudeza. Solamente lo precioso del metal y el pulimento de la superficie debilitaban la semejanza que, por lo demás, era perfecta. Y lo singular era que la cubana llevase siempre aquel adorno, de día y de noche, en visita ó en paseo, adaptándole á todo género de trajes y ocasiones. Varias veces había preguntado á Rita por qué tenía tanto apego á aquel brazalete, y me había contestado con cierto embarazo, que era prenda de familia.

Tales antecedentes y circunstancias me sirvieron como de luz para encontrar lo que deseaba. Supuesto que Rita no se apartaba un punto de esa alhaja, era porque la tenía en mucho, y por el hecho de traerla siempre consigo, estaba impregnada de su persona. Venía, pues, como de molde á mi propósito.

—El brazalete, articulé con vehemencia, dame el brazalete.

—¡El brazalete! repuso ella turbada.

—Sí, la dije, dámelo.

—¿Por qué le quieres?

—Porque nunca se aparta de tí, porque te acompaña siempre.

—No; eso no.. otra cosa....

—No; ha de ser esa.

—¿Por qué ese afán? Puedo darte algo mejor.

—No hay nada mejor que él.

—Te daré todo mi pelo. Varias veces has elogiado su abundancia y negrura. Córtame la cabellera por tu propia mano y guárdala; es parte de mí misma.

—No, Rita, ha de ser lo que dije.

—Imposible, Enrique.

—¿Por qué? vamos á ver, exclamé con exaltación. ¿Por qué es imposible?

Vaciló un instante y sentí que se estremecía la mano que la estrechaba

—Es una fatalidad, prosiguió, que hayas tenido esa idea. ¿Para qué la tuviste?

—No es sino una fortuna, repuse aguijoneado por celos vagos é instintivos. Ahora voy á conocerte. Tanto peor si eres doble y falsa.

—No me ofendas. ¿Te he dado motivo para ello?

—Me estás desgarrando el alma con terrible sospecha.

—¡Infeliz de mí! ¡Y no poder complacerte!

—¿Aunque me muera de celos?

Rita sollozó por toda respuesta.

—¿Aunque crea que no me amas, continué, que eres traidora y fementida, y que el amor que me has jurado no ha sido más que una comedia?

—Te quiero con todo el corazón; Dios es testigo.

—Si es así, dame el brazalete.

—No puedo, Enrique.

—¿Conque no?

—No.

— En tal caso, continué con vehemencia ¿para qué me engañas? Guardas misterios para mí. No sé quién eres, ni cual sea tu pasado....

—¡Enrique! ¡Enrique!

—Y necesito conocerle....

—No dudes de mi amor, te lo pido de rodillas!

—Dudo.. sí. ¡Sólo eso faltaba.. que no dudara!

—¿No miras que me atormentas?

—¿No miras que me matas?

La escena fué larga y penosa, llena de recriminaciones y sarcasmos, de exigencias y amenazas, hasta que Rita se echó á llorar á lágrima viva. Pero su llanto, en lugar de enternecerme, me irritó más.

— Por última vez, exclamé exaltado por la disputa. ¿Me das el brazalete?.. ¿sí ó no?

—Repito que no puedo.

— Entonces, adiós, me marcho.

—No, no te vas, repuso con viveza deteniéndome por el brazo.

—¡El brazalete!

—Por compasión.

—Es inútil.. ¡el brazalete! ¡el brazalete!

Y como nada respondiese, lleno de cólera sacudí el brazo con violencia, me desprendí de su mano, y salí del aposento, precipitado y ciego.

III

Fué de fiebre aquella noche. En un momento había cambiado el mundo para mí, y mi destino había recibido un choque espantoso. Lo que tenía por más seguro, lo

que me importaba más, lo que estaba arraigado en mi corazón con más profundas raices, eso era lo que se me escapaba, lo que perdía, lo que me abandonaba. Rita faltaba de pronto en mi vida, se me iba de entre los brazos, se me evaporaba de sobre los labios, y en lugar de su gracia y gentileza, y de la dicha que me prometía, dejaba en mi espíritu un vacío hondo y negro.

Pasé las horas lóbregas, revolcándome en el lecho como en un potro, con el cerebro enardecido, con el corazón tocando á rebato, con la sangre embravecida en sus angostos canales y martilleándome las sienes.

¿Qué significaba aquél misterio? ¿Por qué Rita prefería todo á separarse del brazalete? ¿De quién le había recibido? ¿A quién se mantenía fiel y sumisa? La joya no debía provenir de sus padres, ni de algún deudo ó amigo, porque si así fuese, no hubiera tenido embarazo en decírmelo. Callaba, y su silencio era transparente como el agua: pregonaba muy alto que el brazalete era una prenda de amor. ¡Prenda de amor y decía ella que me que-

ría! ¡Prenda de amor, é iba á ser mi esposa! Aquella mujer no tenía entrañas, era un monstruo. ¿Quién sería?.. ¿Una aventurera quizás?......

Todo mi ser vibraba de rabia y de dolor al hacerme tales preguntas. Me parecía imposible que hubiese seres tan depravados como ella, y maldecía la hora en que la había conocido.

Pero en medio de aquel batallar de ideas y de propósitos, se elevaba en mi corazón la pasión que había sabido inspirarme, ceñuda y trágica, pero firme é incontrastable, como la roca batida por las olas.

El mismo misterio que envolvía á la joven, y aun las deshonrosas sospechas que su conducta me sugería, hacían crecer en mi corazón el interés que ella me inspiraba y ejercían sobre mí la atracción dolorosa del drama y del abismo. No concebía separarme de ella para siempre, no podía resolverme á decirla un adiós eterno. Sin ella, me parecía que se trocaba en desierto el mundo y que el sol palidecía en el firmamento; que iban á ser agostadas todas las flores, á apagarse todos los astros y á callar todas las músicas; y que mi corazón

iba á helarse y pararse dentro de mi pecho, como péndulo de reloj descompuesto.

En la angustia de la crisis, brillaba en mi imaginación el brazalete con persistentes fulguraciones; se me figuraba hecho de llamas, de ascua encendida, de brasa repujada. Mirábale ancho, grueso, fuerte, unido en sus extremos por minúscula pero inviolable cerradura; y le adivinaba imposible de abrirse, y pegado á las carnes de su dueña por fuerza incontrastable. Aquella visión me torturaba. En vano quería desterrarla de mi fantasía; reaparecía rebelde á cada instante en las circunvoluciones de mi cerebro, como luciérnaga emboscada en las tinieblas.

Así pasé las horas de la noche, presa de aquella zozobra. Con los ojos abiertos, calenturiento y quebrantado, me hallaron los primeros rayos de luz que se filtraron por las rendijas del balcón. Y estaba ya en pie la servidumbre y comenzaba á levantarse por la ciudad el rumor de la vida, cuando triunfó el cansansio y me quedé dormido. Fué mi sueño agitado y enfermizo; durante él siguió en mi cerebro, la misma pugna de ideas y visiones que me habían ator-

mentado en la vigilia; pero todo más torpe, obscuro y confuso que durante ella, como si mi espíritu hubiese sido encadenado para ser entregado á aquellos martirios.

Cuando desperté, era ya pleno día. Sentí de pronto al ver el sol, el bienestar de quien sale de una horrible pesadilla; pero en cuanto recobré la conciencia de mi situación, hallé la realidad peor aún que mis tétricos sueños.

Levanteme con presteza, destrozado de alma y cuerpo, y salí al ambulatorio para informarme de Rita. Un criado que me esperaba de guardia frente á la puerta de mi cuarto, me entregó al verme una carta. Era de ella. Con el corazón palpitante y temblando de emoción, abrí el sobre y me enteré de su contenido. Decía así:

"Enrique adorado:

"Te pongo estas líneas en el momento de marcharme á bordo Necesito verte para hacerte explicaciones. He pasado una noche espantosa. No me niegues este beneficio, si no quieres que me muera. Tuya por siempre.—Rita"

IV

Era una mañana radiosa. No había ni una nube, ni un vapor leve que empañasen el límpido azul del cielo. El sol, que comenzaba á ascender al cenit, llenaba el espacio de claridad deslumbrante y daba á las crestas de las olas coronamientos de vívido oro. Aun no arreciaba el calor; estaba la atmósfera tibia. De tiempo en tiempo soplaban brisas placenteras impregnadas de la frescura de la noche. Todo era tragín en el puerto y movimiento de embarcaciones en el agua, como siempre que se prepara la salida de un barco. Por donde quiera, en la bahía, mirábanse lanchas que iban del muelle al buque cargadas de pasajeros y mercancías, ó que volvían aliviadas de su peso en busca de nuevos fletes.

El panorama sonriente y lleno de vida que tenía delante de los ojos al ir bogando hacia el vapor donde Rita me aguardaba, no aliviaba empero la ansiedad de mi corazón. La carta recibida me daba alguna es-

peranza; pero me alarmaba por instinto la explicación anunciada. Presentía su gravedad, y tenía miedo al desenlace.

Al saltar á bordo, ví á Rita únicamente, como si sólo ella se encontrase en aquel sitio. Ella vino también á mi encuentro sin preocuparse por la presencia de los demás, y por acuerdo tácito, fuimos á refugiarnos al lugar más apartado.

Vestía de blanco la joven; llevaba suelta por la espalda la negra y rizada cabellera, y lucía medio velados por anchas mangas los desnudos y torneados brazos de perfección incomparable. El insomnio había amortiguado un tanto la brillantez de su mirada, quebrado ligeramente el color de sus mejillas y trazado círculos obscuros en torno de sus grandes ojos; y así quebrantada, melancólica, doliente, me pareció más hermosa, más encantadora que nunca. Con ojos delirantes la contemplé, envolviéndola en miradas llenas de pasión, y ella me veía de frente con los suyos bien abiertos y clavados en mis pupilas, como si hubiese comprendido mi deseo de absorberla por ellas, y hubiese querido volar á mi llamado.

Y temblábamos ella y yo, con convulsio-

nes idénticas, como si una misma corriente eléctrica nos sacudiese.

—No he tenido, me dijo, fuerzas para marcharme sin volver á verte. Cualquiera otra mujer hubiese dado todo por concluido después de la escena de anoche; pero no yo, que te quiero con adoración, que te quiero con toda el alma.

Al pronunciar estas palabras, asió mi diestra con la suya calenturienta, y la posó fuertemente sobre su corazón, cuyos latidos potentes y apresurados se me hicieron palpables. Sentí una inmensa ternura y todo lo olvidé un instante; pero ví en su brazo desnudo el brazalete, y renació mi cólera.

—Todo te lo voy á explicar, prosiguió adivinando mi pensamiento. Nadie lo sabe más que tú.... y Dios que está en el cielo, Es una confesión terrible que me cuesta penoso esfuerzo; pero todo debes saberlo. quiero que lo sepas todo, aunque me muera, aunque me mates. Eres dueño de mí vida, de mi dicha, y todo lo pongo en tus manos.

Sentí que me ponía intensamente pálido al oirla hablar de aquel modo, presintiendo

la magnitud de la revelación; y mi corazón, después de algunos vuelcos desordenados de ave espantada, quedó postrado y desfallecido. El rostro de Rita tornóse también lívido, y su mano se heló súbitamente entre las mías.

—"Era yo muy niña, prosiguió, tenía quince años apenas, cuando vine á Méjico por primera vez Hice el viaje en compañía de mis padres, que aun vivían por entonces, y con ocasión del casamiento de una tía, hermana de mi madre, que nos llamaba con instancia á presenciar su unión. Era mi tía una mujer de más de cuarenta años, casi una vieja, y mucho nos llamó la atención su matrimonio; pero quedamos más sorprendidos todavía, cuando conocimos á Teodoro, su esposo, joven diez años menor que ella, caballeroso y apuesto.

"Realizado el enlace, permanecimos mi familia y yo en la casa conyugal por algún tiempo, pues no era cuerdo desandar luego el camino después de un viaje tan largo.

"No quiero ni debo entrar en pormenores, por no atormentarte ni atormentarme. Teodoro y yo éramos jóvenes y constantemente nos veíamos; había entre ambos un

fluido simpático que nos atraía...obra de la fatalidad y de la desgracia... Y no sé cómo, poco á poco é insensiblemente, nos fuimos acercando el uno al otro, hasta que á la hora menos pensada nos sorprendimos amándonos y confesándonos que nos queríamos....

"Aguarda, Enrique, no te ciegues, no te precipites. Me da miedo ver la expresión de tu rostro. ... Oyeme hasta el fin.

"No te puedo ponderar los tropiezos y angustias de nuestra situación. Aunque mi inexperiencia no me permitía comprender claramente los horrores del caso, tenía de ello un vago instinto. Me sentía culpable; pero hallaba un placer punzante en mi congoja, y caminaba á ciegas, sin saber qué iba á ser de mí, ni cuál sería el término de aquellos insensatos amores. No teníamos esperanzas, no podíamos confesar que nos queríamos, nos veíamos obligados á tratarnos con fingida frialdad, y no son para narrados los sobresaltos y penas que nos causaba aquella vida de engaño y de hipocresía. No perdimos, con todo, la prudencia, y nadie, ni mi santa madre, que me cuidaba con esmero, ni mi enamorada tía, que era

de índole desconfiada y recelosa, llegaron á sospechar lo que pasaba entre nosotros.

"Quiso mi buena estrella, en medio de mis errores, que el alma de Teodoro no fuese depravada. Así me salvé de la deshonra y de la vergüenza; tengo que hacer esa justicia á aquel desgraciado. Mi extremada juventud y la ignorancia del mundo en que había sido creada, me habían llevado débil é inerme á aquella horrible crisis. Mas por mi espíritu no cruzaron pensamientos impuros; aquellos amores platónicos, aunque reprobados, me satisfacían; y no hubiera deseado otra cosa para lo futuro, que vivir eternamente sometida á aquel hondo martirio.

"No pasaba lo mismo á Teodoro, según lo he reflexionado más tarde. Mostrábase triste, arrebatado, y con frecuencia se alejaba de mí de improviso, cuando estábamos solos, diciéndome: "Te amo de tal modo, que eres sagrada para mí. Nunca te daré motivo de queja.... Antes la muerte.... mil veces la muerte....!" Pero yo no entendía el sentido de sus palabras.

"La situación se fué haciendo más difícil día por día, y Teodoro entró en tal estado

de exaltación, que me causaba espanto. Maldecía su suerte y su matrimonio, y lloraba como un niño pensando en la imposibilidad de nuestra dicha.

"Un día, en lo más agudo de la crisis, anunció mi padre su resolución de que volviésemos á la Habana. Esto fué causa de que la fiebre del joven llegase hasta el delirio. Yo también me sentí anonadada, enloquecida; pero me afligía más que nada, ver el estado de ánimo á que él había llegado.

"La noche víspera de la salida de Méjico, nos encontramos solos unos instantes. "Te vas, me dijo con rostro trastornado, y no puedo seguirte. ¿Cuándo volveremos á vernos?.... No tengo derecho para reclamar de tí cosa alguna; pero como un favor supremo, como una concesión hecha á un moribundo, prométeme que has de otorgarme la merced que te pida." Se lo ofrecí sollozando, y entonces sacó del bolsillo, donde le llevaba oculto, este brazalete. "Acéptale, prosiguió, como un recuerdo mío; déjame colocarle yo mismo en tu brazo. Tiene cerradura. Quiero torcer con mi mano la llave... Ahora, prométeme que no te apartarás de él hasta que yo le abra, y que du-

rante ese tiempo....nada más que ese tiempo....no serás de otro hombre." También se lo ofrecí y hasta se lo juré hondamente conmovida. "Gracias, murmuró radiante de placer, el cielo te recompense el infinito bien que me haces." Y cogiéndome la mano, besóla con desgarradora emoción y se alejó sollozando......

"Aquella misma noche, poco antes de la madrugada, se despertó la casa al ruido de una detonación. Las rápidas pesquisas que se hicieron por los azorados moradores de ella, dieron por resultado descubrir á Teodoro en su habitación, muerto al pie de un gran espejo, con el cráneo destrozado por una bala, y con un revólver en la mano....

....

"Cinco años hace de esto, y aun me parece mirarlo....

"Esta es, Enrique, concluyó Rita trémula y llorosa, la explicación que te debía. Ahora mátame si quieres; pero sabe que te amo más que á mi vida"....

—¿Y al otro? rugí con furor....

—¡Fué deslumbramiento, juventud, inexperiencia! A los quince años, cualquiera niña puede ser víctima de un error como

ese....Ten piedad de mí, no me condenes.

— Si es así, dame el brazalete.

Vaciló la joven unos instantes.

Entretanto, había llegado la hora de zarpar. Oí sonar las cadenas del ancla al ser levada, y ví confusamente el apresuramiento y la faena de los marineros que preparaban la partida. La urgencia y el arrebato del momento acabaron de exaltarme.

—¡El brazalete! grité con voz ronca.

—No puedo, murmuró Rita con gesto doloroso.

—¿Amas, pues, todavía á tu cómplice? articulé vuelto loco.

—No, repuso la joven, levantando la frente.

—Dámele en tal caso, y acabemos. No tenemos tiempo que perder.

Rita se echó á llorar, y con voz entrecortada repuso:

—No quiero ser ingrata con quien me amó y dió la vida por mí....No quiero.... no debo....no puedo.

Su negativa puso el colmo á mi frenesí. Siguió luego una escena repugnante, que confusamente recuerdo. Cogí la mano de Rita, y con las mías aceradas y nerviosas, luché por arrancarle la joya.

—Has de ser mía, la dije, y este brazalete se interpone entre tú y yo. Pero te lo arrancaré aunque no quieras......por la fuerza....

Ella no luchaba ni se defendía; me había abandonado el brazo y yo le estrujaba, sacudía y magullaba sin lástima ni miramiento.

Ya bajaban por la escala las familias y los amigos que habían ido á despedirse de los viajeros, y el silbato del vapor daba la señal de la partida.

Y, con todo, sin parar mientes en nada, ni recatarme de nadie, continuaba la inútil brega por apoderarme de la maldita joya. Ajustada al redondo brazo, no cabía por la mano, y era infructuosa mi brutalidad.

Al fin, después de algunos instantes de vejación estéril, murmuró tristemente la joven:

— Enrique, me haces daño; no puede salir el brazalete. ¿No ves que tiene cerradura?

- Pues dame la llave....¡dámela!

—No la tengo.

—¡Mientes!

—No miento; *él* se la llevó al sepulcro.

Fué indescriptible el efecto que me causaron las palabras: *"¡él se la llevó al sepulcro!"* Me parecieron fatídicas. El frío del terror circuló por mis venas, é instantaneamente surgieron ante mis ojos el sepulcro, la muerte, el crimen; un mar de horror que se interpuso entre ella y yo. Me pareció que Rita no podía pertenecer á nadie más que al suicida, que era la forzada de la tumba, y que aquel brazalete era la marca de su perpetuo cautiverio.

Y sin saber lo que hacía, abandoné el brazo de la joven, gané la salida del barco, volé hacia abajo de la escala y salté en la lancha que me aguardaba para restituirme al puerto.

Ya era tiempo. En aquel momento comenzó á andar el buque, balanceándose sobre las olas.

Una voz me hizo volver el rostro hacia arriba. Era la de Rita. Asomada á la barandilla, con la faz inundada de lágrimas, me llamaba por mi nombre.

—¡Enrique! ¡Enrique! ¡Adiós, amor mío! me dijo.

Y se llevó ambas manos á la boca repetidas veces, y las dirigió después hacia mí, enviándome tiernos ósculos.

Y yo, estático, aturdido, sin conciencia de mí mismo, la ví alejarse con ojos glaciales, como se ven huir los años, la juventud, la vida; como se ve partir y desvanecerse en lontananza todo cuanto nos hace felices sobre la tierra.



LA SUERTE DEL BUENO.



I

CUANDO vino al mundo Simplicio, casi no hizo sufrir á su madre, ni lloró, como es costumbre de recién nacidos. Su lactancia fué muy cómoda: no desvelaba á la autora de sus días, ni le pedía que le amamantase á cada momento; tomaba el alimento á la hora que se le daba, y cuando despertaba, se estaba en la cuna callado y con los ojos abiertos.

La madre decía:

—¡Qué niño tan bueno!

Y se olvidaba frecuentemente de ofrecerle el pecho y de arrullarlo, porque el tier-

no vástago no echaba abajo la casa con sus chillidos

II

Ya crecido, sus hermanos se le sobrepusieron en todo, porque no se atrevía á mostrarse en primer término ni á pedir dádivas. Sus padres, por llevar la fiesta en paz, compraban trajes lucidos á sus otros hijos, que no eran tan buenos como Simplicio, y á él le dejaban andar casi astroso, ó le acomodaban trajes de desecho. Sus hermanos tenían más juguetes que él y más golosinas, porque sabían procurárselos; y cuando Simplicio adquiría por acaso alguna de esas cosas, ellos se la quitaban validos de la astucia ó de la violencia. Sus progenitores, al ver tanta moderación y dulzura, solían decir:

— Simplicio es tan bueno que no necesita nada.

Y en efecto, nunca tenía nada, y siempre estaba contento.

III

En el colegio fué blanco de las chocarrerías y de las pesadas bromas de sus condiscípulos. Se reían de él con descaro, le tiraban de las orejas y le pegaban por quítame allá esas pajas. El lo sufría todo y nunca llevaba quejas á los maestros. Siempre que cualquiera de los colegiales hacía alguna diablura, se descargaba de la responsabilidad echando la culpa sobre Simplicio. Este se defendía con timidez y torpeza, y los maestros, creyéndole culpable, desplegaban hacia él mayor severidad que hacia los otros diablejos, y le castigaban de firme, gritando con indignación:

—¡Miren al angelito! ¡Quién lo había de pensar! ¡Parece que no quiebra un plato!

Y le ponían orejas de burro, le daban palmetazos y le exponían de rodillas á la vergüenza de todo el colegio, á la puerta de la clase.

IV

En la adolescencia se prendó de una joven muy bella, que correspondió su cariño; pero uno de sus amigos le disputó la conquista. Y la hermosa, seducida por la gallarda apostura, gracioso despejo y apasionado lenguaje del rival, le prefirió á Simplicio, dejando á éste, como suele decirse, con la luna en prendas.

El desgraciado joven lloró á solas, porque amaba mucho á la ingrata; pero no le suscitó escenas violentas, ni riñó con el amigo, ni siquiera les echó á ambos en cara su mal proceder. Manso y resignado, se hundió en la soledad, y se envolvió en el manto real de su tristeza.

V

Desengañado de la vida y sin esperanza de hallar en ella la dicha, decidió entrar en un convento. El guardián le halló demasia-

do sencillo para fraile, y le dijo que sólo podría servir para lego. Simplicio aceptó aquel puesto despreciable, porque su único deseo era consagrarse á la vida monástica, y poco le importaba la gerarquía conventual; antes hallaba un placer singular en rebajarse y en ser humillado. Le parecía que de esta manera cumplía mejor el renunciamiento de sí mismo que tenía resuelto.

Los frailes le llamaban *Simplón*, y, como no chistaba y hacía cuanto le ordenaban, dejaban caer sobre él todo el peso de las más duras faenas.

—¡Hermano *Simplón* á barrer los ambulatorios!

—¡Hermano *Simplón*, á hacer la comida!

—¡Hermano *Simplón*, á la enfermería!

—¡Hermano *Simplón*, á tirar la espuerta de la basura!

Y Simplicio, impasible, no paraba un instante, ocupado en aquellos menesteres. Como no le daban tiempo para orar, robaba las horas al sueño para rezar sus devociones, y permanecía de rodillas en la celda hasta pasada la media noche, absorto en prácticas piadosas. Dormía echado en una tarima, comía poco, aplicábase al cuerpo du-

ros silicios, y dos ó tres veces por semana se flagelaba sin misericordia, como si no le bastasen para sufrir los martirios del día. Y mientras duraba la penitencia, salmodiaba el *miserere mei Deus* á la sordina, para que la comunidad no le oyese; pues era pudibundo hasta en las manifestaciones de su misticismo.

VI

El espíritu de Simplicio estaba siempre listo y dispuesto para todo trabajo; pero la carne, su pobre carne, empezó á debilitarse al cabo de algunos años. Andaba con paso lento, no podía levantar objetos pesados, se fatigaba al desempeñar las labores manuales y tardaba en hacer lo que se le mandaba

—*Simplón* te vas volviendo holgazán, le decían los hermanos.

Y no pocas veces, el padre guardián, indignado, le enderezaba severísimos sermones, motejándole su falta de docilidad para obedecer los mandatos de los superiores, el

tedio que manifestaba para los ejercicios de paciencia y la pertinacia que mostraba en no corregir sus defectos.

Simplicio no objetaba cosa alguna, porque no sabía defenderse y porque pensaba quizás que tenían razón sus superiores; que sus achaques no valían la pena, y que la debilidad que sentía no venía tanto del cuerpo como del alma.

Recrudecía con esto sus penitencias, dormía y comía menos, y rezaba y se azotaba más, esperando por este medio encontrar los perdidos bríos; pero en vez de levantar cabeza con aquellas prácticas, se iba poniendo todos los días más pálido, enteco y desmedrado, como sombra de lo que había sido. Pero la comunidad, como le miraba de continuo, no echaba de ver los profundos cambios que se iban realizando en su desquiciado organismo.

VII

Un día apareció dormido en la cocina, á horas en que iba á empezar el refectorio: una ligera inspección á las hornillas, bas-

tó para comprobar que el hermano cocinero no se había ocupado en preparar las parvidades de la comunidad. Tan punible abandono le valió una terrible y pública reprimenda del padre guardián, quien le mandó con acento colérico que se marchase á la celda y no saliera de ella en dos días, en castigo de su falta.

Simplicio no alegó estar muy enfermo, ni sentir la cabeza tan pesada como una torre, ni tan flacas las piernas como si no tuviesen huesos ni tendones, ni tan obscurecida la vista como si fuese á quedarse ciego.

Como pudo, se levantó de la banqueta donde se había aletargado, y se encaminó tambaleando á su prisión.

Al notar su paso vacilante, murmuró un lego mofletudo:

—Dios me perdone el mal juicio, pero creo que Simplón se ha bebido el vino de celebrar.

La inspección que se hizo á las damajuanas de la despensa, no resolvió la duda; hubo opiniones por la negativa y por la afirmativa sobre la borrachera de Simplicio.

VIII

Pasados los días de reclusión, Simplicio no salió de la celda.

—Ha de ser por no trabajar, sospechó el lego rechoncho.

Y se acercó de puntillas á la puerta del cuartucho, creyendo que iba á encontrarle dormido. Nada se movía adentro; no se escuchaba ningún ruido.

Empujó los batientes de madera cautelosamente, y vió á Simplicio de rodillas. Arrepentido de su mal juicio, retrocedió con el mismo sigilo, y volviendo á entornar la puerta, se alejó.

IX

Pero como pasaron varias horas sin que Simplicio se mostrase á la comunidad, acudió el guardián en persona á ver lo que ocurría, y le encontró siempre de hinojos.

—Basta de rezo, hermano, le dijo, pónga-

se en pie y salga á desempeñar las faenas que le corresponden.

Simplicio no respondió. Repitió la orden el superior; pero todo fué inútil. Simplón no desplegó los labios. El fraile, asombrado se acercó á él para sacudirle y hacerle volver en sí; mas al tocarle las manos, las sintió rígidas.

Simplicio estaba muerto.

La comunidad sorprendida exclamó:

—¡Calle, pues era cierto que Simplicio estaba enfermo!

X

Al día siguiente se levantó el guardián diciendo que había soñado á Simplicio en la gloria, rodeado de ángeles.

Los frailes se miraron estupefactos.

Nunca se les había ocurrido que *Simplón* pudiera ganar el cielo.

XI

El cuerpo del lego fué sepultado en la huerta, sin más distintivo que una cruz de madera. El tiempo y la lluvia destruyeron la cruz, creció la hierba, y poco tiempo después, nadie conservó memoria ni de Simplicio, ni de su tumba, ni de su nombre.



INDICE.



Erratas más notables.

Dice.	Debe decir.	Pág.	Lin.
al	la	X	6
llama	llamaba	25	21
exhuberante	exuberante	41	6
cornúpeto	cornúpeta	76	6
deteñidos	detenidos	117	12
bajo	bajó	123	3
aparecieran	aparecieron	128	10
ya	y á	153	9
saludas en	saludasen	181	19
de la gloria ocultara Dios	ocultara la gloria de Dios	182	1
misterioso	misteriosa	183	3
artisca	artística	185	24
po	por	234	7
hojad	hojas	id	9
supersficie	superficie	id.	11
abatimient	abatimiento	243	13
nimbos	limbos	261	9
dieciocho	diez y ocho	329	11
vieran	vieron	330	12

Dice.	Debe decir.	Pág.	Lin.
jamás	nunca	333	7
si no	sino	358	16
convenimos	convinimos	360	20
por brida	por la brida	367	14
vieiullesse	*vieillesse*	394	20
dieciocho	diez y ocho	396	8
rosagancia	rozagancia	432	11
vistiendoes nuevos, trajes	vistiéndose nuevos trajes,	475	8
entregaba	abandonaba	530	9





OBRAS

DEL LIC.

D. J. LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS,

Miembro correspondiente
DE LA ACADEMIA MEXICANA.

TOMO II.

NOVELAS CORTAS.

I

MÉXICO.

IMP DE V AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4

1900

CONDICIONES
DE LA
BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS.

De esta BIBLIOTECA saldrá un tomo el día 1° de cada mes. En ella se publican las obras de nuestros más distinguidos autores [historiadores, poetas, novelistas, críticos, dramáticos, etc.]

Por ahora podemos anunciar las siguientes:

OBRAS COMPLETAS

de GARCIA ICAZBALCETA.—OROZCO Y BERRA.—ROA BÁRCENA.—PIMENTEL.—JOSÉ DE J. CUEVAS.—AGUILAR Y MAROCHO.—LIC. J. FERN°. RAMÍREZ.—PEON CONTRERAS.—ILMO. SR. MONTES DE OCA.—PESADO.—COUTO.—GOROSTIZA.—MUNGUÍA.—Y las obras de Alarcón, Sor Juana Inés de la Cruz, Sigüenza y Góngora, Ochoa, Navarrete, Ortega, Sánchez de Tagle, Rodríguez Galván, Calderón, etc., etc., así como las de algunos contemporáneos, de la Capital y los Estados.

TOMOS PUBLICADOS:

Obras de GARCIA ICAZBALCETA.—Tomos I y II, Opúsculos varios.—III y IV Biografías.—V Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga.—VI, VII y VIII Opúsculos varios.—IX Biografías.—X Opúsculos varios.

Obras de PEÓN CONTRERAS.—Tomos I y II. Teatro.

Obras de VILLASEÑOR Y VILLASEÑOR.—Tomo I. Estudios Históricos.

Obras literarias de D. VICTORIANO AGÜEROS.—Tomo I. Artículos sueltos.

Obras de ROA BÁRCENA.—Tomo I. CUENTOS.

Obras de D. JOSÉ LÓPEZ PORTILLO Y ROJAS.—Tomo I.—*La Parcela*, novela inédita.—Tomo II. *Novelas Cortas*.

Obras de COUTO.—Tomo I. Opúsculos varios.

Obras de D. J. FERN° RAMIREZ.—Tomo I. Opúsculos históricos.—Tomo II, *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* [inéditas]—Tomo III. *Adiciones á la Biblioteca de Beristáin* (conclusión) y Opúsculos históricos.

Obras literarias de D. JOSÉ DE JESÚS CUEVAS.—Tomo I. Discursos religiosos.

Obras de D. IGNACIO MANUEL ALTAMIRANO.—Tomo I. Poesías y Opúsculos literarios.

Obras de D. MANUEL E. DE GOROSTIZA.—Teatro completo.—Tres tomos.

Obras de D. LUCAS ALAMÁN.—Tomo I. Disertaciones sobre la Historia de Méjico.

EN PRENSA:

Obras de D. RAFAEL ANGEL DE LA PEÑA.—Tomo I.

Obras literarias de D. JOAQUIN BARANDA.

Obras de D. LUCAS ALAMÁN.—Tomo II, Disertaciones sobre la Historia de Méjico.

Obras literarias del Sr. Lic. D. Silvestre Moreno Cora.

Obras del Lic. D. PRIMO FELICIANO VELÁZQUEZ.—*Opúsculos Historicos*.

PRECIO DE CADA TOMO:

$1.50 en toda la República y $ 2 en el extranjero.

☞ Todos los tomos serán enteramente iguales al presente. De venta en la Administración y Librería de EL TIEMPO: Cerca de Santo Domingo número 4, y en las demás librerías de la capital.—En los Estados, en las casas de los Agentes y Corresponsales de EL TIEMPO.